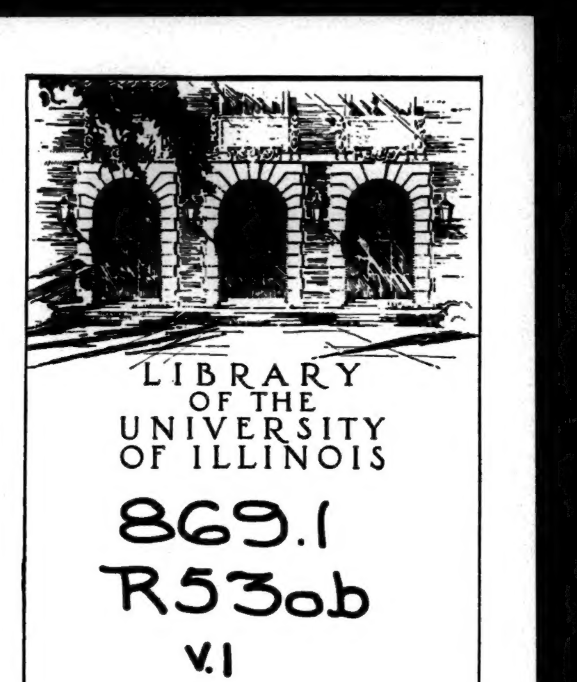


OBRAS POÉTICAS

DE

DON JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA

DE LA ACADEMIA MEJICANA
CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

PUBLÍCANLAS SUS HIJAS

CON UNA

INTRODUCCIÓN

POR

DON IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN

OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ

TOMO PRIMERO.



MÉJICO

IMPRENTA I. ESCALANTE, S. A.

1.ª CALLE DE 57 NÚM. 8.

1913

OBRAS POÉTICAS



OBRAS POÉTICAS

DE

DON JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA

DE LA ACADEMIA MEJICANA
CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

PUBLÍCANLAS SUS HIJAS

CON UNA

INTRODUCCIÓN

POR

DON IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN

OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ

TOMO PRIMERO.



MÉJICO

IMPRENTA I. ESCALANTE, S. A.

1.ª CALLE DE 57 NÚM. 8.

1913

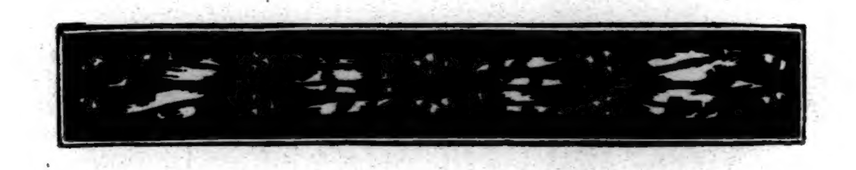


EDICIÓN COMPLETA DE 200 EJEMPLARES

NUMERADOS.

Ejemplar núm. ....

INTRODUCCIÓN



DON JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA

Y SUS OBRAS.

I

EL autor de estos apuntes ha acostumbrado, desde niño, llevar un diario en que asienta los acontecimientos que más ó menos se refieren á su vida. En el tomo correspondiente al año de 1908, el día 11 de Octubre se encuentra esta fúnebre nota: «Los periódicos trajeron la infausta nueva de la muerte de Don José María Roa Bárcena. Aunque esperada, pues tenía 81 años, es un gran golpe para mí. El 8 de Diciembre hará 50 años que nos conocimos. Fué mi amigo íntimo, confidente y censor, y por él pasaban no sólo mis versos, sino mis pastorales y sermones. R. I. P.»

Pocas páginas antes, el 21 de Septiembre, se lee lo que sigue: «Como supe después en Madrid, hoy á las 9.15 de la mañana murió en Méjico mi grande ami-

go de casi medio siglo, Don José María Roa Bárcena. Lo quise mucho, y lo estimé mucho más. Al trazar estas líneas me asaltan los recuerdos de tantas épocas en que nuestras vidas corrieron juntas, en los salones de Pesado, en la Redacción de su periódico, en casa de Susana, en nuestros paseos literarios y amistosos. Me voy quedando solo de veras. Quisiera poder todavía pulsar la lira, para componerle una elegía.»

Una elegía no; pero sí unos apuntes biográficos, necrológicos, críticos, ó como quiera llamárseles, me propongo escribir á ruego y encargo de algunos de sus deudos y fieles amigos y admiradores. Consideraré á mi difunto amigo principalmente como escritor y lo juzgaré con la imparcialidad que debe distinguir al crítico; pero no será posible evitar que hable á veces el corazón.

Como arriba indiqué, la mañana del 8 de Diciembre de 1858 nos presentó un amigo de entrambos. Era éste un viejo solterón, de grandes cualidades y alta posición social y política; pero también con todos los defectos y genialidades propios de su estado y edad. Apenas nos separamos del nuevo amigo, me dijo ásperamente: «Hacía largos meses que no le hablaba. Se casó demasiado joven, desoyendo mis consejos, y he reñido con él.»

¡Demasiado joven! Había nacido en Jalapa el 3 de Septiembre de 1827, siendo sus padres Don José María Rodríguez Roa y Doña María de la Concepción

Bárcena. Contaba, pues, 31 años cuando lo conocí, y hacía 10 meses que había contraído matrimonio con Doña María de la Paz Villamil. Si casarse á los 30 años es apresurarse más de lo debido, á otros toca juzgar.

Aunque era la primera vez que lo veía, puedo decir que hacía varios meses que era yo íntimo amigo del poeta, del periodista, del castizo escritor que se firmaba, ya José María Roa Bárcena, ya con su *nom de plume,* ANTENOR. Después de una larga residencia en Inglaterra, hacía poco tiempo que había regresado al país; y el primer libro en castellano que se puso en mis manos fué «La Cruz.» Acababa de suspender su publicación esta Revista, y en sus siete volúmenes, se veía á cada paso la firma de Don José María Roa Bárcena. Poesías largas y breves, artículos apologéticos é históricos, novelas y cuentos originales y traducidos, noticias bien escogidas, sátiras y controversias, todo abrazaba el fecundo ingenio del joven escritor, y lo hacía simpático á todos sus lectores.

Yo fuí desde luego su admirador. El sabor clásico de sus versos me hizo creer que habría pasado largos años estudiando los autores griegos y latinos. El aplomo y acierto con que trataba las cuestiones religiosas, me hacía suponer que había cursado el Derecho Canónico y quizá la Teología en alguna célebre Universidad. Sus traducciones de varios idiomas, siempre fieles y elegantes, y su criterio al hablar de

política extranjera me sugerían la idea de que era un viajero consumado, y aun quizás alumno de algún Colegio europeo. Grande fué mi asombro, cuando supe, muchos años después, que no había estudiado gramática latina, que todo lo había aprendido sin salir del país, que había formado por sí solo su gusto literario, y que el estilo clásico era en él instintivo. Se había dedicado desde la adolescencia, al comercio, y de su risueña Jalapa había venido á la Capital, ya como escritor, en 1853.

En los meses que pasé en Méjico, el año de 1859, antes de regresar á Europa, lo encontraba yo en la Redacción de *La Sociedad* y en las tertulias de Don José Joaquín Pesado. En aquélla se reunían cuantos conservadores brillaban en la capital, cuantos se refugiaban en Méjico huyendo de la guerra cuyos estragos se sentían con más violencia en las provincias. El papel de un adolescente, como yo, que contaba apenas 18 años, era el de ver, oir y callar, ó entregar temblando mis primeros ensayos en prosa y verso. Mi amistad íntima con Roa no era ni podía ser recíproca. Yo hacía tiempo que admiraba y estimaba al escritor; él no pudo darme su confianza y estimación sino mucho más tarde, cuando yo también fuí escritor, sacerdote y Prelado.

Todos los que allí concurríamos éramos fervientes católicos y fieles hijos de la Iglesia, por quien estábamos dispuestos á derramar nuestra sangre, como mu-

chos en realidad lo hicieron. Pero en otros puntos no comprendía yo bien ciertas apreciaciones que brotaban á cada paso de los labios de los concurrentes. En Inglaterra, donde me eduqué, me habían enseñado á amar las libertades Inglesas, de la prensa, de la palabra, del pensamiento, y á admirar la constitución Británica, sin que se consideraran opuestas á nuestra Santa Religión. Algo extraño me parecía, por tanto, el horror instintivo á toda constitución y el odio á toda clase de libertad. Roa era el que menos exagerado se mostraba en este sentido; y lo menciono porque ahora se le supone el más rancio y el más intransigente de los retrógrados, aunque nunca se le ha negado la hidalguía, la caballerosidad y la finura.

De muy diverso género eran las tertulias de Pesado. Reunía este poeta en su casa á todos los jóvenes que cultivaban las musas, ó eran aficionados á las letras y á las artes. Sus hijas atraían á los jóvenes con su hermosura, su talento, su amabilidad y exquisito trato. El deseo de agradar á las damas hacía que los aspirantes á poetas pulieran sus versos; y la amable severidad con que Pesado, maestro de todos, censuraba los más leves defectos, hacía que se esmerasen en corregirlos y limarlos. Allí se formó una escuela de corrección y buen gusto, que resplandeció no sólo en los que siguieron cultivando las musas y adquirieron cierto renombre, sino también en los que colgaron la lira al disolverse aquellas reuniones.

Por supuesto, que los que participaban de las ideas religiosas y políticas del Anfitrión y de sus piadosas hijas, eran los más agasajados. Pero no se excluía á los que de otra manera pensaban, como lo probará el siguiente ejemplo, entre muchos. Fué el año de 1859 uno de los más aciagos en la historia de la revolución. En Abril fué sitiada la Capital por el ejército constitucionalista, que se vió obligado á retirarse ante las fuerzas de Miramón y de Márquez. Entonces fué cuando tuvieron lugar aquellos fusilamientos de infausta memoria, que ordenados en un momento de irreflexión, han sido tormento eterno de quien encendió aquel fuego fatal.

Pues bien, uno de los más asiduos concurrentes á las tertulias de Pesado debió haber caído en Tacubaya, víctima de lo que juzgaba su deber de médico. El fué con Díaz Covarrubias, y Mateos, y Jáuregui, á solicitar del General en jefe el permiso para pasar al campo enemigo á prestar sus servicios en los hospitales de sangre. El, juntamente con ellos, oyó del General la respuesta: «Si queréis curar heridos, sobran pacientes en nuestras filas. No hay necesidad de ir á engrosar las de nuestros contrarios, ostentando la divisa de oficiales asimilados, y exponiéndoos á las funestas consecuencias de vuestra mal entendida filantropía.» El, juntamente con ellos, resolvió desoir la prohibición del General y cruzar las trincheras sin salvoconducto, exponiéndose á todos los peligros por su

amor á la ciencia y sus simpatías á los sitiadores. Una casualidad hizo que llegara tarde á la línea de circunvalación, escapando así providencialmente á la triste suerte de sus compañeros.

No por esto se le cerraron las puertas de la casa de Pesado, y únicamente lo persuadieron sus hijas á practicar los ejercicios espirituales de San Ignacio. Tampoco se cerraron á otros que, corderos en el salón, se mostraban muy diferentes, cuando, pistola al cinto, y alerta para no ser agredidos en alguna bocacalle, como acaecía á menudo en aquella época aciaga, salíamos de aquella casa de tan gratos recuerdos.

Roa ocupaba en ella una posición excepcional. Conmilitón de Pesado en las columnas de *La Cruz*, y su discípulo de un modo especial, tenía con la familia una estrechez paternal, que le sirvió muchísimo, como después veremos, no sólo en el campo de las letras, sino en lo que ahora se llama *la lucha por la vida*. En este círculo, entregado á las letras y á las lides periodísticas, lo dejé yo cuando regresé á Europa á continuar mis estudios en Roma. Era la época de las ilusiones y el entusiasmo, y su ingenio dió á luz sus mejores poesías. No lo volví á ver sino seis años más tarde, en lo que podemos llamar su época de desengaños. Voy á poner ante los lectores algunas de las poesías escritas en la primera; y verán la diferencia que media entre éstas, y las que escribió en los años de la desilusión y el desaliento.



II

ENTRE las poesías de Roa Bárcena llaman ante todo la atención las leyendas. *Diana,* escrita á los veinticuatro años, parece haber sido su hija predilecta. Lo prueba la edición que cuarenta años más tarde hizo del poema; honor que no concedió á otros frutos de su pluma. Pero aunque todos tenemos una *conciencia literaria,* que nos hace preferir ciertas producciones á otras, y conocer sus defectos y sus cualidades, no es menos cierto que á veces engaña el amor paternal, y lo que el autor juzga inservible, el público considera diamante abandonado entre el polvo, y viceversa. A mí se me figuran superiores á *Diana, Ithamar*, y la *Cuesta del Muerto:* otros dan la preferencia á las *Memorias de un Peregrino.*

Hablemos ante todo de *Ithamar*. Es un episodio de la *Cautividad de Babilonia;* y los hechos históricos, narrados ya en los Libros Santos, ya en los autores profanos, están hábilmente aprovechados en lo que

inventa y finge el poeta, de tal suerte, que á primera vista no es fácil descubrir cuál es ficción y cuál historia.

La admirable estrategia de Ciro para entrar en Babilonia desviando el curso del Eufrates, no ha tenido imitadores en los tiempos modernos. Es cierto que con las máquinas de hoy día no necesitaba Moltke entrar á París por el lecho del enjuto Sena. Pero ni Napoleón ni el Gran Capitán poseían los medios de destrucción tan comunes en nuestros días, y con todo no imitaron á Ciro. Esta maravilla de ingeniería Persa forma el cuadro final del poema; ya veremos los pocos rasgos de mano maestra con que está trazado.

No es menos bella la descripción de la Cena de Baltasar, en que el poeta, sin alterar la narración Bíblica, nos introduce junto á sus héroes á la Sala del festín, y nos hace presenciar episodios que no están en el Libro inspirado, pero que no desdicen de su severidad y poesía.

Harto común ha sido en todos tiempos que los deportados, cautivos ó prisioneros de guerra, se identifiquen con el vencedor; y olvidando, ó sin olvidar su suelo natal, consideren segunda patria el lugar de su destierro, la sirvan con lealtad y lleguen á ocupar altos puestos. Mil ejemplos se pueden citar en la historia antigua y en la moderna; pero ninguno tan notable como el de los Hebreos que fueron conducidos á Babilonia. *Colgaron, sí, sus arpas á orillas del Eufra-*

tes, y rehusaron entonar los himnos que sólo en Salén habían de resonar. Pero cuando se trató de volver á Sión, pocos, comparativamente pocos, fueron los que se aprovecharon de la libertad que Ciro les dejara. Unos olvidaron por completo al verdadero Dios; otros, como el profeta Daniel, sin renegar de su religión, aceptaron altos cargos. Otros, sin olvidar á Solima, aunque siéndole á veces infieles, sirvieron al extranjero; pero arrepentidos volvieron á su patria y á su religión.

Uno de éstos fué el héroe del poema. Enamorado Ithamar de la hermosa Epha, por ella sirve al Rey Baltasar entre sus guardias escogidos, por ella se finge idólatra y vuelve la espalda á Jerusalén. Pero se prenda el Monarca de su prometida, y los celos lo hacen comprender la gravedad de su culpa, y después de mil peripecias, resuelve dejarlo todo y volver á Israel, solo ó con su amada.

He aquí la trama del poema ITHAMAR. Lleva la fecha de 1848. No necesitaba el poeta haberla estampado. Los versos vigorosos, bien medidos y llenos de fuego, nos revelan que es un joven de veintiún años quien pulsa el laúd. La fecha misma nos recuerda que entonces estaban en boga las leyendas orientales de Zorrilla, el Cantar de los Cantares y los salmos traducidos por Pesado, y las poesías sagradas de Don Manuel Carpio. En estas flores libaban todas las mariposas de aquella época, y en *Ithamar* encontramos,

desde el principio hasta el fin, reminiscencias de todos ellos. Es tiempo ya de citar algunos trozos:

—«Déjame acariciar de tu cabello
Las trenzas blondas, y aspirar el ámbar
De tu boca gentil. ¿Qué magia tienen
Tus ojos, que las almas encadena?
A mi atónita vista, las mujeres
Que Babilonia en sus jardines cría
Pasaban, y mirando su belleza
Mi ardiente corazón se estremecía.
Pero te ví después, y desde entonces
Sólo por tí respiro, Epha adorada.»

Con esta vigorosa imitación del Cántico Salomónico empieza el primer canto del poema, que es todo un diálogo de amor y religión entre el héroe y su amada, interrumpido un momento por el hermano de ésta, que viene de parte de Baltasar á invitarla al festín. Desde luego se despiertan en Ithamar los celos que podemos llamar *regeneradores*, porque le recuerdan á su patria y á su Dios, olvidados por el amor de una extranjera. Acababa de decirle:

«. . . . . . Al Rey ayer miraba
Que se encontró contigo irreverente
Y en tí clavó la vista. . . . . .
¿Por qué te miró el Rey? ¡Ah! Yo quisiera
El pecho atravesarle con mi espada.»

Ahora, al oir el convite ineludible, se encienden más y más los celos y exclama:

—«Epha, ya tú lo ves. El Rey procura
Usurparme tu amor y tu belleza,
Y yo infeliz —dijo Ithamar, fijando
En su amada los ojos con tristeza—
¿Te perderé, cuando por ti olvidaba
Mi Dios, mi patria?......
......—Como guerrero
Del Rey en el ejército empleado,
Tengo entrada al festín. ¡El Rey se guarde
De hacer, á mi despecho, en esa hora
De su poder en tu hermosura alarde!

Para disipar la tristeza y calmar los furores de su amado, le ruega Epha que cante alguna canción de su tierra natal. Descuelga Ithamar su laúd, y entona el salmo *Super flumina Babylonis*. Este himno del Israelita prisionero en Babilonia es una revelación para la inocente Caldea, y se entabla el siguiente diálogo, que no puedo menos que reproducir íntegro:

—«Dime ¿por qué ensayaste á mis oídos
Esa canción? ¡Insultas á mi patria,
La cuna de mis padres! ¡Extranjero!
Nuestra hospitalidad mal recompensas.
¿Dónde oíste ese canto?
—Lo compuso
Pueblo infelice que se vió cautivo
Dentro de aquestos muros. Considera
Que el vencedor con despiadada furia
Destruyó sus hogares, arrasando
La sólida muralla: el campo fértil
Víctima fué de su rapiña, y luego

Trajo aquí maniatadas sus mujeres,
Sus ancianos y niños. Al mirarse
Esclavos ėntre idólatras, lloraron
Cuando del patrio suelo se acordaron.
¿Qué extrañas tú, que en sus lamentos ellos
Votos formaran de una atroz venganza?
Un pueblo altivo que se ve ultrajado
Siente alivio soñándose vengado.
Terrible hueste á Babilonia cerca;
Sus moradores hoy duermen tranquilos.
No saben que la hora de quebranto,
De esclavitud y muerte se avecina,
Que escrita está de su ciudad la ruina.
Por merecer tu amor, he combatido
Contra el Persa y el Medo. ¡Empeño inútil!
Terrible es su pujanza, y vencedores
Ellos al fin serán...... y yo, infelice,
Preso en las redes de tu amor, mi patria
Abandoné traidor, y tiemblo acaso
Por el destino que á la tuya espera,
Cuando gozarme impávido debiera
Sólo en su destrucción.
—Calla, insensato.
¿Por qué mi corazón te dí sencilla
Sin conocerte? Un hórrido misterio
Tu proceder oculta. Di ¿traicionas
A mi país? No en vano de los dioses
Por la noche el acento oigo severo
Que me grita en el fondo de mi alma:
¿Por qué diste tu amor á un extranjero?
Dime, pues, Ithamar, ¿cuál es tu origen?
—Diciéndolo tal vez me aborrecieras

Y si tu amor perdiese, moriría.
—Mal comprendes mi amor tú si no sabes
Que aborrecerte yo jamás podría.
Mi delicia es amarte; mas ingrato
Viertes amarga duda en este pecho
Que, al escucharte, de temor palpita.
Dime tu origen, ó me alejo.
—Aguarda.
—¿Eres?
—Te lo diré, *soy Israelita.*»

Con esta valerosa confesión termina *ex-abrupto* el canto primero. El segundo empieza con una serie de brillantes octavas de pronunciado sabor épico. Se conoce que el autor había cerrado sus libros favoritos, y acababa de inspirarse en Moratín y Martínez de la Rosa, poetas también muy en boga en aquellos días. Juzgue el lector:

«Ciro, de frente noble y espaciosa
En que de inspiración luce la llama,
De los placeres de una vida ociosa
Huye, y la guerra y sus peligros ama.
Cíñese ya corona gloriosa,
El orbe todo vencedor le aclama;
Falta una joya á su corona, empero,
Y Babilonia la dará al guerrero.
En la muralla la maciza puerta,
Ciudad maldita, cerrarás en vano
Si el enemigo á desaguar acierta
El lecho del Eufrates soberano;

Caminando por él, entrada abierta
Tiene, y en tanto, en el festín liviano
Encenegada en lúbricos placeres,
Beoda tú, sin conocerlo, mueres.»

Entretanto, Ithamar, dentro de la Ciudad, devorado por los celos, ya se asoma á la muralla sin lograr observar los movimientos de Ciro, ya discurre por las calles que conducen al palacio de Baltasar; y en bien encadenados tercetos hace su examen de conciencia.

«¡El Rey es su rival! Luego, pensando
En su estado interior, vino á su mente
De sus hermanos el cariño blando;

. . . .

Y ahora en el país del enemigo
Eterno de sus padres, arrastraba
Remordimiento sórdido consigo.
Pues cuando á la ciudad triste llegaba
Con Epha se encontró, y al conocerla,
Su alma de su belleza quedó esclava.

. . . .

Dió por ella al olvido el patrio suelo,
Dios, familia y amigos, sin más norte
Que ver premiado su amoroso anhelo.»

Termina el examen de conciencia con estos endecasílabos, más ó menos libres; pero todos armoniosos y valientes:

«¡Quién sabe si aquel Dios que los tesoros
Abrió del porvenir á sus profetas

A fin de que anunciaran el castigo
De la Ciudad gentil, tocó en el alma
Del joven de Israel cuerda sensible!

. . . .

¡Quién sabe! Que Ithamar consigo á solas
Aquella noche, en lo interior del alma
Oir creyó la voz de su conciencia
Que le dijo: *abandona esos amores,*
Torna presto á la tierra de tus padres,
Desagravia á tu Dios. Ithamar dice:
Si Epha abriera sus ojos, hoy velados
Al rayo hermoso de la luz del cielo,
Y el culto de mis padres abrazara,
Conmigo hacia Israel la llevaría. . . . . .
Mas si Epha á seguirme no se atreve
Y á despreciar mi amor está dispuesta,
Mañana salvaré yo solo el muro
De Babilonia, sí.—¿Lo jurarías?
Se preguntó á sí mismo, y en voz alta
Se respondió sin vacilar: *Lo juro.*»

Seré más parco en citas al analizar el canto tercero. Al tratarse de la *Cena de Baltasar,* á todo mejicano viene á la memoria la poesía de Carpio, que aprendió en la escuela, y ha acostumbrado recitar en la juventud. Así me ha sucedido; y queriendo refrescar mis recuerdos, la he vuelto á leer detenidamente para poder hacer comparaciones. En el parangón he dado la preferencia á la de Roa, á pesar de no haber éste pretendido hacer una descripción completa del famoso festín. Pero con pocas pinceladas de mano maestra

traza un cuadro tan bello y tan perfecto, que sólo leyéndolo íntegro se puede apreciar debidamente.

Seguimos con interés á Epha, que llamada por Baltasar se acerca, temblando, á su trono, y busca en vano á su amante que la defienda.

«Al fin llega Ithamar, cuando giraba
En el festín la cincelada copa......
Deseoso
De hacer alarde el Rey de su riqueza......
Manda que traigan los sagrados vasos
Que un tiempo al culto del Señor sirvieron
Allá en Salén, y de espumoso vino
Llenos en el instante todos fueron.
Insensata la turba en ellos liba,
Y el Monarca también, que los ofrece
A su vez á Ithamar: éste, indignado,
Le rechazó con denodado brío,
Diciéndole: «Ese Dios de quien te burlas
Es el Dios de mis padres: es el mío.»

En el instante en que va á estallar la cólera del Rey, aparece la mano celeste que traza las indescifrables palabras: Mane, Thecel, Phares. Todos quedan estupefactos y nosotros participamos de su estupor, y con ansia aguardamos á Daniel, que pronuncia la terrible sentencia. La descripción es magnífica, sin que se altere el texto ni se disminuya la fuerza del lenguaje bíblico. Así es que al notar el lector que sigue la danza, y el festín se convierte en orgía, no acierta á

comprender la indiferencia de aquel Rey y aquel pueblo, ante las amenazas de Dios y los asaltos del enemigo que llega á sus puertas. El término sublime de la inmunda bacanal, requiere que lo cite en su mayor parte.

«Tiró el pudor la máscara: al instante
Ósculo impuro por doquier resuena......
A Epha, Baltasar en brazos toma......
De cólera Ithamar lanza un rugido,
Y al pecho del Monarca dirigido
Súbito brilla su afilado acero.
Mas no le hirió, que en el instante mismo
Álzase afuera un alarido horrendo
Cual salido del fondo del abismo,
Y el aire puebla desacorde estruendo.
Inúndase el salón de gente extraña
Que á cuantos allí ve, hiere con saña.
Retrátase en los rostros el espanto,
El Rey sucumbe por el Persa herido,
Y las mujeres que su encanto han sido
Piedad imploran con inútil llanto.»

¡Magnífica conclusión, digna de tan hermoso poema! Un breve epílogo nos hace acompañar á los fugitivos esposos lejos del desviado Eufrates, y seguirlos hasta los muros de la Ciudad Santa de Jerusalén.

Si en sus últimos años hubiera hecho Roa una nueva edición de Ithamar, yo le habría aconsejado que no aguardara al tercer canto para presentarnos la hermosa figura de la bella cuanto implacable *Aurora.*

Tal como la puso, parece algo forzada su fugaz aparición.

También le habría sugerido que en el canto primero, tradujera en diverso metro el himno del Israelita prisionero en Babilonia, ó que lo omitiera por completo. Pero estoy seguro que no habría escuchado esta segunda observación. El salmo *Super flumina Babylonis* respira poesía en cada una de sus frases y ha formado en ciertas épocas la delicia de los traductores Italianos y Españoles. Descuella, entre todas, la paráfrasis de Jáuregui. La dulzura y atrevimiento de la del Italiano Mattei cautivó á Don José Joaquín Pesado y le sugirió su inmortal versión.

«Del Eufrates sentado en la orilla,
De Judá me acordé con tristura,
Y al mirar su marchita hermosura
La corriente con llanto aumenté.
De memorias funestas y amargas
Sólo vive el dolor que alimento:
En un sauce, ludibrio del viento,
Para siempre mi lira colgué.»

La dulce armonía de estas estrofas, la boga que alcanzaron por muchos años, y la gloria que dieron á Pesado, movieron á cuantos entonces cultivaban las musas á hacer esfuerzos por imitarlos. Todos quisieron traducir el mismo salmo, y todos de un modo diverso, en diferente metro, y en estilo desemejante.

Don José Sebastián Segura se había dedicado á estudiar el hebreo, y quiso desde luego hacer alarde de sus conocimientos, adoptando la siguiente medida:

A los márgenes
Umbríos,
De los ríos
De Babel,
Presos míseros
Llegamos
Y lloramos
Por Salem.

Se le figuraba que remedando el retintín con que su maestro leía los versos del Salterio Hebraico, imitaba perfectamente su ritmo y cadencia con un metro tan poco á propósito para un Salmo tan sublime. En mis diversos viajes á Tierra Santa, al oir á los Judíos leer su Biblia, con cierto sonsonete que hacen más enfático los sollozos, nunca he dejado de acordarme de la traducción de Segura. Hubo otras todavía más raras. Roa quiso hacer la suya más seria y solemne, y se me figura que no fué feliz. Juzgue el lector por la primera estrofa:

«Llorando á orillas del undoso rio,
Presos en Babilonia, nos sentamos,
Y nuestras harpas en el bosque umbrío
Al acordarnos de Salem, colgamos.»

¡Ojalá no tenga yo razón!



III.

«LAS Musas embellecen cuanto tocan,» ha dicho un poeta griego, y en pocos casos se verifica este aforismo con tanta exactitud como en la leyenda *Diana*. Si la despojamos de las riquísimas galas de la poesía que la cubre y la transforma, no queda sino un esqueleto prosaico y sin atractivo alguno. El argumento es trivial; se reduce á unos amoríos, ó más bien *flirtation* (como dicen los Ingleses) sin fundamento ni constancia, como son tan frecuentes en los vapores y en las fincas de campo. Uno de los *calaveras*, amigos del protagonista, los describe en los siguientes lacónicos versos (parte 3ª):

«¿Qué nos refieres de tu novia muerta?
Sabemos que después enamoraste
A nueva joven con dinero y fresca,
Que te ha dejado fresco, según dicen,
Sin dinero ni amor.»

El enredo es más cómico de lo que pudiéramos es-

perar: se reduce á un mero lance de carnaval; á una confusión de disfraces, tan común en la vida real y en las comedias. El desenlace es mucho menos trágico de lo que deseáramos. Los personajes *en sí*, resultan poco simpáticos. Pero, en cambio, ¡qué poesía tan rica, qué galanura de dicción, qué descripciones, qué arrebatos, qué sublimidad!

Desaparece bajo los atildados versos la trivialidad del argumento, los personajes se vuelven amables ó por lo menos interesantes, la heroína se convierte en verdadera divinidad, y hace que su ligereza nos parezca sensibilidad; sus pasiones, virtudes; su temeraria inmolación, martirio y sacrificio. Va á juzgar el lector.

«Como el perfume de entreabierta rosa,
Cual la primera luz de la mañana
Cuando aparece en el Oriente hermosa,
Entre la sombra aún, casta es Diana:
En el regazo maternal dichosa,
Con el amor de su familia ufana,
Pacífica resbala su existencia
Por el jardín de tierna adolescencia.

«Y es tal la brillantez de su hermosura,
De su faz el encanto soberano,
Que quien de verla alcanza la ventura
Beldad que la asemeje busca en vano:
Del cielo de Colón estrella pura,
Flor que produjo el suelo americano,
Que sólo es dado á suelo tan fecundo
Producir esa flor, gloria del mundo.»

Flores, en verdad, de exquisito aroma, son estas y las seis octavas siguientes, en que describe más todavía que la belleza plástica, la pureza del alma de la bellísima y discreta Diana. Al leerlas cualquiera las creería calcadas sobre algunas de Ariosto, si el autor (en el prólogo de la edición de 1892) no nos dijera expresamente que Bulwer Lytton y Shakespeare eran entonces sus autores favoritos y los que inspiraban sus versos.

Pero he aquí que, en la pacífica quinta de que era Diana deidad tutelar, se presenta inesperado un joven, sin posición social ni grandes esperanzas en el mundo, á quien recomienda un amigo de la familia. Diana, á pesar de su recato, y sin considerar que está ya prometida á otro personaje de gran representación, abre los oídos á las primeras palabras de amor que le dirije Carlos. Con la prontitud con que solían hacerlo las princesas de los libros de Caballería (que ridiculizó Cervantes en las aventuras de Maritornes) empiezan desde luego las citas á todas horas, las cartas de amor, las confidencias y las ternezas propias de los legendarios castillos encantados. Sobreviene el rival (Alvarez), que al verse desbancado, recurre á un ardid para vengarse de ambos, ó reconquistar la perdida prenda.

En un gran baile de máscaras que dió en su finca el padre de Diana, Carlos iba disfrazado de *Don Francisco de Quevedo*. Alvarez (á quien cierta donce-

lla se lo reveló de antemano) prepara un disfraz igual, que viste en el momento oportuno. Diana, engañada de esta suerte, lo sigue hasta apartado rincón del jardín, y da á Carlos motivo justísimo de celos. Este, sin oir disculpas ni escuchar razones, la increpa duramente, rompe la promesa de matrimonio que le ha dado y se retira de la quinta *hospite insalutato*. Los que tienen experiencia en achaques de teatro, saben cuán difíciles son estas escenas, que si no están admirablemente preparadas por el autor y hábilmente ejecutadas por los actores, degeneran en ridículas. Las dificultades se centuplican cuando se trata de una simple narración; y el escritor que consigue hacerla inteligible á sus lectores, y dar al mudo episodio vida y colorido, puede calificarse de poeta de primera fuerza. Esta calificación merece sin disputa Roa Bárcena.

De resultas de este lance carnavalesco, que nos parece demasiado cómico para un poema como el presente, Diana se vuelve loca. ¡Loca por un hombre de quien no era siquiera el primer amor, y que la olvida tan pronto por otra, así como por ella olvidó á la novia anterior! Los que, por la bellísima descripción del carácter físico y moral de la heroína, que vimos en la primera parte, hemos aprendido á admirarla y amarla, daríamos tesoros porque el autor no le quitara la razón. Pero si así fuera, nos veríamos privados de los bellísimos versos en que abunda la segunda parte, ya sea que hable de la loca, ya sea que describa el

retiro del antipático Carlos, convertido de repente en filósofo.

En la tercera parte encontramos á Diana curada de su locura, pero precipitada en otra locura mayor. ¡Es monja, y monja sin vocación!..... De este último aserto, son pruebas más que plenas los tres fragmentos del Album de Diana, durante su noviciado, que revela el autor, y de que copiaré uno que otro verso.

«¿De qué me sirve, insensata,
Rindiendo al orgullo ofrenda,
Solitaria consumirme
En lo interior de mi celda,
Por no decir á quien amo:
Aunque culpable aparezca
Ante tus ojos Diana
Por maquinación proterva,
De tu ardiente amor es digna

... .

«Y lo haré porque no puedo
Vivir sin su amor. Apenas
El sueño cierra mis párpados
Su voz á mi oído llega.

....

—Si, le diré: aunque culpable
A tus ojos aparezca,
De tu ardiente amor soy digna:
Ven, el altar nos espera.»

....

Tú y yo en esa noche víctimas
Fuimos de un odio bastardo;

Ofendióme tu sospecha,
Tus palabras destrozaron
Mi corazón; pero todo
Lo olvido, porque te amo:
Soy digna de que me llames
Tu esposa» ....
....

No parecen estos sentimientos la preparación más á propósito para pronunciar votos irrevocables. Pero aun hay más. En los momentos en que ya todo está preparado para la solemne ceremonia de la profesión, Diana se ocupa en escribir á Carlos su última carta de despedida...... ó de amor. Termina con una bellísima, pero sofística estancia, que no puedo menos que transcribir.

«¿Quieres cumplir mi voluntad postrera?
Al sitio ve donde dichoso fuiste,
Y allí consuela á mi familia triste
Que mi ausencia no cesa de llorar:
Dile que soy feliz. Tú, mi recuerdo
Guarda del corazón en lo profundo.
¡No volveré á mirarte acá en el mundo!
Carlos, adiós. Me llaman al altar.—
«No bien cerró esta carta, y se la entrega
Al mensajero, Diana se levanta,
Que hacia el altar á conducirla llega
La abadesa que al coro se adelanta.
Ella vacila; á caminar se niega
Por un momento trémula su planta;

Mas, viendo en la pared el Crucifijo,
Vamos, Señora, á la abadesa dijo.»

«*Dile que soy feliz*» escribe Diana. El claustro puede ser refugio para el pecador arrepentido, es mansión de delicias para la virgen á quien Dios llama; pero no puede ser feliz quien, presa de un amor insensato, se inmola por un hombre que no merece ni una mirada de compasión. ¿Y cuál es la culpa que llora? ¿Es por ventura su falta de recato al acudir al llamamiento del falso *Don Francisco de Quevedo?*» No: es porque el amante favorecido en el baile no fué el *verdadero*, sino el fingido *Quevedo.* Si hubiera sido aquél nada le echaría en cara su conciencia. Si la locura de Diana nos afligió, este suicidio moral nos desespera. Se necesita la exuberante poesía y el estro soberano de Roa, para *idealizar* tan triste sacrificio.

Pero ¿existió Diana? ¿Amó el poeta á su creación ó á su modelo? Sus amigos de aquella época pronunciaban sin reparo el nombre y apellido de la heroína y Roa nos abre su corazón al empezar la tercera parte del poema.

«Otros dirán que existes, y que acaso
Me enamora tu encanto peregrino;
Que ante ti me prosterno, y á tu paso
La huella beso de tu pie divino:
Que ser no quiero en tu alabanza escaso
Porque de gratitud aguardo en sino

Leve sonrisa de tu boca pura,
Mirada intensa de inmortal dulzura.

. . . .

«No, Diana: tú existes, y tu encanto
Presta valor á la leyenda mía,
Cual presta su belleza el azul manto
Del claro cielo á la *fontana fría.*
Yo tu beldad y tu ternura canto:
Tiene este libro que de noche y día,
Lejos del mundo, en acabar me empeño,
Mucho de realidad, poco de sueño.
«Pero ¿amarte, Diana?. . . . .
«¡Ay! cuéntales, Diana, á tus lectores
Que para el pobre corazón desierto
De tu cantor, el sol de los amores
Es eclipsado sol, astro ya muerto.

. . . .

«Cuéntales. . . . .
«Cómo hubo una mujer, tímida estrella
Que en cielo claro apareció tranquila
Y cual otra ninguna siendo bella,
Mi corazón atrajo y mi pupila:
Cómo á besar su luminosa huella
Ciego me arrodillé: cómo pedíla
Su amor, cuyo recuerdo me consume;
Su amor, de su alma virginal perfume.

. . . .

«Diles, Diana, cuánto la quería;
Diles que fué la luz de mi existencia;
Diles que mi esperanza y su hermosura
Encierra una olvidada sepultura.
«¡Valor, corazón mío! ¿No has llorado

Desde el dia en que todo lo perdiste?
¿Al necio mundo que reir no has dado
De tus pesares con la historia triste?
La imagen de ese fúnebre pasado
Que ante tus ojos indeleble existe,
El tiempo, ya que los recuerdos trunca
¿No logrará desvanecer? — ¡Ay! ¡Nunca!!»

La leyenda que nos ocupa se escribió en 1851; y á pesar de este *nunca* tan enfático, en 1853 ya dirigía á la que más tarde fué su esposa, una poética *Declaración*. "No extrañes (le decía)

«No extrañes tú que quien contó sus años
Por la suma fatal de sinsabores,
Por más que haya escondido sus dolores
Bajo semblante plácido tal vez;
Al sentir en su pecho la semilla
De un *nuevo y delicado sentimiento*,
Lo oculte más y más con el intento
De que nadie lo llegue á conocer.

. . . .

«El es feliz: su grato sentimiento
¿No lo adivinas tú, querida Paz?»

Un año más tarde, en 1854, le enviaba la *Epistola Familiar* que empieza:

«¿Versos me pides, Paz? Hoy es tu dia,
Tienes razón; no es justo que enmudezca.
El afecto y la sangre á ti me unen.»

En 1855, escribía para ella las ricas estancias *Cómo*

te amé. En 1856 le dedicaba la *Canción* en que leemos estos hermosos versos:

«Amor nuestras almas
Unió de tal suerte,
Que sólo con verte
Me siento feliz.

Para ella escribía, igualmente, *La entrada de la noche*, en tres estancias, á cual más bella y más ardiente. Sirva de muestra la última:

«La hora se acerca ya en que voy á verte,
Y bendigo la noche. Sus estrellas
Más apacibles son, y son más bellas
Cuando alumbran tu faz.
Si vieres que en mi frente oscura nube
Ponen tal vez del mundo los enojos,
Disípela, amor mío, de tus ojos
El brillo angelical.»

La misma inspiraba en el propio año de 1856 la SILVA: *¿Por qué nace tan llena de alegría—La sonrosada aurora?* y la FLOR DEL ALMA. En 1857 le consagraba el hermoso soneto *El campo y el estío*, y, por ultimo, el año de 1858 brotaba de la pluma del dichoso poeta: EL DIA DE LA BODA. En este epitalamio dice entusiasmado á su esposa:

«¡No más cantos de amor bajo las rejas!
¡No más suspiros vanos!
¡No más de gloria sueños y consejas
De tiempos ya lejanos!

Son recias tempestades pasajeras,
Amores juveniles,
Y mueren, no bien nacen, las primeras
Rosas de los pensiles.»

Y así murió aquel primer amor del poeta, que nunca había de revivir, según lo declaraba á Diana. Pero, si «la tumba de flores rodeada» no era un obstáculo para que á su tiempo germinasen nuevos amores, ¿por qué no amó el vate á aquella mujer para quien escribía, no un soneto de pocos renglones, no un epigrama ni una breve cancioncilla, de las que se componen por juego, sino una leyenda, un poema de *largo aliento* (como hoy se dice), bien meditado y corregido, propinado al público primero *á pequeñas dosis* en "La Cruz," luego en la edición de 1859, y, por último, en la de 1892? En los versos citados encontramos la clave de esta anomalía, como á primera vista parece.

Si se leen con atención las poesías dedicadas á la que fué su esposa, se encontrarán frías, comparadas con las que consagra á Diana. Esto quiere decir que cuando pensó seriamente en la realidad de la vida, no quiso para compañera perpetua á una *romántica*, por bella y discreta que fuese, sino á una mujer que reinara en su hogar y en su corazón, y llegara á ser, como lo fué á su tiempo, madre modelo y educadora perfecta de sus hijos. Se me figura también que los versos que pone en la boca de Carlos, revelan las dudas y escrúpulos personales del admirador de Diana.

«Dime si debo amarla, cuando sigue
La desgracia mis pasos tan de cerca,
Que la joven que tanto me quería
Duerme en silencio ya bajo la tierra.
Díme si es dable que retoñe el árbol
Del corazón que el desengaño seca,
Cuando sus ilusiones y esperanzas
Como el humo fugaz fueron deshechas.»

El árbol que retoñó tres años después, aún no estaba maduro en 1851. Quizás en este espacio de tiempo sobrevinieron acontecimientos que lo alejaron de aquella «inteligente y rara mujer, que sirvió de modelo á mi heroína (como dice en el prólogo de la última edición) y que sin hacerse monja ni hallarse en otros lances del poema, *vivió y murió infeliz por bella, noble y sensible.*» Si tales conjeturas son exactas, debemos felicitarnos los amigos del vate, porque supo dar vuelo á su admiración lo bastante para producir un poema tan bello, y tener el juicio y discreción suficientes para unir su suerte con quien lo hizo feliz.

Ya que no amó al modelo, ¿amó á su *creación?* Al repetir esta pregunta, me refiero no al poema en general, que nos consta que fué su hijo predilecto, sino al personaje, á la heroína creada por su fantasía, á Diana *idealizada.* Los que no han vivido entre artistas quizá no comprendan todo el alcance de esta distinción. Todo pintor, escultor ó poeta necesita un modelo. Pero ¿cuántos ha habido en el mundo tan afortunados

como Canova, que encontró á una Paulina Bonaparte, perfecta de pies á cabeza? El artista ordinario se ve obligado á poner ojos, manos, cabellera ajena en el cuadro, que si se copiara de la naturaleza sin cambiar un ápice, resultaría menos bello, como sucede hoy día con los *modernistas* en arte. La estatua, pintura ó descripción de esta manera hermoseadas, sin dejar de ser retratos, resultan muy superiores al modelo; y de estas figuras *idealizadas* se enamoran los artistas. Ahora bien, Diana *idealizada* por el poeta, es decir, loca por quien no la merecía, y mala religiosa (como tiene que ser quien entra al claustro sin vocación) ¿es superior á la Señorita G*** romántica, sensible, desgraciada; pero que *no se halló en estos lances* de la leyenda? A mi juicio no lo es; y dudo mucho que lo haya sido á los ojos de Roa, cuyo criterio en materias religiosas y morales, fué siempre recto, puro y justísimo, como vamos á verlo antes de terminar este estudio.

«No sé si en mi paleta habrá colores
Con que yo retratarte, Alvarez, pueda.»

Así empieza el canto VII de la primera parte, en que describe al personaje más importante de la leyenda, después de la heroína. ¡Sí los hay! y de primera calidad, y bien mezclados. Con ellos traza los lineamentos, y las sombras, y los más insignificantes rasgos del retrato; y le da movimiento y vida, y lo con-

vierte en la figura más perfecta, y á fuerza de deformarla, más bella y más atractiva del poema. Así el pincel de Miguel Angel, la pluma de Dante y el lápiz de Gustavo Doré, nos representan á los espíritus infernales tan maravillosamente monstruosos, que pierden su fealdad, y agradan á la vista, y mientras más aborrecibles más nos enamoran y encantan. Va á juzgar el lector por los pocos rasgos qne copio.

«No sé si en mi paleta habrá colores
Con que yo retratarte, Alvarez, pueda,
O si, á pesar de artísticos sudores,
A mi aliento una empresa tal exceda.
Veo que tus acentos tronadores
Oye con atención ilustre rueda,
En la que hablar osara otro ninguno;
Tu profesión conozco: eres tribuno.
Tú marchas del progreso por la senda,
Y quieres á los pueblos oprimidos
Quitar la espesa vergonzosa venda
Que tejieran tiranos foragidos......
....
«Tachas al propietario de egoista
Porque al pobre sus tierras no reparte;
Es hombre nulo para ti el artista
Y máquina venal quien sigue á Marte;
Mas ¿qué rumor metálico la vista
Te hace volver solícito á otra parte,
De la ley en el noble santuario?
¡Silencio! el mes acaba ..... ¡es su honorario!
....

«...............Dime cómo
Hirió el amor tu corazón de acero.
.... Yo quiero
Me digas si á Diana haces la ronda
O á sus ricos diamantes de Golconda.»

Este funesto personaje es quien usurpa el disfraz de su rival, para comprometer el honor de Diana, quien propina á Carlos un veneno, ó narcótico, en la copa con que brinda á su salud y á sus amores; el que causa todas las desgracias de la hermosa mujer cuya mano en balde pretende, y sigue medrando con sus ilícitos manejos, mientras mira impávido la ruina de sus víctimas.

¿Cómo es que Roa, con tan pocos rasgos lo pintó tan á lo vivo, y lo hizo tan terríficamente interesante? Porque lo pintó *con amore* (como dicen los artistas). Profundamente religioso desde su juventud, y persuadido que sólo al abrigo de la Iglesia puede salvarse la sociedad, combatió con su pluma, desde un principio, á cuantos atacaban á la una ó á la otra. No se contentó con las polémicas periodísticas. En todos sus escritos procuró hacer amables á sus correligionarios, odiosos á sus adversarios; y no dejaba pasar la ocasión de disparar una saeta á los últimos. He aquí por qué delineó tan admirablemente el carácter y la historia del demagogo.

Sólo la parte final no me gusta, y por eso he dicho que el desenlace es menos trágico de lo que teníamos

derecho á esperar. Huyendo del furor del hermano y del favorecido pretendiente de la infeliz Diana, cae en el Atoyac, y perece ahogado en las ondas del río, hinchado por la tempestad. Mejor hubiera sido que muriera Alvarez (quien había ascendido á Ministro) ajusticiado por su propio partido, ó víctima de la plebe en una asonada popular. Pero los buenos cristianos no saben matar ni aun en romances. Ahí está como ejemplo, que disculpa á Roa, el insigne novelista Padre Coloma. ¿Hay muerte menos *satisfactoria* á los ojos del público que la del hijo de *Currita* en «*Pequeñeces*,» ó la de *Boy* en la novela de este nombre?



IV

DIEZ años más tarde (1861) escribió Roa «*La Cuesta del Muerto.*» Es una preciosa leyenda, en muchos puntos parecida á *Diana;* en otros, diametralmente diferente. Su base es una tradición ya formada, y se funda en un hecho verídico. La época se remonta al siglo diez y ocho; y aunque la narración de los sucesos, se haga á mediados del décimonono, el autor no puede ser tan *subjetivo* como en el poema anterior. El actual se reduce también, como aquél, á *amoríos de casa de campo.* Pero su relativa antigüedad y la categoría de los personajes, le da un interés que no puede tener un drama contemporáneo; y los amores son en sí trágicos, terroríficos, sin que el poeta tenga que hacer esfuerzo alguno para darles importancia ó color.

Así es que, aunque los versos sean igualmente vigorosos en una y otra leyenda, las descripciones igualmente poéticas, los episodios trazados con la misma

maestría, el esfuerzo del poeta es mucho menor. Como *Ithamar*, *la Cuesta del Muerto* resultaría un poema aunque se escribiera en mala prosa; pintada en cadenciosos versos raya en lo sublime.

Don Lope Aranda, noble español, héroe del sitio de Gibraltar, é íntimo amigo de Carlos III, no es un emigrado vulgar. En un arrebato de su carácter violento y altivo, ofende al Rey, que lo destierra á Méjico. Compra, cerca de Jalapa, hermosa y productiva finca; y subyugado por repentino amor, contrae matrimonio con la hija de un rico minero, quien le entrega su mano, pero no el corazón. *Corazón de cieno* lo declara el poeta; y ella se encarga de probarlo manteniendo en la hacienda ilícitas ó sospechosas relaciones con dos jóvenes, que bajo el mismo techo moraban, y engañando simultáneamente al marido y á entrambos amantes. Al descubrir Don Lope algo de la trama, cae herido primero de un ataque de apoplejía, y luego por la daga que en manos de un amante pone la misma mujer. Esta concierta con el segundo amante romántica fuga, y, entretanto, sale de la casa con el primero y el cadáver del esposo, y precipita á los dos desde la cuesta que desde entonces lleva el nombre *del Muerto*.

Tal es el esqueleto de la leyenda; y con tan poética base, no era difícil á un vate en la flor de la edad, en la época de las ilusiones, y ejercitado en este género de literatura, revestirlo de bellezas, y engran-

decerlo con arranques sublimes de ingenio y de pasión. Así lo hizo Roa, desempeñando su papel con una habilidad de que van á juzgar los lectores por los trozos que copio en seguida:

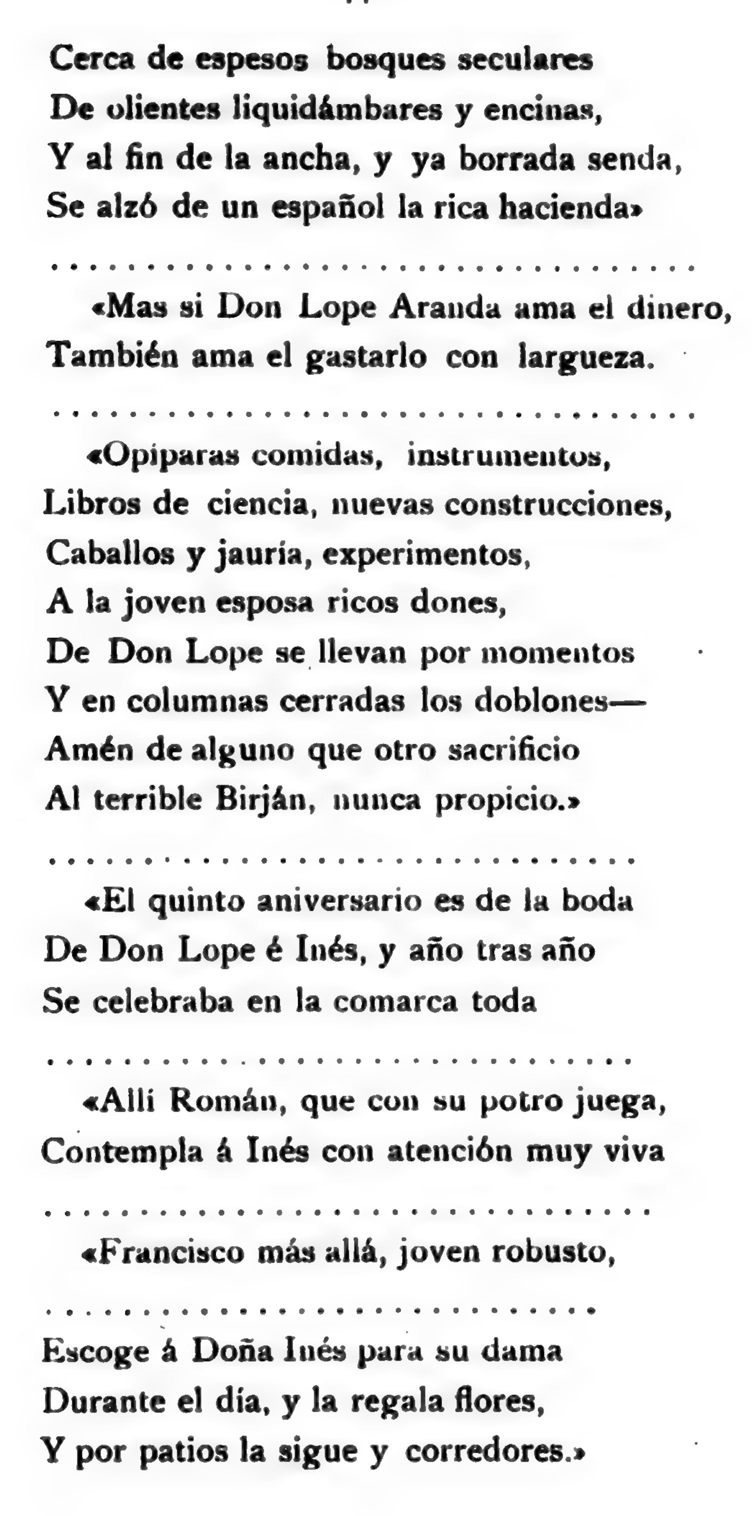
«De cuanto he visto no hay cosa
Que así me halague y sonría
Como mi ciudad natía,
Como Jalapa la hermosa.»

Con estos hermosos versos empieza la serie de *treinta y ocho* cuartetas con que hace la descripción del camino de Jalapa á Coatepec. Quizá la encontrarán algunos demasiado prolija; pero hay que perdonarle este defecto, si defecto fuere, en atención al entusiasmo que respira desde el principio hasta el fin, y al amor á *su ciudad natía*, que, en efecto, para propios y extraños, se cuenta entre las más hermosas de Méjico.

Sigue (bajo el número II) un hermoso romance titulado *«El cronista y su guía.—La cuesta.—La tradición.»*

El número III es una cadena de brillantes octavas, que hablan de *«La Hacienda de Don Lope.—Aniversario de la boda.—Doña Inés.»*

«Casi un siglo hace ya que en los lugares
Do hallarás melancólicas rüinas
Con que á la diestra un poco te separes
Si de Jalapa á Coatepec caminas;



Cerca de espesos bosques seculares
De olientes liquidámbares y encinas,
Y al fin de la ancha, y ya borrada senda,
Se alzó de un español la rica hacienda»

. . . .

«Mas si Don Lope Aranda ama el dinero,
También ama el gastarlo con largueza.

. . . .

«Opiparas comidas, instrumentos,
Libros de ciencia, nuevas construcciones,
Caballos y jauría, experimentos,
A la joven esposa ricos dones,
De Don Lope se llevan por momentos
Y en columnas cerradas los doblones—
Amén de alguno que otro sacrificio
Al terrible Birján, nunca propicio.»

. . . .

«El quinto aniversario es de la boda
De Don Lope é Inés, y año tras año
Se celebraba en la comarca toda

. . . .

«Allí Román, que con su potro juega,
Contempla á Inés con atención muy viva

. . . .

«Francisco más allá, joven robusto,

. . . .

Escoge á Doña Inés para su dama
Durante el día, y la regala flores,
Y por patios la sigue y corredores.»

¿Por qué vino Don Lope á América? pregunta el

poeta en el número IV, y responde en una serie de octavas, tan sonoras como las que acabamos de ver.

«Trasladaré al lector á lo pasado
Cinco ó seis años antes, y en privanza
Le haré ver á Don Lope, y festejado
Allá en Madrid, por el favor que alcanza.
Una misma pasión, nudo apretado
De franco afecto é íntima alianza
Formó entre el noble y brusco caballero
Y el poderoso rey Carlos Tercero.»

Más abajo volveremos á hablar de esta amistad, y de la ruptura que ocasionaron los arrebatos de Don Lope. Ahora sólo mencionaremos los resultados que la última produjo.

«Carlos le perdonó; pero le cierra
La augusta Majestad, dél ofendida,
Las puertas ¡ay! de la nativa tierra
Y le manda que en Méjico resida.

Véamos ahora *el casamiento de Don Lope* (número V).

«La Ciudad á celebrar se apresta
Del CORPUS hoy la religiosa fiesta.
«Del fresno y liquidámbar enlazados
Forman los tallos enramada umbrosa
Por las alegres calles, y á los lados
La multitud se agolpa silenciosa.
Hay altares riquísimos alzados
Acá y allá, do el Sacramento posa,

Y el soplo hace ondular, del aura amiga,
La llama del blandón, la rubia espiga.
«Desde las torres el metal sonoro
De las campanas, su clamor da al viento;
De atambores y pífanos el coro
Suena, si calla musical concento.
Lleva el pastor en relicario de oro
La Augusta Majestad del Sacramento,
Y al pasar de soldados entre hileras,
Humíllanle sus armas y banderas.
«Abre la procesión y se adelanta,
El estandarte de la Cruz llevando
Con brazo fuerte y con segura planta,
Noble anciano, que ejerce civil mando;
Turba de niños, que la vista encanta,
Angeles ó sibilas figurando,
Sigue después, y porta pebeteros,
Haces de trigo, frutas y corderos.
«En blanca nube de oloroso incienso
Que arde en braseros de bruñida plata,
Se oculta el Dios que con poder inmenso
Enfrena el mar y el aquilón desata.
Mírale el sol, desde el zenit suspenso,
Y su alabanza en armonía grata
Ensayan aves, céfiros y fuentes,
É inclínanse ante Dios todas las gentes.»

Trazaba estas líneas Roa Bárcena el año de 1861, cuando el partido radical había triunfado de sus adversarios y dictaba todos los días medidas sangrientas contra la Religión. Entre ellas estaba la prohibición de esas bellas procesiones religiosas, que forma-

ban y forman la delicia del pueblo católico. Se comprende, pues, que el poeta describiese la del Corpus con tanto sentimiento, y encantado con su propia pintura lanzara profundos suspiros, emanados de su llagado corazón de católico.

«Tiempos de dulce paz y fe sincera
En que la vida resbaló tranquila......
¡Tiempos de fe y de amor! ¡Si fuese dado
Teneros en lugar de los presentes!......

Así exclama el vate dolorido, y aun ahora, después de medio siglo, estoy seguro que el lector mezclará sus propias lágrimas con las del cristiano poeta.

Viendo la procesión en un balcón se hallaba Doña Inés. A verla vino Don Lope de su hacienda, y al mirar á la hermosa doncella quedó su corazón subyugado por su garbo y señorío. Poco tiempo después se unieron ante el altar.

«Y Don Lope, al tomar en la presencia
Del cura, aquella mano deliciosa,
No vió en su ceguedad, de dicha lleno,
Que el corazón de Inés era de cieno.»

La vida doméstica (número VI) tenía que ser como lo presagiaban tales antecedentes. Llega el quinto aniversario de la boda, y en *el convite* admirablemente descrito en el número VII, pronuncia Don Lope, entusiasmado, el siguiente brindis:

«Del alto favor caído
De Carlos, gloria de España,
Me condenó en tierra extraña
Al deshonor y al olvido.
«Mas de las iras reales,
Que respeto cual vasallo,
Los cielos burlan el fallo
Trocando en dicha mis males.
«Franca, amistosa acogida
Dióme esta colonia, á fe,
Y casi al llegar hallé
Con el amor nueva vida.
«Y no el amor me hirió en vano,
Pues sellando mi ventura,
Inés me entregó ante el cura
Su corazón y su mano.
«Por mí, que he sido asaz necio,
Aquí su beldad sepulta,
Cuando estar no debe oculta
Joya de tan alto precio.
«Lejos de aquestos lugares
Presto se hallará en su esfera,
Cual la corza en la pradera
Y como el pez en los mares.»

Al llegar á esta parte del brindis cree descubrir pruebas de infidelidad en su esposa, y da ocasión al trágico desenlace que se narró al principio.

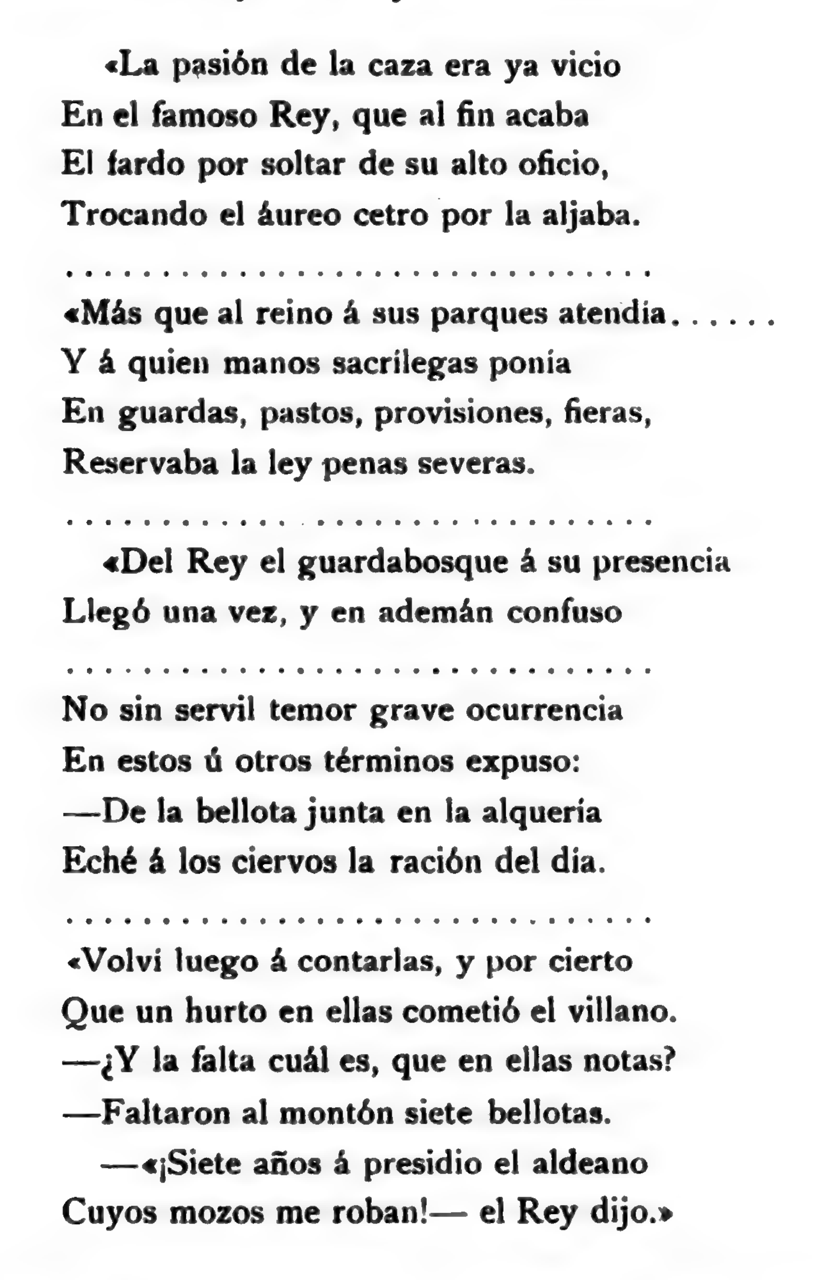
Quien lea todo el poema con atención verá con cuánta justicia dice el insigne literato Colombiano Don Miguel Antonio Caro, que «Roa Bárcena narra con

facilidad y gracia; encadena á sus relaciones el interés del lector; describe con pincel de artista que ama y observa la naturaleza; con fidelidad da á conocer las costumbres de nuestros mayores, nacidos ó avecindados en América; cuando escribe el poeta en su propio nombre, sus sentimientos nobles y puros hablan desde el papel con muda elocuencia al alma; sabe su lengua, conoce los recursos de la versificación castellana, y así maneja el popular romance como la aristocrática octava real.»

Al hablar del desenlace de *Diana* dije que los literatos cristianos no saben matar, ni aun con la pluma. ¿Cómo es que aquí mata á sus personajes con golpes tan diestros? No sólo Don Lope y uno de los amantes mueren asesinados por la pérfida esposa, sino que ella misma perece en el cadalso, y el segundo amante, sinceramente arrepentido y con verdadera vocación, viste en Lima el hábito franciscano. Fácil es la respuesta. No es el poeta, sino la tradición, quien mata de esta suerte á los héroes del drama. Aun lo que añade el autor de su propia inventiva, no es exclusivamente suyo. Estaban muy en boga entonces los Romances del Duque de Rivas, y sin duda en el «Cuento de un veterano» se inspiró para describir la marcha de Inés hasta la *Cuesta del Muerto,* obligando á su engañado admirador á cargar sobre sus hombros el cadáver de la víctima.

Otra cuestión es más difícil de resolver. La des-

cripción de Carlos Tercero y del incidente que dió ocasión al desacato de Don Lope, es en todos sus puntos irreverente, y aun raya en caricatura.



«La pasión de la caza era ya vicio
En el famoso Rey, que al fin acaba
El fardo por soltar de su alto oficio,
Trocando el áureo cetro por la aljaba.

. . . .

«Más que al reino á sus parques atendía. . . . . .
Y á quien manos sacrílegas ponía
En guardas, pastos, provisiones, fieras,
Reservaba la ley penas severas.

. . . .

«Del Rey el guardabosque á su presencia
Llegó una vez, y en ademán confuso

. . . .

No sin servil temor grave ocurrencia
En estos ú otros términos expuso:
—De la bellota junta en la alquería
Eché á los ciervos la ración del día.

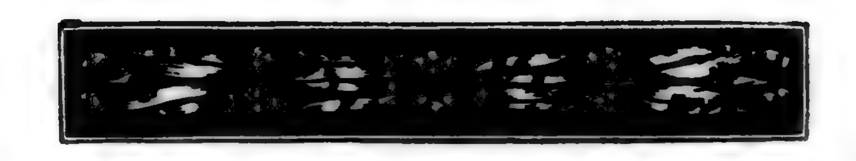
. . . .

«Volví luego á contarlas, y por cierto
Que un hurto en ellas cometió el villano.
—¿Y la falta cuál es, que en ellas notas?
—Faltaron al montón siete bellotas.
—«¡Siete años á presidio el aldeano
Cuyos mozos me roban!— el Rey dijo.»

Si hubiera Roa escrito estos versos en 1866, cuando desengañado ya del Imperio Mejicano, todo lo veía á través de sus desilusiones, nada me admiraría.

Antes bien, me habría figurado que era una fina sátira contra el reinante Emperador. Pero no acierto á concebir por qué trazó estas líneas un conservador convencido, precisamente en los momentos de sus ilusiones monárquicas.

La Cuesta del Muerto forma parte de una colección de Leyendas Mejicanas publicada en 1862; pero parece que está fuera de su lugar junto á Xóchitl ó la Princesa Papantzin. Es más bien una leyenda netamente española, ó, á lo sumo, hispano-americana; y por esto ha tenido más aceptación y ha agradado más á críticos tan competentes como Menéndez Pelayo y el Bogotano Caro. Vamos á ver en qué fundan su preferencia estos insignes censores.



V

CUANDO el poeta anglo-americano Longfellow publicó su poema indio *The song of Hiawatha* era yo estudiante en Inglaterra y cursaba precisamente la clase de Poética. Se leyó con extraordinaria avidez y los jóvenes de entonces lo aplaudieron con frenesí. No fuí yo, por cierto, una excepción; y en las composiciones poéticas que por deber me tocaba presentar cada semana, me complacía en mezclar á las rimas Inglesas los nombres mejicanos más estrambóticos. Debo confesar que ni maestros ni condiscípulos tomaron tales coplas á lo serio; pero mi gusto persistió al regresar al país, según he referido. Leí con avidez «Las Aztecas» de Pesado. De Roa sólo había salido á luz, hasta entonces, en este género, *La danza de los Indios;* y la aprendí de memoria. Si ya entonces hubieran visto la luz pública *La Princesa Papantzin* y las demás Leyendas Mejicanas, es probable que hubiera sido su ferviente admirador.

Pero antes que salieran de su pluma modificó mi gusto quien menos se pudiera creer: el noble indígena Don Faustino Chimalpopoca, descendiente del tercer rey de Méjico. Era catedrático de idioma mejicano en la Universidad y fuí uno de sus discípulos. El nos inició en los misterios del idioma azteca; y guiándonos por sendas, en que no habríamos podido aventurarnos solos, nos hizo ver cuán diferentes de los cantos originales eran los que á Netzahualcóyotl y otros poetas indígenas se atribuían. Más tarde, otro sabio anticuario, Don Joaquín García Icazbalceta, acabó de hacerme escéptico en todo lo relativo á las letras, artes y grandezas de los primitivos habitantes de Méjico. Por último, dos insignes críticos, español el uno, colombiano el otro, me hicieron perder totalmente el gusto por lo que se ha llamado *leyenda americana* ó en especial *mejicana*. He aquí lo que Menéndez Pelayo escribía al mismo Roa Bárcena en 1890:

«Volviendo á las «Leyendas» diré á Vd. que conocía tan sólo las dos reimpresas por Caro en Colombia, y que ahora he vuelto á saborearlas, y las tengo por las mejores. En las de asunto azteca, que ahora por primera vez he leído, no hay menos facilidad y gracia narrativa, y hay acaso más poesía de estilo y más lujo y pompa en las descripciones; pero tienen algo de exótico é interesan menos. A lo cual contribuye quizá la rareza y áspera estructura de los nombres indígenas, y la falta de relación de las tradiciones y creencias de

aquellos pueblos con todo lo que vino después de la conquista. De donde resulta, que siendo igual en unos y en otros asuntos la habilidad del poeta, y quizá superior en lo más difícil, es poesía menos humana y simpática la de carácter indio, á no ser en *La Princesa Papantzin,* que tiene cierta grandiosidad profética.»

Por su parte así se expresa Don Miguel Antonio Caro en el discurso preliminar á las poesías escogidas de Roa Bárcena publicadas en Bogotá en 1882:

«Hay que confesar que estos asuntos, de épocas anteriores á la conquista, no tienen de nacionales para nosotros sino el lugar donde se verificaron los sucesos, que es el mismo suelo americano que habitamos; y que aquellos personajes, cuyos nombres mismos tienen para nuestros oídos castellanos un sonido extraño, no nos interesan por motivos de raza ó de tradición, sino por otras circunstancias por donde pudieran interesar á lectores europeos, y como á nosotros mismos pueden interesarnos cualesquiera otros personajes extranjeros, célebres por su dramática vida ó su muerte trágica...........................

«Ya en Méjico, y antes que el Señor Roa Bárcena, habíanse ensayado en la narrativa de asuntos indígenas, el célebre Pesado, Ortega y Rodríguez Galván, con éxito vario, *pero nunca brillante,* dígase lo que se quiera de *Las Aztecas* del primero.»

Me he extendido en las citas de estos insignes críticos, para que me sirvan de excusa si juzgo con seve-

ridad excesiva las *Leyendas Mejicanas,* sin exceptuar aun *La Princesa Papantzin.* Básase ésta en la tradición (si así podemos llamarla) que nos han conservado Torquemada, Betancourt, Boturini y Clavijero, algún tanto alterada por el penúltimo. Se me figura que Roa siguió á Clavijero, como veremos comparando algunos pasajes del uno y del otro.

NARRACION DE PAPANTZIN.

«No bien perdí la vida, ó, si increíble
Os pareciera aquesto, fuí privada
De razón, y al dolor quedó insensible
El cuerpo, de mi espíritu morada,
Por el aire con ímpetu terrible
He sido á llano inmenso transportada;
Llano sin cavidad, choza ni monte,
Ni más límite y fin que el horizonte.

«En el centro hay camino, dividido
En diferentes sendas tortuosas,
Y cerca un rio va, que con bramido
Ronco, sus aguas lleva cenagosas.
A la contraria margen me decido,
Como cediendo á fuerzas misteriosas
Que me impelían, á pasar á nado,
Cuando gallardo joven ví á mi lado.

«Bella la faz y grande la estatura,
Cual la nieve que manchas no consiente
Era blanca su larga vestidura
Y como el claro sol resplandeciente.
Dos alas, y ceñida la cintura
Lleva, y esta señal le ví en la frente:
(Diciendo así, con arte peregrino
Su diestra, de la Cruz, formaba el sino).

. . . .

Apenas quedé muerta, ó si no queréis creer que haya fallecido, apenas quedé privada del movimiento y de los sentidos, me encontré de improviso en una extensa llanura de que no se veía límite por ningún lado.

En medio de ella, observé un camino que luego ví dividirse en varios senderos; y de un lado corría un gran río, cuyas aguas hacían un ruido espantoso; y queriendo yo arrojarme al río para pasar á nado á la ribera opuesta, ví delante de mí á un hermoso joven de buena estatura, vestido con un hábito largo, blanco como la nieve y resplandeciente como el sol, adornado con alas de bellas plumas, y llevando en la frente esta señal: (al decir esto, la Princesa formó con los dos primeros dedos la señal de la Cruz).

. . . .

«Mi corazón latió con más sosiego
En presencia de tales maravillas;
Llevóme de la mano el joven luego
A visitar del río las orillas:
Ví huesos calcinados por el fuego
Y rotas calaveras amarillas;
Oí gemidos de dolor y espanto
Que inspiran compasión, mueven á llanto.

Me condujo luego á lo largo del río, en cuya ribera ví muchísimos cráneos humanos y osamentas, y oí gemidos tan lastimeros que me movieron á compasión.

«Del río al ancho cauce me convierto,
Y unos barcos en él, grandes y raros,
Con gentes cuyo traje y faz no acierto
Por lo extraños que son, á descifraros,
Ví acercarse á las márgenes, y advierto
De su intención hostil signos muy claros:
Hace brillar el sol por todas partes
Yelmos y escudos, armas y estandartes.»

Volviendo los ojos al río, ví hacia arriba algunas barcas grandes, y en ellas ciertos hombres de color y traje muy diversos de los nuestros. Eran blancos y barbudos, y llevaban estandartes en la mano y yelmos en la cabeza.»

Por estas citas, y otras que pudiéramos añadir, se ve que el poeta se limitó á poner en renglones medidos y rimados la prosa de Clavijero, sin añadir á la leyenda rasgo alguno de su propia inspiración. De aquí resulta, que á pesar de los milagros de artificio métrico y la excelencia de la rima, el éxito no correspondió á los esfuerzos del vate. Hay escritos que en prosa parecen poéticos; pero que puestos en verso degeneran en prosaicos. A este género pertenece la epístola de San Ignacio Mártir á los Romanos, redactada nada menos que en la patria de Homero, la histórica Esmirna. ¡Qué arranques tan sublimes, qué descripciones tan gráficas, qué aspiraciones al martirio verdaderamente divinas! Conocí á un helenista que la puso en verso, y al leerla quedó horrorizado de su propia versión. Para convertir la apostólica epísto-

la en un canto heroico, habría sido necesario borrar tanto, añadir tanto, modificar tanto, que habría dejado de ser lo que quiso su autor que fuera, y no era lícito cambiar.

En la leyenda de Papantzin sí habría podido el poeta cambiar y añadir mucho, sin faltar á la fidelidad ni á su misión. La *tradición* es vaga, y como todas las de esa época, mal zurcida. ¿Qué llanura es esa, qué río es aquél á donde se sintió transportada la princesa? ¿Es el infierno ó el paraíso, los Campos Elíseos ó el Averno? Las osamentas parecen reales; ¿pero qué hacen allí los guerreros con sus panoplias y estandartes?

Esta vaguedad, estas sombras indefinidas, caen bien en las relaciones de los autores citados, ó en algún *ejemplo* ó conseja de un libro devoto. Pero para convertirlas en verdadero poema, era preciso ante todo deslindar los lugares, distinguir la realidad de las figuras, la historia de la profecía. Era indispensable convertir la leyenda azteca, ó mejor dicho hispano-mejicana, en una *Divina Comedia*, ó en el canto sexto de la Eneida. Pero si Dante mismo, ó Virgilio en persona hubieran emprendido semejante tarea ¿habrían por ventura, salido airosos? Era preciso, en primer lugar, dar terminaciones y suavidad latinas á los exóticos nombres aztecas. Era indispensable buscar entre los decadentes aborígenes ó los obscuros descendientes de los futuros conquistadores, alguno á quien

aplicar el *Tu Marcellus eris*. ¡Y estas serían las menores dificultades!

En las demás leyendas mejicanas encontramos los mismos inconvenientes y las mismas bellezas. Hermosos versos por todas partes, que de repente vienen á deslucir vocablos exóticos, que como quiera que midamos, es imposible hacer entrar en la métrica española; asuntos que el vate hace esfuerzos titánicos para que parezcan poéticos, pero que en pocos casos lo consigue; ideas y sucesos que se pretende elevar hasta lo sublime; pero que para los mejicanos familiarizados con la vida azteca resultan triviales: he aquí lo que hallamos en todas. Juzgue el lector por una que otra cita:

«En Papantzin por su mal,
Redobla industrioso empeño
El ya comenzado sueño
De la privanza real.
«Y tras conservas mejores
Que con la miel condimenta
Y cuyo mérito aumenta
En transparencia y sabores;
«Queriendo agradar al Rey
Más y más, con nuevo ardor
Estudia, y hace licor
Con el jugo del *maguey*.
«Es cual leche alabastrina
El liquido fermentado
Y al débil y desganado
Fortaleza y medicina.

«Tal fué del *pulque* el invento,
Y así la historia lo dice
De la doncella infelice
Que da materia á mi cuento.
«En una y otra vasija
Y con aseo y primor
Puestos dulces y licor
Sale á llevarlos la hija.
«Partió *Xóchitl* de mañana
Con ricos traje y pendientes,
Seguida de sus sirvientes
Y *Tepenenetl* la anciana.»

No obstante la bella descripción de la prosaica bebida, al leer los anteriores versos vendrán á la imaginación del lector de Méjico, las largas hileras de indias ébrias que *caen* á la cárcel cada mañana, después de haber libado con profusión aquella *leche alabastrina*. Por más que uno haga, verá en alguna de ellas el tipo de Xóchitl; no logrará imaginarse revestidos de la majestad real á los caciques de Tlaltelolco, de Tacuba, y otros suburbios ó pueblos de los alrededores de Méjico; y pronuncie como quiera, declarará cojo el verso en que se ingerta á Tepenenetl.

Si Roa viviera, me respondería con los versos de *«la Danza de los Indios»*

«Vestigios de otra gente
Guerrera y poderosa,
Resto sólo al presente
De una tribu gloriosa

Que á guisa de relámpago
Brillaba y se extinguió.
«¿Quién reconoce en ellas
La gracia peregrina
De las *facciones bellas*
Con que inflamó Marina
El noble pecho indómito
Del gran Conquistador?»

¡Puede ser! . . . . . Pero ya he citado los nombres de los críticos y anticuarios ilnstres, que me hicieron perder mis ilusiones acerca de la poesía y de la grandeza azteca. Deseo vivamente equivocarme, en este y en todos los puntos, en que juzgo con menos entusiasmo que de ordinario á mi difunto amigo.



VI

PUEDEN clasificarse entre las *Leyendas,* las *Memorias de un Peregrino* y el *Canto del Ave del Paraíso?* A aquéllas no dió el autor más nombre que *Fragmentos de un poema inédito,* que nunca se concluyó, ó que, por lo menos, no salió á luz. Más bien que diversos cantos de un mismo poema, son una serie de pensamientos filosóficos en romance endecasílabo, con poca conexión entre sí. Todos respiran profunda tristeza, ajena del carácter de Roa, sobre todo en esa época (1850) en que se hallaba entre los veinte y los treinta años, y en el período de las ilusiones.

«¿Viste morir al entusiasta joven
Que el orgullo formó de su familia,
Amado de las ciencias y las artes
Y en cuyo pecho el patriotismo ardía?
¿Viste morir la prometida esposa
De dar su mano ante el altar en vísperas?
. . . .

¡Un año más, y con su injusta suerte
La familia enlutada se resigna!»

¿Qué le inspiraba pensamientos tan tétricos? ¿Era por ventura la muerte trágica de su pariente Alcalde, la de la mujer que fué su primer amor? Sea lo que fuere, aun los cantos que tienen por epígrafe *la Primavera—la Lluvia—la Caza* destilan por todos lados la misma melancolía. En el canto X hay unos versos que me han impresionado mucho cuando he vuelto á leerlos recientemente, porque expresan su convicción constante hasta el fin de su vida.

«¿Pero quién aparece, el débil cuerpo
Llevando hacia la cima con trabajo,
Inclinada la frente, y sosteniéndose
Con el auxilio de nudoso báculo?
Es ¡ay! la SENECTUD: en su cabeza
Los inviernos sus nieves han dejado;
No tiene brillo su mirada incierta,
No tiene savia de su vida el árbol.
. . . .
Solicita una tumba y no la encuentra.»

De índole muy diversa es el *Canto del Ave del Paraíso.* Todo en él respira dulzura, y sus versos son aun más armoniosos que de ordinario. Coloca la escena en Olmutz y sus alrededores, y en una nota declara que la leyenda es de origen sueco. Pero en realidad es tradición universal, y en particular española. ¿Quién no ha oído el refrán: *le cantó el pajarito de la*

gloria, aplicado á quien se tarda en un recado mucho más de lo necesario? Se alude en tal proverbio á la historia del monje Alfeo, que narra Roa Bárcena en fáciles y sonoros versos.

Asaltaban al buen religioso dudas frecuentes acerca de las delicias de la eterna gloria. Para que prácticamente se disiparan, envió el Señor á un ángel —ó una ave celestial— que le estuviera cantando un siglo entero, sin que Alfeo se cansara ó fastidiara un solo instante, como él se figuraba que había de suceder á los bienaventurados en el cielo.

«Y de la copa de árbol vecino
Eleva un ave sonoro trino:
Llena las selvas su grato acento;
Por dondequiera repite el viento
La dulce voz.

. . . .

«No hay voz humana ni melodía
Que con sus notas conmueva tanto
Como las notas que oir hacía
El ave aquella, siguiendo el canto
Que comenzó.

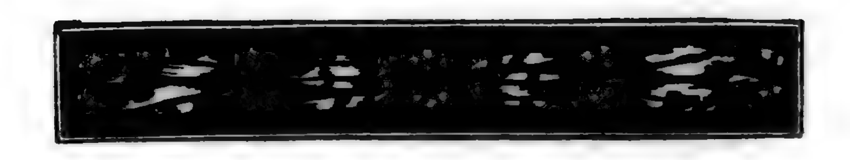
«Ciencia y virtudes, dicha sin tasa
Recibe el hombre que por ventura,
El linde santo del bosque pasa
Y oye asombrado la igual dulzura
De aquella voz.

. . . .

«El no se cansa de oir al ave,
Si bien el canto divino dura;

Y abre sus labios el monje grave
Y en suplicante tono murmura,
Mirando al ave que vuela esquiva:
Mientras yo viva
Cántame así.»

El asombro del monje al bajar al convento, sin que reconozca á ninguno de sus hermanos ni ser de ellos reconocido; su estupor al comprender que lo que él ha juzgado una mañana, un día á lo sumo, ha sido en realidad un siglo; su confusión al recordar sus dudas y confesar su error, todo está perfectamente descrito en sonoros versos por el poeta. Merecía este cuento ser más popular de lo que es actualmente; y se me figura que lo sería, si la escena se hubiera colocado en España en vez de los alrededores de Olmutz.



VII.

Es tiempo ya que hablemos de las poesías *políticas* de Roa Bárcena. Citaré tres, pertenecientes á tres diversas épocas de nuestra historia, pero todas escritas en el período que he querido llamar de las esperanzas é ilusiones del vate. Como los episodios á que alude se van borrando ya de la memoria de la generación presente, antes de copiar los versos, es preciso refrescar las paginas de la historia.

«Recuerdos de la invasion Norte-Americana.—Alcalde y García.» Tal es el título de una elegía escrita en 1847, á la memoria de dos valientes oficiales, fusilados por el invasor, en Jalapa. El autor tuvo presentes al escribirla las Elegías al *Dos de Mayo*, de Arriaza y de Gallego, y vió en sus héroes á otros Daoiz y Velarde. Antes de leer sus versos repasemos lo que más tarde escribió en prosa el mismo Roa Bárcena sobre este trágico suceso *(Recuerdos de la invasión Norte-Americana, capitulo XX,* 1883).

«Por el 19 ó 20 de Noviembre de 1847, una partida volante norte-americana cayó á inmediaciones de Jalcomulco sobre alguna de las guerrillas de Rebolledo y aprehendió y trajo á Jalapa al expresado coronel, al teniente del 11° regimiento de infantería D. Ambrosio Alcalde, al teniente D. Antonio García, etc. . . . . . Comparecieron ante una comisión militar que empezó á juzgarlos sumariamente, y hallando que García y Alcalde en la capitulación de Veracruz empeñaron palabra de no empuñar de nuevo las armas hasta ser canjeados, condenó el 23, á muerte, á estos dos oficiales . . . . .

«Los parientes de Alcalde dieron pasos inmediatamente en solicitud de que se conmutara la pena á aquel joven y á su compañero de infortunio . . . . Una comisión del Ayuntamiento, compuesta del alcalde primero, de los regidores y del síndico *D. José María Rodríguez Roa,* obtuvo larga y cordial audiencia del General Patterson, aunque sin lograr su objeto . . . . . . Patterson repitió su primera respuesta y agregó que la sentencia era justa, porque *se había probado á los reos su perjurio;* que el perdón en aquellas circunstancias sería perjudicial á los mismos mejicanos, porque en los combates subsecuentes no se daría cuartel á los primeros, sabiéndose que *podían quebrantar impunemente su palabra, etc.* . . . . . .

«Los dos oficiales se confesaron en la noche. A otro día muy temprano recibieron la sagrada comu-

nión, y en seguida las visitas de sus parientes y amigos. Ambos oficiales estaban serenos y resignados; se afeitaron y vistieron de riguroso uniforme; se desayunaron frugalmente, y Alcalde se hizo retratar por el pintor Castillo. Díjome que le enviara alguna pieza de ropa, y *nunca olvidaré* su voz dulce y tranquila, ni su apretado abrazo de despedida hasta la eternidad ....Alcalde, sólo á instancias del sacerdote, se dejó vendar los ojos; y en pie, y victoreando á Méjico recibió, en unión de García, la descarga de los rifles norte-americanos......

«Aquellos ensangrentados cadáveres, á los ojos del pueblo, que generalmente no discurre *con otra lógica que la del corazón*, no eran de oficiales que expiaron la violación de su palabra, sino de firmes defensores de la independencia inmolados por el enemigo extranjero. El aspecto de uno y otro le llenó de dolor y le imflamó en ira al mismo tiempo. ¿No eran dignos de envidia los que con las armas en la mano se habían lanzado á montes y caminos, abandonando la quietud y seguridad del hogar y luchando con la miseria y la muerte?»

Estos sentimientos que atribuye Roa al pueblo en general, eran evidentemente los suyos propios; y con *la lógica del corazón,* prorrumpió en los fúnebres acentos que vamos á admirar.

«Hieren cánticos fúnebres el viento;
Marcha con paso grave el sacerdote;

Retratado en su rostro su tormento
El pueblo va también.
«Lágrimas nublan los turbados ojos,
Sollozos lanzan los rasgados pechos,
Y en sollozos y lágrimas deshechos
Unos á otros se ven.
«Allí dos ataúdes que en sus hombros
Conduce reverente el ciudadano,
Las víctimas contienen que *el tirano*
Feroz sacrificó.
«Ya dejaron el templo do sus preces
Por los que fueron el mortal levanta:
Guia la muchedumbre ya su planta
Al yerto panteón.
«¡Sombras ilustres! Alzaos
De vuestro fúnebre lecho;
Mostrad el sangriento pecho
A la oprimida nación;
Que en pago os enseñaremos
Cuantos tras vosotros vamos,
Cómo, á nuestra vez, llevamos
Desgarrado el corazón.

. . . .

«Verted llanto, vertedlo, ciudadanos
En derredor del túmulo sangriento:
El invasor con depravado intento
A ellos la palma del martirio dió.
A nosotros las lágrimas nos quedan;
A ellos les queda en galardón su gloria:
A nosotros *impresa en la memoria*
La sangre que el patíbulo regó.

. . . .

«Dormid en paz vuestro sueño
Mientras seguimos luchando,
De ir *nuestro honor restaurando*
Llevados por el empeño.

. . . .

«Y á fe que al morir llorados
Sed de venganza dejáis
Que en la memoria quedáis
De todo un pueblo grabados.»

Soy yo quien he subrayado las frases que van impresas en cursiva, para que se vean los motivos que indujeron á Roa á afiliarse en el partido conservador primero y en el imperialista más tarde. Oponer un dique á la ambición de la República vecina, era su pensamiento dominante. Evitar, aun á costa de los mayores sacrificios, que se repitieran escenas como las que desgarraron su juvenil corazón, era el deseo constante de su vida. Como, aun antes del fin de la guerra los acontecimientos tomaron un rumbo que no presagiaba el cumplimiento de sus aspiraciones, quizá por ésto no hay en la composición á la memoria de Alcalde y García el fuego que en las elegías *al Dos de Mayo* que tomó por modelo. Si se hubiera prolongado su vida hasta este año de gracia de 1911 en que las huestes de los Estados Unidos se despliegan amenazadoras en nuestras fronteras, mientras sus escuadras vigilan nuestras costas, quizás en un arrebato parecido al de Moisés, habría hecho pedazos su infructuosa elegía.

Terminada la guerra extranjera siguió la guerra civil que al cabo de pocos años degeneró en persecución religiosa. Esta le arrancó la siguiente fervorosa plegaria (1856):

«No permitas, Señor, que en los altares
Donde te dieron culto mis abuelos,
Donde hallaron alivio á sus pesares
Y á cuyo pie sus miembros fatigados,
Cuando la vida huyó cual humo leve
Durmieron confiados
De tu piedad bajo la augusta sombra,
Vengan estraños dioses á erigirse,
Dioses que con horror el labio nombra!
Ampárenos tu fe cual tienda fuerte
Plantada en las llanuras del desierto,
Y haz que su brillo santo
De faro bienhechor nos sirva en tanto
Que del sepulcro vamos hacia el puerto.»

Había transcurrido apenas un año, cuando pareció que el Señor habia escuchado su oración. Surgió de repente jóven caudillo que en una serie de brillantes batallas derrocó en pocos meses el poder existente, y paseó su pendón victorioso por casi toda la República. Se preparaba á dar el golpe de gracia cuando la muerte lo detuvo en su marcha gloriosa. Una fiebre alevosa lo arrebató á la Iglesia y á la Patria en San Luis Potosí, el 18 de Junio de 1858. Su nombre era Luis Gonzaga Ossollo.

Solemnes funerales honraron su memoria en la Ca-

tedral de Méjico; y mientras el Canónigo (después Obispo) Ormaechea pronunciaba con insólito fuego su oración fúnebre, inscripciones poéticas, obra de Roa, conmemoraban sus hazañas en el suntuoso catafalco. Poetas de diversos calibres lo lloraron en flébiles versos, y entre ellos sobresalió Roa Bárcena en una magnífica elegía calcada sobre la de Manzoni á la muerte de Napoleón.

Ya he dicho en otra parte que esta obra maestra de la musa italiana arrebató por muchos años y en diversas épocas la admiración de los poetas españoles é hispano-americanos, muchos de los cuales intentaron traducirla, con éxito que no correspondió á sus gigantescos esfuerzos. Roa tuvo mejor inspiración. Su instinto le dijo que la oda *El Cinco de Mayo* era intraducible, y aguardó la ocasión de imitarla, que muy pronto se le ofreció.

«Tendido está el guerrero
En lecho funerario,
Y en su desnudo acero
Brilla el reflejo vario
Del cirio que consúmese
De su ataúd al pie.
Sólo en el pecho muestra
Una crispada mano,
Porque perdió la diestra
En el sangriento llano,
Sostén del voto público,
Soldado de la fe.»

No iguala este principio al *Eï fù* de Manzoni, como tampoco el héroe mejicano iguala al gran Emperador; pero hay un rasgo que le supera y que el vate italiano le envidiaría. Esa *única mano* que se apoya en el pecho del glorioso cadáver, y la alusión á la pérdida de la otra en el campo de batalla, son verdaderamente sublimes, y hacen vibrar las cuerdas de nuestro corazón, aun después de tantos años y de tantas desgracias.

«Nunca en sus gratos dias
Le saludó mi acento:
Sus glorias fueron mías,
Suyo mi pensamiento:
Estremecióme el júbilo
Al verle vencedor.
Y ora á su yerta frente
Que el fuego del combate
Ya no ilumina ardiente,
Un lauro ciñe el vate
Y riégalo con lágrimas
Que le arrancó el dolor.»

No puede negarse que esta estancia está vaciada en el molde de la segunda de Manzoni; pero á mi juicio es superior. El vate que en silencio sigue á su ídolo en sus combates y victorias, sin proferir una palabra de adulación aunque considere como propias sus glorias y sean idénticos sus principios, es más digno de admiración que el espectador indiferente cuya musa «virgen de servil encomio y de cobarde ultraje» ve sin

conmoverse la doble caída y doble elevación de su héroe de última hora.

«No así le he visto cuando,
A la cabeza puesto
Del valeroso bando,
Ante la muerte enhiesto,
Vibró el acero fúlgido
Con noble intrepidez.
Su ronca voz sonaba
Entre el tambor y el trueno
Del bronce que estallaba;
Y su ademán sereno
Dió á los soldados ánimo
Y ejemplo dió á la vez.
«Al ver el brillo intenso
De su mirada dura,
Su pecho alzado, extenso,
De roble su estructura,
Sus movimientos de águila,
Sus garras de león,
Nadie pensar pudiera
Que dentro una alma había
De rectitud severa,
Mas entusiasta y pía,
Que unió al valor indómito
De niño el corazón.»

No era posible igualar con las gloriosas campañas de Napoleón, la breve expedición triunfal del joven caudillo que, á falta de espada que ya no podía blandir con el mutilado brazo, llevaba él mismo el clarín

con que daba sus órdenes y animaba á sus improvisadas huestes. Inferiores, por tanto, á las correspondientes del *Cinco de Mayo*, son estas estancias. Pero hay un rasgo que algo habría dado Manzoni por poder aplicar á su héroe. Cuando Ossollo sintió acercarse la muerte, sosteniendo con la descarnada mano una imagen de la Virgen concebida sin mancha, le dirigió con voz anhelosa esta ferviente plegaria: «Madre mía, sin ningún interés ni aspiración, he defendido los derechos de mi patria y los de tu Hijo: ahora á ti te corresponde pedirle que me lleve á Su reino.» De Napoleón sólo pudo decir Manzoni que «inclinó la frente al deshonor del Gólgota.» A Ossollo pudo aplicar Roa las siguientes palabras con que termina su espléndida elegía:

«Tendido está, y en vano
Suena el clarín agudo,
Y se encabrita ufano
Listo el corcel nervudo,
Y el humo de la pólvora
Llega á su misma faz.
No inspira ya su gloria
A sus contrarios miedo:
Después de la victoria,
Cual otro Godofredo,
Bajo la cruz entrégase
Al sueño de la paz.»

Esta es una de las más bellas poesías salidas de la pluma de Roa. Si hubiera sido profeta, ó, por lo me-

nos, si años después hubiera querido presentarse como tal, ¡qué bellas estrofas habría podido añadirle! Mejor morir arrullado por la victoria, (habría podido decirle), que como tus compañeros de armas, quién en el Cerro de las Campanas, quién después de languidecer largos años en trabajoso destierro, quién quemando incienso á los ídolos que antes despreciara.» Tomando un giro más optimista, podría haberlo soñado caminando de victoria en victoria, y empuñando con mano firme por largos años las riendas del gobierno, sin que se pensara en apelar á la intervención extranjera, ni ofrecer el cetro de Méjico á un Príncipe *sin alto don de imperio,* como más tarde cantó el desengañado vate.

Pero se recurrió á la intervención, vino el Imperio; y descollando Roa entre la multitud de poetas que, á despecho de las Musas, quisieron cantarle, entonó la siguiente oda sublime:

. . . .

«Mi labio te saluda,
Vástago insigne del glorioso tronco
Que brota en las Helvéticas montañas,
Y á cuya sombra paternal se allegan
Vasto imperio á formar tribus extrañas.
Ilustre descendiente
De la casa que ha visto en su recinto
Cómo al genio y valor del primer Conde
Con creces corresponde
El genio y el valor de Carlos Quinto.

Varón entre varones educado
Por la piedad y ciencia en unión blanda
Para lograr la dicha del que manda,
Que es la dicha y amor de sus Estados.

. . . .

«Dios, que abate ó encumbra
En su justicia á reyes y naciones,
A Méjico destina los que pierde
El Véneto infeliz, preciados dones.

. . . .

Descendiente de pueblos esforzados
De su desdicha el nuestro en el abismo
Sus horizontes contempló cerrados,
Vigor de salvación no halló en sí mismo.

. . . .

«Trajo tu nave el rumbo
Que el inmortal Colón trazara un día
Y siguió de Cortés la hueste hispana,
Breve en número y grande en osadía.
La ciencia y honda fe del Almirante,
La decisión del vencedor de Otumba,
La sed de gloria de Isabel Primera
Y el ánimo sereno
De Cuauhtemoc, de que, de asombro lleno,
Su triunfante adversario fué testigo,
En concierto feliz vienen contigo.

. . . .

«¡Noble fiesta de paz, en que las manos,

Depuestos los puñales fratricidas,
Del nuevo trono al pie, tienen asidas
Jurándote su fe, los Mejicanos!
Ni siervos ni tiranos
Serán de hoy más, ni en torpe violencia
Ha de gemir con grillos la conciencia.
Volverás su esplendor á los altares,
Su mengua y confusión á la malicia,
Grata seguridad á los hogares,
Su vigor á las leyes tutelares
Y su inflexible acero á la justicia.

. . . .

«¡Dulce mitad del Príncipe gallardo
Que de mi patria los destinos salva:
Estrella que en Oriente
A un pueblo anuncias de su dicha el alba:
Bálsamo para él contra la injusta
Herida que el dolor dejó en su seno:
Iris tras el relámpago y el trueno,
Angel humano, Emperatriz augusta!
De Méjico las hijas dan alfombra
De mirtos y azucenas á tu planta.

. . . .

«¡Alza la regia frente,
Oh virgen de los lagos cuya bruma
A tus formas da velo transparente!
Tenoxtitlán, amor de Moctezuma,
Que trocaste en palacios tus cabañas
La joya para ser de las Españas
Y hoy primera ciudad del Continente. . . . . .
«Junta brisas y flores, junta aromas,

Ricos metales, sazonado fruto,
Y ofrécelos al pie del nuevo trono
De tu cariño y tu lealtad tributo......
Pon en la diestra al Príncipe adorado
Que el Austria no sin lágrimas nos cede,
El pendón de tus ínclitos mayores;.......
Si el pueblo y Dios ayúdanle, bien puede
Presto inspirar, en gloria sin segundo,
Orgullo á la nación, respeto al mundo.»

Para saborear, como se debe, esta hermosa composición, es preciso no limitarse á los versos que he citado, sino leerla, una y más veces, desde el principio hasta el fin. Otras poesías escribiría más correctas, más tiernas, más conmovedoras; pero no de carácter más levantado. Tiene rasgos parecidos á los del divino Herrera en la *Batalla de Lepanto.* No sólo sentía cuanto cantaba, sino que era el eco de la sociedad mejicana. ¡Así fué el desengaño que no tardó en desvanecer sus risueñas ilusiones! Cuando, presa del crónico desaliento que lo aquejó hasta su muerte, hizo una nueva edición de esta Oda, la hizo preceder de las siguientes palabras:

«El lector será bastante discreto para no darle otra significación que la de una estampa fotográfica del espejismo político de cuyo desvanecimiento se habla en *La Noche de Querétaro.* Subsista aquélla como documento auténtico de lo que *las ranas del estanque mejicano* esperábamos y nos prometimos del adventicio régimen.»

Nuestros adversarios políticos han admirado esta oda más quizá que los correligionarios y amigos de Roa. Frías y Soto, el año de 1895, la elogiaba con tal entusiasmo, que pensé cederle hoy la palabra por completo. Por lo menos citaré dos párrafos de su benévola crítica:

«En esa oda se dibuja el verdadero partido conservador de antaño, digno en su intransigencia, el que no capitula con sus creencias religiosas en transacciones con el poeta imperial, el que no prostituye su conciencia arrastrándose por un empleo á los pies de la República vencedora. Aquel partido tuvo una hora infausta de fascinación: creyó que sólo la Europa monárquica con sus poderosos ejércitos traería á Méjico paz y orden, sentando aquí un trono de cimientos inquebrantables que aplastara la anarquía que extinguía la vida social......

«Y se realizó el ensueño conservador, y sostenido por las bayonetas francesas se proclamó emperador de Méjico á Maximiliano. Entre una multitud asombrada, entre lluvias de flores y coronas que arrojaban las damas de las clases acomodadas; con todo el esplendor, en fin, que pudo forjarse con el dinero suplido por la caja del ejército francés, el Príncipe y Carlota hicieron su aparatosa entrada á la Capital, saludados por los cañones de Napoleón III, los repiques del clero, y los poetas del partido imperialista......

«¡Qué versos tan hermosos escribió entonces el

Sr. Roa Bárcena, y qué bien diluyó en ellos las aspiraciones de su alma fascinada y los delirios de su partido, embriagado por un triunfo que nunca creyó alcanzar.»

Con verdadero deleite cito estas frases de un caballeroso adversario, y confieso que mis propios encomios palidecen ante un testimonio tan brillante.



VIII

DE la primera época de Roa Bárcena, sólo nos quedan por examinar las *Poesías religiosas.* «¿Para qué estas divisiones (exclama á este propósito el escritor que acabamos de citar), si todas sus poesías son cristianas, si en todas se revela el pensador, y aun en las descriptivas, entre las frondas cuyos rumores repite, entre las flores cuyos aromas pulveriza, y sobre los lagos cuyos cristales riza con su voz inspirada, relampaguean de cuando en cuando las adormidas pasiones del político y del partidario?»

Es verdad; y ya lo hice notar al hablar de *Diana.* Pero hay grupos especiales de poesías más ó menos cortas, esencialmente religiosas, que contienen plegarias, himnos de alabanza, aspiraciones del alma piadosa; y de éstas vamos á tratar.

En 1856 publicó Roa Bárcena un precioso librito, de que en 1909 hicieron sus hijas segunda edición, en la cual declaran que es *la mayor riqueza que les legó la bendita mano* de su piadoso padre. Y con razón. Se titula *Flores de Mayo* ó sea *el Mes de María para uso de las familias mejicanas*. Contiene, para cada día, una breve meditación, una oración y un cántico, igualmente breves. No parece redactado por un seglar, ni menos por un periodista profano. Se cree que todo versificador, todo escritor versado en las letras y con alguna práctica en zurcir artículos de periódico ó arengar á las turbas, es capaz de predicar un sermón ó de componer unas plegarias mejor que un eclesiástico de menos letras é inferior elocuencia. Nada más erróneo. Compárense las oraciones que ha acostumbrado recitar *La Sociedad Católica* de Méjico, ó el *brindis Eucarístico* que declaró sermón cierto insigne literato ordenado sacerdote á la hora undécima; compárense otras piezas semejantes con las *Flores de Mayo* de Roa Bárcena, y se verá desde luego la diferencia.

Entre los cánticos encontramos la oración en pró de la Unidad religiosa que cité íntegra en el número anterior; y si recorremos uno á uno los cánticos de cada día, hallaremos que son los mismos que, formando un grupo especial, publicó el mismo año entre sus *poesías líricas*. ¿Los escribió exprofeso para el Mes de María, ó los entresacó de su colección de versos? Algunos, quizá la mayor parte, parecen hechos á propó-

sito para que los recitaran los fieles. *El Tránsito de María, María puerta del cielo, María estrella del Mar,* y otros varios se me figura que pertenecen á esta categoría. Otros evidentemente *no,* como las brillantes octavas tomadas de la Oda *en la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción.* Algunos son suspiros del alma del poeta cristiano, no destinados desde el principio á ser exhalados por otros labios que los suyos.

«Si se acercase á herirme
La dura muerte cuando
El pecado en sus lazos me retiene
¡Cuánta desdicha, oh Dios, para mi alma!
«¡Oh Madre, oh Madre mía!
Dame que goce de los altos bienes
Que compró con su sangre para el mundo
El Hijo muerto que en tus brazos tienes.»

Estos y otros trozos semejantes, son manifiestamente *subjetivos* en su origen, aun cuando después se hayan lanzado á los fieles en general. Merece citarse el coro del himno final:

«Las flores del campo ya seca el estio;
Las flores del alma jamás morirán,
Pues riega sus hojas celeste rocio
Y á ti consagradas ¡oh Virgen! están.»

Además de los cánticos tomados del *Mes de María,* ó en él reproducidos, el grupo de *poesías religiosas* contiene algunas otras dignas de especial recuerdo.

«La Ciudad de los Césares altiva,
La que á orillas del Tiber asentada
Recuerda su grandeza primitiva
Y que tuvo á la tierra encadenada,
El tibio sol del paganismo esquiva
Y á grandeza mayor es elevada;
Derrumbóse en su seno el Capitolio,
Y alzó la religión su augusto solio.

«Vense en el horizonte todavia
Las colinas y el circo del pagano;
Pero nadie convoca á guerra impia
O cierra el templo aterrador de Jano.
Las águilas indómitas que un dia
Símbolo fueron del valor romano,
Ceden el puesto, en el pendón latino
A la sagrada cruz de Constantino.

«Roma nació para reinar: guerrera
Tuvo el mundo á sus pies; hoy es la roca
Do una fábrica está imperecedera,
Do la impiedad se estrella en furia loca.
Al visitarla, de lejana era
Ilustres sombras el viajero evoca,
Y tornan á alentar Rómulo adusto
Virgilio el grande, el inmortal Augusto.

.. ..

«Toca Abril á su fin; el campo hermoso
Esmalta con sus flores Primavera;
Brilla en mitad del cielo, luminoso
El sol y en nuestros lagos reverbera.
Joven enamorada que al esposo
Tras larga ausencia, con afán espera,

Para agradarle más, no se atavía
Cual la brillante México este día.

. . . .

«Es que la voz que resonó elocuente
De Roma en la Basílica sagrada,
A los hijos del nuevo Continente
Hoy anuncia una nueva deseada.
Ese pueblo que sigue reverente
Tu bellísima imagen, Madre amada,
Lleva en los rostros su alegría impresa:
Tu *Concepción Purísima* confiesa.»

Bastan estas octavas para dar una idea del estilo elevado que campea en la Oda á la Declaración Dogmática de la Inmaculada Concepción. Es, en mi concepto, la mejor de todas las poesías sagradas de Roa, y para gustarla debidamente sería preciso leerla toda entera.

«No siempre, dócil y sumisa esclava
Ha de besar el alma las cadenas
Que aprisionada al cuerpo vil la tienen.
A regiones más puras y serenas. . . . . .
Remonte alguna vez osado el vuelo.»

Así empieza la breve silva titulada *El Pensamiento en Dios;* y juzgo inútil citar más versos de las *composiciones religiosas.* ¿Cuál debe ser el juicio del crítico sobre este ramillete de fragantes flores de cristiana poesía? Sería injusto compararlas en su conjunto ó separadamente á los Himnos sagrados de Borghi, ó aun

á los de Manzoni. Perdería su *Magnificat* si lo pusiéramos al lado del de Moratín, y su cántico á la Ascensión junto á la Oda de Fray Luis de León. Pero no pretendió Roa elevar tan alto su osado vuelo. Quiso únicamente poner en breves versos los sentimientos piadosos de su cristiano corazón, y el éxito correspondió á su intento más allá de lo que esperaba. Se retrata en ellos su alma bellísima, y mirados bajo este aspecto, me atrevo á decir que son superiores á los de los ínclitos poetas que acabo de citar.



IX

AQUÍ termina la reseña de los versos escritos por Roa en la primera mitad de su vida, que he llamado la época de las ilusiones y del entusiasmo. Voy ahora á hablar de lo que hizo y escribió en la época del desengaño y del desencanto, y me permitirá el lector que vuelva á mis reminiscencias personales.

Regresé al país al terminar el año de 1865, y pasé en la Capital una parte de 1866 y algunos meses de 1867. Volvía yo de Roma, no sólo sacerdote, sino miembro de la Corte Pontificia y con grados académicos. En Méjico pertenecía á la Capilla Imperial, y el éxito de mi estreno en el púlpito me había dado una aura popular que hacía olvidar mis pocos años. Desapareciendo así la diferencia de edad, podía alternar con los literatos de la época, y en especial con Roa Bárcena, bajo cierto pie de igualdad; y así se estrechó nuestra amistad.

Nos encontrábamos todos los días, ya en la redacción de su periódico, ya en casa de Pesado, ya en la

Academia Imperial de Ciencias y Literatura recién fundada por el Emperador. En la primera me aguardaban sorpresas mayores que cuando por primera vez había penetrado en sus vetustos muros. Mis ideas se habían algún tanto modificado con mi larga residencia en Italia. Ya no era tan grande mi entusiasmo por las libertades inglesas; y de su constitución y leyes, sólo seguía admirando *el juicio por jurados*, de cuya institución se considera Inglaterra madre y maestra. En cambio, mi respeto á la autoridad regia y mi veneración por la persona del soberano habían subido de punto. Me figuraba encontrar la nave del Imperio bogando viento en popa, y al partido conservador, lamentando, sí, las diferencias con la Santa Sede, pero lleno de amor y de entusiasmo por el soberano que tan lejos había ido á buscar.

¡Cuál sería mi asombro, al oir desde luego en aquel círculo venerable, hablar del Emperador con poquísima reverencia; de la Emperatriz, con ninguna galantería! Todo allí se criticaba amargamente, y, cuando á ello se prestaba el asunto, se ponía en ridículo. La etiqueta de la Corte, la organización del ejército, la nueva división territorial, las leyes y decretos del Imperio, los discursos del Emperador, las mercedes de la Emperatriz, las barbas azafranadas de los austriacos, el aspecto juvenil y nada bélico de los belgas; todo, todo era objeto de agrias censuras, y de suspiros de profundo desengaño; pero sin una palabra de des-

lealtad ni una sombra de rebelión. Era Roa el más moderado de todos; pero no por eso dejaba de zaherir á los más altos personajes con la afilada tijera de su finísima sátira.

Las tertulias de Pesado se habían modificado algún tanto. Faltaba ya el insigne poeta, maestro venerado, y centro de atracción irresistible para todos los cultores de las musas. Quedaban sus hermosas hijas, tan amables, tan hospitalarias, tan dulces como siempre; pero las circunstancias habían hecho dispersarse á muchos de los concurrentes.

Al ser ocupado Méjico por el ejército francés, los jefes y oficiales se distribuyeron entre las principales familias, exigiéndose un alojamiento correspondiente á la graduación. A la familia Pesado tocó nada menos que el Capellán mayor del ejército, el tristemente célebre Abate Testory. Recibido de muy mal talante y alojado lo menos bien posible, con su cortesía, su igualdad de humor, y sobre todo con su carácter sacerdotal, se captó bien pronto la simpatía de las Señoras, que en breve se convirtió en amistad. Su presencia atrajo á varios oficiales, de los mejores que tenía el ejército de ocupación; pero que no á todos los antiguos amigos de la casa eran igualmente simpáticos.

Entretanto el Capellán tuvo la mala suerte de ser escogido para campeón del partido liberal contra la Iglesia. En mal hora publicó su opúsculo contra el clero mejicano, á que contestó victoriosamente el elo-

cuente Provincial de los Jesuítas, Padre Arrillaga; y que no tardó en ser inscrito por la Santa Sede en el Índice de libros prohibidos. Esto obligó á todos los conservadores, poetas ó no, que acostumbraban frecuentar la casa, á escasear sus visitas y hacerlas á horas en que no había peligro de encontrar al Abate. Este, por su parte, se escabullía por alguna puerta excusada, apenas vislumbraba á alguno de nosotros. Quedó, pues, la tertulia reducida á los miembros, harto numerosos, de la familia, y á algunos amigos íntimos que, como Roa y yo, teníamos motivos para considerarnos como tales. Esta circunstancia estrechó todavía más nuestra amistad.

La Academia de Ciencias y Literatura se fundó el 10 de Abril de 1865, y en la mente del Emperador debía ser, como la Academia Francesa, un pequeño grupo de *Inmortales* de todas opiniones y de todos los partidos políticos. Predominaban, sin embargo, los liberales adheridos al Imperio: los conservadores del antiguo cuño parecían allí fuera de su centro. Mi sotana casi se escondía entre la carpeta verde de la gran mesa del salón de sesiones, y era la única; pues aunque creo que era miembro el Canónigo Moreno y Jove, no recuerdo haberlo visto en las reuniones. Recuerdo, sí, á Orozco y Berra, á Pancho Pimentel (como familiarmente llamábamos al Conde de Heras) y sobre todo al egregio Don Fernando Ramírez, presidente del consejo de ministros del gabinete Impe-

rial. Habría valido la pena conservar esta institución, al restablecerse la República, declarándola neutral, como deben serlo las corporaciones científicas y literarias. Pero se dispersó, aun antes de derrumbarse el régimen Imperial, y hoy día casi nadie se acuerda de la docta corporación. Aun mis propias reminiscencias son muy confusas. Conservo, sí, recuerdo vivo de la brillante exhibición que hicimos de nosotros mismos en Palacio el 10 de Abril de 1866, y de la extrañeza que mostró el Emperador, porque ni el Presidente llevaba al cuello la medalla que le había señalado por insignia. Recuerdo también, en algunas comidas en Chapultepec, las satirillas de Su Majestad por el poco espíritu de trabajo que hacía parecer á los Académicos *muñecos de paja*, y por el latín poco correcto de ciertas inscripciones que mandó hacer para la estatua de Morelos, entonces en la plazuela de Guardiola. Estas satirillas (que en parte, si no me engaño, oyó Don Anselmo de la Portilla) me hicieron emprender trabajos casi superiores á mis fuerzas. A Roa nunca lo entusiasmó la Academia.

Ese mismo año de 1866, pronunció Roa el siguiente brindis, que fué como el perno en que debía girar la segunda época de su vida: ya veremos por qué.

«Bien de boda el traje lleva
Con modestia en otras rara,
Y que en su porte no es nueva

Quien se acerca al pie del ara
Bella y pura como Eva.

. . . .

«Si esa guirnalda, ventura
Tan sólo en otras abona
Y por ello se ambiciona,
Dicha, bondad y hermosura
Sobre tus sienes corona.
«No en balde brisas y flores
De tan alegre mañana
Te dan su ofrenda en amores,
Y en halagüeños rumores
Parecen decir. . . . . .¡SUSANA!

. . . .

¡Rara fortuna en mis males
Me otorga el cielo clemente,
Mirando en momentos tales
Dos seres en dicha iguales
A quienes amo igualmente!
«El cántico de este día
Debió entonar el poeta
Que el sér te dió y es mi guía,
Y cuya memoria pía
Méjico guarda y respeta.

. . . .

«Oye tan sólo en mi acento
Débil y sordo en verdad,
El del grato sentimiento
Que hoy inspira á la amistad
El cuadro de tu contento.
«Cabal para siempre sea
Y en nardo y rosas de estio

El mundo en tu faz lo lea;
Reinando en tu hogar se vea
La paz que reina en el mio.
«Y cuando en frutos corones
El árbol plantado así,
Sean iguales en dones
A su padre los varones
Y sus hermanas á ti.»

No son exageradas las alabanzas del poeta á la hija del insigne Pesado. Su hermosura no tenía rival en toda la extensión de Méjico. Era y fué siempre cristiana sin afectación, piadosa y caritativa sin jactancia, de claro talento, de instrucción vastísima, fácil para perdonar, reservada y digna en el hogar, *pura como Eva* y, por último, desdeñosa como la heroina hebrea cuyo nombre llevaba. Brillante partido era Susana; pero difícil su conquista para todos y en especial para el que fué su marido, Don José de Teresa. Era éste, aunque español, amigo de muchos que militaban en las filas Republicanas, y aun se susurraba (no salgo garante de la exactitud del rumor) que había contribuido eficazmente á la evasión de Puebla del General Don Porfirio Díaz, cuando era prisionero de las fuerzas Imperialistas. Este era un obstáculo, al parecer insuperable, supuestas las ideas y principios de la familia Pesado. Pero Roa se encargó de vencerlo, y con su moderación acostumbrada lo consiguió; viendo coronados sus amistosos esfuerzos con

el matrimonio cuya celebración cantaba en los hermosos versos que acabamos de citar. No soñaba el periodista conservador que así fabricaba la nave que había de salvarlo en el inminente naufragio que ya preveía.

En efecto: pocos meses más tarde, el evadido de Puebla era el general en jefe del ejército sitiador de la Capital, á que después de sesenta días de cerco debía entrar vencedor. Penoso fué el sitio, sobre todo para los que sabían que no encontrarían misericordia en el partido triunfante. Roa quedó solo en la Redacción de su periódico, con instrucciones de suspender su publicación, apenas fuera posible, salvo el honor. Allí lo veía yo diariamente, y me maravillaba su serenidad. Decíase que, cuando en 1855 asaltó la plebe la imprenta de «El Universal,» él seguía tranquilo en la parte alta de la casa, escribiendo su artículo de fondo para el día siguiente, en medio de los gritos de muerte y entre el humo de las oficinas que ya empezaban á arder. Algunas veces había dudado de la exactitud de este relato; pero su calma imperturbable durante el sitio y los aciagos días que le siguieron, me hizo creer en la verdad de aquella anécdota.

Un día encontré que el periódico se había reducido á medio pliego. «Ya no hay papel en la plaza—me dijo Roa,—cuando se acabe por completo fenecerá el periódico.» Otro día llamé en vano á la puerta de su despacho. «La Sociedad» había acabado, y con ella la

carrera periodística de Don José María Roa Bárcena. «*Pulpero* fuí en mi juventud,—me dijo familiarmente, con amarga resignación,— torno á ser *pulpero* al fin de mis días.» En efecto, emprendía de nuevo la carrera del comercio, con el apoyo de Don José de Teresa.

Este es el momento de pasar revista á la carrera de Roa Bárcena como periodista militante. No puedo, como al considerarlo en su calidad de poeta, citar sus artículos de las diversas épocas en que escribió. La poesía es inmortal, y lo mismo nos encantan los versos escritos ayer por Núñez de Arce y Zorrilla, que los de Herrera ó Fray Luis de León, los de Horacio y Homero, ó los cánticos de Moisés. Pero los artículos de periódico, y aun de revista, pierden su interés pasado el momento del combate, sobre todo si la causa que defendían es la causa vencida. Voy, pues, á pintar á Roa con sus propios colores y á toscas pinceladas.

Hablando de *La Cruz*, en su biografía de Pesado, dice: «Delicada y espinosa fué la misión de este periódico, y grande su influjo en la opinión pública, y acaso hasta en el ánimo de algunos de los personajes que figuraban en el gobierno. El saber, la claridad y la inflexible lógica de Pesado presentaban en su verdadero aspecto las cuestiones político-religiosas debatidas, resolviéndolas radicalmente en contra de la administración y del partido preponderante; y respecto de moderación y de tacto, baste decir, que la publi-

cación á que me refiero duró casi tres años en el foco de los más opuestos intereses y de las pasiones más exaltadas, sin que uno solo de sus adversarios pudiera quejarse del menor agravio personal, y sin que la hiriera una sola providencia gubernativa á pesar de que la tolerancia en materia de imprenta distaba mucho de ser lo que hoy. Vino á demostrar *La Cruz*, una vez más, que la verdad es enunciable aun en las épocas y situaciones más borrascosas, siempre que se la sepa proclamar uniendo en la frase, al vigor de la substancia, la cultura y suavidad de la forma.»

En la página precedente había dicho: «Encargóse (Pesado) de la dirección y redacción de *La Cruz*, desempeñando la primera por sí solo, y la segunda en unión de *otro escritor contemporáneo* dedicado por completo á esa tarea. Ese escritor no nombrado, era el propio Roa Bárcena, quien al elogiar á su maestro en el periodismo, se elogia necesariamente á sí mismo.

Sus adversarios supieron apreciar su moderación y valentía. He aquí como las califica Frías y Soto: «Militó frente á mis filas, contra mi partido, y como un rudo y terrible adversario de los principios republicanos. Pero esto no obsta para que yo rinda pleito-homenaje al erudito y correcto combatiente, al poeta, al hábil prosista y al concienzudo historiador: hasta como partidario merece mis simpatías, puesto que, católico sincero y conservador intransigente, ni retorció su conciencia para amoldarse á la política

pseudo-liberal de Maximiliano, ni rebajó su dignidad sacrificando por interés sus convicciones á las exigencias de la intervención francesa.»

Mucho significan estos elogios en los labios de un adversario. Los justifican todos y cada uno de sus artículos de aquella época, entre los cuales vamos á entresacar uno solo, que vale por mil.

«......Los pocos meses transcurridos de Marzo á Septiembre de 1821 bastaron para que el plan de Iguala germinara, se desarrollara y diera sus frutos. Tan cierto así es que las ideas exactas, útiles y verdaderamente fecundas en política, se propagan con eléctrica rapidez y producen inmediato efecto.....»

«Iturbide y Guerrero se estrecharon la diestra, y al lado de los veteranos de la época de Morelos, quemados por el sol del Sur y enflaquecidos en fuerza de privaciones y fatigas, formaron en las filas del ejército de Iguala los Quintanar, los Bustamante, los Herrera y toda esa brillante pléyade de jefes jóvenes que habían hecho sus primeras armas y cortado sus primeros laureles en un campo de batalla regado con la sangre de los hijos del país; divididos y contrarios entonces y unidos ahora bajo el noble estandarte de la reconciliación y la concordia......

«La fusión de los intereses y aspiraciones en el crisol de la justicia y del bien público, dejando ilesos los fundamentos de nuestra sociedad, y en salvo todos los derechos legítimos, bastaría á hacernos triunfar de la

anarquía y del desaliento que nos corroen. A la sola indicación de esta política, hemos visto al país sacudir resueltamente el letargo á que lo habían traido sus convulsiones domésticas.....El sendero del nuevo régimen estaba trazado por sí mismo. *¿A qué seguir otro, cuya salida si no ha de ser trágica es por lo menos problemática?»*

Este artículo, de entonación verdaderamente profética, y otros, aunque de menos resonancia, de no *menos vigor en la sustancia*, ni inferiores *en la suavidad y cultura de la forma*, parece que el día del vencimiento habrían alcanzado para Roa misericordia y aun favor. Todo lo contrario. Un mes después de haber sido vencido el Emperador en Querétaro, entró triunfante en la Capital de Méjico el General Don Porfirio Díaz. Como en aquella ciudad, se publicó desde luego un bando, mandando á cuantos habían servido al Imperio, en ciertas categorías, que se presentasen en el término de treinta horas para ser arrestados, bajo pena de muerte, en caso de no hacerlo. Los *notables* que habían proclamado el Imperio, los consejeros, jefes de oficina y comisarios imperiales, debían acudir al Convento de la Enseñanza, convertido en prisión.

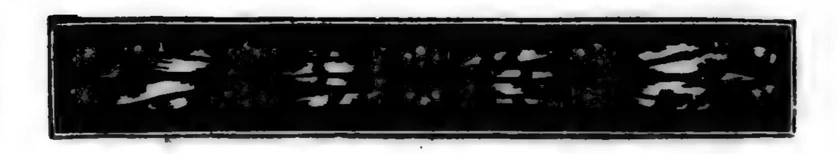
El único pecado de Roa era el haber sido *notable*, ó como él, festivamente decía más tarde, aludiendo á la conocida fábula, *una de las ranas que pidieron Rey en el estanque mejicano*. Pero los vencedores lo consideraron hombre muy peligroso; y sin aguardar á que

expirase el plazo de la presentación, lo aprehendieron y lo llevaron á la improvisada cárcel. La influencia de su amigo, y ahora patrón, Don José de Teresa, con el General en jefe, hizo que se le pusiera inmediatamente en libertad. Así, pues, mientras los otros Imperialistas entraban, á guisa de torrente, á la prisión, Roa Bárcena, caminando contra la corriente, salía del Convento. Pocos días duró su libertad. Se le pedía para obtenerla definitivamente no sé qué compromiso que repugnaba á su conciencia, y prefirió volver á encerrarse. Aunque sin querer, sus enemigos le habían evitado la humillación de presentarse.

Poco más de dos meses duró la prisión preventiva. En Septiembre de 1867 se pronunciaron las respectivas sentencias, y unos fueron condenados á destierro, otros á cuatro, dos, ó un año de prisión; otros á confinamiento en determinadas ciudades de la República. Entre los primeros se hallaba Don Alejandro Arango y Escandón, que fué algunos años después nuestro director en la Academia Mejicana. Hombre digno como pocos, cuando el Emperador tuvo antojos de abdicar y salir del país, él le aconsejó que se quedara, y se quedó con él resuelto á seguir los destinos, por adversos que fueren, de Su Majestad. Otro desterrado fué el Obispo de Tulancingo, Don Juan Bautista Ormaechea. Prelado elocuente, de elevada estatura y varonil belleza, á estas cualidades, más bien que á sus aptitudes políticas, debió el ser nombrado

Regente, por ausencia del Sr. Arzobispo Labastida. Cuando éste se escapó de Méjico, quiso llevarlo consigo; pero al fin se quedó aquél cediendo á las instancias del Emperador, quien le prometió salvarlo en la misma nave que lo condujese á Europa. Poco faltó, en efecto, para que se embarcase en la misma *barquilla de Carón*. Cuado supo que no la muerte, sino sólo el destierro, le aguardaba, se llenó de infantil regocijo; y era curioso oir contar á Roa Bárcena los cómicos incidentes de su partida. Parecía estar oyendo á Silvio Pellico narrar la salida del sacerdote veneciano Don Marco Fortini, de la fortaleza de Spielberg.

Don José María Roa Bárcena, *notable,* fué condenado á dos años de prisión.



X

HALLÁNDOSE compurgando su pena en el Convento de la Enseñanza, escribió Roa la siguiente bellísima composición:

«Inútil fué, del rayo al estallido
Salir del mar salobre,
Encallando en las playas del olvido
Mi ya maltrecho esquife, en velas pobre.

. . . .

«En silencioso y apartado asilo
Náufrago aquí me tienes
Donde contempla el ánimo intranquilo
Vueltos en males ya, mis pocos bienes.

«A mi alma, empero, sorprender no pudo
Tan súbita mudanza,
Ni de la humana ira el golpe rudo
Hirióla en el pensil de la esperanza.

. . . .

«Los males que anunciaba, en su avenida,
Como á todos me envuelven;
Y ya, la venda espesa desceñida,
A quien los vió venir, todos absuelven.

. . . .

«No temo al porvenir; pero la vista
Quitar de lo pasado
No es dable, y el aspecto me contrista
De uno y otro cadalso ensangrentado.
«No la prisión me asusta; pero el alma
No halla aquí entre sus muros
Ni de tu forma ¡oh Paz! *la amiga palma*
Ni los del quieto hogar goces tan puros.

. . . .

«Si de otras culpas ¡ay! y de otros yerros
Purgo aquí la existencia,
Tal vez romper de mi prisión los hierros
Quiera ya la Divina Providencia.
«Si ellos del lidiador el premio han sido,
Caigan luego en pedazos.
Ni al mundo pido yo sino su olvido,
Ni anhelo más corona que tus brazos.»

Muy pronto debía marchitarse esa corona. La influencia de la persona antes mencionada, y el cansancio del vencedor, ya agobiado con tanta persecución, rompieron los hierros antes del tiempo prefijado. Pero no fué para dejarle disfrutar los goces puros del hogar, por los cuales suspiraba, sino para lanzar su destrozado esquife á merced de las encrespadas olas, y hacer que al naufragio general, que no lo había sorprendido, se añadiese el naufragio de su dicha doméstica, que de seguro no aguardaba. La siguiente Elegía nos da á conocer la inmensidad de su desgracia y la intensidad de su dolor.

«Raya en Oriente el alba y su primera
Luz se difunde por el ancho cielo.
¡Oh, si jamás á desgarrar viniera
El que la noche dió manto á mi duelo!

«Por la abierta ventana entra en mi alcoba
Donde el bendito cirio arde crujiente;
Lucha con su fulgor y se lo roba
Y baña de mi Paz la helada frente.

«Sin afán ni dolor yace tendida:
Mírola en el nupcial aun tibio lecho,
Inmóvil ya la faz entristecida
Y cruzadas las manos sobre el pecho.

«La muerte ha respetado el gesto afable
De sus cárdenos labios antes rojos;
Sella su frente calma inalterable;
Mi diestra acaba de cerrar sus ojos.

. . . .

«¡Todo acabó! Mi báculo recojo,
Siguiendo de mi vida la carrera
En sombra y soledad con paso flojo
Sin la que fué mi luz, mi compañera.

. . . .

«¡Todo acabó! Las penas de la vida
Halláronme sereno cual sus gozos;
Pero á mi amada al contemplar tendida
Débil mi corazón rompe en sollozos.

. . . .

«Yo.... solo y triste en el hogar desierto
Que los despojos de mi dicha encierra,
Mi corazón, Señor, á ti convierto,
Mi frente pecadora humillo en tierra.

«De tu severa diestra fuí tocado
Y el llanto y el dolor moran conmigo:
Los bienes que me diste me has quitado,
Y, con el santo Job, yo te bendigo!»

Como se ve ve por los sentidos versos que preceden, el naufragio de 1868 fué para Roa, individualmente, más terrible que el naufragio general de 1867. Privado de los *puros goces del hogar* que tanto le deleitaban, empezó á buscar alivio á sus males en la compañía que años atrás había formado su delicia, y á frecuentar la tertulia de la casa de Pesado. Allí lo encontré los últimos días de aquel año infausto, y allí nos hallamos reunidos, como por encanto, los mismos concurrentes de diez años atrás, amén de muchos jóvenes, miembros ó amigos de la familia. Los antiguos nos forjábamos la ilusión de que no había transcurrido el tiempo, ni truncado nuestras esperanzas la sangrienta catástrofe del año anterior.

Sin embargo, ya no era el insigne poeta el centro de atracción de aquella brillante tertulia, sino una sobrina suya, muy joven, hermosa y discreta, que arrebataba las miradas de la juventud, y á quien los vates de edad madura dieron el nombre de «El Azahar.» Los poetas la cantaron viva, y cuando pocos meses después la arrebató prematura muerte, mezclaron con los sollozos de cuantos la conocieron, flébiles versos de sentimiento altamente delicado. Entre otros, Luis Gonzaga Ortiz, de dulce memoria, escri-

bía en *El Renacimiento* esta cuarteta que escojo entre muchas:

«¿Conocisteis á Luz? en los verjeles
Que dan alfombra al cándido Orizaba
Apenas ha tres lustros que rodaba
Su blanquísima cuna entre laureles.»

También Roa Bárcena, en el mismo *Renacimiento,* publicaba estas sentidas décimas:

A LUZ LLAVE.

«....Niña que en los negros mares
Del mundo temprana estrella
Brillaste cándida y bella
Más que *un ramo de azahares!*
De los últimos cantares
Que ensalzaron tu hermosura
En tus días de ventura
El postrer eco aun resuena,
Y desprendida azucena
Ya estás en la sepultura.

....

«Luz te llamaron, y fuiste
Luz de bondad, luz de amores
Cuando al valle de dolores,
Astro errante descendiste.
¿Quién á este valle, hoy tan triste
De no ver tu rostro amigo
Que en obscuridad y abrigo
Esconde un sepulcro ya,
Quién, dime, le volverá
La luz que se fué contigo?»

¿Qué cosa era *El Renacimiento?* Vencido, humillado, destruido y casi aniquilado el partido Imperialista, los vencedores, ya *sin temores para lo porvenir*, empezaron á sofocar *los rencores por lo pasado*, y aspiraron á atraer á los dispersos y desalentados conservadores. Se dió principio á estos conatos de unión en el mundo de las letras, y después de ensayar la formación de una academia, fundó Don Ignacio Manuel Altamirano, antes implacable tribuno, después valiente soldado republicano, y ahora dulce poeta y cultor de las buenas letras, un periódico literario que tituló *El Renacimiento*. La introducción al primer tomo, terminaba con estas conciliadoras palabras:

«Fieles á los principios que hemos establecido en nuestro prospecto, llamamos á nuestras filas á los amantes de las bellas letras *de todas las comuniones políticas*, y aceptaremos su auxilio con agradecimiento y con cariño. Muy felices seríamos si lográsemos por este medio apagar completamente los rencores que dividen todavía, por desgracia, á los hijos de la madre común.» A este llamamiento general siguieron muchas invitaciones particulares, elogios á nuestras producciones y rasgos de exquisita cortesía, que produjeron resultados altamente satisfactorios.

Confieso que el llamamiento de un hombre como Altamirano me halagó sobremanera; y lo que al principio fué pura admiración y vanidad, se convirtió bien presto en sincero cariño y verdadera amistad. Gocé

mucho de los convites que me dieron los literatos del contrario bando; y cuando poco antes del Concilio Vaticano regresé á Roma, ví con cierto orgullo que ellos vinieron á despedirme á la estación, juntamente con mis amigos eclesiásticos.

Puedo aventurarme á afirmar que idénticos fueron los sentimientos de D. José Sebastián Segura y D. José María Roa Bárcena. Lo prueban, con respecto al último, no sólo las nuevas poesías publicadas en *El Renacimiento,* sino el estilo de la introducción en prosa á su traducción métrica del *Mazeppa* de Byron. Parecía que de veras había *renacido.* ¡Qué diferencia entre el tono de las décimas á Luz Llave, aunque de tema fúnebre, y la tristeza que respiran los versos de *Naufragio* y *Duelo Doméstico!*

A dos motivos debemos atribuir este cambio. Se había entregado Roa con alma y cuerpo á su nueva carrera mercantil, y empezaba á ver que, en cuanto á provecho material, es menos ingrata que la del periodista y del poeta. Además, parece que pensaba ya en transplantar esa *amiga palma* que tanto echaba de menos en su prisión, ó mejor dicho, en plantar otra palma en el lugar que aquélla había dejado vacío. Juzguen los lectores por los fragmentos que voy á copiar de diversas poesías dedicadas á la que fué su segunda esposa.

«Vino la tempestad desde el desierto
Y rayo y lluvia y ábrego mi huerto
Asolaron al par.

Y llevando á mis hijas de la mano,
Herido el corazón, dejé temprano
Mi derribado hogar.
«Hoy otra vez á levantarlo aspiro:
Mirando sus escombros aun suspiro
. . . . Y junto al manantial
De la esperanza que conmigo llevo,
En medio del jardín planto el renuevo
De una palma real.

. . . .

«¡Palma gentil! Con el cariño ardiente
De quien acá en el mundo amar presiente
Por la postrera vez,
Ámate, arrebatada, el alma mía:
Sé de mis tristes horas alegría,
Calor de mi vejez.»

Tomo estas estancias de una poesía titulada *Al plantar una palma*. Un soneto, cuyo epígrafe es *Al despertar*, termina de este modo:

«Disteme el *sí*, y el gozo me despierta:
Oirlo, son del sueño desvaríos;
Mas mi esperanza de lograrle es cierta.»

De otro, titulado *La Entrevista*, son los siguientes tercetos:

«¿Qué importa que discreta y pudorosa
Tu labio de coral vierta desdenes
A quien se mira en ti pidiendo olvido,
«Si tu trémula voz y la radiosa
Luz de esos ojos lánguidos que tienes
Me dicen que ya soy correspondido?»

He aquí otros fragmentos:

«Hay una virgen muy bella
Que rendidamente adoro,
De mi esperanza tesoro,
De mis acciones estrella.
«Tipo de heroicas edades
En las que el arte se inspira,
Perfecta aparece Amira
Como las griegas beldades.
«Si en la soledad y calma
Del desierto, palma hermosa
Descuella.... no es más airosa
Que su estatura la palma.»

. . . .

«La amo, y de decirme acaba
Que su corazón es mío:
Por ella el sol á mis ojos
Brilla en un cielo más limpio.»

. . . .

«En este rincón ameno,
Oyendo las dulces notas
Del agua, y pensando en ti,
No siento pasar las horas.
«¿Por qué, pregúntome acaso,
No da realce á esta pompa
La palma que yo en mi huerto
Planté con mano amorosa?»

. . . .

«Se alza el «*Volcán que humea*»
Y de su seno arranca
Rocas y azufre y brea;
Se alza la «*Mujer Blanca*»

Del Golfo hasta el Pacífico
Reyes al par los dos.»

. . . .

«Ambos colosos viendo,
Que mi entusiasmo admira,
Al aquilón su estruendo
Pedir osó mi lira;
Quise elevarles cántico
Digno de su esplendor;
«Pero se apaga y muere
Mi voz en la llanura;
Llegar, aunque lo espere,
Hasta la excelsa altura
Do se remonta el águila
No es dado al ruiseñor.
«Guarda su humilde acento
A la gentil palmera
En que su nido al viento
El ave compañera
Forma y está solícita
Siempre pensando en él.»

. . . .

«¡Oh dulce valle escondido
En que, para verme á solas,
Bajó mi pie tantas veces
De las inmediatas lomas.»

. . . .

«Hanme cerrado tus sendas,
De tu recinto me arrojan;
Pero me alejo, la vista
Volviendo hacia ti llorosa.»

. . . .

«Y en mi solitario huerto
La palma contemplo hermosa
Por mí con amor plantada
Para vivir á su sombra.»

El 19 de Septiembre de 1869 contrajo Roa segundo matrimonio con D.ª María Remigia Alcalde y Herrera. Las poesías de que he tomado los fragmentos que anteceden, forman el preludio, el acompañamiento y el epílogo de este nuevo drama de amor. Tenía entonces el poeta cuarenta años de edad; pero no sólo se hallaba su numen tan fresco como en su temprana juventud, sino que su estro parece superior. Si borramos las fechas con que acostumbraba calzar todas sus composiciones, y omitimos uno que otro verso demasiado alusivo, y presentamos á un lector desconocido las poesías dedicadas á su primera y á su segunda esposa, difícilmente las distinguirá.

A propósito de las poesías religiosas de Roa Bárcena, decía Frías y Soto, en las líneas que más arriba citamos, que era inútil la clasificación, porque era cristiano en todos sus versos. Al leer esta observación añadió una vez cierto amigo: «es *más cristiano* todavía en las composiciones profanas, que en las sagradas, y *más erótico* en los versos sobre asuntos extraños á sus propios amores, que en las poesías subjetivamente amatorias.» No me atrevo á fallar si tiene ó no razón este crítico.



XI

LOS años de 1877 y 1878 volví á pasar varios meses en la capital de la República, después de larga ausencia, interrumpida apenas por dos breves apariciones. Desde 1871 era yo Obispo de Tamaulipas, y mis deberes me retenían en aquellas apartadas regiones. Las circunstancias impedían igualmente una frecuente correspondencia, y muchas cosas me cogieron de nuevo, al ver una vez más á mis amigos de Méjico.

Faltaba ya la mano protectora que había salvado á Roa del naufragio. Este era ya el jefe de la casa de «Viuda de José de Teresa é Hijas» y estaba dando pruebas de ser tan hábil para los negocios mercantiles, como lo había sido en el periodismo y en la bella literatura. La misma moderación de entonces siguió siendo su norma, y bajo su dirección prosperaron de tal suerte los negocios de la casa, que cuando más tarde, al casarse las hijas de la viuda, entregó su dirección á

otras manos, les había triplicado el capital. Fáciles y seguras eran todas las transacciones, y sólo dos veces consintió en especulaciones de éxito dudoso. La una fué cuando el Banco Franco-Egipcio se estableció en Méjico, y los resultados fueron brillantes. No así la empresa de cierta *Compañía Transatlántica Mejicana,* que murió en la infancia. ocasionando graves pérdidas á los que en ella entraron sin conocer los azares de las operaciones marítimas. Advirtió sus peligros á la Señora y á Roa un íntimo amigo de entrambos; pero como éste, aunque muy conocedor del mar, no era hombre de negocios, prevaleció la opinión de otro que sí lo era, y servía de mentor á Roa y á la viuda.

Al mismo tiempo que los negocios de la casa, prosperaron los personales de Roa Bárcena, quien á su muerte dejó á sus hijas una fortuna considerable. Tenía su despacho en los bajos de la casa que dirigía, y á ciertas horas semejaba una academia literaria más bien que un centro mercantil. Era el punto de reunión de todos los literatos que moraban en la capital y de todos los que de vez en cuando la visitábamos.

Roa se entregó alma y cuerpo á los números; pero entre asiento y asiento en el Libro Mayor ó de Caja, escribía algunos versos, ó páginas enteras de prosa, sin que lo distrajera el ruido ó ahuyentasen su musa las frecuentes interrupciones. Arriba moraba la dueña de la casa, que era para Roa no sólo una patrona,

sino el último vínculo que lo ligaba con lo pasado. Si Roa era el modelo del gerente de una gran casa, Susana Pesado era también el tipo de la gran señora, y en ella parecía encarnado su ilustre padre, el nunca olvidado poeta D. José Joaquín. Atendía ella personalmente á sus negocios y todo firmaba, y todo revisaba; pero tenía una confianza ilimitada en Roa Bárcena, y jamás hubo entre ellos el más leve disgusto.

En Septiembre de 1877 publiqué mi primera edición de los Bucólicos Griegos, sirviéndome de prólogo una carta á Roa Bárcena, cuyo principio no puedo menos que transcribir:

«Hoy, que graves asuntos me han traído á Méjico, aprovecho esta oportunidad para seguir el consejo de Ud. y dar yo mismo la última mano á mi edición castellana de los Bucólicos Griegos. Hace precisamente dos años que, enviando á Ud. mi manuscrito, impuse á su amistad la tarea bien ingrata de revisar mi traducción y darla á la prensa. Recuerdo que al recibirlo, me manifestó Ud. su ninguna afición á la poesía pastoril y no disimuló la poca simpatía que le inspiraban varias producciones de los antiguos. Ví, por tanto, con gran satisfacción, las letras que un año después me dirigía, confesando que habiendo leído y releído mi versión, *se habia Ud. reconciliado con los antiguos Bucólicos*, y ansiaba porque saliesen á luz revestidos del traje español con que acababa yo de cubrirlos.»

Agregaba yo al terminar: «Réstame manifestar mi

gratitud á nuestros colegas de la Academia Mejicana, correspondiente de la Real Española, por la deferencia, para mí tan honrosa, de hacer suya mi pobre versión, publicándola bajo su nombre.»

Reproduzco estas líneas no sólo para manifestar cuánto me ayudó Roa en mis trabajos literarios, sino también para hacer ver la parte que yo tuve en la evolución de sus principios poéticos: cambio á que contribuyó igualmente la Academia Mejicana, á que pertenecimos desde sus principios. Como sus azarosos comienzos van olvidándose ya, aun por sus actuales miembros, justo es recordarlos aquí y dar á conocer la labor de Roa como académico.

En Noviembre de 1870 la Real Academia Española acordó la fundación de Academias Americanas Correspondientes en cada una de las Repúblicas que fueron en un tiempo colonias de España. Desde luego se crearon las de Colombia, Venezuela, el Ecuador, Centro-América, Perú, Bolivia, Chile, la Argentina y el Uruguay. Pero pasaron un año, y otro año, y otros dos más, y la República Mejicana guardaba profundo silencio y parecía desairar el llamamiento de la madre patria. Preguntó la Academia, preguntó el Gobierno español la razon de este desprecio, y resultó que en Méjico todos ignoraban que se le había hecho la misma invitación que á las demás repúblicas, porque el Presidente había rehusado dar curso á la nota de la docta corporación.

Al decretar la creación de las Correspondientes, la Academia Española escogió también á los primeros candidatos; y no conociendo las circunstancias, nombró director de la Mejicana á D. José María de Bassoco, y á D. Sebastián Lerdo de Tejada simple individuo sin distinción ni cargo. Díjose que ofendido el Presidente de la República, retuvo el decreto de creación y los nombramientos. Ignoro la exactitud de esta aserción, pues nunca estuve en los secretos de los dioses de aquel Olimpo; pero consigno el rumor y expongo las consecuencias de aquel proceder.

Al hacerse el primer ensayo de instalación, á fines de 1875, ó poco después, al formalizarse, encontraron los académicos que la corporación mejicana constaba de *tres españoles*, tres ausentes de la capital y dos muertos; quedando apenas cuatro con todos los requisitos exigidos por la de Madrid. ¿Qué hacer? La Academia debía ser mejicana. ¿Se había de relegar á la clase de correspondientes á los tres de nacionalidad española? Los socios de número debían residir en la capital. ¿Qué hacer con el obispo de Tulancingo, retenido en su diócesi, ó con el mismo Lerdo de Tejada, desterrado poco después?

Es cierto que cada Academia podía darse sus propias leyes, y constituirse, por ejemplo, como la francesa, cuyos *inmortales* pueden residir donde mejor les plazca, sin exceptuar el extranjero. Pero esto nadie lo quería. El atractivo que ha tenido desde el principio

y conserva hasta la fecha la Academia mejicana, es el ser *correspondiente* de la española, miembro de aquel cuerpo renombrado, rama de aquel árbol que tantos sabios ha producido. Parecía que adoptar otro reglamento era segregarse de aquélla, dar un nuevo grito de independencia, reducirse á la categoría del *Liceo Hidalgo* ú otras academias locales.

Resolvieron, pues, los mejicanos respetar los nombramientos primitivos, dejando á la Academia española la responsabilidad de la contradicción en que había incurrido, haciéndolos recaer en personas según ella misma no eligibles. Para llenar los huecos se nombraron nuevos socios, entre ellos á Roa Bárcena y á mi humilde persona; sin fijar definitivamente las diversas categorías, derechos y obligaciones. Esto no se verificó sino á fines de 1878, en las circunstancias que voy á narrar.

Ese mismo año publiqué yo en Méjico mis *Ocios Poéticos,* en cuya compilación me ayudó mucho Roa Bárcena. Se trataba de escoger, desechar, refundir ó corregir no pocos trozos más ó menos poéticos, y en todo me dirigió con una finura, una paciencia y un acierto hijos de la más acendrada amistad. Jamás olvidaré nuestros paseos diarios por el bosque de Chapultepec, leyendo versos y discutiendo *peripatéticamente* bajo sus árboles seculares. Al fin salieron á luz, en Agosto, con esta dedicatoria: «A la Real Academia Española—ofrece agradecido—la primera producción

después de un nombramiento que lo envanece,—su socio correspondiente—el Autor.»

La mejicana aún no se había exhibido y el público apenas la conocía. Oportuna ocasión se le presentó en el aniversario de la muerte de D. Juan Ruiz de Alarcón, que celebró con solemnísimas honras fúnebres, á imitación de las que la española acostumbra en el aniversario del fallecimiento de Cervantes. A mí, que veintisiete años más tarde debía pronunciar la oración fúnebre en Madrid, el tercer centenario de la publicación del Quijote, cupo la suerte de hacer la de Alarcón, en Méjico, el 3 de Agosto de 1878. De la resonancia que tuvo y de la gloria que conquistó para la Academia, da suficiente testimonio la siguiente nota, que firmaron los dignatarios de la Academia mejicana.

«La Academia mejicana no tiene solamente el deber, que cumple con indecible satisfacción, de dar á V. S. I. las gracias por la bondad con que se dignó encargarse de pronunciar la oración fúnebre en las honras celebradas el día 3 del actual, sino también el de manifestarle cuán complacida ha quedado con el acertadísimo desempeño del encargo.

«Por justos que fueran los elogios que la Academia hiciera de tan admirable pieza oratoria, podrían atribuirse á cortesía ó á espíritu de cuerpo. Mas, por fortuna, la voz pública se ha anticipado á manifestar unánime el gozo y la admiración que en todos ha produ-

cido el brillante discurso académico, la grave oración fúnebre y la piadosa exhortación cristiana, con que V. S. I. ha sabido enriquecer nuestra literatura, creando en ella un nuevo género de elocuencia. La Academia, llena de júbilo, ha visto así confirmado su propio juicio, enaltecidas las letras mejicanas y honrada la corporación en la persona *de uno de sus individuos*.

«A quien tan altas satisfacciones le ha procurado, justo es que manifieste su respeto y reconocimiento. De ambos quiere dar aquí testimonio, rogando á V. S. I. que lo acepte, unido al de los sentimientos de aprecio y veneración con que pide á Dios guarde muchos años la importante vida de V. S. I.

«Méjico, Agosto 13 de 1878.—El director interino, *Alejandro Arango y Escandón*.—El censor, *Manuel Peredo*.—*José Sebastián Segura*.—*Rafael Angel de la Peña*.—El tesorero, *José M. Roa Bárcena*.—El secretario, *Joaquín García Icazbalceta*.»

No se limitaron á meras palabras las bondades de la Academia. Como se ve por la firma que precede, D. Alejandro Arango y Escandón era director simplemente *interino*, desde la muerte de Bassoco, y se trataba de elegir *director propietario*. Dicho Sr. Arango tuvo la amabilidad de fijarse en mi humilde persona, y de atraer á su opinión á no pocos de los socios. En vano expuse la imposibilidad en que me encontraba de desempeñar tan alto cargo. A todos mis argumentos respondían victoriosamente, hasta que D. José M.

Roa Bárcena dirimió la cuestión con una salida tan ingeniosa como contundente: «*¿Queréis, por ventura, poner mitra á la Academia?*» Tales fueron sus palabras cuyo alcance todos comprendimos, y resultó electo Arango y Escandón. Se fijaron luego las obligaciones y derechos de los académicos de número, correspondientes y honorarios. Éramos muy pocos los de la segunda categoría, y por mi parte nada perdí, pues era yo ya miembro de la Real Academia española. Perdieron, sí, los correspondientes presentes y futuros que no se hallasen en igual situación, pues el principal aliciente de los académicos es el derecho á serlo también de la española; y los correspondientes de la mejicana quedaron *sin pena ni gloria,* es decir, sin obligación de contribuir con cuota alguna, sin voz ni voto, ni conexión, por el solo hecho de serlo, con la corporación de Madrid.

Si Roa Bárcena fijó la situación literaria de la Academia, la oración fúnebre determinó su carácter moral. Toda academia de la lengua, española, francesa ó toscana, tiene que ser esencialmente conservadora, sean cuales fueren individualmente las opiniones y principios de sus socios. Tiene que *fijar, limpiar y dar esplendor* al lenguaje; y sin conservar su pureza, degeneraría en una *Bohemia Literaria.* Ahora bien, cuando ese lenguaje no es el de Voltaire, ni de Machiavello, ni de Lutero, sino el de Teresa de Jesús, Juan de la Cruz y Luis de Granada, claro es que la academia,

como tal, tiene que respetar los principios religiosos de tan esclarecidos autores. Tal fué mi tesis; y nadie se atrevió á combatirla. Hubo, sí, un literato que se rebeló contra esta proposición, é intercaló su protesta en una obra histórico-religiosa que estaba á la sazón publicando. Fué más tarde académico; pero no insistió en su protesta. Más de treinta años han pasado; y aunque la Academia mejicana se compone casi en su totalidad de literatos de ideas liberales, no ha faltado al carácter que en aquella solemne ocasión asumiera.

Si Roa contribuyó poderosamente á la organización de la Academia, no cooperó menos á su sostenimiento en su calidad de *tesorero*. Somos más Quijotes en América que en España. En la Academia Imperial de que antes he hablado, fijó el Emperador una retribución de *cinco pesos* por cada asistencia, á semejanza de lo que se hace en la española, sin que nadie se sienta lastimado. *En Méjico, ni uno solo quiso aceptarla.*

Lo contrario tenía que suceder en la nueva Academia, que no contaba con recursos propios ni con la protección del Gobierno. Fué preciso que cada socio de número pagase una cuota mensual; y tal fué el tacto del tesorero, que lejos de faltar recursos, sobraron donativos de socios, aun correspondientes. Por mi parte ofrecí más de una vez á la Academia, que si llegaba á adquirir *casa propia*, como la de Madrid, le legaría y aun le regalaría, en vida, mi no despreciable

biblioteca. Si el tesorero se hubiera portado con descortesía ó exigencias, es fácil que hasta el título de académico se le hubiera arrojado á la cara, como después ha sucedido.

Pero no todo fué dulzura para Roa Bárcena en su labor académica. Con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, se pidió á las Academias correspondientes una antología de los poetas de cada República. Roa fué uno de los comisionados para formar la de Méjico, y me consta el empeño, el estudio, los desvelos que le costó el afán de compilarla. Para que más fácilmente la pudieran leer en la Academia española, hizo una impresión de *tres ejemplares*, que envió á Madrid lleno de ilusiones literarias y patrióticas.

¡Cuál fué su asombro al ver que ningún caso se hizo de su trabajo! Se omitieron los poetas vivos; y á los muertos se juzgó con una severidad no acostumbrada, y en la presente ocasión del todo inesperada. No sólo, sino que se escogió á uno que ni fué ni aspiró á ser poeta; y citando un ensayo suyo ya olvidado y dejando entender que Méjico lo presentaba como obra maestra, se le plantó á guisa de manequí y se le acribilló á flechazos. Se trataba de D. Joaquín María del Castillo y Lanzas, y no podemos menos que citar las duras palabras que se le dirigen en la *Introducción*.

«Con ser Ortega ingenio de mediano vuelo valió en él más el poeta político que el poeta religioso. Su oda

Aniversario de Tampico nos parece superior al tan ponderado canto (!!) de Joaquín del Castillo y Lanzas *A la victoria de Tamaulipas,* poesía kilométrica que tiene mucho de gaceta en verso, y que en sus mejores pasajes no pasa de imitación harto servil del *Canto á la victoria de Junín,* resultando Castillo tan inferior á Olmedo, como inferiores eran los Generales Santa-Anna y Terán, que disiparon la descabellada intentona de Barradas, á aquel rayo de la guerra que se llamó Simón Bolívar, fundador de cinco naciones desde las bocas del Orinoco hasta el Potosí argentífero.»

Lo que más pudo á Roa fué que estas y otras líneas aun más severas, fueran trazadas por una pluma que acostumbraba venerar casi al igual de la de Santa Teresa. En 1880 contraje amistad íntima con D. Marcelino Menéndez y Pelayo, ó mejor dicho, estreché la que ya nos unía antes de conocernos personalmente. Todos los días lo veía en Madrid, y cada vez admiraba más sus brillantes dotes y preclaro talento. No era Marcelino aún académico; pero tenía ocasión de lucir su incomparable memoria y vastísima erudición en las tertulias literarias de D. Aureliano Fernández Guerra y en las reuniones aristocráticas de la Condesa de Guaqui, hija brillante del erudito Duque de Villahermosa, quien dividía su admiración entre Menéndez y Zorrilla, siendo de éste insigne protectora. Conmigo lo unía la identidad de principios y tendencias clási-

cas, el amor á todo lo helénico, la adoración por la belleza griega.

Cuando en 1882 imprimí en Méjico mi traducción de Píndaro, la puse bajo el amparo del egregio joven. Roa, como de costumbre, me ayudó en la corrección de versos y de pruebas; y en las largas horas que pasábamos juntos pude comunicarle mi propia admiración por Marcelino, con más vehemencia de la que pueden inspirar cartas particulares ú obras impresas. Además de su ciencia y de sus letras, de su precocidad y espíritu cristiano, hacían á Menéndez altamente simpático su moderación, su dulzura, la suavidad de su crítica.

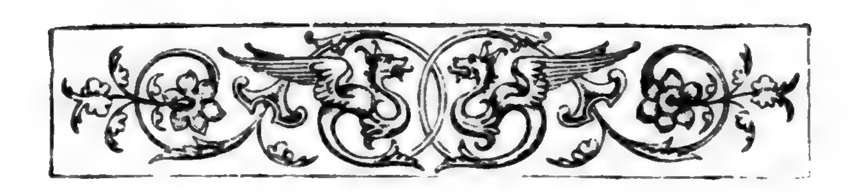
¿Por qué esta vez la suavidad ordinaria se convirtió en dureza implacable? Nunca he hablado con Marcelino sobre asunto tan ingrato; pero él mismo nos da la clave del enigma en su citada *introducción*. Hablando de su propio juicio sobre el P. Alegre, traductor de la Ilíada en versos latinos, dice: «En vano protesta contra este juicio mío, como si se tratase de gravísima ofensa al ilustre jesuíta ó á su patria, un laborioso crítico mejicano, muy docto, á lo que dicen, en el conocimiento de las lenguas indígenas de América; pero no sé yo si igualmente versado en las letras clásicas, que quizás ha desdeñado por más fáciles y corrientes.»

Alude, aunque no lo nombra, á D. Francisco Pimentel, quien, en efecto, en sus *Breves observaciones á*

los escritos de D. Marcelino Menéndez Pelayo relativos á autores mejicanos, se ensaña contra él con un encono, una injusticia y un odio dignos del autor de los *Ripios aristocráticos*. Empieza por atribuir á espíritu de partido nuestra admiración por el erudito católico. Citando, es cierto, no sé qué Revista; pero prohijando sus juicios, califica la *Ciencia Española* de *vulgar y confusa;* los *Heterodoxos* de monografías de las cuales *ninguna es definitiva;* y de la *Historia de las Ideas Estéticas* dice que es *un caos*. Resumiendo afirma que todos sus libros son *obras monstruosas, con muchas reminiscencias y ninguna originalidad*. Quien tan descortés se muestra no tiene derecho á esperar cortesía; y hay que notar que Pimentel era académico, y atacaba con tal garbo, que parecía campeón oficial de la literatura mejicana. No es esto lo peor. Más adelante le dirige un verdadero reto, diciéndole que conoce *la literatura mejicana muy por encima*.

¿Qué mucho que Menéndez Pelayo recogiera el guante y se esforzara en mostrar á Pimentel que conoce la literatura mejicana *muy á fondo?* Pero es el caso que al destrozar á Pesado y á Carpio, á Alegre y á otros muchos, no hirió á Pimentel (lo cual hubiera importado poquísimo á las musas mejicanas, que lo amaron menos todavía que las griegas y latinas); pero sí nos puso en mal predicamento frente á nuestros hermanos de Sud-América en ocasión tan solemne. Gran desengaño fué éste para Roa, quien lo resintió

toda su vida. Algo quiso atenuar Menéndez Pelayo la penosa impresión que sus juicios tenían que producir en Méjico, en la *Postdata* que añadió al primer tomo de la *Antología de poetas hispano-americanos;* pero, como siempre sucede en esos casos, era ya tarde.



XII

He insinuado que con el contacto académico, hubo una evolución en las ideas poéticas de Roa, y empezó á comprender la necesidad de conocer las lenguas sabias, y estudiar los autores antiguos en su idioma original. A este fin tomó por maestro á nuestro colega, el insigne gramático D. Rafael Angel de la Peña, y se consagró al estudio del latín. Fruto de este trabajo de sus últimos años fueron ciertas traducciones de Virgilio de que vamos á hablar. Pero sin limitarnos á ellas solas, y abrazando *toda la vida poética* de Roa, vamos á presentarlo en este número, como traductor en verso y en prosa. Empezaremos por la traducción de *La Campana* de Schiller, de la cual dice Menéndez Pelayo en una carta á Roa «que tiene respecto de la de Hartzenbusch la desventaja de no ser directa del alemán; pero que en algunos casos, y mirada solamente como pieza poética, no le va en zaga.» Como el mismo crítico, en la

postdata que acabamos de mencionar, se refiere á la traducción que del mismo canto hizo D. José Sebastián Segura, calificándola de *más literal y menos parafrástica que la de Hartzenbusch, pero mucho menos poética,* me propongo comparar las tres versiones entre sí y con el original, aunque sin abrumar al lector con citas inoportunas.

No es *La Campana* un canto épico, ni mucho menos. Es un *lied,* como se dice ahora, aun en castellano. Se trata de la fundición de una campana, desde el momento de formar el molde y vaciar los metales, hasta el lance crítico de sacar la misma campana y tañerla para probar su sonido. El artífice, rodeado de sus obreros, les va dando sus órdenes con acento seguro, pero con no poca ansiedad; y ya los aguijonea, ya los invita á momentáneo descanso, mientras los elementos por él hábilmente preparados obran por sí solos conforme á las leyes físicas. Entre órdenes y órdenes se entretiene con sus oficiales en seria conversación, y se aprovecha de los diversos incidentes del difícil trabajo para filosofar sobre las peripecias de la vida, de la muerte y de la resurrección.

La acción del drama tiene que ser muy rápida, al tratarse de la dirección del trabajo; puede serlo menos en las disertaciones filosóficas del maestro. Para éstas servirán los versos decasílabos del alemán ó endecasílabos del castellano; pero para aquélla se imponen los de arte menor. Así lo hizo Schiller con gran-

de acierto; así lo hicieron los que tradujeron directamente del alemán. Roa, dejándose guiar de una versión francesa, escogió el metro menos á propósito para el objeto. Juzgue el lector:

«De arcilla es el molde y en tierra está listo;
Fundida sin falta quede hoy la campana.
¡Valor, compañeros, y á la obra! Se gana
Con ella, si buena resulta, honra y prez;
Mas, si ha de ser útil el sudor del rostro,
Preciso es el que el cielo su ayuda nos dé.

. . . .

«Para que la llama suba en remolino,
Tomad anchas rajas de leña de pino
Y el horno encendido con ellas cebad.
Si el fuego es más vivo, hará hervir el cobre;
Al punto el estaño mezcladle, y se obre
La liga segura de todo metal.»

Estas no son por cierto las órdenes de un maestro que manda atizar el fuego y hacer la liga del metal en el momento oportuno, so pena de perder el lance. Pero donde más se ve el desacierto en la elección de metro y la desventaja de la traducción indirecta, es en la siguiente estancia:

«¡Perfecta la obra, premiado el trabajo,
Los ojos y el alma se alegren al ver!
Ya el molde ha servido, hiéralo el martillo,
Hiéranlo sus golpes rudos de alto á bajo:
De nuestra campana para ver el brillo,
Preciso es que rota la envoltura esté.»

Aquí no hay movimiento. En cambio en los versos de Schiller se ve materialmente á los obreros *remolinear* el martillo obedientes á la voz de su jefe, hasta que vuela á pedazos el inútil molde.

«Schwingt den hammer, schwingt
Bis der mantel springt.»

Ni Segura, con todo y su estudio del alemán y su costumbre de traducir literalmente y línea por línea, pudo expresar bien estos versos.

«Destruid el edificio;
Ya cumplió con *sus intentos*,
Y ojos y alma estén contentos
Al ver la imagen *sin vicio*.
¡Con mazos duros
Romped los muros!
Que la campana *renace*
Cuando el molde *polvo se hace*.»

En cambio, véase cuán feliz fué Roa en los versos que siguen, cuya índole y asunto son más adaptados á su carácter y gustos.

«Con hábil mano, en el momento dado,
Romper sabe el maestro el fuerte molde;
Mas ¡ay si lo quebranta por sí mismo
Y en río ardiente se derrama el bronce!
En su ciego furor tronando estalla,
Siembra la destrucción por donde corre,
Y de volcán cual encendido cráter

Llamas que dan horror vomita entonces.
Allí do reinan las brutales fuerzas
Obra cabal no es dado que se logre;
Ni el bienestar subsiste entre los pueblos
Si el yugo por sí mismos ellos rompen.
«¡Ay si de tiempo atrás arde la chispa
En el seno de vastas poblaciones
Y si la turba, destrozando el freno,
Se entrega á sus instintos destructores!
Ya del cordón de la campana asida,
En ella de rebato ensaya el toque,
Trocando así, de muerte en instrumento
Lo que de paz con miras construyóse.
«*¡Libertad, igualdad!* Estas palabras
Por doquiera resuenan, y los hombres
De carácter más blando, ármanse luego:
Puebla las calles multitud innoble,
Y aterradoras bandas de asesinos
De extremo á extremo la ciudad recorren.
En hienas convertidas las mujeres
De la lid toman parte en los horrores;
Con los dientes el pecho del vencido,
Gozándose en el mal, rasgan feroces.
Nada es sagrado ya; todos los lazos,
Todo recato púdico se rompen.»

Esto sí es poesía. Podrá quizá no reproducir las palabras ni el estilo del original; pero es el pensamiento de Schiller y el pensamiento de Roa.

Tradujo Roa Bárcena otras poesías menores alemanas, como *El guante, El conde de Hapsburgo* y algunas otras. En éstas no se nota *lo indirecto* de la tra-

ducción y tuvo más libertad para elegir el metro. Son asuntos que á todos se prestan, y aun *El guante* se encuentra entre los antiguos romances españoles. Todas estas versiones llevan las fechas de 1859 y 1860.

Demos una ojeada á *Mazeppa*. Es tan diversa la índole de la musa de Lord Byron y de la musa de Roa Bárcena, que apenas se concibe cómo se atrevió éste á cortejar á la de aquél. Y sin embargo, lo hizo maravillosamente, aunque escogió por original un poema cuyo movimiento y rapidez de acción parecían muy poco á propósito para su pluma, ordinariamente reposada y lenta. Parece que empezó á tientas. Así se deduce, al menos, del soneto que con vacilantes pasos abre la marcha. Poco á poco fué cobrando alientos, y cuando vió que, adoptando su metro favorito, no podía seguir á Byron en su rápida carrera, se determinó á irlo cambiando, á estilo de Espronceda ó Zorrilla, y suplir con este artificio su natural gravedad y lentitud. Bastará citar un canto, para convencernos del acierto con que hizo la difícil versión.

«XI.— ¡Adelante! Caballo y jinete
En las rápidas alas del viento,
Ciudad, pueblo y aldea y convento
Y cabaña dejamos atrás;
Semejando veloz meteoro
Que el espacio atraviesa encendido,
Cuando el velo nocturno tendido
Tiñe en grana la luz boreal.

Negro bosque á lo lejos limita
La desierta y estéril llanura;
De algún cerro en la ríspida altura
Rota almena al pasar divisé.
Resto acaso de antiguo reducto
Contra el tártaro un tiempo allí alzado,
A mis ojos —del bruto llevado—
Rastro humano ese el último fué.
«Meses antes la turca falanje
Cruzó el llano y mató su verdura
Tibia sangre ó la fuerte herradura
Del bridón de terrible *spahis*,
Al paisaje su bóveda presta
Entoldado de nubes el cielo;
Tarda brisa con lánguido vuelo
De sus quejas el són deja oír.
«Quise unir á las suyas las mias,
Mas, en ruda carrera incesante,
¡Adelante, adelante, adelante!
No logré suspirar ni rezar.
De mi frente el sudor está en lluvia
Del caballo las crines bañando;
Él, de espanto y furor resoplando,
Sigue y va sin parar, sin parar.»

Aquí se percibe, desde luego, que el traductor conoce el idioma del original y que se ha impregnado en su espíritu. Otras traducciones del inglés hizo Roa; pero son más bien fragmentos, y ni en dimensiones ni en mérito igualan á *Mazeppa*.

Al hablar de las traducciones del latín, no hay que olvidar que el discípulo de D. Rafael Angel de la Pe-

ña contaba ya cerca de sesenta inviernos cuando empezó á estudiar el *Musa Musæ*. No podía exigir de su memoria la frescura del niño; pero en cambio, al engolfarse en las bellezas de Virgilio, las comprendía á primera vista y las expresaba á maravilla en su idioma materno. De aquí es que los ejercicios que en un alumno de quince años no habrían pasado de ensayos sin gracia, en el vate quincuagenario resultaron un ramillete de flores poéticas de gran valor, que intituló *Pasajes y reminiscencias de Virgilio*. Escojo, para muestra, el episodio de Laoconte.

El artista que por primera vez se detiene en el Museo Vaticano, á contemplar el grupo maravilloso que representa á este sacerdote de Neptuno, sofocado, juntamente con sus hijos, por los dragones marinos, sea joven ó viejo, consumado escultor ó principiante, siente el irresistible impulso de reproducirlo, en mármol, en yeso, cuando menos con el lápiz ó el pincel. Otro tanto acaece al estudiante que por vez primera lee el episodio divinamente narrado por Virgilio. Necesariamente lo traduce á su idioma materno, en prosa ó en verso, según su disposición y talento. No podía ser Roa una excepción, y he aquí los versos que brotaron de su experta pluma.

«Por la suerte Laoconte al sacerdocio
De Neptuno llamado, con solemne
Rito en su altar, un lucio toro inmola,
Cuando he aquí..... ¡me horrorizo al recordarlo!

Que de Ténedos, isla no distante,
Dos serpientes enormes enroscadas
Al piélago se arrojan, por enmedio
De las serenas ondas, de consuno
Viniendo á nuestra playa, el pecho erguido
Y dominantes las sanguíneas crestas,
Y enarcando y tendiendo entre las olas,
Mientras avanzan, lo demás del cuerpo.
Ruge el mar con estruendo y forma espuma.
Á la ribera llegan, inyectados
En sangre y fuego los vivaces ojos
Y lamiendo las fauces silbadoras
Vibrantes lenguas. A su aspecto huímos
Pálidos de terror. Ellas con firme
Movimiento resuelto, hacia Laoconte
Van y, ante todo, abrazan una y otra
Á sus dos tiernos hijos, los estrechan,
Y sus míseros miembros atarazan.
Luego á él mismo que, armado, iba en su auxilio,
Embisten y aprisionan; y aunque en dobles
Círculos ya los escamosos cuerpos
Oprimieron dos veces la cintura
Y el cuello de la víctima, sobre ella
Cabezas y cervices aparecen
Irguiéndose. Con ambas manos lidia
Por desatar Laoconte aquellos nudos:
Sangre corrupta ya, negra ponzoña
Sus ínfulas destilan. Á los astros
Alza horrendos clamores, semejantes
Al mugido del toro, que ante el ara
Huye, del cuello herido sacudiendo
Mal clavada segur. Las dos serpientes

Se deslizan y evaden hacia el alto
Templo de Palas rígida, y se esconden
Bajo sus pies y su redondo escudo.»

Quien compare este cuadro con el original, echará quizá de menos el colorido virgiliano ó la elegancia del siglo de Augusto; pero no podrá negar que fué copiado, no de alguna infiel imagen reflejada por bárbaro espejo, sino del mismo original. No así las de tiempos anteriores. Sirva de muestra la siguiente oda de Horacio:

¡Más clara que cristal sagrada fuente
Digna de libaciones! Un cabrito
Á quien la tierna y ya enhastada frente
En vano á lides y al amor destina,
Cubierto en flores con festivo rito
A la luz matutina
Te inmolaré, y en su postrer congoja
Tus ondas teñirá su sangre roja. . . . . »

Esta es nada menos que la elegantísima *Fons Bandusiæ,* una de las producciones más delicadas del vate venusino. Cómo pudo llegar Roa, sin comprender á fondo el original, á la altura en que se colocó en su noble intento, es un verdadero misterio.

Sus traducciones en prosa fueron excelentes. Mucha parte del éxito que alcanzaron *La Cruz* y *La Sociedad,* se debe á la maestría de las versiones en que abundaron. *La Cruz y la Espada,* colección de episodios religiosos de la guerra de Crimea; *Maese Martín y sus obreros,* y aun la crónica extranjera más insigni-

ficante, revelaban á primera vista que no se habían confiado á esas plumas mercenarias *de á centavo por renglón,* sino á la elegante mano de Roa.

Voy á mencionar una versión de que se ha perdido la memoria; pero que forma para mí una grata reminiscencia. Recién establecida la comunicación rápida con los Estados Unidos, me tocó pronunciar en cierta Universidad de aquella República, un discurso que, por la novedad del asunto, tuvo cierta resonancia. Era ministro de España en Washington el insigne escritor D. Juan Valera; y me felicitó entusiasmado *«por verme descollar entre yankees y hablarles en su propio idioma de la civilización española en América.»* También Roa me envió afectuosos plácemes y solicitó mi permiso para traducirla al castellano. Lo hizo con su acostumbrada habilidad; y difícil me será explicar la impresión que recibí, al ver expresados en mi propio idioma, mis propios pensamientos, mis propias frases, mis propias locuciones; pero con palabras ajenas. El leer, vertida á extraño idioma, una lucubración escrita en el propio, no produce ni con mucho la misma sensación.

Permítaseme aquí disculparme por introducir tanto el *yo* en esta monografía. En las épocas en que nuestras vidas se deslizaron juntas por la senda de las letras, es imposible separar al uno del otro. Si á Roa le hubiera tocado sobrevivirme y escribir mis memorias, se habría visto obligado de igual suerte á mezclar con las mías sus propias reminiscencias.



XIII.

YA que á la prosa hemos descendido, sigamos hablando de los escritos en prosa de Roa Bárcena. De todos, el más largo, el más importante y el de mayor trascendencia, fué el que intituló: «*Recuerdos de la Invasión Norte-Americana, por un joven de entonces.*» Al abrir el libro, la primera pregunta que á todos ocurre es: ¿el poeta Roa Bárcena fué también historiador? Él mismo se encarga de contestarla, desde el principio de la *Introducción*. «No es libro de historia éste, ni otra cosa que una serie de artículos varios —abundantes en noticias y datos históricos; pero que no pueden constituir una obra formal de aquel género— sobre la invasión de los Estados Unidos en Méjico en los años de 1846 á 1848.»

Prevenidos ó no, por esta advertencia del autor, encontramos en cada capítulo, una relación minuciosa y bien ordenada de los sucesos que refiere; pero rectificada ó confirmada más adelante, y corregida

más tarde. «Carece de unidad en el plan (sigue diciendo el autor) y en sus páginas se trasluce más bien el ex-periodista humorístico, obligado á lidiar largos años con sus pobres recursos, contra adversarios como los Zarco y los Charles de Barrés, que el escritor que aspira á entrar en la rica heredad cultivada por los Alamán, los Lafuente y los Thiers.»

¡Oh! ¿Por qué acometió Roa esta empresa tan gloriosa y patriótica en la época de los desengaños y el desaliento? Si hubiera escrito esta historia, cuando trazó *la Quinta-Modelo* en *la Cruz*, cuando en *la Sociedad* blandió la pluma contra terríficos adversarios, habría sin duda refundido una y más veces sus artículos; y limándolos, y puliéndolos, y borrando ó compendiando noticias y documentos, habría dado á su obra la unidad que confiesa que le falta, y la habría engalanado con ese estilo brillante, pero sobrio y sencillo, que nos deleita en sus cuentos y novelas cortas. Así habría endulzado al lector la amargura que necesariamente le causa la narración de una campaña tan desastrosa, y habría conquistado desde luego el puesto que le compete, si no junto á los Thiers, si en medio de los franceses que han escrito en los últimos años la historia del *año terrrible* por excelencia, del infausto 1870.

¿Por qué no lo hizo, él, tan laborioso, tan constante, que trabajaba entre el ruido y la prosa de su despacho mercantil, lo mismo que en la quietud

de su alcoba? «*Ni el tiempo disponible, ni lo escasísimo del brio que le queda se lo permitieron al autor,*» respondía en Enero de 1883, cuando aún le faltaban *veinticinco años* de vida. No creo que padezca su memoria afirmando que no nos dijo *toda* la verdad. Lo que en realidad le faltó fué humor, fué aliento, fué valor, para estar vaciando de copa á copa, y mezclando y volviendo á mezclar, el brevaje emponzoñado de la historia de nuestros desastres. Retiradas, capitulaciones, descalabros, derrotas, desaciertos, pérdidas, desgracias, he aquí el resumen de toda la obra; y cuando alguna victoria se registra, al fin y á la postre resulta ser *victoria á medias*. Tarea tan ingrata como la relación de tantos infortunios, sólo se acomete por patriotismo, y se pasa sobre ella como sobre ascuas, rehusando volver á quemarse los dedos con el candente punzón que ha trazado tan negras líneas. Esto lo comprende y lo sabe estimar quienquiera que tiene corazón. Pero no por ello debemos lamentar menos, el que no nos haya dejado una obra bien pulida, cuyo brillo hubiera atraído á todas las generaciones, y construido para su autor *monumentum aere perennius*.

Voy á citar tan sólo algún pasaje, en que sacudiendo las cadenas del narrador, deja ver el fondo de su alma, veraz, patriótica, severamente imparcial. Al terminar el último capítulo, resumiendo cuanto ha dicho sobre la guerra, hace las siguientes reflexiones:

«Hemos visto que el convencimiento de la triste é

ineludible suerte reservada á la República, dió sér aquí, en 1847, al grupo anexionista que juzgó preferible á tal suerte, ó sea á la absorpción parcial sucesiva, la formal incorporación de Méjico á los Estados Unidos en virtud de un pacto solemne que nos hiciera participantes de todos los derechos y ventajas de sus propios ciudadanos.»

Ignoro si este grupo ó partido, dió algún paso positivo en sentido anexionista, fuera del platónico bríndis del *Desierto*. Si tal hizo debe haber salido ignominiosamente desairado. Tal se deduce de las Memorias del Presidente Polk, recientemente publicadas. No cabía en la previsicn de los vencedores, imaginarse el incremento y la riqueza que en pocos años había de hacer célebres las regiones recién conquistadas, y ya pensaban en darles una forma cualquiera de nación independiente. En cuanto á la idea de entrar desde luego á formar parte integrante de la Unión Americana, lo sucedido con las Filipinas, y las Islas Hawaii, y la lección que el ex-Presidente Roosvelt dió á los Egipcios en su ominoso discurso, manifiestan el candor columbino de los que con tales utopias soñaban. «No estáis maduros para el régimen constitucional. —Os haremos el honor de que seáis colonia nuestra, mientras aprendéis á ser libres.» Tal habría sido, tal fué quizá la respuesta de los Estados Unidos.

«Por una parte (sigue diciendo Roa Bárcena) la

aversión á esta solución, que el deber de la propia conservación rechaza; y por otra parte, aquel mismo convencimiento de la pérdida gradual é inevitable de Méjico. . . . . alarmaron más y más á nuestro pueblo, y una fracción suya, no pequeña, volvió á preguntarse lo que de algunos años atrás se había preguntado: si la influencia Europea en América, tan rechazada y execrada de nuestro natural enemigo, sería el único elemento eficaz de resistencia á la ejecución de sus planes.

«Esta idea, antigua de suyo, una grave complicación diplomática en Méjico en 1861, y la rebelión de los Estados del Sur en el pueblo vecino, rebelión que naturalmente lo debilitaba y abstraía, hicieron creer en la conveniencia y oportunidad de establecer aquí, al amparo de la intervención de Inglaterra, Francia y España, no obstante las espinas, los peligros, y hasta la repugnancia naturalísima de la ingerencia de extraños en los asuntos propios, un Gobierno que, ajeno á nuestros odios y rencillas, hiciera reinar la justicia y la paz, abriera y aprovechara nuestros todavía cegados veneros de riqueza, y agrupara y organizara las fuerzas vivas de Méjico para salvar su nacionalidad, que los partidos todos consideraban, no sólo amenazada sino también casi perdida. Pero debemos creer que tampoco esta vez la voluntad de los hombres iba de acuerdo con los designios providenciales. La liga tripartita fué deshecha por la habi-

lidad de Juárez y Doblado. El Gobierno de Napoleón III, que acometió por su sola cuenta la empresa, vaciló en el momento decisivo; se abstuvo de reconocer en la Confederación del Sur el carácter de beligerante, y, vencida ella, á una simple orden del Secretario norte-americano de Estado, Seward, retiró aquél de Méjico sus tropas, cuya permanencia, por lo mal dirigidas, había sido más adversa que favorable, á los fines con que vinieron. Entretanto el Príncipe, dotado de las más bellas y nobles cualidades de un héroe de los tiempos antiguos, pero que carecía de las raras condiciones de fundador de imperios, y carecía del dón de gobierno, luchaba y era vencido, y recibía la muerte con el valor de los Hapsburgos, no inferior al de los generales nuestros, que le defendieron en la epopeya sangrienta de Querétaro, y le acompañaron en el cadalso.»

Después de este trozo brillante, que bastaría por sí solo para acreditarlo como historiador, sigue ponderando Roa el poderío siempre creciente de los Estados Unidos, y sus aspiraciones, que no cambian, aunque hayan cambiado las circunstancias con respecto á Méjico. Trata de la lucha, que ha de ser sin tregua, aunque por otros medios que en 1846 y 1847, y concluye con esta profecía ó aspiración.

"Podría Méjico, en el momento supremo, formar en batalla ante el enemigo común (de la raza latina) bajo la bandera propia y tradicional de su raza; la

bandera que hizo retirar de Roma á los bárbaros, que anegó en Lepanto el formidable poder de la Media-Luna, y que descubrió y civilizó la mayor parte de las repúblicas americanas: *la bandera del Catolicismo.*"

¡Ay, no! Con esta bandera ya no se combate contra la gran República, quien al contrario, ostenta la Religión Católica, como la estrella más brillante de cuantas adornan su glorioso estandarte. Libre la Santa Iglesia en los Estados Unidos más que en muchos países latinos, protegida de cierto, más que en Méjico, con libertad sus ciudadanos para fundar grandes establecimientos de piedad y beneficencia, sin temor de perderlos al día siguiente; pudiendo educar á sus hijos en la religión de sus padres, y sepultar á sus muertos conforme á sus ritos, no sería por cierto el temor de la persecución el que llamara á Méjico á la lucha contra la República vecina. En esto sí, Roa Bárcena no fué profeta.

Quizás en la Biografía de Pesado fué más historiador que en los *Recuerdos* que acabamos de revisar. No sólo fue poeta el protagonista, sino político que desempeñó altísimos cargos, y se vió mezclado en los grandes acontecimientos que cambiaron la faz de Méjico, en la primera mitad del siglo pasado. Roa que lo conocía íntimamente, y que había sido testigo ocular de los sucesos en que figuró aquél, preparó bien sus materiales de antemano, y no caminó á tientas co-

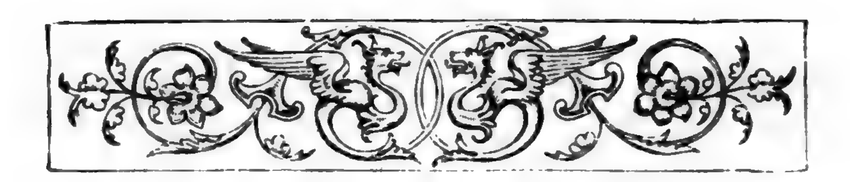
mo en otras narraciones. Cuando nos habla de Pesado como vice-gobernador de Veracruz, ya sabe que más tarde lo presentará como ministro de los Presidentes Bustamante y Bravo; cuando insinúa su conexión con los masones, conoce de antemano su conversión y sus grandes méritos para con la Iglesia. De nada trata que no sepa con certeza, y por consiguiente no hay lugar á rectificaciones ni adiciones, de esas que convierten una historia en simple narración ó serie de artículos.

Un solo capítulo forma una excepción á lo que acabamos de afirmar. Es aquél en que habla de la llegada al país del primer Delegado Apostólico Monseñor Luis Clementi, Arzobispo de Damasco, y de las trabas que el Gobierno Mejicano, apoyado en doctrinas regalistas, opuso á su alta misión. Ya impreso, casi en su totalidad, el libro vinieron dudas á Roa, acerca de la ortodoxia de ciertas doctrinas y la licitud de ciertas apreciaciones. Consultó á un canonista amigo suyo; borró y modificó lo que éste le aconsejara, y quedó el capítulo tal como lo leemos.

La Biografía de Gorostiza ha sido muy celebrada; pero sucede lo que con los *Recuerdos:* no es historia. Empieza con el *Discurso* pronunciado no pocos años antes en el *Liceo Hidalgo*, y añade varios capítulos á guisa de comentario, no manifestándose enteramente seguro de todas sus noticias y todas sus aserciones. En ésta, más que la crítica del poeta dramático, es in-

teresante la narración anecdótica de la campaña del Coronel improvisado. Su valor, su serenidad, su sangre fría en la batalla de Churubusco resaltan admirablemente, y la autoridad con que se impone al General Twiggs entre los contrarios, y al temerario Comandante D. José M. Hidalgo entre los propios, nos lo hace sumamente simpático.

De la pluma de Roa salieron dos manuales escolares, uno de Historia y otro de Geografía de Méjico. Del primero me decía que le había propuesto el Gobierno actual, que modificara ciertos puntos, y lo haría adoptar como libro de texto en las escuelas oficiales. El, siempre fiel á su axioma: *Quod scripsi scripsi*, rehusó absolutamente. Yo de buena gana lo impondría como texto á mis escuelas católicas, terminándolo, verídicamente, hasta el día de hoy, abreviando casi todas las respuestas sobre el gobierno de los virreyes y presidentes, ampliando lo que se refiere á la Iglesia, y omitiendo, casi en su totalidad, los *mitos* sobre las tribus indígenas anteriores á la dominación española. A la categoría de *mitos* consigno igualmente la *Historia anecdótica de los tiempos anteriores á la conquista*. Muchos la admiran y yo también la considero muy valiosa; pero solo como *mitología* indiana; no como historia verídica y bien fundada. No obstante, estoy dispuesto á rectificar este mi juicio, como todas las demás opiniones que aventuro, y que salen del camino trillado.



XIV.

EN el género de literatura, que menos estimó, y que casi no tomó á lo serio, es en el que Roa ha sido últimamente más admirado y con mayor entusiasmo elogiado: *en la novela corta*. Muchas escribió en la primera, y en la última época de su vida; pero aquéllas fueron en su mente armas de combate, ó juguetes literarios para dar variedad á su periódico; las últimas, mero entretenimiento con que llenar los ocios de su verde vejez, ó complacer á sus amigos. *La Quinta-Modelo*, publicada en *La Cruz*, justifica por sí sola la exactitud de mi aserto. La caricatura tan perfecta que delineó con mano maestra de los tribunos de aquella época, de sus discursos, de sus utopias, de sus fracasos, produjo quizá mayor efecto que los brillantes artículos de controversia que adornaban las Revistas y periódicos que redactó. Con la misma intención dictó la poesía humorística titulada: "la Bata de Martín." *Buondelmonti* es un episodio de la época que más se presta para romances en

la historia de Florencia. Escogido el tema con tino, tramado el enredo con maestría, expresado con lenguaje castizo, encantó á los lectores de *la Cruz*, y ha deleitado á los que en épocas posteriores lo han leído. ¿Podemos decir otro tanto de *Una flor en su sepulcro?* Ha sido muy admirada; pero se me figura que su excesivo romanticismo hará que viva menos en la memoria de los hombres, que las novelas antes citadas.

Hacia el año de 1877 ó 1878, Don José Joaquín Terrazas, que aún no desafiaba á los Arzobispos de Méjico, ni se declaraba pretendiente al fantástico *trono Guadalupano*, formó una *Sociedad Literaria*, á que dió el nombre del gran Prelado de Valladolid de Michoacán, *Munguía*. De cuando en cuando celebraba en su casa tertulias literarias, costeadas por el Arzobispo, Sr. Labastida, á que solíamos concurrir Roa Bárcena y yo. En una de ellas leyó el hermoso cuento "El Rey y el Bufón" que, al publicarlo, dedicó á mi persona. En otra nos deleitó con la lectura de *Lanchitas*. En esta clase de lectura en prosa, en salones no muy grandes, era Roa, maestro consumado, y la dulzura de su voz, la gracia con que acentuaba ciertas expresiones y frases, y lo sobrio de su acción, daban á una novela leída por el autor una fuerza, un encanto, y un significado, que por sí solo no habría descubierto un lector profano en la negra tinta tipográfica. En la declamación de sus versos no era igualmente feliz.

Muchas otras novelas cortas y cuentos brotaron de la pluma de Roa; pero no me parece oportuno enumerar una á una todas estas producciones, ni atribuirles mayor importancia de la que les dió el mismo autor. Más que los cuentos en prosa, las *novelas en verso* eran *su fuerte* y su delicia, y de ello nos suministra una prueba su última leyenda, *Vasco Núñez de Balboa*. La pongo entre las novelas, porque es de todas sus composiciones de este género, la que menos puede llamarse poema, y más debe apellidarse historia, ó cuento poético. Esto no quiere decir que no tenga versos magníficos y arranques de alta poesía. Si tal afirmara, me desmentirían los siguientes trozos.

«¡Siglo admirable en fe, vigor y arrojo!
¡Siglo á la España de Isabel propicio!
Si triunfante la Cruz brilla en Granada,
El ibero no cabe en sus dominios.
En carabela frágil sale en busca
De otro mundo que en sueños ha entrevisto
. . . .
Con la espada y la Cruz venciendo siempre,
A su afán de riqueza inmola al indio,
Explora tierra y mar, funda ciudades,
Y desde el Bravo helado al Hornos ígneo
Congrega tribus, pueblos y naciones
Bajo una sola fe y un cetro mismo»

—

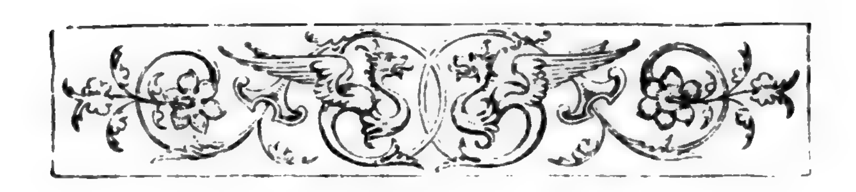
«¡El Pacífico surge! En su entusiasmo
Cae en la roca Núñez de rodillas,

Con voz interna en reverente pasmo
Alabando de Dios las maravillas.
«Su sueño se ha cumplido; su deseo
Ve coronado; lo demás ¿qué importa?
Es el primer intrépido europeo
Que fija en ese mar la vista absorta!
«¡Es su descubridor! Llama á su gente
Y le señala el piélago lejano,
Y en arenga, si rápida, elocuente,
Las creces pinta del poder hispano.»

—

«Por mas que injusto y ciego te desmandes,
No infamarás de Vasco la memoria;
Su pedestal eterno son los Andes,
Y canta el Mar Pacífico su gloria.
«Ciencia y humanidad fallo severo
Te reservan del tiempo en los arcanos,
Y llevarás al tribunal postrero
La cabeza de Núñez en tus manos!»

———



XV

PARECE que el carácter y educación de Roa le quitarían hasta la más leve tentación de escribir sobre crítica literaria. A la hora undécima acometió la difícil empresa, y publicó en 1887 su *Acopio de sonetos*. Empezando por Boscán y terminando por un desconocido mejicano, hacina sonetos y más sonetos de la musa castellana, escogidos unos con laboriosidad y tino, entresacados otros al acaso. Todos los comenta y examina, señalando con entusiasmo sus bellezas, indicando cortés y sobriamente sus defectos. En la última página se despide del lector con estas palabras, que nos dan la clave de toda la obra:

«Hay libros que al ponerles punto final no quedan acabados......

«Queda mucho por espigar en cuanto á sonetos, en la España antigua y moderna, en las repúblicas sudamericanas y en nuestra misma Méjico......

«Hasta aquí mi principal afán se ha encaminado á no fastidiar, y á ello obedecieron mis notas, parecidas á las cargas de los cosacos en ligereza y en lo exiguo del resultado.»

No logró del todo su objeto, pues hubo quien se fastidiara por no ver en el *Acopio* los sonetos de sus poetas favoritos, que de seguro se habrían incluido en una nueva edición ó en un segundo tomo, según advierte el mismo autor en la *despedida* de que acabo de transcribir algunos párrafos. Como muestra de la crítica de Roa, voy á extractar sus comentarios á Lope de Vega y la censura de otro poeta moderno.

Del *Fénix de los Ingenios* transcribe nada menos que catorce sonetos, entre ellos el preciosísimo titulado *El Manso,* que califica en estos términos:

«Es el mejor soneto de Lope, y para mí de cuantos conozco. Es modelo acabado de sentimiento, de propiedad y belleza en los accesorios é imágenes; y en su terminación hay verdad palpable, exquisita delicadeza, y aquel rasgo poético, *Que aun tienen sal las manos de su dueño,* rasgo que no se presta al análisis, pero que conmueve y enternece...... Las noticias malamente publicadas acerca de la vida íntima del autor, me inducen á creer que tal soneto le fué sugerido por la pérdida de una hija, blanco de la codicia de un noble que acabó por robársela.»

Es justísima la crítica literaria; pero las conjeturas acerca del motivo del soneto y de su oculto significa-

do, me parecen muy aventuradas, como voy á explicar más abajo. Por ahora oigamos estas observaciones de Roa, dignas de llamar nuestra especial atención.

«En los mejores sonetos y en algunas otras composiciones líricas de Lope, se halla el *ritmo*, que según los inteligentes, constituye la primera y más esencial calidad del arte y del talento poético; siendo su falta la que menos se disimula al poeta, por suponerse que canta, y que *por medio del oido* ha de dirigirse al corazón y á la fantasía. Creo, pues, oportuno reproducir aquí la siguiente bellísima definición dada por Don Manuel José Quintana:

«Si se nos preguntase en qué consiste este ritmo, responderíamos con un elocuente escritor que el ritmo consiste en un conjunto particular de expresiones delicadamente escogidas; en una distribución de sílabas lentas ó rápidas, sordas ó agudas, ásperas ó suaves, alegres ó melancólicas; en un encadenamiento, en fin, de onomatopeyas análogas á las ideas de que el poeta está fuertemente poseído, á los sentimientos que le agitan, á las imágenes que le ocupan, á las sensaciones que quiere producir, á la naturaleza, movimiento y carácter de las acciones y pasiones que se propone expresar. Así el ritmo es la imagen de lo que pasa en el alma del poeta, manifestada por las inflexiones de su voz, por sus degradaciones sucesivas, por los pasajes y tonos diversos de un discurso; dón na-

tural que nace de la sensibilidad de los órganos y de la movilidad del alma; secreto que ni se aprende ni se comunica, ni puede tampoco reducirse á reglas.»

Dejemos por un momento á Roa y á Quintana disertando sobre el misterioso ritmo, y bajemos de un salto al poeta moderno que anuncié al principio.

LAS PALMAS.

Crecen dos palmas su ramaje alzando
En orillas opuestas de un torrente,
Sin juntar nunca su follaje ardiente,
Sin unirse jamás, mas siempre amando.
Crecen, las frentes tristes inclinando,
Hasta que airado el ábrego inclemente
Las sepulta á la par en la corriente,
Juntos sus troncos á la mar llevando.
Así también tu suerte de mi suerte
Separa ¡oh Julia! piélago enemigo
Y muero solo y mísero sin verte.
En vano en mi delirio te persigo,
Que en las espesas sombras de la muerte,
La tumba sólo me unirá contigo.

Comentando este espléndido soneto, dice Roa: «El símil de las palmas —de que con posterioridad á 1840 se ha abusado mucho— le presta cierta belleza. La excelente construcción de los cuartetos da pasaporte á sus cuatro gerundios, admirados de verse juntos, y que de cierto excitarán el enojo de algunos filólogos á cuyo brazo los entrego.»

Acepto la entrega de mi buen amigo, y le aseguro que ni yo, ni el más escrupuloso preceptista censurará los gerundios de los cuartetos, ni los asonantes de los tercetos. Es que en todo el soneto hay ese *ritmo* de que hablábamos hace poco, y al leerlo, al oírlo, al recordarlo, se conmueven todas las fibras del corazón; y á los que conocimos al poeta antes y después, nos hace la impresión de un vaticinio, de una solemne profecía.

Yo no contaba más que cinco años; pero mi padre, ministro del Presidente Herrera, tenía por precisión que tratar al Plenipotenciario español que tan importante papel desempeñó en Méjico en aquella época y eran frecuentes las mutuas visitas. Veinte años después, el niño, ya Prelado del Papa, reanudó relaciones con el poeta, que llevaba triple título de Marqués, Duque y Príncipe, y se elevaba como colosal palmera, á orillas no de impetuoso torrente, sino de histórico y sagrado río fácilmente navegable. A la margen opuesta descollaba otra palma real todavía más gigantesca. . . . . . y al pie de la letra se realizó lo que hacia los años de 1846 leía todo mejicano en cierto volumen de poesías publicado hacía poco. No cometo indiscreción alguna en esta narración. El Príncipe (aunque Roa dice que se le calificaba de escéptico) murió cristianamente; y en su testamento, que vió la luz pública, refirió la historia de los románticos amores.

Ahora bien, quien conozca esta historia, pero ignore la fecha en que fué escrito el soneto, podrá asegurar que fué inspirado por los amores imposibles de los personajes que en ella figuran, y no por sucesos olvidados ahora, y que se verificaron un cuarto de siglo antes que las aventuras italianas. ¿No sucederá lo mismo con las conjeturas de Roa acerca del soneto de Lope de Vega?

Al ver acopiados tantos bellos sonetos estudiados tan á fondo y comentados con tanto tino, necesariamente nos preguntamos: ¿por qué Roa Bárcena cultivó tan poco esta clase de poemas? Entre la multitud de leyendas, odas, himnos, canciones y elegías que escribió, apenas podemos contar algo más de sesenta sonetos. Se me figura qne su primera formación poética le quitó el gusto, la inclinación y hasta cierto punto la facilidad para esta clase de poemas, exíguos cn la forma, pero escabrosos como un canto épico y que exigen mayor corrección, atildamiento, inspiración y elegancia que una oda. A todo esto no se prestaba el genio de Roa Bárcena. Los romances, endecasílabos ó menores, del Duque de Rivas, fueron su primer modelo; la leyenda, su género favorito, en el cual alcanzó gran soltura y maestría. Esta clase de composiciones, por su tamaño y su índole histórica ó novelesca, ni admiten ni requieren ese cuidado en la cuantidad, el acento, la cesura, la elección de vocablos y la finura de rima indispensables

en el soneto. Se acostumbró el poeta á versificar con cierto comparativo descuido, y á desleir su pensamientos en largas lucubraciones. Cuando trataba, por tanto, de condensarlos en catorce versos, se encontraba encadenado, no le cabían las palabras en tan pocas líneas, y la máxima *quod scripsi scripsi* que seguía en sus escritos en prosa, le impedía borrar, limar, refundir, abrillantar los sonetos.

En la mayor parte de los que escribió, falta ese ritmo, ese ritmo misterioso, ese ritmo inexplicable que admiraba en Lope de Vega. Hay, empero, no pocas excepciones. Forma la más notable, la serie de seis sonetos que le inspiró la muerte de su querido padre. De ella copio, con verdadero deleite, el número IV.

«Tras la agonía en calma y sin delirio
Y el tránsito dichoso del cristiano
Ahí tendido está: brilla en su mano
La efigie de Jesús en su martirio.
«La dulce palidez del blanco lirio
Baña la grave faz del noble anciano,
Y de su frente en el cabello cano
Refleja su fulgor crujiente el cirio.
«Bien la sagrada efigie lleva al pecho
Quien le opuso de Cristo en las banderas,
De la impiedad al ímpetu deshecho;
«Y hasta en las horas del vivir postreras
Tuvo feliz bajo el humilde techo
A la fe y la virtud por compañeras.»

Aquí sí hay ritmo, aquí hay sentimiento, aquí se

transparenta cierto dón de profecía. ¡Parece su propio retrato treinta y cuatro años después! Si no fuera tan largo, quedaría bien como inscripción en su sepulcro.

En los dos sonetos á la muerte de su hermano Rafael, hay el mismo delicado sentimiento, el mismo cariño; pero falta el ritmo. En otro, de índole bien diversa, sí aparece este incomprensible *ritmo,* como van á juzgar los lectores.

LA NUEVA ESPOSA.

«Mirto y rosa y laurel, doble trofeo
A tu ingenio y beldad, huella tu planta:
La dicha á coronarte se adelanta,
Risueño su ademán, gentil su arreo.
«Si amanece, halagando tu deseo,
Fúlgido el sol, su claridad no es tanta
Como ésta en que bañó serena y santa
Tu nuevo hogar la antorcha de himeneo.
«Brille en él, en feliz perenne dia
Y no olvides, si amaga su luz pura
Nublar acaso tempestad sombria,
«Que contra el rayo de la suerte dura,
Si el escudo del hombre es la energía
Son tu escudo el amor y la dulzura.»

Inspiró esta composición el casamiento de otra hija del poeta Pesado, Isabel, poetisa también ella, con el riquísimo Don Antonio de Mier y Celis. Murió este señor en París, siendo Ministro Plenipotenciario de

léjico, y dividió sus inmensas riquezas entre su es-
osa y el Sumo Pontífice. Agradecido Su Santidad
or tamaña largueza, confirió á la viuda el título de
Duquesa de Mier, que actualmente lleva con brillo en
 opulenta capital de la República Francesa.



XVI.

De propósito he dejado para lo último la poesía que, á mi juicio, es la mejor de Roa Bárcena. Bella en el fondo, correcta en la forma, severamente histórica, terríficamente poética, profundamente filosófica, de entonación profética, é inexorablemente fatídica, vivirá, vivirá gloriosa siglos después que el poeta, y aun sus otras poesías, se hayan convertido en polvo y ceniza.

"LA NOCHE DE QUERETARO.

Horresco referens.

«¡Silencio grave, oscuridad sin astros
Y tristeza y horror! Mi fantasía
De vasto monasterio el negro domo
Ve dibujarse en la tiniebla fría.»

Es el convento de la Cruz, cuartel general del Emperador Maximiliano. Con pocos rasgos pinta el autor el cansancio, la fatiga, las dolencias de las mermadas tropas que allí velan, vencidas no; pero

extenuadas por las prolongadas vigilias del campamento, y los largos días de penoso sitio. Desechadas las propuestas de honrosa capitulación presentadas al general enemigo por el augusto Jefe de los sitiados, se prepara una salida en que se jugará el todo por el todo; pero en la cual nueve mil hombres decididos, pueden muy bien abrirse paso á través de cuarenta mil, que en las recientes batallas han dado pruebas de no ser de hierro. Mientras llega ese momento, todos están alerta, y tienen

«. . . . . . . abocados los cañones
Hacia el llano y la hoguera, que muy tarde
Del sitiador entre las tiendas arde.»
«Mas ¿qué débil rumor, con el ladrido
De los infaustos canes, interrumpe
Silencio y calma? De la aciaga noche
Entre las sombras, surge otra más negra
Cual la del falso apóstol. . . . .»

El enviado del Emperador, no pudiendo conseguir nada para su augusto Jefe, empieza á trabajar por su propia cuenta. Abre sus oídos á las lisonjeras palabras del sitiador, que lo declaran salvador de la patria si entrega la plaza, y fácilmente lo persuaden de que tal acto no es traición sino rasgo sublime de verdadero patriotismo. Treinta talegas que se hacen brillar á sus ojos acaban de convencerlo, y se tranquiliza su elástica conciencia, con la promesa, que no se cumplirá, de que podrá escapar el Emperador.

«. . . . . Sus pasos sigue,
Brotando cual torrente
Que hincha lluvia otoñal y espesa el limo,
En pelotones la enemiga gente:
Cerca y sujeta á las dormidas guardias,
Y retira y convierte los cañones
A la ciudad, y grita en voz siniestra
El arma al descansar: *La plaza es nuestra.*
«Reposa arriba el Jefe, cuya mano
Cetro imperial que la impericia propia
Y el golpe del rencor republicano
Hicieron polvo, con guerrera espada
Que brillará en la historia substituye.

. . . .

Cuando una voz amiga le despierta
Del propio pabellón bajo el abrigo
Clamando: *Está en la Cruz el enemigo.*
«El no distante acero
Cíñese al punto y sale en grupo breve
De fieles y esforzados servidores
Sin demudarse ni temblar, sin ira,
Resignado al destino,
Surgiendo sobre todos su estatura
Cual surge entre los árboles el pino.
El paso no le estorban
Guardias ni centinelas. . . . .»

No, no se lo estorban en verdad. Un resto de pudor y de vergüenza mueven al émulo del traidor discípulo, y al que imitando á los Escribas de antaño aprontó los treinta dineros, á dejarle libre el paso has-

ta el Cerro de las Campanas donde brillan aún mil bayonetas y aparece

«. . . . . .plantada su bandera.
La empuñará, y en renovadas lides
Vencerá ó morirá. . . . . .Pero ¿y las huestes
Que ciñen ese monte
Cerrando en negra nube el horizonte
Que en fuego destructor relampaguea,
Y ruge y truena ya?. . . .Pero ¿y la sangre
Del grupo fiel vertida inutilmente?»

¿Vertida inútilmente?. . . . . ¡Ay! Ese grupo fiel, mejor conocedor que el Hapsburgo, de la índole de sus enemigos, habría agradecido al Monarca que en vez de izar la bandera de parlamento, se lanzara con él al encuentro de las huestes contrarias, á perecer con gloria en el campo de batalla. Habría ahorrado á todos aquellos valientes las humillaciones, los oprobios, las vejaciones de que todos fueron víctimas, habría impedido que para muchos y para Él mismo se levantaran afrentosos cadalsos, y aun al propio enemigo habría proporcionado la ocasión de gloriarse de haber tomado la plaza por asalto. ¡Quizá por esto lo dejaron salir de *la Cruz!* Pero el noble Príncipe, que á todos juzgaba por el temple de su propia alma generosa, tenía un concepto muy alto, de sus queridos mejicanos, y ni un momento soñó en los inauditos acontecimientos que iban á seguir á

su rendición. Pero si no como Romano, murió en el patíbulo como héroe cristiano.

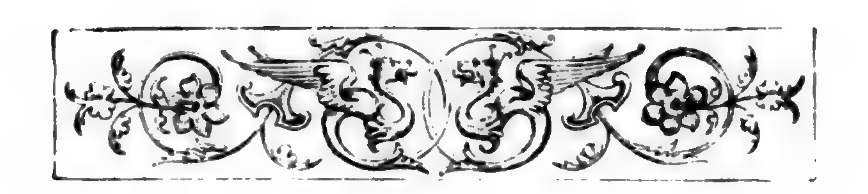
«Y su alma limpia y cándida cual lirio
Voló á Dios con la palma del martirio.
«¡Lección dura y sangrienta
A quien las riendas del imperio empuñe
Sin alto dón de imperio!
A todo pueblo iluso
Que, viéndose á la orilla del abismo
Vigor de salvación no halló en si mismo
Y en otros pueblos su esperanza puso!»

Estos últimos magníficos versos han merecido universal aplauso, y más todavía que nosotros los han elogiado nuestros adversarios. De todo corazón uno mis propios aplausos á los de la generación que ha pasado desde que se escribieron. Pero, descendiendo de la teoría á la triste realidad, me pregunto: ¿qué debe hacer el Príncipe, nacido sobre el trono, cuando descubre que carece de *ese alto dón de imperio?* ¿Deberá imitar á los Presidentes de los Estados Unidos, que abandonan tranquilamente el poder, cuando al terminar el segundo período presidencial, ó quizás el primero, comprenden que ya no los acaricia el aura popular, y que les vuelve la espalda su propio partido? ¿Debió el Emperador Maximiliano abdicar, al retirarse las tropas francesas, y seguir el camino que había emprendido hasta Orizaba? Los que de allí lo persuadieron á volver á la Capital, juzgaron que ha-

bría sido gran felonía el retirarse, dejándolos expuestos al furor republicano. Se engañaron. Más expuestos quedaron después de Querétaro, y más tuvieron que sufrir. Pero el Príncipe cumplió su deber, lidiando y muriendo como bueno. Bien hizo su augusta Madre, la heroica Archiduquesa Sofía, en detenerlo en medio del camino de Veracruz, y en recordarle que un Hapsburgo no podía resignarse al papel de *procónsul* de Napoleón. Con alto dón de imperio, ó sin él, tenía que defender su corona con la punta de su espada, y no soltarla sino con su cabeza.

La historia trazada por Roa Bárcena en *la Noche de Querétaro,* con insólito brío y arranques de águila, es la que se supo el mismo 15 de Mayo de 1867, y la que el *mundo todo* ha conservado en la memoria, á pesar de los esfuerzos por borrarla, y dar á la compra-venta de la plaza la apariencia de espléndida victoria. Hoy, lo mismo que entonces, son absolutamente verdaderos las versos con que termina la oda sublime:

«Sobrevive el horror de tal entrega.
Sobrevive el fulgor de aquella espada.»



XVII.

AL que los dioses aman, muere joven,» decían los antiguos. Los cristianos, por el contrario, consideramos como bendición del cielo una vida larga. ¡Pero cuántas penas y amarguras trae consigo esta bendición! No es la menor la de ir viendo desaparecer uno á uno todos los seres queridos, é irse quedado solo y aislado en el mundo, teniendo que exclamar á cada paso, como cuando empezaron los desastres de Napoleón: *se va la antigua guardia*.

Tal acaeció á Roa Bárcena en su largo camino de más de ochenta años. Leemos en sus poesías, que acabamos de recorrer, los flébiles versos á la memoria de su primera esposa, de sus padres, de su hermano. Le tocó ver morir á la segunda, y dar el último adiós á muchos de sus íntimos amigos, mayores y menores que él mismo. ¡Qué mucho que el des-

aliento fuera creciendo con los años, y que en sus últimos días nada encontrara bueno en este mnndo, ya se tratase de las maravillas del progreso moderno, ya de la literatura ó la ciencia, ya de la marcha moral de la sociedad, ó de los principios que gobiernan las naciones!

Hubo, entre todos, un acontecimiento que lo abatió por completo. El 4 de Febrero de 1906 falleció la viuda de Teresa, Susana Pesado. Fué un golpe para la sociedad de Méjico, de que era joya preciosa, para los pobres que socorría con mano tan generosa como oculta; para sus deudos que la adoraban. Pero para mí, que la veneraba como hermana mayor, para Roa, sobre todo, de quien había sido patrona y protectora, y tabla de salvación en su naufragio, resultó su muerte una pérdida irreparable. Perdía no sólo á la amiga de toda su vida, á la hija de su maestro, el poeta Pesado; sino también la sociedad de literatos y de amigos que en el despacho de la casa de la Viuda de José de Teresa é Hijas, hallaban siempre á Roa, y formaban con él constante academia. A la Mejicana dejaban de asistir sin escrúpulo ni sentimiento; pero al despacho de Roa Bárcena, jamás. Con la muerte de la Señora se cerraron casa y despacho, y se disolvió el grupo académico, pues ya no era seguro encontrarlo, lejos de aquel centro de todos tan conocido y de acceso tan fácil.

Desde entonces se empezó á notar más y más su

desánimo y declinación; aunque sacando fuerzas de flaqueza hacía gala todavía de caminar solo y sin guía ni compañero por la Capital y sus alrededores. El sábado 1.° de Agosto de 1908, estando yo próximo á partir para el Congreso Eucarístico de Londres, me visitó en mi alojamiento en Méjico, y como de costumbre, recordamos tiempos pasados, censuramos los presentes, y hablamos de bellas letras y de sus cultores. Fué la última vez que lo ví. Menos de dos meses después, expiraba mi buen amigo en el Señor, cristianamente como había vivido, sin haber jamás desmentido con los hechos lo que había proclamado en verso y en prosa. No es á mí á quien toca describir su elegante persona, gallarda en la juventud, atildada aun en la vejez. En cuanto á su alma, él mismo la deja ver en sus obras, tanto en prosa como en verso; y yo he procurado poner de relieve las composiciones que con mayor ventaja la transparentan. Al retratarlo como literato, he procurado que mi cuadro no sea un mero bosquejo delineado con lápiz incoloro, sino una figura que resalte mejor con las ligeras sombras que no he debido suprimir.

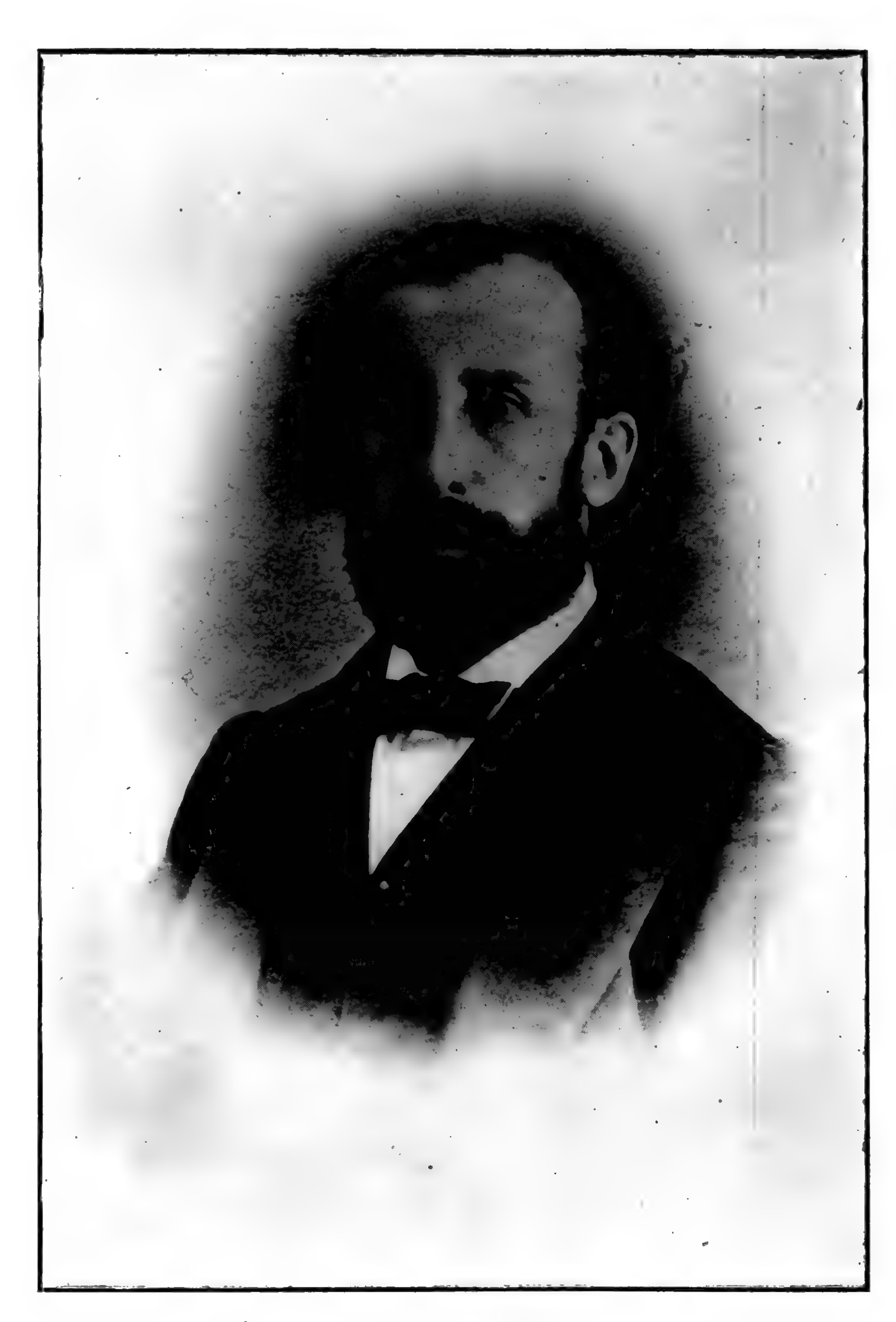
Dejó al morir cuatro hijas: D.ª María de la Paz, casada con Don Antonio de Vértiz y Fagoaga, D.ª Josefa y D.ª Concepción, de su primer matrimonio, y D.ª Carmen, casada con Don Ricardo Ortega y Pérez Gallardo, del segundo.

A ellas dedico y entrego este trabajo, en honor

del egregio varón, del dulce poeta y del esforzado campeón de Dios y de su Iglesia, á quien ellas y yo profesamos tan profundo cariño, y cuya memoria vive igualmente en nuestros corazones.

San Luis Potosí, Abril de 1911.

Ignacio Montes de Oca y Obregón,
Obispo de San Luis Potosí.



J. M. Roa Bárcena

(A LOS 30 AÑOS)

LIBRO PRIMERO

LEYENDAS

ITHAMAR



ITHAMAR

I,

—Déjame acariciar de tu cabello
Las trenzas blondas y aspirar el ámbar
De tu boca gentil. ¿Qué magia tienen
Tus ojos que las almas encandena?
A mi atónita vista las mujeres
Que Babilonia en sus jardines cría,
Pasaban; y mirando su belleza
Mi ardiente corazón se estremecía.
Pero te vi después, y desde entonces
Sólo por ti respiro, Epha adorada.
¿Pagas mi amor?
—Mis ojos te lo dicen:
Cifro en tu amor mi porvenir, mi gloria.
Pero ¿por qué se anubla tu semblante,
Ithamar?
—Porque al Rey ayer miraba
Que se encontró contigo: irreverente
En ti clavó la vista: yo vi cómo
Con desigual latido se agitaba
Su corazón y se encendió su frente:

Yo conocí, ¡infeliz! que el Rey te amaba.
—¿Ha puesto en mí su pensamiente altivo?
Esa idea me inunda de tristeza,
Que es rencoroso el Rey....¿Qué dió motivo
A su excelso homenaje?
—Tu belleza.
Sí, porque yo jamás hallado había
La gracia que en tu frente resplandece,
Ojos como los tuyos, ni ese fuego
Que tus facciones célicas anima,
Y eso que, bien lo sabes, siempre anduve
Fuera de mi país de clima en clima.
Es imposible verte y no adorarte.
¿Por qué te miró el Rey? ¡Ah! yo quisiera
El pecho atravesarle con mi espada.
—Yo entonces, Ithamar, te aborreciera.
—¿Le amas acaso?
—La violencia odio,
Y es la persona de mi Rey sagrada.

El sol se oculta ya tras los jardines
De la opulenta Babilonia: extiende
Su velo de crespón la húmeda noche;
Huye la claridad, cesa el bullicio:
Su perfume las flores orientales
Entregan a la brisa: busca el Ibis
El conocido árbol en que duerme,
Y al pálido fulgor de las estrellas,
Cielo y muralla y almenada torre
El Eufrates refleja que al pie corre.

Al lado de Ithamar Epha sentada,
Goza de aquel dulcísimo contento
Que da el amor cuando el objeto caro
Se halla al metal de nuestra voz atento.
No es más bella la flor de los jardines
Que el dulce rostro de la asiria joven,
Ni tan blanca la tímida paloma
Cual su pequeña planta, aprisionada
Con hilos de oro en la sandalia breve:
Su cuello es más altivo que el del cisne,
Perlas sus dientes son, sus manos nieve;
Y al tiempo mismo que con ellas toma
La diestra de Ithamar «¡Hermana mía!»
Exclama un joven que aparece y clava
En Ithamar su vista recelosa,
Mientras Epha turbada se desvía,
A la voz fraternal prestando oído:
«Mañana Baltasar regio banquete
A los grandes del reino, a las hermosas
Pródigo da. Con tus mejores galas
Ataviada, el Rey verte allí espera.
Dice que entre las damas de su corte
Deslumbras como el Héspero luciente
Junto a los astros de menor valía.
Quiero, hermana, que vayas obediente
A su palacio al declinar el día.»

—Epha, ¡ya tú lo ves! el Rey procura
Usurparme tu amor y tu belleza,
Y yo, infeliz —dijo Ithamar, fijando

En su amada los ojos con tristeza—
¿Te perderé cuando por ti olvidaba
Mi Dios, mi patria?....

—Cubrirá mi rostro
Ligero velo, y anchuroso manto
Bajo sus pliegues velará mis formas.
El Rey en esa noche, divertido
Entre sus concubinas y magnates,
Quizá no me verá.... ¿Tú allí a mi lado,
Estarás, Ithamar?

—Como guerrero,
Del Rey en el ejercito empleado,
Tengo entrada al festín. El Rey se guarde
De hacer, á mi despecho, en esa hora
De su poder en tu hermosura alarde!
(Siempre se me atraviesa en el camino
Un hijo vil de esta nación odiada,
Pensó Ithamar).

—¿La cítara no pulsas?
De esos pueblos que has visto en tus viajes
Ensaya un canto, que las penas calma
De tu voz varonil la melodía.

Toma el joven la cítara y eleva
Sus ojos a la bóveda estrellada:
Suenan la fresca brisa en la enramada,
Y el Eufrates que al mar sus aguas lleva.
Y apagando en seguida los rumores
De las cercanas aguas y del viento,

Y olvidando un instante sus amores,
Esto el joven cantó con grave acento:

«Llorando, á orillas del undoso río,
Presos en Babilonia nos sentamos,
Y nuestras harpas en el bosque umbrío
Al acordarnos de Salem, colgamos.

«Que los que en cautiverio nos trajeron
Tras el horror de asoladora guerra,
Templado ya su enojo, nos pidieron
Dulce canción de la nativa tierra.

«¿Cómo ensayar el canto que solía
A Dios loar en nuestros tiernos años,
Para que en tierra ajena su armonía
Deleitara tan sólo a los extraños?

«Pierda ¡oh Salem! mi diestra el movimiento
Si te olvidare de mi afecto en mengua:
Si de ti separado hallo contento
Seca se pegue al paladar mi lengua.

«Acuérdate, Señor, de los que el día
Cuyo memoria fenecer no puede,
En la ciudad que al hierro sucumbía
Viles gritaban: «Ni el cimiento quede.»

«¡Dichoso aquel a quien vengar nos toca,
Babilonia, de agravios por tí hechos!

¡El que, para estrellarlos en la roca,
Tus hijos quite á los maternos pechos!»

—Dime, ¿por qué ensayaste á mis oídos
Esa canción? ¡Insultas a mi patria,
La cuna de mis padres! ¡Extranjero!
Nuestra hospitalidad mal recompensas.
¿Dónde oíste ese canto?
—Lo compuso
Pueblo infelice que se vió cautivo
Dentro de aquestos muros. Considera
Que el vencedor con despiadada furia
Destruyó sus hogares, arrasando
La sólida muralla: el campo fértil
Víctima fué de su rapiña, y luego
Trajo aquí maniatadas sus mujeres,
Sus ancianos y niños. Al mirarse
Esclavos entre idólatras, lloraron
Cuando del patrio suelo se acordaron.
¿Qué extrañas tú que en sus lamentos ellos
Votos formaran de una atroz venganza?
Un pueblo altivo que se ve ultrajado
Siente alivio soñándose vengado.
Terrible hueste á Babilonia cerca:
Sus moradores hoy duermen tranquilos.
No saben que la hora de quebranto,
De esclavitud y muerte se avecina,
Que escrita está de su ciudad la ruina.
Por merecer tu amor he combatido
Contra el persa y el medo. ¡Empeño inútil!

Terrible es su pujanza y vencedores
Ellos, al fin, serán.... y yo, infelice,
Preso en las redes de tu amor, mi patria
Abandoné traidor, y acaso tiemblo
Por el destino que a la tuya espera
Cuando gozarme impávido debiera
Sólo en su destrucción!
—Calla, insensato.
¿Por qué mi corazón te dí sencilla
Sin conocerte? Un hórrido misterio
Tu proceder oculta. Dí: ¿traicionas
A mi país? No en vano de los dioses
Por la noche el acento oigo severo
Que me grita en el fondo de mi alma:
¿Por qué diste tu amor a un extranjero?
Díme, pues, Ithamar ¿cuál es tu origen?
—Diciéndolo, tal vez me aborrecieras,
Y si tu amor perdiese, moriría.
—Mal comprendes mi amor tú si no sabes
Que aborrecerte yo jamás podría.
Mi delicia es amarte; mas ingrato,
Viertes amarga duda en este pecho
Que, al escucharte, de temor palpita.
Díme tu origen, o me alejo.
—¡Aguarda!
—¿Eres?....
—Te lo diré: soy israelita.

II.

En el campo enemigo por doquiera
Discurren grupos de diversa gente
De altivo gesto y de mirada fiera,
Quemado el rostro por el sol de Oriente.
En las distintas armas reverbera
La última luz que brilla en Occidente,
Cuando su sueño plácido sacude
Y a formar sus legiones Ciro acude.

Ciro, de frente noble y espaciosa
En que de inspiración luce la llama,
De los placeres de una vida ociosa
Huye, y la guerra y sus peligros ama.
Cíñese ya corona gloriosa;
El orbe todo vencedor le aclama;
Falta una joya a su corona empero,
Y Babilonia la dará al guerrero.

En la muralla la maciza puerta,
Ciudad maldita, cerrarás en vano
Si el enemigo a desaguar acierta
El lecho del Eufrates soberano:
Caminando por él, entrada abierta
Tiene y en tanto, en el festín liviano

Encenagada en lúbricos placeres,
Beoda tú, sin conocerlo, mueres.—

De su joven caudillo al ronco acento
Únense en el instante los soldados,
Y su número cubre el campamento
En orden de batalla colocados.
Los ginetes de Persia, como el viento
Rápidos, y los Medos esforzados
Con sus flechas mortíferas, se agrupan:
Inmenso trecho en la llanura ocupan.

Díjoles Ciro: «Tras inútil muro
Hallaréis al indómito Caldeo:
Hiera su corazón golpe seguro
Y su riqueza os sirva de trofeo.
Esas mujeres de cabello oscuro
Que hacen morir el resplandor febeo
Ante el fulgor de sus miradas vivas,
Esas mujeres son vuestras cautivas.»

Clama el guerrero de asaltar ansioso,
Y a sus legiones Ciro sin demora
Lleva a lo largo del profundo foso,
Al brillo de su espada vencedora.
Llegan hasta la puerta y misterioso
Rumor de voces óyese a deshora;
Mas, vencido del sueño que le asalta,
El centinela a su consigna falta.

Vió Ithamar, asomado a la muralla,
Del sitiador la hueste numerosa
Que desfilaba y que formó en batalla.

Quiso seguirla viendo, y presurosa
Llegó la noche a descoger su manto
Con él velando la campiña hermosa.

En lo interior de la ciudad, en tanto,
La casa del monarca se ilumina
Y el viento puebla melodioso canto.

Sediento de placeres se encamina
El cortesano allá, dañado el pecho,
Humilde el rostro que ante el Rey inclina.

Con sentimiento amargo de despecho
Mira Ithamar, su afecto recordando,
El venturoso porvenir deshecho.

¡El Rey es su rival! Luego, pensando
En su estado anterior, vino a su mente
De sus hermanos el cariño blando;

Del clima de su patria el sol ardiente;
El conocido techo a cuyo abrigo
Su tranquila niñez pasó inocente.

Y ahora en el país del enemigo
Eterno de sus padres, arrastraba
Remordimiento sórdido consigo;

Pues cuando a la ciudad triste llegaba,
Con Epha se encontró, y, al conocerla,
Su alma de su belleza quedó esclava.

Desde el instante aquel llegó a quererla
Cual ama el ave la región del cielo
O su albergue de nácar blanca perla.

Dió por ella al olvido el patrio suelo,
Dios, familia y amigos, sin más norte
Que ver premiado su amoroso anhelo.

Siendo extranjero en la opulenta corte,
De conquistar un nombre militando
En la hueste del Rey, toca el resorte.

Y fué su nombre ilustre resonando
Luego de boca en boca, y Epha bella,
Premio a su afán con su cariño dando,
Le hizo feliz. ¿Se quedará sin ella?

¡Quién sabe si aquel Dios que los tesoros
Abrió del porvenir a sus profetas
A fin de que anunciaran el castigo
De la ciudad gentil, tocó en el alma
Del joven de Israél cuerda sensible!
Si trayendo a su mente la memoria
De los serenos días de la infancia,
Del cielo de la patria, del afecto

Doméstico, mandó que comparase
Con esa paz su agitación presente;
Que de su proceder se avergonzase
Y que irritado su semblante viera
Porque a dioses del hombre vil hechura
Culto ha rendido, quebrantando impío
Del alto Sinaí la ley severa!

¡Quién sabe! Que Ithamar, consigo a solas,
Aquella noche, en lo interior del alma
Oír creyó la voz de su conciencia
Que le dijo: «abandona esos amores;
Torna presto a la tierra de tus padres;
Desagravia a tu Dios.» Ithamar dice:
Si Epha abriera sus ojos hoy velados
Al rayo hermoso de la luz del cielo,
Y el culto de mis padres abrazara
Conmigo hacia Israél la llevaría,
Y del hogar que me albergó de niño
Fuera el ornato y fuera mi alegría.
Mas si Epha a seguirme no se atreve,
Y a despreciar mi amor está dispuesta,
Mañana salvaré yo solo el muro
De Babilonia, sí.--¿Lo jurarías?
Se preguntó a sí mismo, y en voz alta
Se respondió sin vacilar «Lo juro.»

III.

Todo es placer en el recinto bello
Del palacio del Rey. En los salones
Lámparas cien derraman su destello
Suspensas de los ricos artesones.

En jarrillas de oro prisionero,
Languidece allí el nardo y se consume;
Por doquiera en preciado pebetero
Arde y se exhala el oriental perfume.

Cubre mullida alfombra el pavimento,
Y al grato son de melodiosa orquesta,
Sus danzas a tejer, con ardimiento
La descuidada juventud se apresta.

Allí va la impudente concubina;
Allí quien brilla en la guerrera lucha;
Allí la joven que su faz inclina
Mientras de amor la confesión escucha.

La que en todos los pechos seductora
Pone de amar vivísimo deseo,
Es esa joven que se acerca. Aurora
En su lenguaje la llamó el caldeo.

De niña sumergió sus trenzas blondas
En la corriente del Eufrates frío,
Y su cabello en apacibles ondas
Acrecentóla enamorado el río.

Prestó el cisne la forma a su garganta,
A sus labios su púrpura la rosa:
Céfiro ligereza dió á su planta,
Y fuego el sol a su mirada hermosa.

Amó a Ithamar al conocerle un día,
Y traicionó su oculto sentimiento
El rubor que su faz teñir solía,
Leve suspiro y su turbado acento.

Aurora de Ithamar anheló en vano
Tierna mirada emblema de esperanza,
Dulce presión de la robusta mano
Que la condujo en la festiva danza.

Hielo encontró donde anhelaba fuego;
Sus rojos labios el silencio sella,
A Epha miró con Ithamar, y luego....
¡Oh! ya no más me preguntéis por ella.—

Epha allí está: de transparente velo
Cubierto lleva el rostro peregrino;
Resalta el manto de color de cielo
Sobre su veste de nevado lino.

Del salón a un extremo retirada,
Allí con nadie habló, triste paloma;
Mas nunca en el jardín queda olvidada
Humilde flor si la vendió su aroma.

Viéronla allí tal vez los cortesanos;
Labio indiscreto pronunció su nombre;
Es —dicen— la de encantos soberanos,
La virgen cuya faz subyuga al hombre.

También Aurora la miró, y, ardiendo
En hoguera de celos la infelice,
Del Rey el nuevo amor ya conociendo,
A Baltasar se aproximó y le dice:

—Epha allí está, Señor.—Yo la esperaba,
Contestó, al parecer, indiferente,
Y con fuego satánico brillaba
Buscando a Epha, su mirada ardiente.

Id y traedla de mi trono al lado:
No puede ser que entre confusa turba
Tenga su encanto celestial velado
Esa mujer que mi razón perturba.

Gozosa Aurora va, sin dar oído
Al murmullo que hermosa la proclama,
Y a su rival con odio reprimido
Trémula dice— Baltasar os llama.

Epha, su voz acobardada oyendo,
Mirada inquieta en derredor tendía,
Y a su bella enemiga fué siguiendo,
Que el guerrero Ithamar no parecía.

Al fin llega Ithamar cuando giraba
En el festín la cincelada copa
Que dulcísimo néctar ofrecía
A los sedientos labios. Deseoso
De hacer alarde el Rey de su riqueza
Y mostrar los trofeos de su gloria,
Manda que traigan los sagrados vasos
Que un tiempo al culto del Señor sirvieron
Allá en Salem, y de espumoso vino
Llenos en el instante todos fueron.
Insensata la turba en ellos liba,
Y el monarca también, que los ofrece,
A su vez, a Ithamar: éste, indignado,
Le rechazó con denodado brío,
Diciéndole: «Ese Dios de quien te burlas,
Es el Dios de mis padres: es el mío.»

Absorto Baltasar al joven mira....
Callan los concurrentes.... Del monarca
Iba a estallar la procelosa ira,
Cuando aparece en la pared, terrible
Y misteriosa mano; traza en ella
Signos desconocidos y al momento
Como el humo sutil se desvanece:

El monarca y los súbditos se miran:
Crece el silencio, y el espanto crece.

Nadie hubo allí que descifrar pudiera
De los siniestros signos el sentido:
Se acercan los varones que atesoran
La copia rica del saber humano
Y luego la confusa faz inclinan
Sobre el pecho, de todos en presencia.
Llega también Nitocris, madre augusta
Del Rey, y dice que a Daniel se llame,
Sabio varón que el porvenir conoce
Y ha explicado sus sueños a ella misma:
Parten a conducirle y, entretanto,
La concurrencia en su temor se abisma.

Conduce a Epha al pórtico y a solas
El Israelista: sofocante el aire
No lleva allí el perfume de las flores
De los pensiles bellos: ningún astro
Disminuye las sombras de la noche
Que a su mitad se acerca. Si el bullicio
Báquico del salón cede al silencio,
Rugir no se oye el caudaloso Eufrates.

—Es la postrera vez que nos miramos,
Dijo Ithamar: un delicioso sueño

De mi alma alucinada se hizo dueño
Y hasta ahora consigo despertar:
Preciso es que yo parta, y en la tierra
Que muertos cubre a los abuelos míos
Llore mis criminales extravíos,
Náufrago, al pie de conocido altar.

Que yo te amé, y en tu regazo blando
Ni escuchaba la voz de la conciencia:
Fueron tus ojos luz de mi existencia
Y a mis oídos música tu voz.
¡Ay! por vivir contigo eternamente
Mi desdichada patria di al olvido;
Tus dioses adoré; traidor he sido
A mi conciencia, a mi nación, a Dios!

No me repliques, no, que tus palabras
Dardo serán que me traspase el pecho:
De nuestro amor el nudo está deshecho:
No me detengas, déjame partir.
Lágrimas no así viertas, ni me tiendas
Para estrecharme tus amantes brazos:
Muero si parto; mas ningunos lazos
Fuertes serán á sujetarme aquí.

¡Oh! si abjurando ciega idolatría
Tus bellos ojos a la luz abrieras,
Conmigo a mi país prófuga fueras
A formar las delicias de mi hogar.
¡Dulce quimera! Baltasar te ama;

Pagará con un reino tu hermosura:
Yo me alejo transido de amargura:
Olvídate de mí. ¡No puedo más!

—¡Dioses! ¿qué me sucede en esta noche
Que con fuego sutil arde mi frente;
Que me sofoca el abrasado ambiente
Y del pecho se sale el corazón?
No me es dado pensar; no tengo ideas.....
¿En tu lenguaje idólatra me llamas?
¿Dices que partirás? ¿Que no me amas?
¿Eso dijiste, o me engañaba yo?

¿Cuál es tu religión que así condena
El fugace placer de los sentidos;
Que torna a los amantes fementidos,
Que odiar te manda a una infeliz mujer?
¿Por qué amargar los pasajeros días
Que de existencia el cielo nos ha dado
Si al fin el cuerpo en el sepulcro helado
Pasto de los gusanos ha de ser?

—Mi religión, repuso el Israelista,
Hace al mortal de sus pasiones dueño;
Le dice que la vida es breve sueño,
Y le aguarda tras él vida mejor.
¿Qué harás cuando el pesar te oprima el alma?
Yo si padezco, otra existencia aguardo;
Tú, al ver que a los demás no alcanza el dardo
Que te hiere, maldices a tu dios.

Mañana partiré. Nunca tu imagen
Se alejará del corazón herido:
Siempre tu acento sonará en mi oído;
En sueños solitario te hablaré.
Apartémonos ya, porque a mis ojos
Quiere asomar el reprimido llanto,
¡Epha gentil! Me subyugó tu encanto
Y el hechizo rompí. ¡Triunfó el deber!

—Oye, si no es tu Dios vano pretexto
Para dejarme, llévame contigo:
Tu mismo hogar me servirá de abrigo
Y el Dios que adoras tú será mi Dios.
Abandono mi patria, mi familia.....
—¡Ventura celestial que no soñaba!
¿Irás conmigo?—Cual sumisa esclava
Iré contigo, porque tuya soy.

Daniel, en tanto, en el salón fastoso
A Baltasar estas palabras dice:
Nabucodonosor tu padre, un día
Recibió de mi Dios poder y gloria:
Mil pueblos sometidos le acataban;
Mas dió en su pecho entrada á la soberbia;
Dios le lanzó del trono, y con los brutos
Muchos años vivió, sin más sustento
Que la yerba del campo; en él sufría

La lluvia, el sol, hasta que, al fin, recuerda
De Jehová la Omnipotencia, y palpa
La vanidad del hombre..... Tú lo sabes
Y también contra Dios te ensoberbeces
Y tus inmundos ídolos adoras,
Y a los sagrados vasos que han servido
Al verdadero culto, tus rameras
Los sacrílegos labios aplicaron,
Rey, a tu ejemplo! Del Señor la ira
Rebosa: en la pared su mano traza
Caracteres que ciego desconoces:
Su contenido, atento escucha ahora:
«Contó el Señor los días de tu imperio,
Y término les puso. En su balanza
Fuistes hallado falto. El reino tuyo
Repartióse a los medas y a los persas.»

Por mandato del Rey a Daniel visten
De púrpura riquísima; a su cuello
Ciñen oro de Ofir, premio a su ciencia:
Párte, y al Rey erízase el cabello
Al recordar la celestial sentencia.

Mas remoto creyó su cumplimiento,
Y hasta olvidarla en el placer ansía:
Vuelve a animar a todos el contento,
Danzas vistosas tejen todavía.
Turba el licor, al cabo, los sentidos.
Junto al trono, con ojos adormidos,
Y acallando los gritos que levanta

Ebria la multitud, con voz sonora
La reina del festín, la bella Aurora,
Al compás del laúd, aquesto canta:

«Cortemos las flores que al paso encontremos:
Jamás codiciemos las que han de nacer:
¿La muerte sospechan que vil nos aguarda?
Mientras que gozamos, su golpe retarda;
¡Bebamos! ¿Qué importa que venga después?

«¡Oh Rey poderoso! Tu amor no es pagado;
Te deja burlado austera beldad.
¿Por qué no arrebatas el bien que te esconde?
Sin premio tú solo suspiras en donde
Premiado ven todos su dulce anhelar.»

Tiró el pudor la máscara: al instante
Ósculo impuro por doquier resuena:
Acaricia la joven al amante;
Truécase el baile en bacanal obscena.
A Epha Baltasar en brazos toma
Cual apresa el halcón débil paloma,
Pintado el gozo en su semblante fiero:
De cólera Ithamar lanza un rugido,
Y al pecho del monarca dirigido
Súbito brilla su afilado acero.
Mas no le hirió, que en el instante mismo
Álzase afuera un alarido horrendo
Cual salido del fondo del abismo,
Y el aire puebla desacorde estruendo.

Inúndase el salón de gente extraña,
Que a cuantos allí ve hiere con saña:
Retrátase en los rostros el espanto:
El Rey sucumbe por el persa herido,
Y las mujeres que su encanto han sido,
Piedad imploran con inútil llanto.

La noche estaba oscura; las calles ocupadas
Con hórrido combate. Confusa vocería
A poco alzó la turba que derrotada huía
Ante la hueste persa que en la ciudad entró.

Corre Ithamar, á Epha llevando alborozado,
Y cuando llega al muro que alzábase sombrío,
Ve con asombro inmenso que el caudaloso río,
Siguiendo nuevo curso, su lecho abandonó.

Cuando despunta el alba, desde escarpada cumbre
Mirando á Babilonia que al lejos aparece,
La vista lleva al cielo, y su contento crece
Y exclama: «Al fin vengada te ví, Jerusalem!»

Va a proseguir su marcha; mas Epha, al escucharle,
Se aflige, y de su pecho sale gemido blando:
El su apacible frente solícito besando,
La dice: «¿Por qué lloras? Tu patria es Israél.»

1848.

DIANA



DIANA.

PRIMERA PARTE.

I.

La quinta de*.—Carlos hace conocimiento con la familia.—Inconstancia de los pesares del hombre,—Indecisión.**

Después de un año de silencio, ausente
Del suelo donde vi la luz primera,
Por si olvidar consigo en mis viajes
Los pesares que el ánimo atormentan,
Te escribo estos renglones, caro amigo,
Desde el recinto de una antigua selva,
En la risueña quinta adonde entrada
Tu bondadosa epístola me diera.
La sociedad dejando y su bullicio
Que sin cesar los días me recuerdan
En que amaba a esa joven malograda
Que reclinó en la tumba su cabeza,
Contaba con la paz de tal recinto
Para entregarme todo a mis ideas

De aislamiento y dolor, porque los años
Nunca a borrar nuestros pesares llegan!

Habrás leído, como yo, mil veces
Con avidez las descripciones bellas
De las quintas que en Nápoles a orillas
Del sosegado extenso mar se elevan,
Y cuyo blanco pie lamen las olas
Que el naranjo odorífero sombrea.
Las recordé cuando mis ojos vieron
La hospitalaria quinta: a su derecha
En alfombra de musgo reposaba,
De la colina al pie, laguna extensa,
Que las blancas paredes y los árboles
Y el cielo azul purísimo refleja:
Ocupan a la izquierda vasto llano
Los naranjos sembrados en hileras:
Si en la tarde los hiere el sol, dibújanse
En el suelo sus sombras gigantescas:
Crece en los sitios húmedos el loto,
Con el liquen adórnanse las cercas,
Y la pequeña *rosa trepadora*
A su pie nace y se reclina en ellas.

Poco después, de la tranquila casa
A la puerta llamé con mano trémula:
La voz de una campana el ancho espacio
De vibraciones argentinas llena.
A abrir entonces baja el dueño mismo
A cuyo buen humor me recomiendas:

Entreguéle tu carta, y el anciano,
No bien sus ojos ha fijado en ella,
Cuando me dice: «Entrad; es un amigo
Quien hoy a mi familia así os presenta;
Vuestro nombre, además, ya conocía;
Os apreciaba, y esta casa es vuestra.»
El frondoso jardín atravesamos,
El corredor extenso que diversas
Pinturas antiquísimas decoran;
Llego a la sala y me introduzco en ella.
De una mujer (cuya beldad los años,
A pesar de su número, respetan)
En torno, cuatro jóvenes gallardas
Con distracción a su labor se entregan:
Todas a mi saludo corresponden
Cuando el anciano presentóme a ellas,
Y a su vez señalándolas me dice:
«La señora es mi esposa: ésta, Gabriela,
La mayor de mis hijas: Guadalupe
Y Angela aquellas son....De vos muy cerca
A Diana tenéis, joven muy rara,
Presa de mil románticas ideas.»
De grana se cubrieron las mejillas
De esta niña gentil: junta las cejas:
De sus azules ojos la mirada
Eclipsa entonces su pestaña crespa,
Y el alfombrado pavimento hiere,
Como dando señales de impaciencia,
Con el extremo de su pie, calzado
De coturno finísimo de seda.

No te puedo decir lo que en mi alma
Pasó al mirarla, amigo: me avergüenza
La sola idea de que yo la amo
Cuando un recuerdo amar sólo debiera;
Y es inútil luchar, porque ya el fuego
De inextinguible amor mi pecho quema.
Ella también ¡si vieras! su mirada,
Que ardiente luz angelical destella,
Detener suele en mí por un instante,
Llena de compasión a mi tristeza.
Yo no se cómo entonces no me arrojo
A sus plantas contándole mis penas.
Oh! dime, amigo mío, dime presto
¿Qué a mi agitado espíritu aconsejas?
Quisiera abandonar estos lugares
Donde todo es amor, donde las selvas
Me repiten su nombre; do en el viento
A mí el perfume de sus labios llega,
Y un cielo eternamente despejado,
Cual su pupila azul, me la recuerda:
Dejar quisiera esta preciosa quinta
Y me detengo a mi pesar en ella.
No creas en la noche solitaria
Ver ante mí las páginas abiertas
Del libro que refiere las angustias
Del santo Job, de ese inmortal poeta,
Do la expresión de mi dolor leía
Pasando en meditar horas enteras.
Giran mis ojos sobre el libro, acaso
Sin que nada mi espíritu comprenda:

Quiero dormir para olvidar su imagen,
Y el sueño de mis párpados se aleja:
Abro la puerta de mi alcoba; salgo
A disfrutar la calma placentera
De la callada noche: al Occidente
Llena de majestad la luna llega:
Todo en silencio yace: algún ladrido,
Quizá el rumor de un árbol que en la selva
Trónchase al grave peso de los años,
Se escucha sólo, y mi delirio en vela
De una mujer la imagen a mi vista
Poniendo está, y esa mujer es ELLA.

Dime si debo amarla cuando habito
Bajo su mismo techo; si no espera
La vergüenza a mi amor cuando el anciano
Que con suma bondad aquí me hospeda,
Sepa que, pobre y sin ventura, anhelo
El dueño ser de tan valiosa perla.
Dime si debo amarla cuando sigue
La desgracia mis pasos tan de cerca,
Que la joven que tanto me quería
Duerme en silencio ya bajo la tierra.
Dime si es dable que retoñe el árbol
Del corazón que el desengaño seca,
Cuando sus ilusiones y esperanzas
Como el humo fugaz fueron deshechas.

Adiós: mi esfuerzo romperá, lo espero,
De un peligroso afecto las cadenas:

Mi alma gemirá; pero ¿qué importa
Si siempre halló contradicción doquiera?
¡Diana! su imagen torna a visitarme....
¡Tan inocente, tan feliz, tan bella!
¿Puedo yo renunciar a su ternura?
¿Puedo apagar la luz de mi existencia?
¿Puede la pluma que en el aire vaga
Tomar la dirección que ella desea?
Se agita y lucha; mas su error conoce
Y a su destino, como yo, se entrega.

Tu amigo Carlos.

II.

Carácter físico y moral de la protagonista.—Estado actual de su corazón.

Como el perfume de entreabierta rosa,
Cual la primera luz de la mañana
Cuando aparece en el Oriente hermosa,
Entre la sombra aún, casta es Diana:
En el regazo maternal dichosa,
Con el amor de su familia ufana,
Pacífica resbala su existencia
Por el jardín de tierna adolescencia.

Y es tal la brillantez de su hermosura,
De su faz el encanto soberano,
Que quien de verla alcanza la ventura.
Beldad que la asemeje busca en vano:
Del cielo de Colón estrella pura,
Flor qne produjo el suelo americano,
Que sólo es dado a suelo tan fecundo
Producir esa flor, gloria del mundo;

La conocí yo mismo en grato día,
Cuando en la catedral piadosa entraba:
Traje de seda pérsica vestía
Que de la Iglesia en el tapiz sonaba:
Atónita mi vista la seguía,
Y al recoger su velo ella mostraba
De su mano de niña la elegante
Forma, que abulta diminuto guante.

Al armiño su blanca tez iguala,
Y es del color del oro su cabello
Si le hiere la luz cuando resbala
Ondas formando de la frente al cuello:
Del granado a la flor roban la gala
Sus peregrinos labios: el destello
De Venus misma si en la tarde oscila,
Muere ante el brillo de la azul pupila.

Su noble forma de belleza rara
Rayo es de luna entre el boscaje umbrío,
Y en lo esbelta a las palmas afrentara
Que en Siria moja el matinal rocío:

Si su infantil corteza penetrara
El escalpelo de mi examen frío,
Hallara un alma cándida sin duda,
Más hechicera cuanto más desnuda.

Un alma, sí, que hasta su Dios se eleva,
Que ante sus obras santas se extasía
Y que consigo la esperanza lleva
Del cielo en que habitar debe algún día:
Inocente y sencilla como Eva
Cuando no se manchaba todavía,
Roba la luz que de su centro emana
A la estrella gentil de la mañana.

Alma que, al ver la claridad del cielo,
Llénase de entusiasmo soberano,
Y que se forja un mundo de consuelo
De aqueste mundo miserable y vano:
Que hacia la esfera azul remonta el vuelo
Si oye el sonoro acento del piano,
Y allá su mente la grandeza abarca
Del amor puro que inflamó a Petrarca.

Y este amor para ella todavía
Sin forma ni colores aparece,
Alba serena de brillante día
Que el horizonte apenas esclarece.
En sueños suele oír la melodía
De una voz varonil y se estremece....
Despierta....ha visto ante sus pies a un hombre;
Pero ¿adónde se fué? ¿cuál es su nombre?

III.

Declaración de Carlos.—Es interrumpida por la llegada de dos nuevos personajes que figuran en esta obra en lo sucesivo.—Un amante desahuciado.—Un tronera.—Despecho de Carlos.

El noble anciano, Carlos
Y la gentil doncella
Atravesando el parque
A paso lento van:
Brilla en el cielo puro
La vespertina estrella:
Las sombras eclipsando
Bosque y llanura están.

—Aquí, lejos del mundo,
Dice el amable anciano,
Paso dichosos días
De inalterable paz;
Pero a mis caros hijos
De la ciudad el vano
Bullicio y los placeres
Agradan mucho más.

—Papá, razón no tienes,
Diana le responde,
Pues con placer vivimos

En donde vivas tú.
Carlos, tal voz oyendo,
Su turbación no esconde,
Pues era melodiosa
Cual nota de laúd.

A la mitad del parque
Iban, cuando un criado
Que dos viajeros llegan
Avisa a su señor.
Y éste dice a los jóvenes
—No sigo a vuestro lado:
Vos conducid a Diana,
Que yo de prisa voy.

Aléjase, y con Carlos
Al encontrarse a solas,
Baja la vista Diana
Con dulce timidez;
Y del color que tiñe
Campestres amapolas,
Tíñese en el instante
Su alabastrina tez.

Latir el pecho de ella
Sentía bajo el brazo
Que para conducirla
A Diana Carlos da;
Y aunque él hablar pretende,
Esle imposible: un lazo,

A su pesar, su lengua
Aprisionando está.

Caminan silenciosos
Viendo la luz postrera
Que en rojo mar convierte
El horizonte aún;
Y en el tranquilo espejo
Del lago reverbera,
Del astro de la noche
Luchando con la luz.

—Conque, decidme, os vais
A la ciudad, dejando
Que de recuerdos sólo
Viva nuestra amistad;
Y a olvido nos daréis,
No es cierto? —Suspirando,
Carlos responde:— Presto,
Sí, tengo de marchar.

Pero ¿en olvido echaros
A vos, bella Diana,
Por un momento solo?
Jamás! lo juro aquí:
El alma a ciertos seres
Por olvidar se afana
Inútilmente: nunca
Puédelo conseguir.

—Dijeron que (la joven
A quien amábais, muerta)
Viajábais al acaso,
La pena a distraer.
¿A confundir con otro
El corazón acierta
Un delicado afecto
Que eterno debió ser?

—Sí, lo confieso, amaba,
Y en su ataúd mirando
A la adorable joven
De quien habláis, creí
Que el corazón quedase
A todo afecto blando
Cerrado, y goces nuevos
No hubiese para mí.

Pero de vida el germen
Que de verdura cubre
Después de pocos años
La lava del volcán;
Que en mayo resucita
Las flores que en octubre
Sobre el estéril suelo
Deshoja el huracán,

Hizo que en mí naciera
Un nuevo sentimiento
De amor y de esperanza,

Y que a su pura luz
Viera más bello el mundo,
Más claro el firmamento;
Hizo que a mí tornase
La antigua juventud.

Sí: en el cantar del ave,
Del viento en el arrullo,
Del órgano que ensalza
La majestad de Dios
En el solemne acento,
Del agua en el murmullo
Grato, sólo percibo
De una mujer la voz.

Bella la ven mis ojos
Del alba en la luz pura,
De sus flotantes nubes
De ópalo al través:
La estrella solitaria
Que en el zenit fulgura,
De su pupila hermosa
Refiejo débil es.

Y esta mujer amada,
Flor de inmortal perfume,
No en las visiones gira
Del joven soñador;
Existe aquí, y el fuego
Que mi ánima consume

¡Oh Diana! es ya del hombre
El verdadero amor.

Si ella me niega el suyo
La adoraré callado,
Como al Señor se adora
En el cristiano altar:
Mil siglos viviría
Ante ella prosternado:
Para adorarla, un día
Fuera la eternidad!

Si alguien llegara entonces
A pretender su mano,
Yo le destrozaría
Con ciego frenesí;
Mas si le amaba ella,
Siendo mi furia en vano,
Quedárame el recurso
Postrero de morir.

—Carlos, callad!— Oidme:
A esa mujer tan bella
Os parecéis, Diana,
En ojos, risa y voz.
Tenéis sus trenzas de oro;
La edad tenéis de ella,
Y ella por nombre tiene
DIANA como vos.....

—Silencio, Carlos!... ¡vienen!
¿Oís en la espesura
Leve rumor de pasos?—
Cesó apenas de hablar,
Cuando entre la verdura
Del bosque aparecieron
Dos hombres que a Diana
Empiezan a llamar.

Fernando.—Diana, hermana mía,
¿Tú, como siempre, buena?
Diana.— Tal como tú, Fernando,
¿Vos, Álvarez, aquí?.....
¡No os esperaba!
Álvarez.— ¡Es cierto!
Y el gozo me enajena
Al ver que habéis un joven
Que os acompañe así.

No bien oye Diana
De este hombre el rudo acento,
Cuando su rostro cubre
Extrema palidez:
Su brazo Álvarez toma
Con brusco movimiento,
Y del extenso parque
Caminan al través.

Envuélvelos la noche
Con su impalpable manto:

Las luces de la quinta
Tras las ventanas ven:
Álvarez y Diana
Van conversando en tanto,
Y Carlos y su huésped
Platícanse también.

Álv.— Diana, o yo me engaño,
O el tiempo no perdéis,
Pues departiendo a solas
Con un galán aquí
Os veo a mi llegada;
Y eso que bien sabéis
Que vuestra linda mano
Fué destinada á mí.

Me explicaréis.....
Dian.— Sin duda
Se trata de asustarme
Como a inocente niña
Con tal severidad;
Pero os diré que nada
Tengo que reprocharme
En esas relaciones,
Hijas de.... la amistad.

Amigo es de mi padre,
Carlos: si a él me entrega,
Será porque confía
Sin duda en su honradez;

Y si esta confianza
Al corazón os llega,
De ella los motivos
Yo daros no podré.

Fern. (a Car.)—¡Cómo! ¿partir tan presto?
No: vuestra compañía,
Os lo aseguro, Carlos,
Nos hace falta aquí:
Noche con noche baile
Tendremos, y de día
Siempre a cazar iremos:
Conque ¿os quedáis? Decid.

Sé que abrigáis pesares
Que os roen las entrañas,
Y el cuento de esa joven
Que amábais y murió;
Pero creed, *mio caro,*
Que todas son patrañas
En este mundo pícaro,
Y que de amor los males
Se curan con amor.

Dian. (a Álv.)—Pues la ocasión ahora
Se me presenta, os digo
Que yo no puedo amaros,
Y que jamás podré:
Seréis para Diana

Siempre el mejor amigo,
Pero el esposo, nunca.
Álv.—Sincera sóis a fe!

Fern. (*a Car.*)—Como os decía, Carlos,
Lo que pasó, al olvido:
Haced lo que este Álvarez,
Que es un volcán de amor.
Car.—¿Ama a Diana....?
Fer.— Presto
Se casan.... mas ¿se ha ido
Carlos?.... está demente:
Lo juro por quien soy!

IV.

Temores de Diana.—Raro capricho que apenas puede perdonarse a una joven de diez y seis años.—El rival se convierte en enemigo.—Sus tramas.

De la silenciosa noche
Sonaban las altas horas
Que, despierta, oye Diana
En el reloj de su alcoba.
En blando sofá de cerda
Tendida apenas reposa,
Que por un mar de inquietudes
Su ánima inocente boga.
Su vista lánguida fija

En las pinturas hermosas
Que las paredes de estuco
De su habitación decoran,
O en la tranquila bujía
Que luz mortecina arroja,
O en el techo artesonado,
O en la labor de la alfombra,
Y nada ve; con ideas
Tristes o gratas memorias
A la sazón ocupado
Su pensamiento, se arroba.

A un lado está el rico lecho
Que a medias cubre vistosa
Cándida tela plegándose
En columnas de caoba.
Veneciano espejo, puesto
Sobre la mesa marmórea,
Retrata el jarrón de flores
Que sobre el tallo se doblan.
El cortinaje de seda
Dejando en completa sombra,
Por la entreabierta ventana
Que da al jardín, misteriosa
Entra la luz de la luna
Que los cristales transforman,
Heridos por ella, en tejo
De plata bruñida. Formas,
Movimiento, de ambas luces
Al desigual brillo cobran,

Trazados por el artista
En seis láminas valiosas,
Los personajes que Byron
Hace vivir en sus obras,
A los poetas modelo,
Pero al corazón dañosas.

Terribles dudas combaten
El ánimo de la hermosa
Que, ajena al sueño, se entrega
A sus delirios a solas.
En la riqueza criada,
Con su beldad orgullosa,
Amada de sus parientes,
Las horas una tras otra
Para ella transcurrieron
Gratas y veloces todas.
Era modesto capullo,
Alba que tímida asoma:
Hoy para la flor se acerca
De los perfumes la hora:
Presto un día esplendoroso
Ilustra la excelsa bóveda.
Ama a Carlos, sin que acaso
Ella misma lo conozca,
Porque las pasiones siempre
Terreno ganan incógnitas.
Recordando los sucesos
De la tarde se acongoja,
Pues al retirarse Carlos

Ni siquiera saludóla.
Sin duda al verla con Álvarez
En plática misteriosa,
Creyó que los dos se aman
Y que Diana es su novia;
Y no hay tal, que si a su padre
La tiene pedida, sobra
Con que no le ame Diana
Para que se agüe la boda:
O bien del amor antiguo
Las llamas ocultas brotan,
Que, si el ídolo está muerto,
Es inmortal la memoria.
¡Cómo esta última idea
Su amante pecho destroza!
Porque, forzoso es decirlo,
Diana a Carlos adora.
Por un capricho infantil
Que su inexperiencia abona,
En aquel instante mismo
Hallarse pretende a solas
Frente a la pieza que habita
El joven, por si ver logra
(Sabiendo que hasta muy tarde
Suele éste leer) su sombra.
Contigua a la de Diana
La alcoba está que las otras
Hermanas habitan: quiere
Saber si duermen: llamólas
En voz baja: «Guadalupe!

Ángela! Gabriela!».... Ahoga
Su respiración y aplica
El oído.... «duermen todas»
Dice: al corredor se lanza:
Su pie el suelo apenas toca.

De traje blanco vestida,
Sin atar las trenzas blondas,
Por el corredor que alumbra
La luna al Ocaso próxima,
Se adelanta: quien la viese
Tomara su esbelta forma
Por un rayo de aquel astro,
Si el ruido de la ropa
Que arrastrando levemente
Va en su marcha misteriosa,
La realidad no le hiciera
Conocer. —Pero a muy corta
Distancia della elevóse
Bulto de apariencia torva
Que camina, si camina
Ella, o sus pasos acorta
Si se detiene.... Tras ella
Siempre, parece su sombra;
Y no le ha visto Diana,
Que ya en la reja se apoya
De la ventana de Carlos,
Llena el alma de zozobra.
Las cortinas por olvido
Están plegadas ahora:

Iba a retirarse y quédase,
Que a Carlos divisa y nota
Que, hacia la mesa inclinado,
Ve de pincel linda obra.
Encima de la carpeta
Do sus papeles coloca,
El retrato de una joven
Tiene. De la fresca rosa
En sus cabellos prendida
Contrastan las tintas rojas
Con la palidez ligera
De su semblante: en su boca
Vaga inefable sonrisa:
Como un ángel es hermosa,
Y absorto la mira Carlos
Con expresión melancólica.
Suspira, y Diana exclama:
«No es por mí: fué por la otra.»
A la vidriera sus ojos
Alza Carlos.... Temerosa
De haber sido descubierta,
Se retiraba a su alcoba,
Cuando, al ir pasando frente
A una escalera, la sombra
Que antes la seguía, dijo:
«Muy buenas noches, señora.»
Lanza grito involuntario,
Al cuarto llega medrosa,
Y oye, temblando, la voz
De su madre que la nombra:

Diana, Diana.... ¡hija mía!
¿Has oído?... —No, señora,
Contesta: «dormida estaba»
Y se ruboriza a solas.
«Pero ¿quién es —se pregunta,—
Esa fantasma o persona
Que me saludó?» Confusa,
Con las sábanas se arropa;
Y dormida a quedar vino
Hasta que rayó la aurora.

No bien ella entrado había,
Cuando el amante se asoma
A la puerta de su cuarto.
Tras su vidriera la forma
De Diana ver ha creído:
Su mirada indagadora
Por el corredor pasea,
Y sale sin que se oigan
De la noche en el silencio
Grave sus pisadas sordas.
De pie contra el antepecho
Del corredor ve la sombra
Que antes siguiera a Diana,
Y que al llegar él ahora,
Adelántase a encontrarle
Y su rostro desemboza.
—¿Quién sóis? el joven pregunta.
—Carlos, buenas noches.— ¡Hola!
¿Vos en este sitio, Álvarez?

—¿Vos aquí y a tales horas?
—El fresco a tomar salía.
—A mí el lecho me acalora
También. —En esto hay misterio
Y es fuerza que yo le rompa.
—Misterio no; y, supongamos
Que así sea, ¿qué os importa?
Yo sé que vive en la casa
Uno de los dos de sobra.
—Vos sin duda. —No, a fe mía,
Que veo en Diana a mi esposa,
Y os juro que al que intentare
Estorbarlo, aquesta hoja
Le clavaré. —Por Diana
Diera vida y alma y honra;
Pero es vuestra alma, os lo juro,
Para arrancármelas poca,
Que escaso valor sin duda
Encubre facha traidora.
—Tened la lengua. —Es inútil,
Álvarez; cuanto usted oiga
Mi espada en cualquiera sitio
Y en día cualquiera abona.
—Niñerías, niñerías!
Hablemos en pura prosa,
Porque, os lo diré, Don Carlos,
Lo novelesco me choca.
Farsas de capa y espada,
Según literarias crónicas,
Puso en la española escena

El buen Calderón en boga;
Pero Calderón ha muerto:
Dios le tenga allá en su gloria!
¿De nada sirven los años?
¿Armaremos trapisonda
Cual dos imberbes lo harían
Novicios en estas cosas?
Desde hoy amigos seamos,
Y de entrambos ella escoja,
Y el desechado en paciencia
Sobrelleve su derrota,
Que las mujeres abundan
Y el entusiasmo retoña.
¡Ea! Carlos, buenas noches;
Todo ha sido pura broma,
Olvídese todo.—Carguen
Los diablos con esta zorra!

Dijérase que, avisados,
Cuantos en la quinta moran
Hacen de la noche día,
Porque de una puerta próxima
Al sitio en que estaba Carlos,
Giran las dos altas hojas
Cuando éste se va. Una vieja
Asoma su faz rugosa:
Gafas antediluvianas
Sobre la nariz coloca:
El cuello inmenso alargando

Durante un cuarto de hora,
Su perspicacia le avisa
Que a su intento nada estorba;
Y al fin, saliendo del cuarto,
Con Álvarez se apersona.
—¿Has averiguado?...—Es cierto:
Por él mi ama está loca.
—Lo sabía.—En cuanto al baile,
Ocho días le demoran,
Porque Don Fernando quiere
Que éste sea un baile en forma.
Jóvenes amigos suyos
Han de venir, y señoras
Convidadas por las niñas.
¡Carnestolendas dichosas!
Bien hayáis! que de tristeza
Hartas aquí estamos todas.
—¿Y los disfraces?—Diana
Prepara el suyo.... una cosa
Que han dado en llamar domínico.
—Será dominó.—¡Qué tonta
Soy! Cabal. ¡Malditos años!
—¿De qué color es?—La ropa
De ancho camisón a guisa
Es de raso blanco, y roja
La capucha.—¿Su careta?
—Como de joven hermosa,
Y tiene por distintivo
Un lunar sobre la boca.
—¿Y el traje de él?—Anoche

Supe yo por carambola
(Pues lo dijo su criado
Entre reservadas bromas
A mi sobrina) que encarga
Hoy la vestidura propia
Para salir de *Quevedo;*
Nombre de alguno que mora
En tierras de la otra banda,
No sé si en España o Roma.
—Estuve aquí, buena vieja,
Esperándote dos horas;
Pero me has traído al cabo
Noticias satisfactorias.
Con el ojo alerta sigue:
Toma entretanto esta bolsa,
Y olvídate de que hablamos
Sobre el asunto una jota.

Cuando Álvarez se retira
La luna tras alta loma
Su faz oculta, dejando
Envuelta la tierra en sombras.
Murmura un *Ave-María*
La vieja viéndose sola,
Y con descarnada mano
Su rostro santigua hipócrita.
De su recámara a tientas
Anda tras la puerta: hallóla
Y entra por ella temblando,
Como tortuga en su concha.

V.

Amor inextinguible de Carlos.—Resolución tomada por Diana.—Júbilo de Carlos.—Enfermedad moral de que suelen adolecer las personas de imaginación muy viva.—Podemos utilizar esta enfermedad.—Un amigo predice a Carlos lo que más adelante acontece.

CARTA A DIANA.

En tus manos he puesto mi destino:
Cese la incertidumbre que me acaba:
Ayer, ayer tu corazón temblaba
Cuando oíste el lenguaje de mi amor.
Un extraño después se me aparece
Que mi esperanza trueca en amargura,
Porque me dijo: «Esa mujer tan pura
Tuya no puede ser: tiene señor.»

Anoche, cuando en ti pensaba a solas
Y por mi ingratitud perdón pedía
A la imagen de aquélla que algún día
Único dueño de mi afecto fué,
Vi tu forma al través de la vidriera,
Iba a echarme a tus pies entusiasmado,
Y en tu lugar ese rival odiado
Que entre nosotros se interpone, hallé.

Yo no puedo vivir en esta duda:
Quiero oir de tus labios la sentencia;
Pero ¡no la pronuncies! Mi existencia
Necesita el tesoro de tu amor.
Si el afecto no sientes que inspiraste,
Déme tu labio una esperanza sola:
El náufrago que envuelto va en la ola,
Quiere asirse de leño protector!

¿Qué te puedo ofrecer, niña adorada?
Bajo mi techo la pobreza mora;
Ni a mi frente da sombra bienhechora
De la gloria el magnífico laurel;
Mas, oye, si acogieras tú los votos
Del corazón que con su amor se quema,
Sería para él dicha suprema
Porque le amaras tú sólo por él.

Entonces mi ambición despertaría
Para ofrecerte un nombre en holocausto:
Entonces, como ahora, en medio al fausto
Brillaría tu célica beldad;
Y al recordar que cuando yo era pobre,
Tú con tu amor para endulzar mis días
De la opulencia descendido habías,
Me respetara a mí la sociedad.

¡Oh! presta luz a mis nublados ojos:
Presta a mi corazón seguro asilo:
Dime que puedo ya vivir tranquilo,

Dime que aceptas mi rendido amor;
Pero si así no fuere.... al menos dame
Una esperanza, una esperanza sola!
El náufrago que envuelto va en la ola,
Quiere asirse de leño protector!

CARLOS.

RESPUESTA DE DIANA.

Al corazón llegaron tus palabras
En esa tarde, sí, te lo aseguro,
Porque tu amor es entusiasta y puro,
Porque el objeto soy que le inspiró;
Mas te engañas creyendo que te amo
Porque mi agitación allí fué mucha:
Toda mujer que ese lenguaje escucha
De confusión se llena y de rubor.—

Si ser feliz con el amor pudiera,
Carlos, mi corazón te adoraría,
Y con orgullo, sí, compartiría
Tu pobreza, tu noble oscuridad.
Mi suerte otra será! Desde la infancia
Me lo dice fatal presentimiento:
Yo nací condenada al aislamiento;
¡Con sér alguno me uniré jamás!

Desde niña, un deseo indefinible
Se apoderó de mi alma y la consume:
He amado de la flor sólo el perfume;
Más claro aún, he amado lo ideal:
Y al descender de las regiones puras
A que el mortal en sueños se sublima,
Todo, en el bajo mundo me lastima;
Hallo, de un cielo en vez, triste erial.

Amo la soledad cuando el otoño
Enluta el cielo con tristeza suma,
Cuando juegan los vientos con la pluma
Que el ave errante al emigrar soltó:
Y preguntando a alguien si sentía
Emoción inefable al ver la hoja
Que el norte arranca y en el fango arroja,
Mi pregunta al oir, se sonrió.

¿Por qué no me comprenden? ¿Por qué al verme
Por los bosques errando solitaria,
Me apellidan la joven visionaria,
O tachan mi carácter de infantil?
Tú que en el mundo vives, conociendo
La enfermedad que en mi interior se esconde,
Pon la mano en tu pecho y me responde:
¿Con una esposa tal, fueras feliz?

He creído también que amar pudiera,
Y he forjado en mis sueños un amante
Que mi existencia pasajera encante,

Que me dé con su mano el corazón.
Álvarez me pretende para esposa,
Hallar correspondencia en mí esperando;
Pero no le aborrezcas: te lo mando:
Odio hacia él no siento ni afición.

Renuncia a tu esperanza. Acá en la tierra
Como ahora, otras veces has amado:
De tu afecto el tesoro, minorado,
Sus primicias no puede ya ofrecer.
Este capricho tuyo pasaría,
Y rastro de dolor en mí dejara;
Diverso amor a poco te ocupara,
Y la pobre mujer ama una vez!

Si a la tuya enlazara yo mi suerte
Y disipado tu cariño viera,
¡Cuánta mi desventura entonces fuera!
¡Ay! a tu lado ¡cuánta soledad!
Si de mi fe dudaras y tus labios
Una palabra me dijeran fría,
¡Una sola palabra! moriría
Cual ave sin calor ni libertad!

Leíste ya como en abierto libro
En este corazón.... Falta una hoja,
Y el seguirla ocultando me sonroja:
Tendré para enseñártela valor.
Pudiera amarte yo.... ¡quizá te amo!
Hago esta confesión a un caballero;

Pero escúchame, Carlos, yo lo quiero:
Nunca vuelvas a hablarme de tu amor.

D***

CARLOS A SU AMIGO J.***

Yo soy el más feliz de los mortales:
Mira esa carta que escribió Diana,
Y cuéntame si hay ventura humana
Que a la mía se pueda comparar:
Dime si es suficiente nuestra vida
Para amar a esa joven hechicera:
Di si mi afecto amortiguar pudiera
En su curso la misma eternidad.

¿Qué importa su carácter visionario,
Cuando yo mismo pienso como ella;
Si en él la luz que fúlgido destella
El ingenio en su aurora descubrí?
Doblemente la adoro: ella me ama.
¿No es cierto que en su carta me lo ha dicho?
Impóneme silencio su capricho;
Mas soy feliz....¿qué importa el porvenir?

Del corazón el júbilo desborda:
Necesito esplayar mi sentimiento,
Como, agitado por el recio viento,

Lecho más grande necesita el mar.
¿A quién mejor que a ti comunicarlo?
Respóndeme y aumenta mi alegría:
Dime que envidias la ventura mía;
Que jamás como yo supiste amar.

CARLOS.

RESPUESTA A CARLOS.

He amado como tú.... mi alma entusiasta
Prodigó acá en la tierra su ternura,
Y una vez y otra vez en la amargura,
Cosecha de su anhelo, se anegó:
Como el fénix, amante revivía;
Como el árbol, su pompa restauraba:
Llegó día en que el árbol seco estaba,
Y hojas nuevas a echar nunca volvió!—

No puedes figurarte la tristeza
Con que mi juventud hoy echo menos,
Mirando el esplendor de la belleza
Concedida por Dios a la mujer;
Mas si en la playa estoy, viejo marino,
Libre ya del naufragio, desde lejos
Doy siquiera mis útiles consejos
Al que en los mares, como tú, se ve.

¿Conque tu corazón, que tú creías
Muerto para el amor, ha despertado,
Y ya al carro triunfal hállase atado
De esa mujer que es ángel para ti?
Que la llames tu esposa y tus caprichos
Sufra con siempre igual benevolencia;
Que con su amor prolongue tu existencia;
Que te cierre los ojos al morir!

La enfermedad que en su interior germina,
El noble sentimiento es de lo bello:
De la luz celestial rico destello
Que a pocas almas en el mundo hirió:
La facultad de hallar los atributos
Que revelan de Dios la omnipotencia
En seres mil en que la estéril ciencia
La forma natural sólo admiró.

Pero este sentimiento necesita
Fin o blanco hacia el cual nos encamine,
Pues de la vida el germen debilita
Si nos conduce a errar en lo ideal:
Tuerce nuestra razón, el cuerpo enerva
Y para el bien y el mal nos deja ineptos;
Siempre en el corazón de sus adeptos
Rompe o relaja el vínculo social.

Cuando tengas dominio sobre ella,
Dícelo así: comprenda su talento
Que puede utilizar tal sentimiento

Sobre la tierra ejecutando el bien.
Ame con tierno afecto a su familia;
Preste en su hogar al caminante abrigo;
La desnudez socorra del mendigo,
Y a su hambre dé pan, agua a su sed.

Sueñe con otro mundo; pero sea,
Siempre a la luz de mística esperanza,
Con aquél donde premio el justo alcanza
Cuando su corazón la muerte heló:
Sepa que el áureo cáliz de la vida
Pone la dicha en su engañosa espuma,
Que la bebida es de amargura suma,
Y apure hasta las heces con valor.

No quisiera decírtelo; mas, siendo
De sensibilidad ella un tesoro,
Mucho temo que ofendas su decoro
Tú, sospechando injusto de su fe.
Conozco tu carácter: cuando amas,
De tu sombra y tu voz tienes recelo:
Si tal haces, su amor truecas en hielo,
Que es única en su especie esta mujer.

Es el cristal que, limpio y transparente,
De leve duda al hálito se empaña:
La sensitiva que al contacto ardiente
De la mano del hombre se alarmó.
Si su delicadeza una vez hieres,
Cuando su estimación hayas perdido,

Aunque le quede el corazón partido,
Ella jamás te volverá su amor.

Quiérela, sí, porque beldad tan rara
Unida a tan excelsa inteligencia,
Se halla sólo una vez en la existencia,
Como en lóbrego cielo blanca luz.
El entusiasmo que tu dicha inspira,
Distracción a mis penas hoy ofrece:
Al corazón gastado le parece
Que ha vuelto a su primera juventud!»

J.***

VI.

Paisaje de primavera.—La juventud de la naturaleza asociada a la juventud del corazón.—Diana admite los votos de Carlos.

En la margen bellísima del lago
Que ni el más leve céfiro acaricia:
Cuando ya de la tarde el ruido vago
La noche acalla, a la quietud propicia:

De las estrellas al fulgor brillante
Que en las serenas aguas reflejaba,
Carlos, pintado el gozo en su semblante,
Con el objeto de su amor se hallaba.

En la lejana extremidad del monte
Tapizado de rubias sementeras
Y sobre el fondo azul del horizonte,
Su cresta dibujaban las palmeras.

Era en el mes de marzo, y se cubría
De hojas el árbol, de verdor la loma:
La flor su seno virginal abría,
Su amor cantaba la gentil paloma.

Tibia la brisa que del ancho prado
Meció en la tarde las nacientes galas,
Sobre el botón del azahar nevado
Duerme, plegadas las volubles alas.

Diana, sentada sobre el césped blando
Al pie del oloroso limonero,
Guarda silencio, estática mirando
En la bóveda azul blanco lucero.

De la luz de la choza los destellos
Hieren el lago: el labrador activo
Eleva sus cantares, y hace en ellos
Dulce recuerdo del país nativo:

«Si da la noche tregua al trabajo,
A mi cabaña del monte bajo;
De mi semblante limpio el sudor:
En nada pienso durante el día;
La noche umbría
Trae recuerdos al corazón.

«Viene a la mente mi alegre infancia,
Padres, hermanos, y la fragancia
De aquellos campos donde nací:
La casta joven de sumo encanto
Que quise tanto
Y a ver no he vuelto, pobre de mí!

«Ingrata es siempre la tierra extraña:
En ella a el alma sensible daña
Vago el recuerdo de antiguo bien;
La edad disipa sueños brillantes . . . .
Tiernos amantes,
En la mañana la flor coged!»

—¿Oyes, Diana?. . . Aquí, bajo este cielo
Salpicado de nítidas estrellas,
Mudos testigos de mi amante anhelo,
Cual las del clima de mi patria bellas:

Aquí, sobre la tierra perfumada
De primavera con el tibio aliento,
Donde ahora es el agua sosegada
Argentino tapiz, música el viento,

Tu amor reclamo yo, porque mi alma
Vive sin él como en desierto ardiente
Falta de lluvia la marchita palma,
Cual pobre pez en agotada fuente.

Que al traerme a vivir bajo este clima,
Poniendo ante mis ojos tu belleza,

Dios no quiso que el fuego que me anima
Fuera ocasión de perennal tristeza.

Que al arrojarte Dios acá en el mundo
Para que fueras te arrojó, Diana,
De acciones nobles manantial fecundo
En el erial de la desdicha humana.

¿Respuesta no me das y palideces?
Dime que no; que, tan ilustre y bella,
Un esposo mejor que yo mereces....
¡Nunca otra fué mi maldecida estrella!

Un corazón humilde, un nombre oscuro
Piedad a la mujer piden en vano,
¿No es cierto? dí....
—No, Carlos, te lo juro:
Tuyo es mi corazón; tuya mi mano!

Tú los vistes, ¡oh noche silenciosa!
Cuando tu curso apenas comenzabas:
Con tu misterio su ilusión dichosa,
Con tu esplendor su fuego acrecentabas.

Esa inocente niña su cabeza
Reclinaba en el seno de su amado,
Y, mudo adorador de su belleza,
Contemplábala él entusiasmado.

Con mano ardiente su cabello de oro,
En dos trenzas copiosas recogido,

Acariciaba, y al metal sonoro
De su amorosa voz prestaba oído.

De Diana las pupilas peregrinas,
De su ternura casta en los accesos,
Lágrimas eclipsaban diamantinas
Y él las secaba en el instante a besos!

En tanto el lago de cristal dormía,
Quejábase en el árbol la paloma;
La luna, hacia el Oriente, aparecía
Tras el declive de la extensa loma.

VII.

Un seudo-político de los que abundan en el país.—¿Está enamorado de Diana, o de sus diamantes?—Temores que inspira su conducta.

No sé si en mi paleta habrá colores
Con que yo retratarte, Álvarez, pueda,
O si, a pesar de artísticos sudores,
A mi aliento una empresa tal exceda.
Veo que tus acentos tronadores
Oye con atención ilustre rueda,
En la que hablar osara otro ninguno;
Tu profesión conozco: eres tribuno.

Tú marchas del progreso por la senda,
Y quieres a los pueblos oprimidos

Quitar la espesa vergonzosa venda
Qne tejieran tiranos foragidos;
Y, aunque este pueblo mísero no entienda,
Por más que lleguen siempre a sus oídos
Las palabras que brotan de tu labio,
Padre te llama y te proclama sabio.

Emancipar la gran familia humana
Es tu anhelo especial, ¡anhelo santo!
Mas dime ¿por qué zurras la badana
A tus pobres domésticos en tanto?
Ángel de tolerancia soberana,
¿Por qué no extiendes de la patria el manto
Sobre el menesteroso que te roba
En el seguro de tu misma alcoba?

Tachas al propietario de egoísta
Porque al pobre sus tierras no reparte:
Es hombre nulo para ti el artista
Y máquina venal quien sigue a Marte;
Mas ¿qué rumor metálico la vista
Te hace volver solícito a otra parte,
De la ley en el noble santuario?
¡Silencio! el mes acaba.... ¡es su honorario!

No imitas al honrado ciudadano
Que al poder echa en cara sus abusos,
O si él gobierna, con robusta mano
Sabe a raya tener a los ilusos:
De la chusma insensata (y nunca en vano)

Halagas tú los corrompidos usos;
Te ofrece cuenta conservarla amiga;
Oro es tu ley; la patria, tu barriga.

Tu suerte ¡cuán diversa de la mía!
En el ocio tu vida pasa entera,
Y en la mitad de tan holgada vía
Te aguarda, sí, ministerial cartera.
Yo por ganar el pan de cada día,
Aguzo cuanto puedo la mollera,
Y, anotando guarismo tras guarismo,
Hallo en mí siempre el arrancado mismo.

Bien; sigamos así; mas dime, ¿cómo
Hirió el amor tu corazón de acero
Y ha convertido a Bruto en fiel palomo
De albo plumaje y canto lastimero?
A la verdad mi entendimiento romo
Esto no acierta a concebir: yo quiero
Me digas si a Diana haces la ronda,
O a sus ricos diamantes de Golconda.

Quiero también me digas (y dispensa
Si de prudente límite me salgo,
Y a tomarlo no vayas por ofensa,
Que un Potosí por mi franqueza valgo)
Si entre la diosa a quien tu amor inciensa
Y tu persona, de común hay algo;
Si puede competir rastrera planta
Con el cedro que al cielo se levanta.

Y si no fuere así, tu alma patriota
¿Por qué, experimentando sus desdenes,
Con nube de tristeza se encapota,
Y con ira te aprietas ambas sienes?
Ello, si estás en público, se nota
Que tu dolor y cólera contienes,
Pues sabes que este género de males
Suele a risa mover a los mortales.—

Inspira miedo la serpiente astuta
Que al peregrino con su aliento enerva,
A un lado puesta de la estrecha ruta,
Do a la vista se esconde entre la hierba.
Gusta el gusano de horadar la fruta
Que el hortelano a su festín reserva,
Y aunque la encuentre verde, echa en su seno
El inmundo licor de su veneno.

VIII.

Preparativos de boda.—El baile en la quinta.—El dominó blanco.—Don Francisco de Quevedo.—Re conciliación de Álvarez y Carlos. —Una carta anónima.—El desengaño.—Rompimiento.

Con regocijo acepta la familia
A Carlos para esposo de Diana,
Que si carece de riqueza, alberga
Su noble pecho cualidades altas.
Asoma la alegría a los semblantes

De hombres y de mujeres cuando hablan
Del proyectado enlace que, sin duda,
Tendrá efecto en la próxima semana.
No faltan sonrisillas picarescas
O señales equívocas de lástima
Hacia el galán que, cual la antigua zorra,
Las uvas que apetece verdes halla:
Y es fuerza, al contemplar la indiferencia
Con que a la hermosa novia Álvarez trata,
Creer que en su alma con valor extingue
Hasta el vestigio de amorosa llama,
Y que del mundo imbécil (imitando
Al Sabio Rey) los desengaños palpa.

El buen humor de todos contribuye
A dar lustre al primer baile de máscaras,
Por hallarse en el cual, vinieron jóvenes
De la ciudad cercana, ilustres damas,
Músicos y demás gente curiosa
Que a la bulla concurre, aunque no baila.
Cubre pérsica alfombra el pavimento,
Cuadros y espejos las paredes blancas
De la sala espaciosa y, por do quiera,
Puestas las flores en marmóreas jarras,
Su perfume exhalando, se marchitan,
Cual la inocencia en el festín se empaña.
Brilla la esperma en candelabros de oro,
Sus instrumentos mágicos ensayan
Los músicos, y pueblan el recinto,
Con disfraz o sin él, personas varias.

El cabello trenzado con esmero,
De alabastro la tez, de fuego el alma,
Flexible la cintura como el junco
Que se comba en la selva solitaria,
Doncellas mil en brazos de los jóvenes
Vuelan girando en la festiva danza.—
La atención de la noble concurrencia,
Cual ningún otro, en el momento llama
Ligero dominó de raso blanco,
Que lleva capuchón color de grana.
Su careta finísima remeda
Semblante femenil lleno de gracia;
Leve lunar junto al carmíneo labio
De la sedosa tez la nieve esmalta.
En su redor apíñase la turba
De los curiosos que su mano palpan,
Reconociendo en ella bajo el guante
Tal pequeñez, que en fabulosa raya.
Otros, della detrás, con disimulo,
De su ropa talar alzan la falda,
La bella forma de sus pies mirando,
Que diminutos borceguíes calzan;
Y se dicen los hombres al oído
Que otra no puede ser sino Diana
Quien así se disfraza, y ya su mano
Quién para el comenzando vals demanda,
Quién para la cuadrilla o la mazurca,
Quién para la tercera contradanza;
Mas ella se escabulle y deja a todos
Tendiendo en vano con afán las palmas.

También excita de la sala en medio
Vivas curiosidades otro máscara,
Que a Don Francisco de Quevedo imita
En el aspecto y la festiva charla.
Va mostrando la cruz de Santiago
En su capa, y un pie disforme arrastra
Por dar a niñas, jóvenes y viejas
Zumba mortal en sus rimadas sátiras.
Con la faz verdadera de Quevedo
De su careta es tal la semejanza;
Tan bien conoce del poeta insigne
Hasta las más ligeras circuntancias,
Que poco a poco el círculo se aumenta
De los que a oír acuden sus palabras:
Suspéndese la danza, y olvidados,
Como si a leguas cien de allí se hallaran,
Quedan algunos máscaras de aquellos
Que entran en el salón, miran y callan,
O, si a soltar la lengua al fin se atreven,
Hablan *de usted* y necedades hablan.

De la turba de oyentes a ese tiempo
Álvarez en su traje se separa:
Habla al oído a *Don Farncisco* y llévale
A la pieza al salón más inmediata,
En la cual abundante y rica cena
Está por diestra mano preparada.
—«Carlos, le dice con su voz melosa,
De Quevedo el papel jugáis con gracia;
Pero personas hay que os conocieron,

Y es ya inútil fingir.... Yo deseaba
Una ocasión cual ésta, en que deciros
Que vuestra dicha júbilo me causa:
Mi amor he sofocado para siempre.
¡Diana con su amor feliz os haga!
Y en prueba de amistad, aquí apuremos
Si os parece, dos copas de Champaña.»
Acepta Carlos. Álvarez las copas
Llena, y en la de aquél una substancia
Desconocida echó con disimulo:
Ambos las copas cogen.... las levantan,
Las chocan, beben, y de allí a un momento
Cual dos amigos íntimos se apartan.
Y, no bien al salón llegaba Carlos,
Cuando cierta solícita criada,
De quien harán memoria mis lectores,
Al joven temblorosa mano alarga
Para darle un papel, y se retira
Mientras Carlos por él la vista pasa.

«Soy un amigo vuestro (le decían,
Sin fecha y firma en la supuesta carta)
Y de ver que Diana está jugando
Con vuestro corazón, duéleme el alma.
No creáis en la boda prometida:
Antes que vuestro amor ella pagara,
Ya de su corazón otro era dueño,
Y hoy viene a reclamarle su palabra.
Si crédito no dais a estos renglones,
Salid por un momento de la sala

Y en la sombra esperad, porque al amante
Cita para el jardín tiene ella dada,
Y a veros un instante descuidado,
Para cumplir su compromiso, aguarda.
Pero escuchadme, Carlos: no vayáis
A armar aquí con vuestra afrenta zambra;
Nada de quijotismo; el que es prudente,
De lo que mira se aprovecha y calla.»

Intención tuvo Carlos de hacer trizas
El vil papel que la pureza mancha
De su hermosa Diana; pero tiende
La vista, y lo que ve su sangre cuaja.
Con máscaras diversas, allá lejos,
Diana estaba en misteriosa plática:
Carlos creyó notar que sus acciones,
Sin perderle de vista, ella espiaba,
Y entonces el demonio de los celos
En su pecho infeliz hinca la garra.
«Con cerciorarme nada pierdo (dice)
De lo que anuncia esa funesta carta.»
Y hasta el confín del corredor obscuro
Corre, y allí temblando se agazapa.

Cuando él salió, por la contraria puerta
Con traje al suyo igual, asoma un máscara:
Pasea su mirada recelosa,
Luego se acerca adonde está Diana
Y le dice al oído: «Necesito
Hablarte en el instante dos palabras.»

«Bailaremos, Diana le responde,
Creída ya de que con Carlos habla;
Mas él insiste en que al jardín vecino
Vayan los dos mientras la gente baila.
Acalorada ya con la careta,
La agitación causada por la danza,
La luz, la concurrencia, ella sentía
Arder sus ojos cual si fuesen brasas:
Un helado sudor bañó su frente,
Y vueltas daba en su redor la sala;
Mas, conociendo el genio caprichoso
De su amante, hacia afuera le acompaña,
En él se apoya y dícele: «Hace rato
Que te quería hablar.... me siento mala.»
—«Tal vez el aire fresco de la noche
Disipará tu malestar.» Llegaban
En esto a aquella puerta que salida
Presta al jardín: desdobla una ancha capa
Nuestro desconocido y se arreboza,
Sin que manejo tal advierta Diana.

No bien los viera Carlos dirigirse
Hacia la fuente del jardín, a gatas
Corre por los lugares más sombríos;
Hiérese rostro y manos con las zarzas
Que le obstruyen el paso: da un rodeo,
Y, al fin, detrás de una ruinosa tapia
Se detiene.... comprime los latidos
Con que su corazón el pecho salta,
Y con sus manos trémulas sofoca

Hondo gemido que partió del alma.
De las estrellas a la luz incierta
Ve que muy cerca de él los dos se abrazan,
Y que el desconocido imprime un ósculo
En la frente de aquella que le engaña:
Por si incompleto el desengaño fuese,
Llegaron a su oído estas palabras:
Desc.—«Temo, sí, por mi amor mientras ese hombre
Continúe viviendo en esta casa;
Su vista me enfurece....»
Dian.— «Sólo un ciego
Pudiera no advertir que sólo ama
A ti mi corazón; que mis riquezas
Son lo que a él únicamente halaga:
Mas por qué dizfrazado permaneces?
¿Por qué finges la voz....?
Desc.— Vaya, Diana,
Retirémonos ya, pues frío el viento
Sopla y a tu salud acaso daña.»

Cual leona a quien roban sus cachorros
De la espesura enfurecida salta,
Viendo que los amantes se retiran,
Carlos salvó la derruïda tapia.
Despareció el traidor.... El rostro vuelve
Ella cuando arrancábase la máscara
Carlos, y al verle, un grito de sorpresa
Y espanto su convulso labio exhala:
Él se acercó, pintada en su semblante
La agonía, el deseo de venganza,

Y apoyando su cuerpo contra un árbol,
Inmóvil permanece como estatua.
Diana sus manos lleva hacia la frente,
Porque creía que soñando estaba.
«No: yo estoy loca,» dijo. «Eres tú, Carlos?
Respóndeme.... ¡no sé lo que me pasa!»
—«Soy yo,» contesta Carlos. «Si hombre alguno
Cuanto he visto y oído me contara,
Lejos de darle crédito, mi mano
Hoy ostentara una sangrienta mancha,
Y de tal homicidio tú, sin duda,
Fueras, mujer, la despreciable causa!»
—«Esto no puede ser,» clamaba ella:
«Alguno mutuamente nos engaña.»
De pronto vaciló.... su frente ardía,
Al corazón su sangre se agolpaba:
«Todo se aclarará,» dijo, tendiendo
Hacia su amado las errantes palmas:
«A mi aposento, por piedad, me lleva:
No me puedo tener; estoy muy mala.»
Carlos allí con ímpetu terrible,
De indignación temblando, la rechaza.
De su rival en pos correr quisiera,
Y el narcótico ya su vista empaña,
Sus miembros entorpece....da tres pasos...
Anúdase la voz en su garganta,
Y derríbale al fin sueño invencible
Sobre el tapiz de la extendida grama.—
Diana en tanto en la pared se apoya
Del largo corredor; su cuerpo abrasa

La fiebre; lanza allí débil gemido;
Torna a seguir su trabajosa marcha,
Abre la puerta de su alcoba, y entra
Y se desploma, de sentido falta.



SEGUNDA PARTE.

I.

Filosofía que suele ser el resultado de la desgracia.—Carlos abandona la qninta.—El día nublado.—Un momento de agonía.—Diana enferma.—Vanidad de la ciencia —Raro sueño de Diana.—Pierde la razón.

«Toda mujer es vaso de veneno
Que a sus labios incauto el hombre lleva:
La más hermosa, tímida, inocente,
Es flor que abriga un áspid en su seno.
Pon a sus pies tu corazón ardiente,
Hombre insensato, de esperanzas lleno;
Cifra tu bienestar en su cariño,
Confíala tu honor, tesoro santo
Que al aire ha de esparcir hecho ceniza,
Para reir de tu candor en tanto!

«El hombre por capricho quiso un día
Planta rastrera levantar del cieno;
Altares le erigió; se prosternaba
Para adorarla: ¡necia idolatría!
La planta al cieno en que nació tornaba:
Vivir en otra esfera no podía.

«¿Por qué vestir con oropel brillante
Esa deformidad, esa impureza,
Y un alma atribuirle y sentimiento?
El mundo antiguo, de locura exento,
A la mujer consideraba sólo
De placer material como instrumento.

«Y luego, obrar el bien ¿de qué nos sirve
Si todos los afectos son burlados,
Si enemistad el hombre halla en la tierra
O indiferencia sólo? Da al amigo,
Al que amigo se llama, da tu mano:
Tendiéndote su diestra, con la otra
Hiere tu corazón y te asesina.
¡Oh! la amistad es cosa peregrina!

«A sí mismo bastarse el hombre debe;
Cerrar su pecho a la piedad, alerta
Permanecer contra la astucia humana;
Y, ya que manantial es de dolores
La sociedad, vivir en aislamiento,
Y anegar en la hiel de la experiencia
De lo bello y lo grande el sentimiento.»

Carlos así decía, y caminaba
La quinta abandonando.—Triste el día
Su claridad con la neblina vela:
Empapaba las hojas de los árboles
Lluvia menuda: el lago solitario
Ostentaba sus ondas cenagosas

Que nó azota el alción: la golondrina
Para buscar al sol remonta el vuelo,
Pues que el invierno ha vuelto se imagina
Al ver triste la tierra, obscuro el cielo.—
Por el acerbo desengaño herido
Aquel hombre leal y generoso,
Cree que en la tierra la virtud no existe;
Huye del trato humano, y a porfía
Bebe en odiosa copa la cicuta
De una falsa y cruel filosofía.
Prosigue caminando silencioso
Y de pronto se pára. . . . De allí cerca
El sitio estaba que le vió dichoso,
Oyendo de los labios de Diana
La confesión de amor. El limonero
Que sus ramas sobre ellos extendía
Aquella noche; el dilatado lago
Que a sus pies mansamente se adormía;
El vespertino cándido lucero
Que de su amada la atención robaba;
El dulce canto que en la brisa erraba
De intérprete sirviendo al pensamiento
Que él abrigaba entonces, todo vino
A su memoria. . . . En medio del camino
Detuvo su caballo en el momento:
Con ambas manos ocultó su rostro. . . .
La fortaleza estoica no existía:
A gritos aquel hombre sollozaba
Y un torrente de lágrimas vertía.
El contemplarle así lástima daba!

Mas luego se calmó, y, avergonzado
De haber a su dolor rienda soltado,
«Esta debilidad es la postrera,»
Dijo, y de allí se aleja para siempre.
A nadie aviso de su marcha diera
En la quinta, y ahora échanle menos;
Pero a la reflexión todos ajenos
Por la terrible enfermedad que postra
A la pobre Diana, al fin le olvidan.

Toda la noche de la enferma al lado
Veló su camarista; en la mañana,
Llena de sabresalto, la abandona
Y, corriendo a llamar a la familia,
A todos con acento demudado
Que como dardo el corazón les hiere,
Dice: «Venid, venid: Diana se muere!»

Y era muy cierto. Acaso
Ya de la fiebre herida
Estaba cuando al baile
De máscara asistía.
Allí las muchas luces,
La agitación continua
De la vistosa danza
En que Diana brilla,
A su salud endeble
Fueron quizá nocivas.
El aire de la noche,
Cuando al jardín salía,

Brotar hizo en su pecho
De muerte la semilla.
La confusión, la pena
Que siente a la imprevista
Aparición de Carlos,
Con quien hablar creía,
Y las palabras duras
Que él dijo, dieron cima
A la obra destructora
De la infelice niña,
Que, sin conocimiento,
Tostadas sus mejillas
Por ardorosa fiebre,
La boca purpurina
Entreabierta, en su blando
Lecho vemos tendida.
En derredor ansiosa
Muéstrase la familia:
Palpa con mano trémula
Su frente enardecida
La madre, y, anegadas
En llanto las pupilas,
A su oído murmura:
«Diana, mi amada hija!»
Ella la voz oyendo,
Con trabajo respira,
Lanza gemido débil,
Torna a quedar tranquila:
Y de este modo pasan
Muchos amargos días.

En vano doctor grave
El pulso le examina
Y á su desierta alcoba
Confuso se retira,
Y allí selectos libros
Con avidez registra,
Hasta que su semblante
Viene a alumbrar el día.
«La enfermedad no cede,»
Exclama cuando mira
A la paciente inmóvil
Sin dar señal de vida,
Y su cabeza mueve,
Su rostro se contrista.
¡Momentos dolorosos
Para la ciencia altiva,
Que palpa la impotencia
De todas sus fatigas!
Luchando cuerpo a cuerpo
Con la dolencia impía,
Terreno aquélla pierde,
Y ésta, a su vez, domina.
Ve el médico la tumba
Abrir su boca fría
Con que al enfermo amaga
Y a un tiempo a su adquirida
Reputación, que el mundo,
Dechado de injusticia,
Pídele en sus furores
Cuenta de aquella vida,

Como si no supiera
Que si contra Dios lidia,
La ciencia de los hombres
Es vanidad, mentira!—

Fuera desdicha suma
Morir así tan niña,
Diana encantadora,
Joya de tu familia.
Si de tu edad el alba
Brillando todavía
Eras por tu belleza
Orgullo de este clima
Do, siempre en calma, el cielo
Muestra su azul cortina
Y perfumadas flores
Brotan las rocas mismas:
Si prematuro ingenio
Su aureola distintiva
Puso en tu excelsa frente,
Y ahora en agonía
Sobre espinoso lecho,
Apenas si respiras,
¿Será que el cielo quiera
Segar en flor tus días
Porque de poseerte
Juzgue a la tierra indigna?—

Entre los mil delirios
Que su cerebro agitan,

Creyóse ver Diana
Lejos de su familia
En solitario templo.
Ropa talar vestía:
Privada su cabeza
De ambas trenzas auríferas,
Bajo la toca, al suelo
Con languidez se inclina.
Del órgano sonoro
Al brotar la armonía,
Coro de religiosas
Apareció a su vista.
Todas con vela en mano
Fórmanse luego en fila:
Sobre lecho de flores
A que se acueste obligan
A Diana, y entretanto
Con dulce voz tristísima
El canto de los muertos
Entonan a porfía.
Ella, por la salmodia
Un punto adormecida,
Abre después los ojos
Y enfrente a Carlos mira,
Que con los goces puros
De eterno amor le brinda.
Ir a su lado amante
Quisiera; mas vacila,
Y entonces a su oído
Severa voz decía:

«En vano acá en la tierra
Buscas, mujer, la dicha;
Para las almas nobles
Sólo en el cielo habita.»
Ante la cruz, confusa,
Llorando se arrodilla,
Y al Redentor consagra
Su corazón, su vida.

En este instante mismo
Crisis la fiebre hacía:
Junto á su lecho el médico
Inquieto la examina:
Sus entreabiertos labios
Moja con agua tibia:
Llámala por su nombre:
Ella la vista gira
Y a todos ve y a nadie
Conoce... extraña risa
La calma de su rostro
Altera convulsiva.
El médico a la alcoba
Do inconsolable habita
El padre de Diana,
Va... la ansiedad se pinta
Del viejo en el semblante.
—Su vida no peligra
(Dice el doctor); tenemos,
Empero, otra desdicha,
Pues ha quedado loca

Esa infelice niña.
El viejo con las manos
Cubre su faz sombría:
Llora, y exclama: «¡Loca!
¡¡Loca mi pobre hija!!»

II.

La loca en el campo.—Cántico de Gabriela.—Primeras sospechas de Fernando.—Su juramento.

Era una mañana de Mayo: nublado
Mostrábase el cielo; dormía callado
El lago en su lecho de arena gentil;
Y a veces el viento de Norte soplaba
Y polvo y aristas al cielo elevaba,
Doblando en su tallo las rosas de Abril.

Orillas del lago, de blanco vestida,
La loca aparece: su hermano la cuida;
La siguen hermanas y madre también.
Sus rubios cabellos al aire abandona;
Tejida por ella, silvestre corona
De pálidas flores le ciñe la sien.

Sus ojos serenos, do el cielo se vía,
Hundió levemente la pena sombría,
Y azules ojeras formó en su redor:

Su frente elevada, radiante, obscurece:
La risa en sus labios, si asoma, fenece;
Perdió la viveza, la luz, el color.

En la agua serena sus flores deshoja,
Y ve cómo el agua primero las moja,
Y luego siguiendo su curso las ve:
Y así, distraída, sin gozo ni pena,
Camina o se pára, o ríe, en la arena
Trazando al capricho figurás su pie.

Súbito inquietóse.... comprime la ceja,
Sus manos estrujan su blonda madeja;
El blanco pañuelo se obstina en morder:
Señala su diestra la loma cercana,
Y, llena de enojo, reprende á su hermana,
Que, puesta a su lado, le impide correr.

Entonces, sabiendo que el canto la calma,
Le dijo Gabriela: «¿Qué quieres, mi alma,
Que cante?» —La Loca.—La Loca será.
A oirla Diana gozosa se apresta;
Su frente en el seno materno recuesta,
Y al punto Gabriela comienza a cantar.

«Vedla, vestida de nevado traje,
Destrenzado el cabello al viento da:
Por las notas de un órgano guiada,
Torna obediente al conocido hogar.

Flor que la tempestad del mundo agita,
Perdió el color, la dicha y la razón:
Cual a mansa ovejuela, un fiel criado
La trae al valle que nacer la vió.

Su mirada se clava en el vacío,
Y, los montes su mano al señalar,
Hablando a solas: «Él vendrá, murmura;
«No lo dudéis... me lo ofreció, y vendrá.»

Antes niña infeliz, hoy pobre loca,
Deshechos ve los sueños de su amor;
Mas se conserva su virtud sin mancha,
Porque protege a la inocencia Dios.

En los amantes brazos de su madre,
Del irritado padre ella a los pies,
Luego recobra la razón perdida;
La dicha nó, que con su amor se fué!

Mas ¿qué rumor de la montaña párte
Que hace su pecho de emoción latir?
«María, mi María, (una voz grita)
A enlazarme contigo vengo al fin.»

El amante aparece: á su ventura
Ella crédito dar no puede aún;
Mas él la abraza y la apellida esposa....
¡Jamás quedó sin premio la virtud!»

El cántico espira: su rostro levanta
La loca, y da un grito que a todos espanta,
Un grito que a todos el alma partió;
A poco se ríe, y luego, tranquila,
Desde una alta roca su clara pupila
Del lago en las olas brillantes clavó.

Entonces su llanto seguir refrenando
No puede, aunque lucha, su hermano Fernando,
Y exclama así, viendo la niña infeliz:
«¡Hermana querida! mi pobre Diana!
¡Oh! ¿quién al mirarte contenta y lozana,
Pensara que hubiese de verte hoy así?

«En humo trocóse tu claro talento,
Pasó tu hermosura cual flor de un momento.
¿Es ése que vístes el traje nupcial?
¿Es ésa la casta corona de esposa?
¡Oh! más te valiera de fúnebre losa
Dormir al abrigo, domir allí en paz.

«Mas ¿cómo tan presto turbóse su mente?
¿Dolores acerbos acaso ella siente?
¿De tanta desdicha la causa quién fué?
Terribles sospechas ha días me asaltan:
De tal laberinto los hilos me faltan....
¡Oh! ¡quién esos hilos pudiera coger!

«La noche que Diana se enferma, de prisa
Auséntase Carlos y a nadie lo avisa,

Ni ahora se sabe qué rumbo tomó;
Acaso entre Álvarez y él ha mediado
Disgusto profundo por celos causado,
Que al cabo la amaban, no hay duda, los dos.

«¡Hermana, de todas la más adorada!
Fernando lo jura: serás tú vengada
Si encuntro al que infame turbó tu razón:
De toda tu dicha me habrá de dar cuenta,
La angustia pagando que horrible atormenta
Con dudas y sombras mi fiel corazón.»

III.

Entrevista de Álvarez y Fernando.— El gavilán se come al polluelo.— Alivios de Diana.— El aspirante llega a ministro.

—Es muy cierto que fuí vuestro amigo
Y los dos, a cual más calavera,
Siempre juntos matamos el tiempo
En alegre inmoral francachela.
Mas las cosas de apecto varían;
Mis palabras son, Álvarez, serias:
De Diana hoy se trata, y veréis
Que este asunto a los dos interesa.
Cierta noche la fiebre atacóla,
Noche misma en que Carlos se ausenta,
De tan súbita marcha el motivo
Sin que a nadie en la quinta dijera.

De la fiebre sanó; pero loca
Ha quedado esa niña, cual véisla:
El con ella casábase presto;
Que la amábais es cosa muy cierta,
Y que Carlos y vos esa noche
Conferencia tuvisteis secreta.
Desde entonces juntando los hilos,
He llegado a formar una cuerda
Que de ahorcarme tendrá si no ahorca
Al que en esto culpable aparezca.
Contestadme cual hombre: ¿infundísteis
A ese joven alguna sospecha
Que matara su amor a mi hermana,
Que dañara a su honor....?
—Me exaspera
Tal lenguaje en tu boca, Fernando:
No mereces, por cierto, respuesta;
Mas de dártela tengo, que el hombre
A quien hoy así agravias, te aprecia.
De un delirio funesto eres víctima:
El amor a tu hermana te ciega.
¿Quién ha dicho que no de la fiebre
Le provino esa extraña demencia
Que por grados su fuerza atenúa?
¿Por qué darle una causa diversa?
Convenceos, Fernando, y oidme:
Que la amé ¿quién dudarlo pudiera?
Mas no tuvo hacia mí simpatía;
Carlos llega, y a Carlos acepta:
Libre el campo le dejo, y mis labios

No profieren siquier una queja.
En el baile de máscaras Carlos
A la pieza inmediata me lleva,
La careta se arranca, y, causándome,
Os lo juro, profunda extrañeza,
Refirióme ligero disgusto
Que con Diana esa noche tuviera,
Pues notó que, al bailar, dado había
A otro joven sobre él preferencia.
Yo culpé sus ridículos celos,
Él guardó misteriosa reserva
De la noche en el resto. A otro día
De su marcha veloz danme cuenta,
Y me asombro pues no sospechaba
Que a ese extremo las cosas vinieran.
Os ha hablado ya el hombre injuriado:
El amigo en decirte se esfuerza
Que ni Carlos ni nadie la causa
Puede ser de que Diana esté enferma.
Cual amantes los dos se disgustan,
Con sobrada razón o sin ella:
El contrato se rompe: aquél párte,
Y en su casa la novia se queda:
En el mundo sucede esto siempre
Sin que sea motivo de gresca.
Además, el doctor asegura
(Tú bien sabes que es pozo de ciencia)
Que en su máquina Diana llevaba
De ese mal la semilla funesta
Horas antes del baile. Me extiendo

Al decirte con toda franqueza
Mi opinión, porque temo que vayas
Hacia Carlos pidiéndole cuenta
De su rara conducta: es un oso:
Pensará que a Diana le pesa
No atraparle, y, dejando rodeos,
Tú, Fernando, en ridículo quedas.»

Álvarez de Fernando así conjura
La cólera impotente y le desarma,
Tal como suele cariñosa madre
Con baratija de vistoso aliño
El enojo aplacar del tierno niño.

La demencia por grados abandona
A la pobre Diana: su mejilla
Torna a colorearse; pero mudo
Su labio permanece; del secreto
Que en su interior esconde, nadie pudo
Darse razón: siguió su mejoría,
Y a volver a la quinta comenzaban
Con su salud la paz y la alegría.

El partido que Álvarez regía
Triunfaba en esto: el nombramiento envióle
De ministro, que encuéntrale tomando
Taza descomunal de blanco atole,
Pues también los tribunos se alimentan.
Dispone su partida: en el espejo
Vióse y revióse, y de tan fiel registro

Sacó la consecuencia indubitable
De que tenía aspecto de ministro.
Jovial de la familia se despide,
Franca hospitalidad agradeciendo.
Diana allí estaba, y su delgada mano
Él con las suyas a estrechar se atreve,
Y ni siquiera, su verdugo siendo,
Sintió al partir remordimiento leve.

IV.

El hombre que no puede reformarse, aspira a reformar la sociedad.—Investigaciones filosóficas.—Su inutilidad.—Carlos se dedica a las ciencias.—No puede olvidar lo pasado.—Carta de J.*—Depravación moral de Carlos.—Incidente cuyos detalles más tarde conocerá el lector, y que influyó de un modo funesto en la suerte de la protagonista.**

Del Atoyac en la risueña orilla,
Cerca de Puebla la opulenta, Carlos
Fijó su residencia solitaria.
Llena el alma de tedio y amargura,
Quiso reconcentrarse algunos meses
Para estudiar, observador lejano,
La sociedad a que tornar debía.
Hallábase en la época sombría,
Que casi siempre á la desgracia sigue,
En que todo nos hiere; cuando hallamos
El desprecio pintado en los semblantes,

El odio acaso, por doquiera vamos.
Negando la verdad de los afectos,
Consideró los lazos de familia
Institución ridícula: olvidóse
De aquel dogma inmortal que sólo admite
El tránsito del hombre por la tierra
Cual prueba de dolor, y a nuestros ojos
En lontananza un paraíso pone,
Premio al buen proceder. Vió á los humanos
Cual máquinas juguete de la suerte,
Y su desigualdad chocóle: el rico
Fué para él usurpador injusto
Del tesoro común: hirió su mente
El malestar del pobre, y se decía
Que acaso nivelando la riqueza,
La condición moral nivelaría.
Dado a tan peligrosas abstracciones,
Para romper los eslabones viejos
Con que la sociedad se enlaza, quiso
Estudiar la política: su fuente,
Que es la historia, por él fué sondeada.
Todas las democracias turbulentas,
Los pueblos oprimidos bajo el yugo
De un déspota cualquiera, ante sus ojos
Pasando van, y en las primeras halla
De destrucción cual germen, la influencia
De la ignorante y ambiciosa turba:
Repugnan a su alma generosa
El destierro de Arístides, la muerte
De Julio César. Al tender la vista

Por los pueblos modernos, ve a dos de ellos,
Que de acatar la libertad se jactan
Más que los otros, con injusta guerra
Llevar a China su comercio el uno;
Eternizar la esclavitud el otro,
O ya tender la usurpadora garra,
Valido de la fuerza, al exclusivo
Dominio de la América aspirando.
Miró al absolutismo eternamente
Sobre extorsión y sangre alzar su trono,
Y aun la aureola de esos hombres raros
Que encadenar supieron la anarquía,
Obscurecida a trechos por las sombras
De su injusticia y su crueldad. No advierte
Que la felicidad para los pueblos
En el régimen cífrase adaptado
A su índole propia, y que inflexible
A raya tenga a la ambición bastarda
Y a la virtud y al mérito enaltezca,
Siempre los adelantos promoviendo
Y el bienestar común.—Renuncia al cabo
A sus proyectos de reforma, viendo
De sus esfuerzos locos la impotencia,
Y queriendo ser útil a sí mismo,
Éntrase en los dominios de la ciencia.

Vedle por el jardín, clasificando
Cuantas hierbas y arbustos allí nacen;
Su biblioteca vasta consultando
Para saber si humilde florecilla

Que en el techo brotó de su ventana
Y que le sirve ahora de recreo,
Es de las conocidas por Linneo.
Vedle entre mil volúmenes, sudando
Por descubrir si los egipcios antes,
Embalsamaron sus mentadas momias
Por método difícil o sencillo,
Con esencia de rosa o de tomillo.
Vedle con el compás círculos varios
Trazando en el papel, radios en ellos
O diámetros y cuerdas y tangentes,
Y en duda de si un ángulo es agudo
O si es recto u obtuso, parar mientes.
Sobre carta geográfica inclinado
Busca después la latitud de Viena,
Y, por error o distracción, a Londres
Quiere hallar del Sahara entre la arena.
A su tejado sube, que habilita
De observatorio, y desde allí, cual Newton,
Nombra y numera las estrellas todas,
Puesto al rigor del aire y el sereno;
Y muchas veces, de entusiasmo lleno,
Suda y se desespera ¡hombre infelice!
Anhelando entre cien constelaciones
La Cabellera ver de Berenice.

Así cuando en sus alas la memoria,
Tendiendo el vuelo a los antiguos días,
Sólo trae recuerdos de amargura,
Para olvidar su dolorosa historia

Con avidez ocupaciones frías
En su aislamiento el hombre se procura;
Pero su distracción muy poco dura,
Que, al creerse curado, si la puerta
Abre del corazón, ve que allí moran
Vivo el dolor y la esperanza muerta!

Era la noche, y entregado al sueño
Carlos, su acalorada fantasía
De lo pasado la engañosa imagen
Ante sus ojos con afán ponía.
Otra vez a su lado está Diana
Inocente y leal; sus trenzas blondas,
Su rostro de ángel, su flexible talle,
Del lago azul en las inquietas ondas
Ve reflejarse, y su amoroso acento
De nuevo resonaba en sus oídos,
De su fe con el dulce juramento;
Mas de repente aléjase la joven
Y de seguirla Carlos trata en vano,
Que un poder invisible le detiene.
Ella el rostro volvió para decirle:
«Cuando yo estaba enferma y te pedía
Que me sirviera de sostén tu brazo,
Me le negaste; cuando yo en tu seno
Quise mi frente reclinar que ardía
Con fiebre destructora, tú, inflexible,
Me rechazaste de dureza lleno,
Y en espantosa soledad moría!
Carlos, jamás me llamaré tu esposa!»

Lleno de angustia el corazón, despierta:
Un helado sudor su frente baña:
El alba tarda de lluvioso día
Mezclaba ya sus tintas desiguales,
Y viento y agua con terrible saña
De su ventana azotan los cristales.
Pocas horas después llega un correo
Que le traía carta de su amigo.

«Carlos, querido Carlos! (le decía)
He respetado ya por tiempo largo
Tu soledad y tu silencio amargo,
Pues tu dolor inmenso comprendía;
Pero ya es tiempo de que al mundo vuelvas
A cumplir tus deberes: lo pasado
No debe así tenerte encadenado
Cual a inútil misántropo en las selvas.
¡Cierto que el golpe fué mortal! Que nunca
Tan pérfida creyera yo a Diana. . . .
Mas, respóndeme, Carlos, ¿tú lo viste?
Y aun mirándolo tú ¿no te engañaste?
Porque del alto pedestal de gloria
A que subido había, no comprendo
Cómo quiso Diana descendiendo,
Que la llamaran de su sexo escoria.

«¿Te acuerdas de la vieja que vivía
En la quinta, y sirvió, si no me engaño,
De Mercurio no fiel en tus amores?
Pues ha venido a la ciudad, enferma:

Ayer me hizo llamar; acudí luego,
Y me dió para ti la carta adjunta.
Yo, al suponer que su pobreza es honda
Y que en su carta auxilio te pedía,
Díle algnnas monedas, y, no obstante,
En que te la enviara ella insistía,
Pues que llegue a tus manos le interesa.»

—¿Con qué derecho a traspasar mi asilo
Mis amigos se atreven? ¿Qué deberes
Me excitan a cumplir? ¿Qué les importa
Que yo consuma inútil existencia,
Si me conformo con vivir tranquilo
Desde que conocí por experiencia
Que el vicio triunfa y la honradez aborta?
Y esa mujer que mi piedad reclama
Porque el horror de la miseria siente,
¿Ignora qne es mayor mi desventura?
¿Ignora que sospecho que en la trama
Contra mi dicha urdida, andaba ella,
A mi rival sirviendo y a su ama?
¡Oh! padecer es el común destino!
Tenga para sufrir filosofía:
Yo no puedo ni quiero dar consuelos
Que ningún ser humano me daría.

Dijo así Carlos, y en su mesa arroja
La carta de la anciana sin leerla.
Su corazón estaba endurecido,
Muerto a la compasión: él de rodillas

Al extremo del mundo hubiera ido
Por escuchar lo que el papel contiene,
Y semejaba al caminante ciego
Que, de la sed quemado por el fuego,
No ve la fuente que a su lado viene.
Así tal vez su orgullo, su inclemencia,
De que haciendo él está punible alarde
Que ha de lavar con lágrimas muy tarde,
Castiga inexorable Providencia.

TERCERA PARTE.

I.

Juicios que ha de abrigar el mundo con respecto a Diana.—Una lágrima sobre un sepulcro.—Temores del autor.

Ignoro si al mirarte bosquejada
En mis humildes versos, habrán dicho
Que en el mundo no existes y engendrada
Fuiste de necio autor por el capricho.
Te confieso —pues eres reservada—
Que todo eso lo había yo predicho:
Tu sensibilidad, tu amor profundo,
Son exóticas plantas en el mundo.

Tal vez alguno que impaciente aguarda
El fin de esta leyenda, piensa ahora
Que te disfrazo y que mi pluma tarda
En ser de la verdad reveladora;
Y se figura ya verte gallarda,
Diana entre las selvas cazadora,
Con flechas mil que á tu carcax reservo
Hiriendo audaz al espantado ciervo.

Otros dirán que existes y que acaso
Me enamora tu encanto peregrino;
Que ante ti me prosterno y á tu paso
La huella beso de tu pie divino:
Que ser no quiero en tu alabanza escaso
Porque de gratitud aguardo en sino
Leve sonrisa de tu boca pura,
Mirada intensa de inmortal dulzura.

No, Diana: tú existes, tan hermosa
Cual no alcanza á idear la fantasía:
Marchas por una senda misteriosa
Que acá en la tierra al desengaño guía:
Es tu suerte la suerte lastimosa
Del ave que volando al Mediodía
Sobre el Océano, en su angustioso anhelo
Sitio no halló donde parar el vuelo.

Tú vives en el mundo y su mirada
En tu semblante clava codiciosa
La multitud, sin serle revelada
Tu noble inteligencia gloriosa:
Mérito como el tuyo tiene en nada,
Y sus ídolos falsos ella osa
Ensalzar, imitando al rey azteca
Cuando por abalorio el oro trueca.

No, Diana: tú existes, y tu encanto
Presta valor a la leyenda mía,
Cual presta su belleza el azul manto

Del claro cielo a la fontana fría.
Yo tu beldad y tu ternura canto:
Tiene este libro que de noche y día,
Lejos del mundo, en acabar me empeño,
Mucho de realidad, poco de sueño.

Pero ¡amarte, Diana! En la pradera
¿Puede abrirse en mitad del crudo invierno
La flor, hija de tibia primavera,
Que su miel guarda al pajarillo tierno?
¿Ve con orgullo hacia la azul esfera
Árbol caído ya en olvido eterno?
¿Puede el arroyo de cristal luciente
Retroceder a la nativa fuente?

¡Ay! cuéntales, Diana, a tus lectores
Que para el pobre corazón desierto
De tu cantor el sol de los amores
Es eclipsado sol, astro ya muerto.
Para él agostáronse las flores;
Para su nave emborrascóse el puerto,
Zarzas brotó bajo su pie la ruta;
Su almíbar ¡ay! se convirtió en cicuta.

Cuéntales cómo, niño todavía,
Cánticos lleno de entusiasmo alzaba,
Y mi frente radiosa de alegría
Al laurel de la gloria preparaba:
Cómo mi creadora fantasía
Incierto porvenir coloreaba

Con los placeres del mundano suelo,
Con la esperanza mística del cielo.

Cómo hubo una mujer, tímida estrella
Que en cielo claro apareció tranquila,
Y cual otra ninguna siendo bella,
Mi corazón atrajo y mi pupila:
Cómo a besar su luminosa huella
Ciego me arrodillé: cómo pedíla
Su amor cuyo recuerdo me consume;
Su amor, de su alma virginal, perfume!

Diles cómo en su frente se veía
Retratada la noble inteligencia,
Mientras el tierno corazón dormía
Al amparo feliz de la inocencia:
Diles, Diana, cuánto la quería;
Diles que fué la luz de mi existencia;
Diles que mi esperanza y su hermosura
Encierra una olvidada sepultura!

Sí: bajo el pabellón del patrio cielo,
En su tumba, de flores rodeada,
Duerme en silencio eterno, en blanco velo
Su deleznable forma envuelta, helada.
Los días pasan: con piadoso anhelo
Nadie visita su postrer morada:
Luego que tierra sobre el cuerpo echaron,
Todos sus conocidos la olvidaron!

¡Valor, corazón mío! ¿No has llorado
Desde el día en que todo lo perdiste?
¿Al necio mundo que reir no has dado
De tus pesares con la historia triste?
La imagen de ese fúnebre pasado
Que ante tus ojos indeleble existe,
El tiempo, ya que los recuerdos trunca,
No logrará desvanecer?—¡Ay! Nunca!!

Ya tú lo vez, Diana: acá en la tierra
La flor de nuestra dicha se marchita.
También tu alma, a que el dolor se aferra,
Contra su suerte mísera se irrita:
También tu pobre corazón encierra
Amarga historia que del hombre excita
La compasión: el fruto recogido
De un casto amor que nadie ha comprendido.

¿Por qué tendiste el vuelo, ave altanera,
Por el espacio y al zenit trepaste,
Desdeñando al hallarte en otra esfera
Del bajo mundo el miserable engaste?
¿Seguir viviendo en paz planta rastrera
En lo interior del bosque no miraste,
Mientras el desprendido rayo ardiente
Al cedro colosal hiere en la frente?

¡Y yo soy el cantor de tu hermosura,
Y al mundo que á sus héroes sólo admira
Tengo de referir tu desventura

Con el auxilio de mi pobre lira!
Mas destempló sus cuerdas la amargura;
Entusiasmo su voz ya no respira;
Ya no producen armoniosa nota;
Finalizó el festín y el arpa es rota!

El mundo pone sobre mí la mano
Y mis osados pensamientos hiela,
Y va perdida en su bullicio vano
El alma sin lograr el bien que anhela;
Y todavía en mi dolor tirano
Cruza mi mente, cual la blanca estela
Que en el mar deja nave transitoria,
Grato el recuerdo de mi antigua gloria.

Hoy, al abrir el arca misteriosa
Que los secretos de tu vida tiene,
Temo que no mi voz, doncella hermosa,
Lo necesario en tu alabanza suene:
Temo que, entre la turba bulliciosa
Que á despreciarle acaso se previene,
El libro en que apareces, confundido,
No consiga librarse del olvido.

II.

El hurón sale de su madriguera.—Rosa la coqueta.—El convento de monjas.—El baile.—Carlos entra en el número de los apasionados de Rosa.

Tiende la noche su impalpable manto
Encendiendo en el éter las estrellas,
Cuyo fulgor escasamente alumbra
Los edificios de la hermosa Puebla,
Que al pie de sus magníficas montañas
Tendida está sobre sabana inmensa.
En las concavidades de las torres
Imita el aire misteriosas quejas,
Y agitar suele la bendita palma
Que en las ventanas la piedad conserva.
Todo en silencio yace: los mortales,
Desde el mendigo al prócer, ya se entregan
Al sueño bienhechor: en la campana
Del vecino reloj las doce suenan;
Y á la sazón por anchurosa calle,
Hacia el extremo de la cual se eleva
Un convento de monjas, varios jóvenes
Formando grupo silenciosos llegan.
Detiénense, dirigen sus miradas
Hacia el alto balcón de una modesta
Casa; al oído se hablan todos ellos,
Sus instrumentos musicales templan.

Y luego, la quietud de la alta noche
Interrumpiendo, de armonía llenas,
Diferentes cantigas entonaron
Que hacia oculta beldad amor revelan.
Y apenas, la primera terminada,
Nueva sonata á preludiar comienzan,
Cuando de aquel balcón á do su vista
Se dirige —no bien el rumor cesa
Que al descorrese las fallebas causan—
Súbito iluminóse la vidriera:
Plegaron las cortinas transparentes,
Femenil forma dibujóse esbelta,
Y por los movimientos que ejecuta
Y la atención que presta en apariencia
Á los músicos, luego se conoce
Que amigos predilectos son de ella.
A proseguir la serenata iban
Aquellos hombres que entre sí conversan,
Y a seguirla escuchando preparábase
Desde su alcoba la mujer esbelta,
Cuando rumor de pasos de caballo
De la nocturna brisa en alas llega,
Y la curiosidad mantuvo entonces
La comenzada música suspensa.
Cuando pasan caballo y caballero,
Que ver no les permiten las tinieblas,
El más osado á ellos se aproxima;
La tapa descorrió de su linterna:
Inesperada luz alumbra el rostro
Del caminante, que frunció las cejas,

Y de acción tan extraña iba sin duda
En el instante á demandarle cuenta,
Cuando al cuerpo los brazos le echa el otro
Diciendo: «Carlos! ¿qué sorpresa es esta
Que nos vienes á dar? . . . ¿Cómo á deshora
Y sin criado ni equipaje llegas?
¿Y desde dónde vienes?
—Hola, amigo!
Pláceme en sumo grado la sorpresa,
Y no extrañes que llegue sin criado
Quien salva una distancia de dos leguas.
¡Buenas noches, señores! Mas ¿qué veo?
Alvaro, Enrique, Eduardo! . . . . ¡Calaveras!
¿Qué demonios al pie de una ventana
Venís a hacer con músicas y señas?
1.º—Refiérenos, ¿qué hacías tú en el campo?
¿Te habías ya metido a anacoreta
De los que sólo rezan si en el rezo
Les hace coro una muchacha bella?
No hay que turbarse, no. . . .
2.º— Llégame el turno:
¿Qué nos refieres de tu novia muerta?
Sabemos que después enamoraste
A nueva joven con dinero y fresca,
Que te ha dejado fresco, según dicen,
Sin dinero ni amor. . . .
os.— ¡Malditas lenguas!
Por favor, no me habléis de lo pasado,
Amigos.
3.º— Pero todo se compensa

En el pícaro mundo: ahí encerrada
Está una monja, y es paisana vuestra.
Carlos.—¿Su nombre?
Jov. 3.º— No lo sé; pero aseguran
Que por cosas de amor metióse a buena:
Que amaba a un joven que iba a ser su esposo,
Y que el asunto no quedó por ella:
Es todo cuanto sé.
Jov. 1.º— Carlos, amigo,
Si no te ofenden las preguntas necias,
Cuéntanos qué motivo poderoso
Te hace venir á la bendita Puebla.
Carlos.—Ansia de distracciones solamente.
Jov. 1.º—Extraño oirte hablar de esa manera,
Que siempre por demás pacato fuiste.
Carlos.—Los años, gustos y costumbres truecan!
Pero yo vuelvo á mi primer pregunta
Que dejaron ustedes sin repuesta:
¿Qué hacen al pie de esa ventana ahora
Enfrascados en músicas y señas?
Jov. 2.º—Venimos a dar música a una joven
Como los sueños juveniles bella. . . .
Carlos.—¡Comparación poética! ¿Y se llama?
Jov. 2.º—Rosa D.***, la beldad guanajuateña.
Hace muy pocos días que ha llegado:
Hay en su casa una continua fiesta.
(Y aquí arrimóse a Carlos aquel joven
Para hablarle más próximo a la oreja).
Por la mañana, en el balcón la vemos;
Por la tarde, sin falta, en la alameda;

Por la noche, en saraos y tertulias;
Y a su casa, y al campo y a la iglesia
Nube de enamorados espesísima
Como plaga de Egipto va tras ella.
Parte integrante somos de esa nube:
Si tú quieres entrar en competencia,
Ven mañana a su casa con nosotros,
Que acaba de avisarnos la doncella
Que, si Mamá y el tiempo lo permiten,
Habrá en la noche diversión casera.
Dí ¿contamos contigo?

os.— A no dudarlo:
Si Mi Excelencia nada más desea
Que divertirse; mas, decid, ¿la joven
A quién de ustedes da la preferencia
Hasta ahora?

1.º— A ninguno, y es lo cierto
Que el giro del asunto no me pesa,
Porque, lo que es amor. . . . hay cierta dosis;
Pero los compromisos nos arredran;
Y en esto de tender el lazo, dicen
Que su señora madre es gran maestra:
Conque si entras en liza, ten cuidado,
Que es resbalosa la maldita arena.

os.—Y la joven ¿qué tal? . . .

2.º— Estoy seguro
De que viéndola pierden la cabeza
Aun los más circunspectos: una tacha
Póngole a su carácter; es coqueta!

Carlos.—Pues hállote atrasado de noticias.
Dime si habrá mujer que no lo sea.
Jov. 3.º—Él se resiente aún del desengaño.
Vamos, señores míos, otra pieza,
Que la noche se acaba, y esa joven,
Firme como prusiana centinela,
Está en su puesto música esperando
En tanto que los músicos conversan.

A interrumpir la silenciosa calma
Torna la serenata: al cabo cesa:
Despídese la joven: las cortinas
De su vidriera a poco se despliegan;
Muere la luz, resuenan los cerrojos,
Y Carlos y los músicos se alejan.
Cuando el rumor de sus pisadas muere,
La esquila del convento más pequeña
Llama a las religiosas a maitines:
Las ventanas del coro con presteza
Se iluminaron, y piadoso canto
De aquellos sitios el silencio altera.
A veces más cercano resonaba,
Distinguiéndose en él voces diversas,
Y después alejábase y volvía,
Como si le llevase y le trajera
El viento de la noche que en las torres
Imitar suele misteriosa queja.—
Así, mientras los unos se divierten
Y a la corriente mundanal se entregan,

Lejos del mundo, en claustro solitario,
Otros en Dios y en su destino piensan!

Era de julio una apacible noche,
Y, aunque ha llovido al espirar la tarde,
Ascendiendo la luna por el cielo,
Nubes teñidas de ópalo deshace;
Y, bien cual suele una odalisca hermosa
Sobre mullido lecho reclinarse,
De amplia sala en la alfombra se dibuja,
Traspasando cortinas y cristales;
Lucha con el fulgor de las bujías
Que entre flores y espejos puestas arden,
Y da por resultado luz serena,
Artificial y natural en parte.—
Al compás de la orquesta melodiosa,
Cual ninguna otra joven, elegante,
Imán de varoniles corazones,
Rosa la bella da principio al baile.
Al recio impulso de la danza ondea
Esparciendo perfumes su albo traje,
Y su mejilla sonrosada azota
Suelto el cabello negro en espirales.
Ella de buen humor está sin duda;
Tal vez su compañero es muy amable,
Porque en sus brazos más de lo preciso
Deja que el cuerpo trémulo descanse.
De estatura mediana siendo ella,
Nada hay de extraño en que los ojos alce

Para ver al mancebo, cuyas dotes
Son una alma ruin y un cuerpo grande.
La música cesó, y hacia el estrado
El mancebo condújola galante,
Y agrúpanse mil jóvenes a un tiempo
A suplicarle que con ellos baile.
Compañero entre todos Rosa elige,
Y apenas comenzó la orquesta un valse,
Cuando ya la pareja recorría
La sala extensa, más veloz que el aire.
Sigue al impulso de las vueltas rápidas
Ondeando la falda de su traje,
Y sigue acariciando sus mejillas
El sedoso cabello suelto en parte;
Y al agitar su pie, que del calzado
Cándido oprime el primoroso engaste,
Y al combarse flexible su cintura
Por si en belleza el cuerpo así ganare,
A la verdad, los que la están mirando
No saben si mujer es ella o ángel.
Y sin duda es amable el compañero
O Rosa está de vena, pues departe
En plática con él tan misteriosa,
Que lo que ambos se dicen nadie sabe.
Como de pudorosa ella se precia,
Y además, el mancebo que la trae
Es, por lo que miramos y sabemos,
De estatura pequeña y alma grande,
¿Qué extraño que, turbada y temblorosa,
Ella los ojos con empeño baje,

Y entre desmayos y suspiros tiernos
En el Adonis sin cesar los clave?

Lo que se me hace extraño es ver a Carlos
Sumido hasta la barba en un butaque
Cedido a su cansancio por la vieja,
De su amistad en prenda inapreciable.
Desde allí sigue a Rosa con la vista
Sin que a su observación nada se escape
De miradas, suspiros y presiones,
Dulces desmayos o amorosas frases.
Aunque no la ama él, siente de celos
Ardiente llama en su interior alzarse;
Y esto, por más que raro le parezca,
Al lector entendido nunca espante,
Que a todos una vez nos acontece
Viendo en ajeno brazo breve talle,
Sentir disgusto raro, indefinible,
Y que se agolpa al corazón la sangre;
Efectos de la envidia venenosa
Que al nacer cupo en suerte a los mortales.—
Y no bien Rosa advierte que la sigue
La mirada de Carlos, ya tenaces
En él clava sus ojos cuando pasa
Por do sentado está, con él rozándose;
Y pretestando enfermedad ligera,
Para restablecerse della en parte,
Ordena al compañero que la lleve
A la silla que está.... junto al butaque!
Aquél, obedeciendo, la conduce;

Aléjase con cara de vinagre,
Y, al cabo de un momento de silencio,
Como al volver de un sueño que distrae,
—Perdonad, caballero.... (Yo no había
Vístole aún!... creí que era mi madre
Quien se sentaba aquí) Rosa murmura.
—Hace un momento a ella presentáronme
Varios amigos, y que vuelva anhelo
Para que la amistad de usted no tarde
En serme concedida....
—La palabra
De un caballero en el asunto baste.
—Mi nombre es Carlos***
—¿Carlos?... Y de dónde
Es usted?
—Soy veracruzano.
—¡Cálle!
También cierta novicia amiga mía.
Yo tengo unos deseos de pasearme
Por la tierra de usted! ¿Es tan alegre
Cual dicen, Veracruz? ¿El mar tan grande?
Además, aseguran que las rosas
(Si es en Jalapa no recuerdo) se ábren
Hasta en el crudo invierno, y las mejores
Son del país.
—¡Error imperdonable!
Guanajuato produce las más bellas
De las que en el país puedan lograrse.
—¿Usted ha estado allá?
—No.

—Desde luego
Usted no las conoce....
—De trasplante
Son las que he visto.
—¿Y dónde?...
—En esta sala.
—¿Cuántas?...
—Una que brilla sin rivales!
—No comprendo....
—¿Es posible?... Yo quisiera
Al torbellino mágico del baile
Lanzarme con usted, *Rosa divina*....
— Pues, señor mío, como a usted agrade.

Mézclanse en la vistosa contradanza,
Y balancea el cuerpo con donaire
Rosa, cual blanco cisne que atraviesa
Lago tranquilo en apacible tarde.
Y como indicio son de un pecho limpio
Ojos que al escrutinio no se evaden
De la persona que los mira, y como
Ambos en estatura son iguales,
No es de extrañarse que, bailando, en Carlos
Rosa los ojos con empeño clave.—

Resultado de aquestos devaneos,
Que Carlos esa noche, al acostarse,
Con sobresalto se creyese herido
De un frenético amor.... ¡amor de baile!

III

Primer fragmento del álbum de Diana, escrito en el convento de***

Rebosa el cáliz amargo,
Ya el alma a sufrir no acierta;
Falta a mi existencia objeto,
El alba a mi noche eterna.
¿De qué me sirve, insensata,
Rindiendo al orgullo ofrenda,
Solitaria consumirme
En lo interior de una celda,
Por no decir a quien amo:
«Aunque culpable aparezca
Ante tus ojos Diana
Por maquinación proterva,
De tu ardiente amor es digna,
Como en esa noche bella
En que te dió su albedrío
Jurándote fe sincera?»

Y lo haré, porque no puedo
Vivir sin su amor. Apenas
El sueño cierra mis párpados,
Su voz a mi oído llega:
Le miro como en los días
En que me amaba; se acerca;

Señálame con su mano
El altar: llevarme anhela
A los pies del sacerdote
Que a bendecirnos se apresta:
Se agita mi corazón
Lleno de alegría inmensa:
Despierto.... giran mi ojos,
Y ven la desnuda celda
En cuya ventana el viento
Voces humanas remeda!
—Sí, le diré: aunque culpable
A tus ojos aparezca,
De tu ardiente amor soy digna:
Ven, el altar nos espera.

IV

Rosa refiere a Diana sus amores con Carlos.—Diana pretende cerciorarse de ellos, y lo consigue.—Suerte reservada a las coquetas.

A la mañana del siguiente día,
Hablando por el torno del convento
De que mención en otra parte hicimos,
Dos jóvenes están. Preciado velo
De transparente blonda mal encubre
Las formas elegantes, el despejo
De una, a quien acompaña su criada,

Vieja amiga de lances y de enredos,
Que, según las epístolas que porta,
Hará quebrar la renta de correos.
A la otra qne habla no es posible
Examinar, pues hállase por dentro
Del torno, y de su voz solo se oye
De vez en cuando el musical acento.
Es la voz de una niña todavía,
Pero encerrando no sé qué de tierno
Y triste, cual si ya del mundo hubiera
Roto su mano el engañoso velo:
Voz que si resonase en nuestro oído,
Nos despertara cual de largo sueño,
Trayendo a la memoria las imágenes
De antiguos seres y de antiguos tiempos.
Y esto las dos decían platicando,
Una fuera del torno, otra por dentro:
—De noviciado pocos días faltan:
Qué, ¿persistes, amiga, en tu deseo?
¿Profesarás? ¿Reflexionaste acaso
Que esos lazos, Diana, son eternos?
—Resolución no formo todavía.
Cuando aislada en el mundo me contemplo
Sin que en el porvenir cifre esperanzas,
Sin que mi corazón abrigue afectos,
No me queda otro asilo que una celda
Donde acabar mis días con sosiego.
Pero tú, amiga mía, ¿tan dichosa
Como siempre?
—No tal: hoy un consejo

He venido a pedirte, o sea informe....
Como quieras llamarlo. Hay un sujeto....
Vamos, un joven que, si no me engaña
El corazón, es todo un caballero.
Bailó anoche conmigo, enamoróme
Y le correspondí, te lo confieso.
¡Reflexiona tan poco mi cabeza!
Siempre sigo el impulso del momento
Y suelo arrepentirme: mas ahora
A asegurar me atrevo que le quiero.
—¡Ay Rosa! ¿tú quererle? Eso es mentira!
Te engañas a tí misma: no; en tu pecho
No se alberga el amor.
—Pues en la duda
De si quiérole o nó, por hoy quedemos:
Véngote a preguntar si le conoces,
Porque paisano es tuyo.
—Pero, al menos,
Dime su nombre.
—Carlos
—(¡Cielo santo!
Si él fuese!)
—¿Quién?
—(Siniestro pensamiento!)
¡Oh! Rosa, nada; un conocido antiguo;
Mas no, que aquél o se embarcó, o es muerto.
¿Qué señas tiene el Carlos de quien hablas?
¿Joven es todavía?
—Joven.

—¿Cuerpo
Gallardo?
—Sí, gallardo.
—¿Rostro afable?
—Y mucho que lo es.
—¿Cabello negro?
—Como el ala del cuervo; pero ¡es raro!
Tú, a no dudar, conoces mi cortejo.
—Pura casualidad.... No le conozco.
(¿Será tal mi desdicha?) Un pensamiento
Me ocurre en este instante, Rosa.
—Dilo.
—Para saber si le conozco, verlo
Hoy necesito.
—¿Y cómo?
—O yo me engaño,
O es muy sencillo, Rosa: Tu aposento
Queda frente a mi celda: por la tarde
Salir hazle al balcón, y yo en acecho
Tras la reja estaré.
—¡Famosa idea!
Voy a escribirle ahora: le prevengo
Que á la tarde sin falta me visite,
Y en práctica ponemos tu proyecto;
Pero a rezar te llaman....
—Adiós, Rosa.
—Diana, adiós: mañana nos veremos!

Ya la postrera luz de bella tarde
Con las primeras sombras de la noche

Empezaba en el cielo a confundirse,
De oro y grana tiñendo el horizonte.
De proletarios puéblase la calle
Que a sus habitaciones se recogen,
Terminado el trabajo: las campanas
Tañendo están el toque de oraciones;
Y en el balcón de la modesta casa
Que mi lector benévolo conoce,
De una mano bellísima al impulso
La vidriera giró sobre sus goznes.
Salió Rosa, radiante de hermosura;
Carlos tras ella, hablándole de amores,
Sonríe y se entusiasma, y a su lado
Sobre la balaustrada reclinóse.
A cada frase tierna que salía
De sus labios, ardiente aquella joven
En él clavaba los rasgados ojos,
Y era muy fácil conocer entonces
Que a excitación cediendo pasajera
Con que su corazón no marcha acorde,
Carlos la enamoraba, y ella, en tanto,
Paz, corazón y libertad rindiόle.
¿Por qué—le dice aquél—en tu presencia,
Adorándote así, las emociones
No experimento que mi gloria hacían
En mis horas de amor, cuando era joven?
Quizá los desengaños que he sufrido
Entibiaron del alma los ardores
Para siempre.
—Será que no me amas!

(Dice ella, y su semblante obscurecióse
De repente.)
—Decir que no te amo!—
Carlos replica; y, al notar que esconde
Al examen curioso de la gente
Sus personas el manto de la noche,
Obedeciendo a impulso repentino,
Sus labios él en los de Rosa pone.
Tal ósculo de Rosa el fuego atiza:
Al recibirle permanece inmoble,
Y luego, cual de un éxtasis saliendo,
«Creeme, le dice, aquestos mis amores
Primeros son. Es cierto que aturdida,
Al hallarme en espléndidos salones
Escuchando la música armoniosa;
De la esperma a los nítidos fulgores,
Viendo pasar en confusión bellísima
Las mujeres en brazos de los hombres,
Soñaba una existencia alimentada
Por manantial de indefinibles goces.
Dí oído a las protestas de cariño;
Esperanzas de amor daba a los jóvenes;
Mas era todo un sueño; al otro día
De mi ilusión secábanse las flores:
El corazón desierto no abrigaba
El amor que la víspera fingióse!
¡Cuánto te adoro, Carlos!» —«Es maestra
(Carlos en su interior decía entonces);
A cualquiera bisoño engañaría.»
Y se esforzaba, exento de pasiones,

Gozo en aparentar, como quien pruebas
De un anhelado amor, al fin, recoge.

Cuando el beso de Carlos resonaba,
De una ventana del convento, donde
Luz misteriosa apenas resplandece
Al través de los vidrios de colores,
Un ¡ay! partió profundo, lastimero,
Y en el instante mismo rudo golpe
(Cual de alguien que privado de sentido
A tierra viene como fardo) oyóse.

Habiendo de acabarse este episodio,
Añadiré tan sólo a mis lectores
Que en el siguiente día a Rosa olvida
Carlos, encaminándose hacia el monte
Solitario, do vuelve á su costumbre
De entregarse a morales reflexiones.
Abandonada Rosa, se entristece;
A cuantos ve, de Carlos pide informes,
Y nadie se los da, y ella suspira....
¡Hé aquí, mujeres, lo que son los hombres!

V

Segundo fragmento del Álbum de Diana.

Corazón mío, silencio!
No te traicionen mis labios:
Si padeces, no lo digas,
Y si quisieres llorando

Aligerar este peso
Atroz que te oprime, hazlo
De modo que nunca, nunca
Te vean ojos humanos!
Yo le amaba, y a mi frente
De una vil sospecha el fango
Arrojó la mano misma
Que a guiar iba mis pasos
Por el sendero del mundo.
Yo quise decirle:—«Carlos,
Tú y yo en esa noche víctimas
Fuimos de un odio bastardo;
Ofendióme tu sospecha,
Tus palabras destrozaron
Mi corazón; pero todo
Lo olvido, porque te amo:
Soy digna de que me llames
Tu esposa.» Mas ¡cielo santo!
Hoy le he visto a otra mujer
Amor eterno jurando.
Si yo a decirle acudiera
Su error.... (Sólo de pensarlo
Me avergüenzo.) ¡Es imposible!
Guarda lo que te ha quedado,
Corazón, guarda tu orgullo,
Y si quisieres llorando
Aligerar este peso
Atroz que te oprime, hazlo
De modo quo nunca, nunca
Te vean ojos humanos.

VI

Carlos reconoce la voz de Diana en los cánticos de las monjas.—Lucha entre su amor y su orgullo.—Logra hablar con Diana.—Reflexiones de ésta.

Llevado en alas del viento,
A veces durante el día
Piadoso cantar se oía
En derredor del convento.

En su reclusión dichosas,
A Dios, de ventura fuente,
El corazón inocente
Elevan las religiosas.

Su voz al himno dulzura
Tan melancólica presta,
Que semeja en la floresta
Manso río que murmura.

Une a sus devotas preces
El viento quejas livianas,
Cimbrando de las ventanas
El limpio cristal a veces;

O si calla, cree el alma
Oir murmullo lejano,
Como si allá el Oceano
Durmiendo estuviese en calma.—

Joven extraño acudía
Al templo a mañana y tarde;
Frente a la antorcha que arde
Junto al altar, se ponía.

Entregado con tristeza
A exclusivo pensamiento,
En la pared del convento
Apoyaba su cabeza.

Escuchaba indiferente
Los cánticos repetidos;
Mas si llega a sus oídos
Resonando de repente

Una voz tierna, quejosa,
Y al mismo tiempo argentina,
Que el ancho espacio domina
De la mansión religiosa,

Su corazón se estremece,
La vista al coro levanta,
Y su turbación es tanta,
Que anonadarle parece.

En vano ver imagina
A quien alzó tal acento;
Sólo está mirando atento
Impenetrable cortina.

En su memoria despierta,
Cuando aquella voz sonaba,
Imagen que reposaba
Dormida, pero no muerta.

Debe ser profundo el duelo
Que está su pecho acosando,
Porque lloroso, elevando
Ojos y manos al cielo,

Dice: «¿Hasta cuándo, Señor,
Viviendo en continua guerra,
Tan sólo tendré en la tierra
Por patrimonio el dolor?

«Amaba a mujer perjura:
Mi corazón díle fiel,
Y cáliz derrama en él
De inagotable amargura.

«Salí de su red traidora
Y en vano a olvidarla aspiro:
Doquiera, Señor, la miro,
Y el alma siempre la adora.

«Me acojo al estudio, y siento
Que invisible me acompaña:
En sueños mi rostro baña
Con su perfumado aliento.

«En el placer no la olvido,
Y ante tus mismos altares,
Por despertar mis pesares
Llega su voz a mi oído.»

Dice, y escuchando atento
La musical armonía,
De la voz que le extasía
Torna a oír el grato acento.

Su frente altiva palpando
Que abrasa la calentura,
Con espanto se asegura
De que no estaba soñando:

Y exclama con voz tan vana
Que en sus mismos labios muere:
«La voz que mi oído hiere,
Es la voz de mi Diana.»

Y concurriendo seguía
Al templo a mañana y tarde:
Frente a la antorcha que arde
Junto al altar, se ponía.

Mas cuando ver se imagina
A quien alzó tal acento,
Sólo está mirando atento
Impenetrable cortina.

En vano en la noche obscura,
Cuando el ruido se apacigua,
Ronda la calle contigua
A la sagrada clausura.

Nada vió; solo una vez
Que le sorprendió la luna,
Apareciendo oportuna
Al dar el reloj las diez,

A su brillo que bañaba
La pared, a ver acierta
Que negro bulto a una abierta
Ventana asomado estaba.

Conoció que era mujer,
Porque, aunque inmóvil cual roca,
Luego, al ajustar su toca,
Linda mano dejó ver.

Corrió al pie de la ventana,
Palpitando de alegría
Su corazón, y decía
Muy quedo: «¡Diana, Diana!»

Pero inmóvil queda el bulto,
Aunque la sigue llamando;
E inmóvil queda esperando
Carlos, en la sombra oculto.

. . . .
. . . .

Carlos dice, y se retira.
Cuando alejarse le ve
Diana, de un Cristo al pie
Arrodíllase, suspira:

«Culpable me considera
(Con voz conmovida exclama)
Y a pesar de ello me ama
Y en ser mío persevera;

Mas yo sería infelice
Después de lo que ha pasado
Yendo a vivir a su lado;
Mi corazón me lo dice.

No quiero a mi cuello echar
Lazo que me es oprobioso;
Tú, Señor, serás mi esposo,
Y mi refugio el altar!»

VII

Tercer fragmento del álbum de Diana.

¿Qué se hizo el claro cielo
Que cruzar te prometías,
Ave canora? De nubes
Le cubre la estación misma
Que arranca al árbol sus hojas
Y a ti las plumas te quita.
¿Qué se hicieron los palacios
Que forjaste, oh fantasía;
Los ángeles que velaban
Mi casto sueño de niña;
Los deseos y esperanzas
De mis halagüeños días;
El amor de un hombre amado;
Las dulcísimas caricias
Que prodigóme en su seno
A porfía mi familia?
Formaron el primer acto
De este drama de la vida:
El drama sigue, y ya es
La decoración distinta!
¡Oh! tú no has venido, Carlos,
Cual yo esperaba sencilla,
A decirme que conoces,

Aunque tarde, la injusticia
De tu proceder: que al cabo
Pura mi conducta brilla
A tus ojos; sólo has dicho
Que culpable me creías
Y a pesar tuyo me amabas.—
Sofoca esa llama activa
Que arde en tu pecho, que el ídolo
Ante cuyo altar lucía,
Para no verla, irritado
Vuelve a otra parte la vista.

¡Dios mío! Sólo adorándote
Nuestro dolor se mitiga:
Viertes en el alma el bálsamo
De resignación tranquila:
Haces que, viendo en la tierra
Sus esperanzas fallidas,
Tus criaturas al cielo
Alcen llorosas la vista.
Dame, Señor, que en el claustro
Consiga acabar mis días,
Cual fatigado marino
Que del naufragio se libra,
Y te da gracias y al mar
No vuelve a echar su barquilla.
Dame que el viento del mundo
No torne a ensayar sus iras
Contra el alma atribulada
Que en tus altares se abriga.

Hasta la hierba que nace
De imperceptible semilla
Conducida por el viento
A las paredes antiguas
Del claustro, en ellas refugio
Encuentra: el ave que arriba
Cuando la noche se acerca
Y el bosque patrio no mira,
Posada en la negra torre
Espera el próximo día.
¿Y yo, Señor, que soy hecha
A imagen tuya, tu hija,
En vano hacia ti mis ruegos,
Mi corazón alzaría?

VIII

Carta de Diana a Carlos.--La profesión.—Carlos y Fernando asisten a la ceremonia.—Una flor muerta.

«Ofrecí contestarte. Cuando leas
Estos renglones que trazó mi mano
Por la postrera vez, del mundo vano
Para siempre alejada ya estaré:
He resuelto acabar aquí mis días
Bajo el amparo de mi Dios.... ¡perdona!
Quiero ceñir la virginal corona,
Ya que me fué imposible tuya ser.

Ya no existe Diana; hoy es la ofrenda
Consagrada al Señor en sus altares.
No, agobiado de inútiles pesares,
Vayas esta mansión a maldecir.
Es puerto en que refúgiase la nave
Combatida del viento y de las olas;
Es palma en el desierto, donde a solas
Viene el herido pájaro a morir!

Tú me adoraste! El cielo me es testigo
De que yo con tu amor estaba ufana;
De que los días de mi edad temprana
A idolatrarte sólo consagré:
De que, al verte marchar, triste, engañado,
De asombro y de dolor morir creía,
Porque jamás con la conducta mía
La fe que te juraba profané.

¿Quién se interpuso allí? ¿De un golpe mismo
Quién logró traspasar dos corazones?
Lejos de mí, recuerdos!... Ilusiones,
No a despertar volváis!... Todo acabó!
No pretendo a tus ojos sincerarme:
Conoces mi carácter: no es orgullo:
Toda pasión apaga su murmullo
En la severa casa del Señor.

¿Quieres cumplir mi voluntad postrera?
Al sitio ve donde dichoso fuiste,
Y allí consuela a mi familia triste

Que mi ausencia no cesa de llorar:
Dile que soy feliz. Tú, mi recuerdo
Guarda del corazón en lo profundo.
¡No volveré a mirarte acá en el mundo!
Carlos, adiós. Me llaman al altar.»

D.***

No bien cerró esta carta y se la entrega
Al mensajero, Diana se levanta,
Que hacia el altar a conducirla llega
La abadesa que al coro se adelanta.
Ella vacila; a caminar se niega
Por un momento trémula su planta;
Mas, viendo en la pared el Crucifijo,
«Vamos, señora,» a la abadesa dijo.

Caminan por el claustro solitario
Mirando su vastísima arquería,
Que hiere a la sazón el brillo vario
De escasa luz en nebuloso día.
Al ver Diana el sitio funerario
Que asilo guarda a su ceniza fría,
Piensa que, así que consagrada quede,
Salir de allí ni su cadáver puede.

Llegan al templo augusto: dos hileras
Las hermanas solícitas formaron;
Silenciosas, inmóviles, severas,

Los votos de la virgen escucharon:
Al pronunciarlos ella, las vidrieras
De las altas ventanas resonaron
Estremecidas por airado viento:
El coro eleva melodioso acento.

«Paloma mía, ven: querida esposa,
Serás por el Esposo coronada,»
Exclaman a una voz, y a la espaciosa
Bóveda asciende la canción sagrada.
Muchedumbre de gente silenciosa
La ceremonia ve; pero turbada
Es por oculta causa en este instante,
Y en derredor agítase ondeante.

Como el espejo de la mar empaña
Ola que avanza rauda, turbulenta,
Arrebatando con pujanza extraña
Cuanto a su curso resistir intenta;
Viene hacia la ribera, el muelle baña,
Copos de espuma en derredor avienta,
Y su furor temible solo acota
Cuando en el pardo muro queda rota;

Presa de momentáneo desvarío,
Joven que allí aparece demudado,
Sin miramiento empuja: entre el gentío,
Del templo a la mitad penetra osado:
Contra un altar reclínase sombrío,
Pues proseguir su marcha no le es dado:

El canto oyó que al firmamento sube:
Ante sus ojos se extendió una nube.

Al través della contempló, vestida
Con el ropaje emblema de inocencia,
La sien de frescas rosas circuïda,
Modesta joven de gentil presencia.
Era aquella Diana tan querida
A quien llamaba luz de su existencia
Cuando su casto amor lograba ufano,
Amor que la infeliz prodigó en vano.

Era la misma frente glorïosa
Que hecha no fué para inclinarse al suelo,
El mismo cutis de azucena y rosa,
Los mismos ojos de color de cielo;
Mas ¡ay! su rubia cabellera undosa
No asoma ya bajo el virgíneo velo....
Fijando más la vista en Diana, advierte
Que su rostro enlutó sombra de muerte.

Vió que su diestra toma el Crucifijo;
Que, la sagrada imagen acercando
Al corazón, por do se hallaba él fijo
Contra su voluntad, iba pasando.
Con alterada voz oyó que dijo:
«Dios mío, calma su dolor:» y cuando
Su vista, nuevamente obscurecida,
Despejóse, a Diana vió tendida.

Tocaba el polvo con su hermosa frente
Ella, y dos religiosas la incensaban:
Otras allí con mano diligente
Flores sobre su cuerpo derramaban.
La sangre á su cerebro Carlos siente
Agolparse.... sus piernas flaquean;
«Llegué tarde,» exclamó con desconsuelo,
Y sin conocimiento vino al suelo.

En su auxilio acudió con faz sombría
Desconocido joven viajero,
Que del convento en el umbral había
Dejado apenas su corcel ligero.
En sus brazos el otro en sí volvía,
Y lanza al verle grito lastimero:
—Fernando! yo he perdido a mi Diana!
—Yo también la perdí; ¡no tengo hermana!

Abandonan el templo, y ven formada
Fúnebre comitiva: en medio della
Es conducida a la postrer morada
En su blanco ataúd tierna doncella.
¿Quién era? (preguntaba demudada
Cierta mujer a otra). ¿Era muy bella?
—Era una joven como el cielo hermosa....
—¿Su edad?—Veinte años.—¿Y su nombre?—Ros

IX

Reaparece en la escena un personaje tan desfigurado, que por lo pronto ha de ser extraño al lector.—La tempestad.—Carlos y Fernando descubren las intrigas de Álvarez y juran darle muerte.—Llega Álvarez durante la tempestad a pedirles asilo.—El reto.—Álvarez parte.—Advertencia que le hizo un labrador.—Intento de Álvarez.—La justicia de Dios es superior a la justicia de los hombres.

No lejos de la casa
Donde vivía Carlos en el campo,
Y que ver al lector hemos ya hecho,
Hay de verdor escasa
Vasta llanura, de la cual cultiva
Anciano labrador exiguo trecho.
Viene por el repecho
Que del vecino monte a ella conduce,
Sus caballos trayendo a paso tardo,
En carretela rica
Sentado a la sazón, señor gallardo,
Cuya mirada luce
De protección y de arrogancia llena.
De sus caballos árabes el paso,
Viendo al anciano labrador, refrena;
De palabras escaso,
Apenas le saluda,
Y pregúntale el rumbo del camino
Que a Puebla guía, pues le tiene en duda.

El labrador las señas
Da, y a seguir la senda se dispone
El otro; mas, rayando en desatento,
Añade el labrador con brusco acento:
—¿Ve usted la negra nube que se pone
De la parte del Sur? Es que no tarda
En estallar la tempestad.... Muy luego
En su quitrín se aleje viento en popa,
Que si un poquito nada más aguarda,
Se quedará en el campo hecho una sopa.
—¿Por ventura no puedo hallar abrigo
En la casita blanca
Que desde aquí se ve? ¿Quién vive en ella?
—Vive el amo Don Carlos; pero sella
Sus puertas para todo caminante,
Y aunque le pidan, como vos, asilo,
Dice a todos que vayan adelante
Y le dejen allí solo y tranquilo.
—Raro capricho a fe, murmura el otro,
Y se aleja impaciente
A tiempo que la nube ya extendía
Del Sur hacia el Oriente
Sus alas enlutadas,
De relámpago vivo iluminadas;
Pero en sus pensamientos embebido,
Ni deslumbra el relámpago sus ojos,
Ni el ronco trueno resonó en su oído.
Hále causado enojos
Del viejo labrador el tono adusto:
Consigo mismo hablando, murmuraba:

«Forzoso es confesarlo, el mundo es justo
En dispensar al uno sus favores
Dejando al otro al aire y al sereno;
Siempre la plebe habrá de ser esclava,
Siempre el reptil habitará en el cieno.
¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Necias quimeras!
¿Soy igual por ventura,
Teniendo en propiedad leguas enteras
De valle y monte, y eras y ganados
Y cien talegas de oro
En mis cofres cerrados,
Al que a labrar la tierra se sujeta
Ganando en todo el día una peseta?....
Libertad! igualdad!.... También yo un día
Estas palabras al indocto vulgo,
Frenético tribuno, repetía,
Y soberano al pueblo proclamaba:
Mi pie sobre sus hombros caminaba;
Mas cuando a la anhelada cumbre arribo,
El escalón que me sirvió, derribo.»

Fin a sus pensamientos
Dieron los irritados elementos:
Empieza a descender lluvia copiosa,
Y noche pavorosa
Iba envolviendo al mundo.
La casa blanca aparecía lejos:
Viéndola el caminante,
Del temor dando oído a los consejos,
No vacila un instante

En dirigirse a ella:
Pasó bajo los árboles añosos
Que hermoseaban la colina donde
La fábrica descuella,
Y aunque a gritos llamó, nadie responde,
Que el ruido atronador de la borrasca
No deja oir su acento.
Acercándose más, halló la puerta
Que, estando entreabierta,
Luego le ofrece entrada;
Pero al lector prudente
No corresponde, en mi opinión humilde,
Seguirle diligente,
Y antes de entrar será muy conveniente
Echar al interior breve ojeada.

En aislado aposento
Que trémula bujía alumbra, apenas
Su ornamento sencillo ver dejando,
De tosca mesa al lado están dos jóvenes,
Su rostro con las manos ocultando.
Con discorde ruido
De la ventana azota los cristales
Viento furioso al aguacero unido,
Y éste a la alcoba a la sazón penetra
De la angosta vidriera por debajo.
Los jóvenes a poco lo advirtieron,
Y los muebles que el agua humedecía,
No sin algún trabajo,
A distinto lugar pasando fueron;

Y cuando removía
Carlos —que ya el lector Fernando y Carlos
Sabe que entrambos son, o lo sospecha—
Al remover, repito,
Carlos antigua cómoda, deshecha
Casi por la humedad, cerrada carta
Halla en el suelo: viendo el sobrescrito,
Fernando luego conoció la letra
De su vieja criada ya difunta:
Con rapidez abrióla,
Abrigando tal vez presentimiento
Inexplicable, y para sí leyóla.
De palidez se cubre en el momento
Su rostro: a Carlos el papel le entrega:
No bien su contenido a entender llega
Este, de horror da un grito.—
Era la misma carta
Que, arrepentida acaso, había escrito
Antes la vieja a Carlos,
Quien la arrojó insensato sin leerla:
En ella las infamias refería
Que Álvarez empleó para engañarle
A costa de la dicha de su ama.—
«Y hasta ahora la veo! (al fin exclama,
De su estupor volviendo). Todavía,
Si por inspiración del alto cielo
La hubiese yo leído esta mañana,
Tú perdido no hubieras a tu hermana
Y yo la apellidara esposa mía.»
De pronto sus miradas se encontraron

Llenas de brillo singular; la diestra
Con fuerza convulsiva se estrecharon,
Su faz mostrando una expresión siniestra.
—De los dos el primero que le halle,
Dondequiera, Fernando, que le vea;
En su casa, en el templo ó en la calle,
Su matador en el instante sea!
¡Júralo por tu honor!
—Lo juro, y siento
Que de venganza el corazón sediento,
Quiere romper su cárcel.... estoy loco;
Pero tengo formal presentimiento
De que vendrá a mis manos ese hombre
Y en ellas le ahogaré dentro de poco.
¡Mírale, Carlos! Díme, ¿no es él mismo
Quien aparece allí?... Traidor, espera....
¿Dónde mi espada está? ¡No importa! ¡Vamos!»
Quiere avanzar, pero vacila y cae.

Cual si le vomitara allí el abismo,
Álvarez aparece demudado
En el umbral de la cercana puerta:
En busca de las gentes de la casa
Fué al aposento por la luz guiado.
Fernando está en el suelo sin sentido,
Al peso de su ira anonadado:
Va aquél a retirarse; pero enfrente
A Carlos ve que, cual hircano tigre,
En él enclava su mirada ardiente.

Una sola palabra no se hablaron:
Álvarez al entrar ha comprendido
Que, al fin, su infamia descubierta ha sido.
Uno al otro los dos se aproximaron,
Y al hallarse a tres pasos de distancia,
Puñal y espada súbito brillaron;
Mas dominóse Carlos y le dice:
«No quiero que el asilo en que yo debo
Solitario acabar mis tristes días,
Conserve las señales de la sangre
De un enemigo muerto por mi mano.
No quiero yo que usted, aunque enemigo,
Sucumba aquí cuando a mi casa llega
A demandarme hospitalario abrigo;
Pero mañana, al asomar el alba,
A cien pasos de aquí, frente al remanso
Formado por el río, nos veremos.
Sobra para los dos con un testigo;
Será este joven que cayó privado
Y a quien usted conoce: irá conmigo.
Reto a usted desde ahora a nombre suyo
Para que, si yo muero, ambos se batan,
Y sin testigo alguno, que es inútil,
Y evitar el escándalo debemos.
Ofrezco a usted por esta noche asilo:
Nuestra cuenta después arreglaremos,
Y a cada cual ayúdele su suerte.
—Empeño mi palabra: iré a la cita.
—Pero ha de ser nuestro combate a muerte!

Álvarez de la oferta hospitalaria
No quiso aprovecharse. Obscura noche
Reinaba en torno de la casa: el viento
Chocando en las paredes, parecía
Estremecer el sólido cimiento:
La lluvia entre los árboles sonaba
Y la llanura en lago transformaba.
Álvarez un caballo apresta, y párte.
Muy cerca de la puerta el viejo estaba
Con quien habló esa tarde: alzó su mano,
En que brillaba resinosa tea,
Porque su luz llegase algo más lejos,
Mas pronto la apagaron viento y lluvia.
Al despedirse aquél, éste le grita:
«Tomad hacia la izquierda. Riesgo, y mucho,
Cabe en partir así tan a deshora:
Cuidado con el río: está crecido:
Corre invisible y mudo: en un descuido,
Cual sierpe os ataranta y os devora.»

La turbación que en su ánimo sentía
Álvarez fué tan grave, que ni supo
Adónde su caballo dirigía.
«Mi vida ha estado en el mayor peligro,
Pues según las palabras de ambos jóvenes
Que sin querer oí cuando iba entrando,
Traidoramente asesinarme quieren.
Sobra para los dos con un testigo,
Carlos me dijo, porque al fin espera
Que en el anzuelo, crédulo, picando,

Vaya a la cita y a sus manos muera;
Mas, ¡vive Dios que un chasco les aguarda,
Cual lo merecen ellos! Desde luego
Marcho hacia Veracruz, y en la primera
Embarcación que salga, voime a Europa,
Al África, al infierno, a cualquier parte
Donde a ocuparse en mí vuelva ninguno....
Siendo rico y feliz, ¿quién me entromete
A rifar la existencia por antojo
Del primer miserable mozalvete?»
Dijo y tomó desconocida senda.—

Al viejo labrador, que se mantuvo
En la puerta después que Álvarez fuése,
Oir le pareció gritos de angustia
Entre el ronco fragor de la tormenta;
Pero en vano aplicó luego el oído
Y conocer la realidad intenta:
Sólo del huracán oyó el bramido,
Cerró la puerta y entregóse al sueño.

Al comenzar la madrugada, calma
La lluvia: el cielo en parte se despeja
Y aparece la luna en el Oriente:
Su esplendor melancólico refleja
Convertido en un mar el llano todo:
Baja de las montañas el torrente,
Los árboles gotean. Luz escasa
Brilla en una ventana de la casa
Habitada por Carlos: en su alcoba

Él y Fernando velan: el deseo
De la venganza, que sus almas llena,
Sueño y quietud a la sazón les roba.

Apenas sobre el nítido horizonte
Levantábase el astro rey del día,
La niebla replegábase y cubría
La falda sólo del enhiesto monte
A cuya espalda hay noche todavía,
Ya la puerta se abría
De la campestre casa,
Y Carlos y Fernando
A poco en el umbral aparecieron,
Al cinto acero brillador llevando.
Al llano descendieron,
Que viento débil a orear empieza,
Aunque anegada vieron
Donde el terreno es hondo una gran pieza.
Con el calor del sol cándida bruma
Sobre el agua estancada se levanta,
Los árboles oculta entre sus pliegues
Tomando formas con que al ave espanta;
Rota en vellones y con tardo vuelo
Después asciende al azulado cielo.
Vése allá lejos la fragosa sierra
Dilatarse, al viajero presentando
Cien montes asomado uno tras otro.
Con el color del impalpable viento
Teñidos los volcanes,
Tocan al firmamento.

Acá la flor bañada por la lluvia
Guarda en su cáliz gota diamantina;
Allí el ave gorjea;
Posada en débil rama
Que con su peso hacia la tierra inclina,
Su mirada pasea
Por la extensión del bello panorama.
Se oye el sordo ruido
Que forma el Atoyác, raudo corriendo
Por el cieno y las lluvias acrecido.
Su orilla izquierda a la sazón siguiendo
Carlos va, de Fernando acompañado:
A poco andar arriban
Al sitio para el duelo señalado:
Álvarez todavía no ha llegado,
Y siéntanse a esperarle en alta peña
Que al interior del río se adelanta.
En contemplar el agua se entretienen
Que cual cinta argentada en partes brilla,
Y ven llegar los descuajados troncos
Que a veces, con el bálago y arbustos,
La creciente al pasar deja en la orilla.
Rico reloj consultan
Ambos, y el rostro vuelven al camino,
Que alguien por allí venga, esperando:
Dos horas transcurrieron: la impaciencia
Apodérase dellos, y Fernando
A su enemigo tacha de cobarde,
Pues venir ha ofrecido con el alba,
Y no parece aún y es ya muy tarde.

En esto, en medio a la corriente fría,
Lejano todavía,
Informe bulto vieron
Que hacia los dos venía:
Cuando más cerca estuvo,
Ambos que era un cadáver conocieron.
Rozándose al pasar con el follaje
De las cañas acuátiles, el cuerpo,
Por el agua al remanso conducido,
Junto a la peña en que los dos estaban
Llega, y allí permaneció tendido.
Atónitos mirándose
Ellos, hablar no osaban,
Que en el vestido que desluce el cieno,
En la nervuda mano
A desgajada rama asida en vano,
En el cabello con que la onda juega,
En las sangrientas lívidas facciones
Del túmido semblante,
Vestido y mano y cabellera y rostro
De un hombre aborrecido
Luego reconocieron.
¡Álvarez a sus pies yace tendido!!

Tal vez anoche entre la sombra espesa
Él, en sus pensamientos engolfado,
Encaminóse al río
Y fué por la creciente arrebatado.
Su caballo, animal de noble brío,
Logró salir a nado.

Detenido el cadáver en las ramas
De algún árbol quizá, seguir no pudo
El curso de la rápida corriente,
Hasta que el agua su caudal minora
Y en sus ondas le trajo indiferente.

Carlos, a su pesar, se estremecía
Contemplando el semblante amoratado
Del cadáver. En esto ver creía
La permisión del cielo,
Que jamás deja el crimen sin castigo.
Sabia lección él mismo recibía,
Pues yendo allí a matar a su enemigo,
Encontrábale muerto,
A todos dando testimonio cierto
De que no siempre Dios al hombre vano
La ejecución de sus decretos fía:
Si el ofendido a castigar se lanza
(Su razón, ya despierta, le decía)
No es justicia su acción, sino venganza.

X

Las ilusiones y esperanzas mueren como el heno de los campos.—No debemos pedir al mundo sino lo que puede darnos.—Único y verdadero refugio del hombre.

CARTA DE CARLOS, ESCRITA DOS AÑOS DESPUÉS DE LOS SUCESOS.

Los versos he leído en que refieres
Mi dolorosa historia. ¿Por qué el tiempo
No consigue extinguir nuestros pesares?

La inagotable hiel de los recuerdos
Por qué en mi pobre corazón derramas,
Lo pasado a mis ojos exponiendo?
Pero jamás tu pluma lograría
Por más que redoblaras tus esfuerzos,
Retratar la belleza de Diana,
Ni su virtud, ni de mi amor el fuego!

¿Por qué no vienes a abrazarme, amigo?
¡De lo que fuí me hallaras cuán diverso!
Ya no soy aquél joven entusiasta
Sobre la tierra soñador perpetuo.
Hombre soy, y sin bienes de fortuna,
Sólo de mi trabajo me sustento:
Con el sudor de mi quemado rostro
La tierra, mientras luce el día, riego,
Y durante la noche en pobre cama
Cierra mis ojos apacible sueño.—
Sólo el trabajo, de virtudes germen,
Sobre nuestros recuerdos echa un velo,
Enfrena aquesta loca fantasía,
Embota del dolor el crudo acero.
El amor, los solícitos cuidados
De la familia aquí suelo echar menos:
Cuando llego a mi alcoba solitaria
De trabajar cansado y no hallo un pecho
En que pueda mi frente reclinarse,
Ni halaga mis oídos grato acento,
La tristeza del alma se apodera;
Mas tal es mi destino, ¡yo le acepto!

Son del otoño los primeros días,
Y cuando veo un cielo ceniciento
Y la tierra cubierta con las hojas
Que, una tras otra, al árbol quita el cierzo,
Mi corazón se oprime: a la memoria
Se presentan los días turbulentos
De mi vida infeliz. Rosa, Diana,
Tendida la primera en blanco féretro
Tal vez por culpa mía...! la segunda,
De su familia por mi culpa lejos,
Orando allá en el claustro solitario,
Puestos sus claros ojos en el cielo,
Mientras dura el silencio de la noche
Suelen venir a visitarme en sueños.

¡Oh! nunca, al ver que un semejante tuyo
Abriga incauto inútiles deseos
Contemplando al través de un falso prisma
La sociedad, le niegues tus consejos.
¿A qué, dime, correr tras una sombra?
Diana un ángel fué que lo perfecto,
Lo sublime, buscaba acá en la tierra:
Iguales a sus propios sentimientos
Creyó los de los hombres. Cuando vino
El desengaño a herir su casto pecho,
No tuvo en cuenta la flaqueza humana,
No perdonó a los hombres sus defectos:
No pensó que si un alma los anima
De la luz inmortal rico destello,
Envuelta vive en deleznable cárcel

Que la mano de Dios formó de cieno.
Al verse así burlada en sus creencias,
Hacia el mundo sintió mortal desprecio;
Rompió los dulces lazos de familia,
Rompió su mismo corazón, y haciendo
Infelices a muchos, su mirada
Para siempre jamás clavó en el cielo!

Allá también mis ojos se dirigen,
Amigo mío, sí.... ¿Cómo el viajero
Que caminó durante muchos años,
Sin abrigo, por áspero desierto,
A la sombra del árbol que descubre
No ha de querer gozar descanso eterno?





LA CUESTA DEL MUERTO



LA CUESTA DEL MUERTO

I

El camino de Jalapa á Coatepec.

De cuanto he visto no hay cosa
Que así me halague y sonría
Como mi ciudad natía,
Como Jalapa la hermosa.

Ni ví mas lindo verjel
Que Coatepec, cuya calle
Se extiende en ameno valle
Limpia y trazada a cordel.

De sus montañas musgosas
Se asienta aquélla en la falda,
Luciendo fresca guirnalda
De mirtos, nardos y rosas.

Sus cármenes atraviesa
Red de arroyuelos sutiles,
Y baña sus pies gentiles
Honda y cristalina presa.

El pueblo al pie de altos montes
Se aduerme al rumor de un río,
Y tiene perpetuo estío
Si estrechos los horizontes.

Cuando visita el viajero,
Tras la aridez de la costa,
Esos campos que ni agosta
Julio ni entristece Enero;

Cuando mira el caserío
Blanquear en la montaña,
O que descubrirlo extraña
En hondonadas umbrío;

Cuando respira el ambiente
En aromas impregnado
Del liquidámbar preciado
Y del jinicuil pendiente;

Y oye que en dulces conciertos
Dan su voz por las mañanas
Las arpas en las ventanas,
Los pájaros en los huertos;

Y halla una limpieza extrema
En calles, casas, personas,
Y un sol en aquellas zonas
Que vivifica y no quema;

Un sol que brilla al través
Del aire diáfano y puro,
Flores que visten el muro
Y dan alfombra a sus pies;

Y gente de afable trato,
Y, lector, aunque te asombres,
Franca amistad en los hombres
Y en las mujeres recato;

Toma súbita querencia
A la tierra en que nací,
Y a veces quédase allí
A terminar su existencia.—

Pero me difundo ya:
Voy el camino a trazarte
Que al Sur de la villa párte
Y al pueblo expresado va.

Puedes andarlo en dos horas
Por anchurosa calzada
De un bosque al través tirada
Entre arboledas sonoras.

Y a trechos el lujo es tal
De aquella vegetación,
Que te forma pabellón
De frescura sin igual.

El liquidámbar y encino,
La madreselva, la rosa,
La verde palma orgullosa
Y el sobresaliente pino,

Ligan entre sí sus ramas,
O mecen flor y capullo
De las brisas al arrullo
Sobre las humildes gramas.

Tienden sus puentes colgantes
De un árbol a otro livianas,
Vides silvestres, lianas,
La hiedra de hojas sonantes.

Veloz a las ramas trepa
La ardilla si es perseguida;
La parda culebra anida
Del tronco añoso en la cepa.

Y bajo aquella enramada
Oirás en distintas horas,
Ya de las aves canoras
La melodía acordada,

Ya el silbido del arriero,
Del leñador los hachazos,
O los recios picotazos
Del pájaro carpintero.

Si el Norte a veces, tesoro
De salud y de frescura,
Brama al romper su clausura
Como enfurecido toro,

Abate y descuaja arbustos
Y en remolinos se lleva
La hojarasca y hoja nueva
De los robles más robustos.

Y hace en el bosque un ruido
Como el del mar, y un instante
De la campana distante
Estás oyendo el sonido.

No anubla el cielo sereno
De polvo con nubarrones,
Que es en aquellas regiones
Compacto y duro el terreno.—

Siendo quebrado el camino,
Tras hondo valle te encumbras
Y a un lado y otro vislumbras
Paisaje el mas peregrino.

Abismos hay a tus pies
Que cubre espeso verdor;
Sale del fondo el rumor
Del torrente que no ves.

Si la sima es peñascosa,
Divisas en su hondo lecho
Por bosquecillos de helecho
Correr el agua espumosa,

Ora roja, ora amarilla,
Zarca o cenicienta acaso,
Según el color que al paso
Toma en sus lechos de arcilla.

Más allá de las barrancas
Ves llanos, colinas, chozas,
Y el humo que de las rozas
Sube en espirales blancas.

Y en el valle y la montaña,
Sirviéndola de coronas,
Ves las amarillas zonas
De la dulcísima caña.

Ves las serpentinas sendas
Por los montes solitarios,
Y casas y campanarios
De rancherías y haciendas.

Van no lejos y entre sauces,
Sin arrastrar cieno alguno,
Dos ríos, en solo uno
A confundir sus dos cauces.

Tibias y medicinales
Son las aguas del primero;
Como las nieves de Enero
Lleva el otro sus raudales.

Oyes detrás de los cerros,
A los lados del camino,
El estruendo del molino
Y el ladrido de los perros.

Y aunque al pueblo puedes ir
Desde Jalapa en dos horas,
Si con la vista devoras
Lo que intenté describir,

Te ha de entretener al grado
De que aún no, seguramente,
Llegues al último puente
Cuando la noche ha cerrado.

II

El cronista y su guía.—La Cuesta.—La tradición.

Como a mitad del camino
A pie llegaba una tarde,
Volviendo de un rancho oculto
Entre bosques seculares
Y en medio de dos colinas,
De Coatepec adelante.
Puesta la escopeta al hombro
Y con la vista en los árboles,
Entre sus ramas buscaba
La ardilla, invisible casi
Según lo rápidamente
Que por el bosque entra y sale.
Y, cazador distraído,
Siempre con nuevos afanes,
Ni en derredor advertí
La belleza del paisaje
Que incendiaba la luz roja
Del sol que a Occidente cae;
Ni recordaba siquiera
Que iban en los dos morrales
Mío y del guía un conejo
Y dos o tres gavilanes.

Era el guía hombre robusto
De cuarenta navidades,
Carácter franco y resuelto,
Faz morena, piernas ágiles,
Fresco sombrero de palma
Con cintas negras al aire;
Blanca la camisa y verdes
Las calzoneras que al talle
Banda de burato ajusta
Ancha y de color de sangre.
Ahumado lleva el fusil,
Que es útil cosa el quitarle
Todo brillo, y siendo opaco,
No asusta al ciervo ni al ave.
De una correa pendiente
La gamitadera trae
Que así a las ciervas engaña
Como convoca a los áspides;
Y al extremo de dos cuerdas
Atados, por ser ya tarde,
Dos lebreles, raza pura,
Con el afán de soltarse.

Era el guía, como he dicho,
Hombre resuelto, y sus lances,
Sabidos en la comarca,
Fama le dieron y grande.
Mas es la gente del campo
Supersticiosa, y Andrade—
Que así se apellida el hombre—

Sin que le tiemblen las carnes
Al lobo dispara, o burla
Al bravo toro pujante,
Mata la enroscada víbora,
Domeña al potro salvaje,
A nado atraviesa el río
Cuando ha salido de madre;
Y a veces en la taberna
O en lo mas recio del baile
Donde al zumo de la caña
Culto se rinde y no en balde,
Si hay pendencia, entre las voces
Su ronca voz sobresale,
Y si cuchilladas llueven
Rey le coronan los jaques.
Mas si, por ventura, oye
De boca de las comadres
Historias de aparecidos
Con sus pelos y señales;
Si al atravesar el bosque
Suenan gemidos distantes,
O estando la noche encima
Y él lejos de sus hogares,
Fuegos fatuos o luciérnagas
Por aquí brillan o arden;
Si al salir de algún recodo
Con el lego mendicante
De hábito oscuro tropieza,
Helada siente la sangre,
Se le erizan los cabellos,

La lengua se le contrae,
A su voluntad las piernas
Dóciles no son cual antes;
Se santigua, en sus adentros
Clama a los custodios ángeles,
Y ofrece en solemne voto
Llevar cera a los altares.
Ni del certero fusil
Monta siquiera la llave,
Que si son contra los vivos
Armas de fuego eficaces,
Cónstale al guía que nada
Contra los difuntos valen.

Venía en esto la noche
Al par que se iba la tarde,
Y un alta cuesta ganamos
Dejando a la espalda el valle:
Y como es lugar de historia
Y en la que escribo importante,
Quiero que el lector conmigo
Un punto a verla se pare.
La calzada encumbra el monte;
Detrás de unos matorrales
Hay a la siniestra mano
Cantiles amenazantes,
Cuyas azuladas peñas
Que el musgo tapiza en parte
Y con grato albergue brindan
A las águilas caudales,

Suspensas en el vacío
Sin tener sólida base,
Negras hendiduras muestran
En que los arbustos nacen;
Y al más leve terremoto
O al pasar un carruaje
Que cimbre el camino, haciendo
Estrago terrible, caen.
Hay a la diestra un abismo
Tajado a pico, y son tales
Sus dimensiones, que el fondo
Ver desde arriba no es dable.
En él sus raíces tienen
Varios gigantescos árboles
Sin que la altura del borde
Sus verdes copas alcancen.
Si del cantil de la izquierda
Llega una peña a soltarse,
Rueda al través del camino
Y sin que nada la ataje,
Zumbando espantosamente
Hacia el hondo seno parte,
Se oye chasquido de ramas
Y luego el estruendo grave
De la mole que en las rocas
Rebota despedazándose;
Y de los oscuros antros
Con alas torpes, sonantes,
Describiendo negros círculos
Salen las nocturnas aves.

—¿Qué es esto, Andrade? ¿Qué viste
Que así te vas por delante,
De enfermo que está con fríos
Llevando en tu rostro el aire?
¿Por qué aceleras el paso
Y es tu distracción tan grande
Que los lebreles van sueltos
Sin que otra vez los amarres?
—¡Ay, señor! ¡Ay amo mío!
¡Quién, como usted, ignorase
Que está en la Cuesta del Muerto
Estando al morir la tarde!
No bien las sombras se espesan
Cuando en esta fecha sale
Todos los meses un bulto
Por el claro que se abre
Al comenzar los cantiles,
Prestando corriente fácil
A las aguas de aquel monte
Donde es la lluvia abundante,
Y en cuya falda hay ruinas
Cerca de cien años hace,
De una finca muy valiosa
Con que dió un incendio al traste,
Y que fué de un español....
—Al grano vamos, Andrade.
—Pues, señor, como decía,
Por el portillo y en traje
De cristiano, sale un muerto
Carga pesada llevándose

A la espalda en un costal
Cuyas señas. . . .—¡Adelante!
—Digo (y su merced dispense
Lo rudo de mi lenguaje)
Que anda un trecho del camino
El muerto, cual si pujase
Al peso de lo que lleva
Y que debe de quemarle.
A la orilla del abismo,
Do ser más profundo sabe,
Se pára; los pies afirma;
Mece en infernal balance,
Siempre en las espaldas puesto,
El costal para lanzarle,
Y a poco desaparecen
Muerto y costal, y unos ayes
Resuenan, que con oírlos
Para morirse hay bastante;
Y luego el macizo golpe
De quien tortilla se hace,
Como huevo que se estrella
En duro suelo de jaspe.
Y esto lo han visto y oído
Gentes de todas edades
De los inmediatos ranchos,
Arrieros y caminantes.
De miedo aquestos se paran,
De dar un paso incapaces,
Y de tercianas se lisian
A consecuencia del trance.

Más avisadas aquéllas,
Dejan que los perros ladren
Cuando olfatean al muerto
Desde muy lejos sagaces;
Cierran y atrancan al punto
Las puertas de los jacales,
Y ante la palma bendita
Que en ellos cuidan no falte,
Silenciosos se reunen
Chicos, medianos y grandes,
Y haciendo coro la abuela
Reza un *Requiescant in pace.*

Mi curiosidad excita
Con su narración Andrade,
Y allí aguardando, resuelvo
De la verdad cerciorarme.
Más que mi dádiva hizo
De mis razones el arte,
Que el amilanado guía
Se resignara a quedarse.
Los dos tomamos asiento
Después de atar a los canes
A un tronco, y a mi escopeta,
Por lo que fuere y sonare,
Puse bala y renové
La cápsula fulminante.
De nuestros cigarros sube
Blanco el humo en espirales,
Que está la noche serena

Y el viento dormido yace.
Yo las estrellas contemplo
Y el guía murmura aparte
Oraciones, o al ruído
De alguna rama al troncharse,
Vuelve con presteza el rostro
Y se estremece cobarde.

Mientras el tiempo transcurre
Y nuestros cigarros arden
Y echados y sin dormirse
Están los perros leales,
Hago preguntas al guía
Y acaba, al fin, por contarme
La historia que a los espantos
Que vamos a ver dió margen.
Procuraré reducirla
A términos razonables,
Que en circunloquios eternos
Y en digresiones mortales
Mi rústico se divaga
Por afición, por carácter,
Como si el bueno del hombre
Cursara universidades.—
Si temes perder el tiempo
O que mis versos te cansen
Por ser en extremo llanos,
Dignos hijos de su padre,
Cierra el libro y quedaremos
Tan amigos como antes.

III

La hacienda.—Don Lope.—Aniversario de la boda.—Doña Inés.

Casi un siglo hace ya que en los lugares
Do hallarás melancólicas ruinas
Con que a la diestra un poco te separes
Si de Jalapa a Coatepec caminas;
Cerca de espesos bosques seculares
De olientes liquidámbares y encinas,
Y al fin del ancha y ya borrada senda,
Se alzó de un español la rica hacienda.

Fué de labor: las amarillas suertes
De la sabrosa caña al pie del monte,
Cual mar que ondea con los vientos fuertes,
Formaban por lo extensas horizonte.
Negras líneas cortándolas adviertes
De veredas y caños, y el desmonte
Deja a un lado de aquellas sitio abierto
A la espaciosa fábrica y al huerto.

Verdinegros los bosques, rubio el llano,
Limpio y azul el cielo peregrino;
El huerto floreciente en el verano,
Blanca la habitación, pardo el molino;
Cual asa de cristal, chorro lejano

Del agua que lo mueve de contino;
Sobre la tosca torre allí erigida
El gallo en pie que á madrugar convida;

Esto el ojo descubre en el paisaje,
Y en grato són regalan el oído
Los pájaros cantando en el boscaje,
Y el arroyo entre sauces escondido:
Y de la flor que adorna el rico traje
Primaveral que el campo se ha vestido,
Mientras la abeja el néctar la consume,
Te llega á deleitar blando el perfume.

El dueño allí, tal vez, entusiasmado
Al dulce aspecto de las altas pilas
De la segada mies, ó en el terrado
Puestas eternamente las pupilas
En los panes de azúcar que el dorado
Rayo del sol blanquea en largas filas,
No vió jamás de su fecundo valle
La riqueza y beldad sino en detalle.

Tal vez sobre los cantos de las aves
En el bosque y a un lado de la senda,
Dió preferencia a los mugidos graves
Que salen del trapiche en la molienda;
Y al són de brisas frescas y suaves
Tal vez prefiere ¡obcecación horrenda!
El metálico són que en sus arcones
Producen al entrar sendos doblones,

En el siglo anterior iba así el mundo,
Como va, como irá, y antes y ahora
Es el metal de aspecto rubicundo
Lo que más gusta al rico y le enamora.
Queda a pobres y artistas el profundo
Estudio del paisaje, la sonora
Voz de la fuente, el sol, el campo, el río,
El cano invierno y el ardiente estío.

Mas si Don Lope Aranda ama el dinero,
Tambien ama el gastarlo con largueza
De sus propios caprichos lisonjero,
Que es moneda enterrada inútil pieza;
Y es Don Lope cumplido caballero,
Y jamás en tener cupo nobleza
La mano en que recibes extendida,
La mano con que das siempre encogida.

Opíparas comidas, instrumentos,
Libros de ciencia, nuevas construcciones,
Caballos y jauría, experimentos,
A la joven esposa ricos dones,
De Don Lope se llevan por momentos
Y en columnas cerradas los doblones—
Amén de alguno que otro sacrificio
Al terrible Birján, nunca propicio.

Y no se menoscaba su fortuna,
Que el trabajo y la tierra, cuando impera
La deliciosa paz, obrando á una,

De inagotable mies cubren la era;
Y si el pobre a sus puertas le importuna,
Con brusco modo y caridad sincera,
Mientras con voces ásperas le corre,
Su mano en abundancia le socorre.

Que su buen corazón corteza dura
Guarda y oculta a los humanos ojos,
Labrando con su propia desventura
La de aquellos que sufren sus enojos.
Y es —para usar la frase que aventura
Su esposa Doña Inés— linfa entre abrojos
Que al labio no permiten que la toque;
Es zafiro engastado en alcornoque.

Ya que nombré al esposo y a la esposa,
Debo decir que en la mitad de Mayo,
Hiriendo una mañana la selvosa
Montaña el sol con su primero rayo,
Vióse en la casa y fábrica espaciosa
De ramas y de flores con el gayo
Adorno las ventanas revestidas,
Y abiertas las entradas y salidas.

El quinto aniversario es de la boda
De Don Lope e Inés, y año tras año
Se celebraba en la comarca toda
Con holganza y bullicio y gozo extraño.
Al alba repicar era la moda;
Vestido ya el calzón de burdo paño,

Nuevo el calzado, blanca la camisa,
Asisten los rancheros a la misa.

El besamanos sigue, y son curiosos
Los parabienes que los más letrados
Hacen por fuerza oir a los esposos
En discursos diez veces comenzados.
En el patio peroles espumosos
De diversos manjares regalados,
Incitadora esparcen su fragancia
Y al pueblo dan comida en abundancia.

Y al són de los alegres tamboriles
Y flauta pastoril que tañe un ciego,
Sobre el césped allí mozas gentiles
Danzan o atienden al azar del juego:
Y suelen a las voces femeniles
Gritos mezclarse de los hombres luego,
Y salir de los cintos las navajas
A impulsos del licor y las barajas.

De la ciudad vecina, en tanto, llega
De mancebos y damas comitiva,
Cruza al galope la risueña vega
Y el patio invade gárrula y festiva.
Allí Román, que con su potro juega,
Contempla á Inés con atención muy viva,
Y paga apenas el saludo frío
Del buen Don Lope, su tutor, su tío.

Francisco más allá, joven robusto,
Hijo del mayordomo, y cuya fama
Por la comarca vuela como es justo,
Pues los placeres y pendencias ama;
Sin ver del propietario el ceño adusto
Escoge a Doña Inés para su dama
Durante el día, y la regala flores,
Y por patios la sigue y corredores.

Y no crea el lector que la señora,
De suyo altiva, con semblante afable
A Román o Francisco seductora
Mostrase alguna vez risa inefable.
Si entrambos la codician en mal hora,
Jamás a alguno de los dos fué dable
Hacer a Doña Inés la grave ofensa
De decirla al oído lo que piensa.

Que está puro su nombre, y de la senda
No se apartó jamás de sus deberes,
Y el que su sola rectitud trascienda
Sirve de fuerte escudo a las mujeres.
Mas ¡ay! era preciso tener venda
Para dejar de ver que estos dos seres
En dulce lazo unidos por el cielo,
De la dicha y la paz no son modelo.

Y en huerto donde crece la zizaña
La traidora y ruín víbora anida,
Y a la honra limpia de la esposa daña

Su carencia de afecto si es sabida.
De las pasiones en la mar extraña,
Contra las recias olas de la vida
Solo se tiene por serena y fuerte
A quien ama a su esposo hasta la muerte.

Falta de aqueste amor el blando aroma
Al corazón de Inés, seco y herido
Por el genio brutal que nunca doma
Para tratar con ella su marido.
Y viendo a la bellísima paloma
Inquieta y ya sin goces en el nido,
Acéchanla con negras intenciones
Meciéndose en el aire los halcones.

Une en su sér a la verdad preclara
Que con solo su aspecto nos cautiva,
Mordaz carácter y altiveza rara
Que la confianza y el cariño esquiva.
Jamás, al parecer, brilló en su cara
De la dulce piedad la llama viva,
Ni humedeció sus ojos aquel llanto
Que al corazón que es bueno alivia tanto.

En el de Inés, del odio la cicuta,
Al riego de la hiel de sus pesares,
Germina y brota y crece, y más lo enjuta
Y lo expone a sufrir nuevos azares.
Junto al odio a Don Lope ábrese ruta
Sin encontrar los fuertes valladares

De la virtud, culpable simpatía
Hacia el joven Román, de quien es tía.

Mas el oculto afecto su semblante
No traicionó jamás, ni dió esperanza
A quien suspira, silencioso amante,
Y el fuego della a descubrir no alcanza.
A Inés era Francisco repugnante
Y lo calla también: mar en bonanza
Su faz parece; mar tranquilo y hondo
Que recia tempestad guarda en el fondo.

Con todos siendo altiva e imperiosa,
Ante Don Lope, tímida se humilla,
De algún tiempo a esta parte, amable esposa;
Mas la mirada que en sus ojos brilla
Cuando la ultraja aquél con ira odiosa,
Déjase ver como fatal cuchilla
Que al mayoral destina esclavo rudo
Mientra al látigo vil se inclina mudo.

IV

Por qué Don Lope vino a América.

Mientras la esposa cubre diligente
Por medio del enjambre de criados
La mesa larga con mantel luciente,

Flores, frutas, manjares delicados,
Copillas de cristal, platos de argente,
Candelabros de cera coronados,
Cubiertos de trabajo peregrino,
Frascos de añejo aspecto y rancio vino;

Mientras que sale y entra disponiendo
Lo preciso al convite, y hechicera
El tontillo abultado va luciendo,
El talle cimbrador como palmera,
Los negros ojos de mirar tremendo,
La empolvada profusa cabellera,
Sarta de perlas, prendedor, cintillo,
El calzado sonante de palillo;

Trasladaré al lector a lo pasado
Cinco o seis años antes, y en privanza
Le haré ver a Don Lope y festejado
Allá en Madrid por el favor que alcanza.
Una misma pasión nudo apretado
De franco afecto e íntima alianza
Formó entre el noble y brusco caballero
Y el poderoso rey Carlos Tercero.

Con raro afán desde que el alba asoma
Van los dos a cazar todos los días:
Montado el rey en el corcel que doma,
Sueltas a un lado y otro las jaurías,
Vaga del hondo valle a la alta loma
Hasta que llegan las tinieblas frías;

Y siempre al perseguir al erizado
Jabalí, a Don Lope tuvo al lado.

Infatigable y diestro el noble adusto,
No siempre ha limitado sus hazañas
A fácil presa o a luchar sin susto
Con el temible lobo en las montañas.
Antes su brazo enarboló robusto
El glorioso pendón de las Españas
Frente al peñón de Gibraltar temido,
Del plomo del inglés quedando herido.

Sangre ilustre heredó de sus mayores
Y con ella riqueza en abundancia;
Preciados son sus títulos y honores,
De sus predios inmensa es la ganancia;
Pero sus prendas deslució mejores
Ira fatal, insólita arrogancia,
Que al menor accidente se exaspera
Y es, como luego dicen, una fiera.

Es duro pedernal que, del acero
No bien tocado, en luminosa chispa
Deja el fuego brotar; si enojo fiero
Nubla sus ojos y sus labios crispa,
No reconoce freno el caballero,
Y semejante a la irritada avispa
De su panal lanzada, va sin tino
Hiriendo a cuantos halla en su camino.

La pasión de la caza era ya vicio
En el famoso rey, que, al fin, acaba
El fardo por soltar de su alto oficio
Trocando el áureo cetro por la aljaba.
Del poder absoluto el ejercicio,
Y no de tino exento, encomendaba
A la sabiduría y los afanes
De los condes de Aranda y Campomanes.

En esta corte y por aquellos días,
Trasponiendo los altos Pirineos,
Apareció con ínfulas sombrías,
De novedad envuelta en los arreos,
Copia fatal de máximas impías
Que ya ostentaba tronos por trofeos,
Y afilaba del pueblo en la ignorancia
Puñal que luego ensangrentó a la Francia.

A su soplo mortal ¡cuánto sufrieron
La fe y el entusiasmo y la hidalguía
Que de siglos atrás innatos fueron
Al pueblo a quien el sol no se ponía!
La Cruz, a que los moros se rindieron,
La Cruz, que un mundo ignoto descubría,
Vió detenido el vuelo a que se lanza
De la humana razón por la balanza.

Y aquel soplo mortífero que hiela
Todo amor que no sea el de sí mismo,
La generosa sed que gloria anhela

Llega a trocar en sórdido egoísmo:
A la ambición rastrera pone en vela
Y abre a la sociedad profundo abismo,
Haciendo al pueblo conculcar las leyes,
Convirtiendo en tiranos a los reyes.

Tuvo el de España parques destinados
A la conservación y fácil cría
De corredoras liebres y venados;
Más que al reino a sus parques atendía;
A la planta del vulgo eran vedados,
Y a quien mano sacrílega ponía
En guardas, pastos, provisiones, fieras,
Reservaba la ley penas severas.

Del rey el guardabosque a su presencia
Llegó una vez, y en ademán confuso
Y después de una y otra reverencia
Cual de vasallo a rey estaba en uso,
No sin servil temor grave ocurrencia
En estos u otros términos expuso:
—De la bellota junta en la alquería
Eché a los ciervos la ración del día;

Y ya me retiraba, cuando advierto
Que al pasar de Ramón el aldeano
Un segador para el vecino huerto,
A las bellotas extendió la mano.
Volví luego a contarlas, y por cierto
Que un hurto dellas cometió el villano.

—¿Y la falta cuál es que en ellas notas?
—Faltaron al montón siete bellotas.

—¡Siete años a presidio el aldeano
Cuyos mozos me roban! el rey dijo.
Llegó Ramón y suplicóle en vano
Que revocara la sentencia; el hijo,
A quien la esposa trajo de la mano,
Al rey miraba con afán prolijo,
Con inocentes lágrimas los ojos,
Ramón, la madre y él puestos de hinojos.

A interceder por ellos compasiva
La reina Amalia, de virtud dechado,
Vino cerca del rey, y el rey la esquiva
Con terrible ademán y gesto helado.
Trémulo el labrador, la faz altiva,
Se levanta y, de guardias rodeado,
Como si fuese reo de homicidio,
Con la cadena al pie marcha al presidio.

Al llanto de la esposa desolada
La ira en todo el lance reprimida
De Don Lope en el pecho, desatada
Con voces de furor se abrió salida.
En su buen corazón y en su alma honrada
De la justicia el sentimiento anida,
Y al verla hollar, en ciego paroxismo
El respeto a su rey quebranta él mismo.

—¿Quién vió jamás de iniquidad tal muestra
¿Os dió Castilla el cetro, por ventura,
Porque con él la maltratase vuestra
Mano real?—le dice y le asegura
Del brazo izquierdo con la fuerte diestra
Y en sus ojos la cólera fulgura,
Y la corte de escándalo da un grito
Y ve al rey y a Don Lope de hito en hito.

Carlos, un punto estupefacto y mudo,
Si bien el rostro pálido de ira,
Rechaza al noble con esfuerzo rudo,
Ase la daga y con horror le mira.
Y como quiso hablar y hablar no pudo,
A la inmediata alcoba se retira,
Y entre la confusión que el lance deja
Lope de allí con rapidez se aleja.

Y de la corte huyó, y huyó de España
Renunciando sus títulos y honores;
Hondo pesar el corazón le daña
Al recordar del rey altos favores.
Quiso aplacar su enojo y justa saña
Y a tal fin le escribió de las Azores,
Do, con supuesto nombre, en triste día
Halló refugio impune su osadía.

Carlos le perdonó; pero le cierra
La augusta majestad, dél ofendida,
Las puertas ¡ay! de la nativa tierra,

Y le manda que en Méjico resida.
Tal porvenir su espíritu no aterra;
La mar, en el invierno enfurecida,
Surca su nave audaz con rumbo cierto
Y arriba, al fin, de Veracruz al puerto.

V

Casamiento de Don Lope.

Mayo expiraba ya, tras sí dejando
Rico matiz de flores en la tierra,
Cielo de oscuro azul, céfiro blando,
Verde y sin nieve alguna el alta sierra.
Si pardo nubarrón se va formando
Y si retumba el trueno en són de guerra,
Es que se anuncia a campos y ciudades
El mes de las sonoras tempestades.

Pero trina en el árbol sin recelo
El pájaro cantor, murmura el río
Reverberando al sol, cruzan el cielo
En bandadas las aves del estío,
Y se destacan del quebrado suelo
Pardas las torres, blanco el caserío;
Y la ciudad a celebrar se apresta
Del CORPUS hoy la religiosa fiesta.

Del fresno y liquidámbar enlazados
Forman los tallos enramada umbrosa
Por las alegres calles, y a los lados
La multitud se agolpa silenciosa.
Hay altares riquísimos alzados
Acá y allá, do el Sacramento posa,
Y el soplo hace ondular del aura amiga
La llama del blandón, la rubia espiga.

Desde las torres el metal sonoro
De las campanas su clamor da al viento;
De atambores y pífanos el coro
Suena si calla musical concento.
Lleva el pastor en relicario de oro
La Augusta Majestad del Sacramento,
Y al pasar de soldados entre hileras
Humíllanle sus armas y banderas.

Abre la procesión y se adelanta,
El estandarte de la cruz llevando
Con brazo fuerte y con segura planta,
Noble anciano que ejerce civil mando.
Turba de niños que la vista encanta
Ángeles o sibilas figurando,
Sigue después, y porta pebeteros,
Haces de trigo, frutas y corderos.

En blanca nube de oloroso incienso
Que arde en braseros de bruñida plata,
Se oculta el Dios que con poder inmenso

Enfrena el mar y el aquilón desata.
Mírale el sol desde el zenit suspenso,
Y su alabanza en armonía grata
Ensayan aves, céfiros y fuentes,
É inclínanse ante Dios todas las frentes.

¡Tiempos de dulce paz y fe sincera
En que la vida resbaló tranquila
Cual arroyo que cruza la pradera
Hasta llegar al mar do se aniquila!
Llama apacible que con mano artera
No apaga la impiedad, ni al viento oscila
De la funesta duda, la Fe santa
La vida alegra y el sepulcro encanta.

¡Tiempos de fe y amor! ¡Si fuese dado
Teneros en lugar de los presentes!
Contra sí, contra el cielo se han alzado
En su impiedad las orgullosas gentes:
De Dios y de su Ley han blasfemado,
Profanan los sepulcros, y dementes
Cierran contra los templos seculares
Convirtiendo en escombros los altares!

Escuálida y febril siéntase en tanto
A nuestra mesa el Hambre; arde y aterra
Y sangre hace verter y largo llanto,
De acero armada asoladora Guerra.
Negras las torpes alas, negro el manto,
Sobre la faz de la afligida tierra

La Peste vuela, y en su obscuro seno
Halla sólo refugio y paz el bueno.

¡Si los hallase yo bajo la sombra
De aquellos resonantes platanares,
Donde de flores hay perenne alfombra
Y embalsaman la atmósfera azahares;
Donde el cariño paternal me nombra;
Donde el rincón de mis antiguos lares
Muestra limpios blasones de nobleza,
Que hoy lo son el trabajo y la pobreza!

¡Engañosa ilusión! ¡Inútil voto!
En este mar de que salir anhelas,
Pobre alma mía, y que enfurece el noto,
Boga mi nave audaz rota y sin velas.
Siendo inexperto y débil el piloto,
En el fondo, cual tímidas gacelas
Atadas van, para que más te aflijas,
Mi amante esposa y mis pequeñas hijas.—

Vuelvo a mi narración. Triste y cansado
De contemplar la estéril playa ardiente
Que con sus ondas bate el Golfo airado,
Intérnase Don Lope. Alta pendiente
Encumbra su corcel, ya fatigado,
Y el caballero aspira fresco ambiente,
Y entre el quebrado monte y fértil vega,
Jalapa ante sus ojos se desplega.

Creyó ver a los lados del camino,
Que cual serpiente inmensa se extendía
En llano de labores peregrino,
Los campos de la hermosa Andalucía.
Brillaba el caserío alabastrino
Con el rayo del sol de medio día,
Sobre el fondo del monte azul o verde,
Donde a trechos entre árboles se pierde.

En lontananza el Cofre se levanta;
Citlaltepetl su majestad domina,
Coronado de nieves que abrillanta
El astro rey; en la región vecina
Los sitios mira do el labriego planta;
Allá el espeso bosque y la colina;
La blanca oveja más acá retoza
Junto al umbroso huerto y limpia choza.

Encantado el ibero avanza en esto,
Y en la ciudad penetra y le parece
De frescas flores primoroso cesto
Según la gala que a su vista ofrece.
Cruza las calles y con paso presto
Hacia el lugar donde el gentío crece
Dirígese curioso, y ver consigue
La procesión que su carrera sigue.

El brillo de la fiesta religiosa,
El cielo azul, el perfumado viento,
Los ecos de la música armoniosa,

De las campanas el alegre acento,
El alma varonil, pero piadosa
De Don Lope, conmueven al momento:
La faz inclina, y con ternura intensa
En sus azares y en su patria piensa.

Al levantar la vista halla en seguida
Coronados balcones y ventana
De hermosas damas; dominando erguida
A las otras esbelta mejicana
Con ricas galas y primor vestida,
Soles los ojos, las mejillas grana,
En el hidalgo su mirada puso
Estático dejándole y confuso.

No es aquella beldad que afecto inspira
Con solo ser gentil, modesta y blanda;
Es la altiva beldad que cuando mira
Las almas quema y con imperio manda.
Quizá ajeno al amor, mas no a la ira,
Nunca su fuerte corazón se ablanda;
Lleva en su faz los rasgos uno a uno
De la fiereza indómita de Juno.

Quitar della la vista el caballero
Por más que luego quiso, ya no pudo,
Si bien lo que en su sér sintió primero
Más que grata emoción fué golpe rudo.
De Inés los ojos de mirar severo
De la ventana al pie le tienen mudo;

Le ofusca más y más su brillo ardiente
Como fascina al ave la serpiente.

Y el noble que las fieras avasalla
Y a quien el plomo del inglés no abate,
En esta nueva lid fuerzas no halla
Y de rubor se queda hecho un granate.
Pasa el tiempo y en áspera batalla
Más cada día el corazón le late
Por la doncella en quien su dicha funda,
Y el cuello dobla a la nupcial coyunda.

Era Inés sola hija de un minero
Que sus caudales sepultó en las minas,
Y halló en la pretensión del caballero
Vetas de plata y oro peregrinas.
Para avío tomó de su dinero
Con desenfado sumas no mezquinas;
Su paloma le dió con todo y garras,
Y, en esperanza ricas, ocho barras.

Ella, que el lujo amaba y la opulencia,
Por interés y orgullo fué su esposa,
Y se fingió bellísima existencia
Libre de afanes y pobreza odiosa;
Y Don Lope, al tomar en la presencia
Del cura aquella mano deliciosa,
No vió en su ceguedad, de dicha lleno,
Que el corazón de Inés era de cieno.

VI

Vida doméstica.

Pasan los primeros días
Que siguieron a la boda
En fiestas, danzas, paseos,
Visitas y ceremonias.

De los hombres envidiado
Es Don Lope, y es su joya
Por rica y feliz, envidia
De las jalapeñas todas.

En la mañana y la tarde
Vagan, departiendo a solas,
Por las pintorescas cumbres
Y las cañadas umbrosas.

Y al vago rumor del viento
Que entre los árboles sopla,
Y al són de arroyos y fuentes
Que el sol con sus rayos dora,

Se cambian suspiros tiernos
Cual enamoradas tórtolas,

Sus juramentos repiten
Y planes de vida forman.

En la noche, cuando brilla
Desde la celeste bóveda
Luna apacible inundando
En su luz valles y lomas,

Sale en cabalgata a veces
Inés, manejando airosa
Corcel que altivo relincha
Y espuma cándida arroja.

O ya en las pintadas salas
Do suenan risas y bromas,
Y cuyo extremado aseo
Los forasteros pregonan;

Do las abiertas ventanas
Dejan entrar el aroma
De mosquetas y jazmines
Que el huerto vecino acopia,

Al dulce compás del arpa
Que alegre vibra y sonora,
En ágil danza ver deja
El pie de esmerada forma.—

Pasan días y más días:
Comido el pan de la boda,

El español, que es activo,
Ya piensa en diversas cosas.

De la ciudad a dos leguas
Hacienda de caña compra,
Y llévase a Inés, venciendo
Su repugnancia notoria.

Él se entrega a sus faenas;
Ella consume sus horas
En el ocio y el fastidio,
Lejos de cuanto ambiciona.

Él va a la caza y en tanto
Inés indolente ronca,
Y se enflaquece y consume
Mientras su marido engorda.

Y, siendo de áspero genio
Y de condición despótica,
Mandarse uno al otro quieren,
Firmes entrambos cual rocas.

Lo que para el hombre es blanco
Es negro para la esposa;
Si él de frío se entumece
De calor ella se ahoga.

Y así van tornando a ser
Las amarteladas tórtolas

Lo que, en rigor, antes fueron:
Él tigre y ella leona.

Ésta por aquél vencida
En mil escenas odiosas
Que el hogar tranquilo truecan
En infierno de congojas,

Cede al fin, y como esclava
La frente al tirano dobla,
Y en odio amargo convierte
Su indiferencia y su cólera.

Viéndola, al cabo, sumisa,
Don Lope a quererla torna
Como el día que encendiera
Del himeneo la antorcha.

Mas son ofrendas inútiles
Sus atenciones melosas,
Que está la débil cadena
De esos corazones rota.

Y en vano con su carácter
Don Lope batalla a solas,
Contrarrestarlo queriendo
Por si soldarla así logra.

Que a Inés al mirar cual mármol,
Súbitamente se enoja

Y estalla en gritos, haciendo
La herida más y más honda.

Nególes naturaleza,
Tal vez sabia y previsora,
Lo que a las fieras ablanda
Y hace a la mujer dichosa.

Hijos Doña Inés no tuvo
Que serenasen las olas
De hiel en que la barquilla
De su espíritu se engolfa:

Y así falta a su existencia
Astro que en noche tan lóbrega
Dé objeto a sus pensamientos
Y dirección a sus obras.

Y sólo de vez en cuando,
De aquella vida monótona
En el estrecho horizonte,
Brillan cual luces fosfóricas,

Proyectos de fuga o muerte
Que fin a sus males pongan,
Y si al principio la espantan,
Más tarde agradable sonla.

Inclinación que reprueban
El cielo y el mundo, brota

En su pecho hacia el sobrino
Que está de Aranda a la sombra.

Tiempo hace ya que Román
Con expresión melancólica
En ella los ojos clava,
Si bien hablarla no osa.

Ella, indiferente y fría,
Nada en apariencia nota,
Y al joven sigue tratando
Como a las demás personas.

Poco sagaz el marido,
En ira terrible monta
Contra Francisco que en vano
A su mujer enamora.

De este mozo la presencia
El noble apenas soporta,
Y la palabra le excusa
Y la faz muéstrale torva;

Y no le cierra sus puertas
Porque, en suma, no halla cosa
En qué fundarlo y con ello
Diera a las lenguas su honra.

¡Ay! Si nos fuese posible
Al través de seda y blondas

Y del ondulante seno
De nieve formado y rosas,

Ver el corazón de Inés
Lleno de letal ponzoña,
Retrocediéramos luego
Como quien víboras toca.

El deseo en él se abriga
De que, haciéndose más hondas
Las sospechas del marido,
Éste con Francisco rompa,

Y haya entre los dos un lance
Qus deje a Inés libre y sola
Para dar mano y hacienda
A aquel por quien se halla loca.

Una vez que conocemos
Cuanto conocer importa
Para comprender el triste
Desenlace de la historia,

Con los demás convidados
Vamos al salón, lectoras,
Pues la servidumbre avisa
Que está en la mesa la sopa.

VII

El convite.

Con luces, manjares, flores,
Ricos vinos, frutas secas,
Pomas cortadas del árbol
Esa tarde, rojas fresas,
Duraznos que las mejillas
De las jóvenes semejan
Y aceitunas oleosas
Que da Sevilla en sus huertas;
Llenando platos y fuentes
De rara forma y riqueza,
Sobre el mantel que por blanco
La piel del armiño afrenta,
Al ir entrando a la sala
Cubierta hallamos la mesa.

Tras cumplimientos corteses,
Ocupan su cabecera
Don Lope a la izquierda mano
Y su esposa a la derecha.
A un lado y otro en seguida
Los convidados se sientan,
Quedando entre dama y dama

Un galán que las atienda.
Y como más allegados
O por sobra de llaneza,
Francisco y Román se ponen
De los esposos más cerca.
Y aunque al principio el silencio
Y la gravedad imperan,
La animación y el bullicio,
Según la costumbre añeja,
Con el licor van saliendo
Del fondo de las botellas.

La faz serena y festiva
Cual nunca hace tiempo, muestra
Don Lope que en la mañana
Túvola mustia y severa,
Quizá porque al ir pasando
Del comedor a otra pieza,
Vió, sin querer, que Francisco
Con presunción asaz necia,
Dió a Inés un ramo de flores
Que fué aceptado por ella.
Cuando iba a estallar acaso
La indignación que le llena,
Cartas de Madrid recibe
Y, vistas firmas y fechas,
En sus mal trazadas líneas
Halla tan felices nuevas,
Que en arrebatos de júbilo
Su ciego enojo se trueca,

Y torna a leer y al cielo
Ojos y palmas eleva.
Con su destierro, del trono
La majestad satisfecha,
Carlos Tercero su gracia
De nuevo ya le dispensa;
Y hasta en sus brazos reales
A Lope estrechar anhela,
Y festejar su llegada
Con cacerías espléndidas
En que monarca y vasallo
No den reposo a las fieras.
¡Cuál a estos sueños de dicha
El buen Aranda se entrega!
Mírase ya al pie del trono,
Que altiva corte rodea,
Objeto de los favores
Que al ambicioso desvelan;
Torna a mirar el escudo
De la casa solariega;
Torna a respirar las brisas
De las castellanas sierras
Donde conoce uno a uno
Los árboles de las selvas.
Y cuando de tales sueños
A lo presente despierta
Y los terribles cuidados
Que Inés le infunde recuerda,
En sus adentros se dice
Que, en rigor, crimen no encuentra

En que su esposa reciba
Las flores con que la obsequian;
Siendo, además, evidente
Que el peligro, si lo hubiera,
Se alejaría poniendo
Entre ella y Francisco tierra.
Y en la expansión de su gozo,
Alma generosa y buena,
Si bien a todos oculta
Bajo una áspera corteza,
De sus pesares domésticos
Toda la culpa se echa
Creyendo que anduvo torpe
En sepultar en la hacienda
A Inés que ha sido criada
Entre regalos y fiestas;
Que si humildes flores hay
Que sólo en la sombra aciertan
A vivir, lejos del rayo
Del sol las demás se secan;
Que de la corte mecida
En la fastosa opulencia,
Inés, que ha ceñido siempre
De la beldad la diadema,
Será de su esposo al lado
Feliz, amante y benévola.
A tales sueños Don Lope
En su escritorio se entrega,
Y para hacer el viaje
Trata de arreglar sus cuentas,

Al mayordomo dejando
Molinos, ganado y tierras,
Cuando su esposa le avisa
Que está la sopa en la mesa
Y él, sin decirla palabra,
Hacia el comedor la lleva.

¿Qué extraño es, pues, que el semblante
Festivo el hidalgo tenga
Mientras su espíritu halagan
Consoladoras ideas?
Propónese a Inés, que está
Cual nunca arrogante y bella,
A Román y al mayordomo
Y a toda la concurrencia,
Dar de tan faustas noticias
A los postres la sorpresa.
Alza, entretanto, su copa
Do el claro jerez chispea,
Y antes de llevarla al labio,
Con voz de entusiasmo trémula,
En estas u otras palabras
Muy semejantes se expresa:

«Del alto favor caído
De Carlos, gloria de España,
Me condenó en tierra extraña
Al deshonor y al olvido,

«Mas de las iras reales,
Que respeto cual vasallo,
Los cielos burlan el fallo
Trocando en dicha mis males.»

Cuando así hablaba, a su vista,
Aunque en dirección inversa,
Puesta en la pared de enfrente
Ancha luna de Venecia,
Sala, mesa, luces, flores
Y convidados refleja.
En aquel cuadro animado
Le pareció que halagüeña
Inés miraba a Francisco
Con misteriosa reserva;
Mas, al recordar lo injusto
De sus antiguas sospechas,
Domínase y luego añade
Con voz firme y faz serena:

«Franca, amistosa acogida
Dióme esta colonia, a fe,
Y casi al llegar hallé
Con el amor nueva vida.

«Y no el amor me hirió en vano,
Pues, sellando mi ventura,
Inés me entregó ante el cura
Su corazón y su mano.»

Aquí Aranda, a pesar suyo,
La vista al espejo lleva,
Y a Inés y Francisco hallando,
Al punto los ojos cierra,
Creyendo sinceramente
De horrible ilusión ser presa;
Y el interrumpido brindis
Prosigue de esta manera:

«Por mí, que he sido asaz necio,
Aquí su beldad sepulta,
Cuando estar no debe oculta
Joya de tan alto precio.

«Lejos de aquestos lugares
Presto se hallará en su esfera,
Cual la corza en la pradera
Y como el pez en los mares.»

Dar fin al brindis no pudo
El noble; en sus fauces queda
Inmóvil, cual si tuviese
Nudo apretado, la lengua.
En su faz la vista clava
Entonces la concurrencia
Y desencajada hallósela,
No sin profunda extrañeza.
Y al ver que al espejo está
Mirando con insistencia,
Todos al espejo miran

Y nada notable encuentran.
Torna a Doña Inés el rostro
Súbito Aranda, y observa
Que está con plato y cuchillo
Jugando con indolencia,
Entrecerrados los ojos,
De afectación sin dar muestras.
Que fué el espejo encantado
Por arte mágica piensa,
O que sus propios sentidos
El vino a turbar empieza.
Embelesado admiraba
De Inés la beldad suprema
Desechando los recelos
Que a su dicha se atraviesan,
Cuando en el seno ondulante,
Que brilla como azucena
Al través de ricas blondas
Con que se recata a medias,
Hállala prendido el ramo
De heliotropo y madreselva
Que, audaz y a solas, Francisco
En la mañana la diera.

Y el noble que ante la corte
Su indignación no refrena
Y en su rey, siendo vasallo,
Puso sacrílega diestra;
Sin respetarse a sí mismo,
De extraños en la presencia,

Rompe el cristal de su honra
Que, roto, jamás se suelda.
Y en uno de aquellos ímpetus
De cólera que le ciegan,
Crispado el labio y convulso,
Hinchadas todas sus venas,
Los ojos chispas echando,
Juntas las pobladas cejas,
Arranca el ramo de flores
De afecto bastardo prenda,
Del seno de Inés, y al rostro
Se las arroja, diciéndola:
—Esto merece quien mancha
De mi blasón la limpieza.

Cae desmayada en la alfombra
Inés, y salta cual fiera
Sobre Francisco Don Lope
Y entre sus brazos le cierra;
Mas, acudiendo Román
Y el padre del mozo, a fuerza
Logran, al fin, separarlos
Echando a Francisco fuera.
Y como al trueno del rifle
Turba de palomas vuela,
Sobresaltadas las damas
Corren, ganando las puertas.—
Mudo y temblando el hidalgo
Con espantosa violencia,
Se va a su alcoba, y al lecho,

Perdida ya la cabeza,
Cual tronco inerte se arroja
Dando a su venganza treguas.

VIII

El crimen.

Quedó convertida
La casa en desierto,
Damas y galanes
Tomando ligeros
Las vías que tienen
La villa y el pueblo.
Desde antes habían
Músicos y obreros,
Dando fin al rico
Festín suculento,
A ranchos y haciendas
O a sus chozas vuelto.
El patio recorren
No pocos domésticos
De mesas y adornos
Quitando los restos,
Y hecha su faena,
Recógense luego.

Mueren las fogatas,
Cesa todo estruendo,
Reina obscura noche
En el firmamento;
Con ella en la tierra
Su hermano el silencio,
Que sólo interrumpen
En el llano extenso
A veces con ronco
Ladrido los perros.

Quitadas las joyas,
El cabello suelto,
Rojas las mejillas,
Mal velado el seno,
Del cuarto de Aranda
Que ha quedado abierto,
La hermosa Inés sale
A tomar el fresco.
Abriga en su mente
Horribles proyectos,
Y del corredor
En el antepecho
Reclínase y busca,
Los ojos volviendo
A un lado y al otro,
Sombra o bulto inquieto,
Estando segura
De que habrá de verlo.
Y anhela entretanto

Ráfaga de viento
Que apague propicia
De su rostro el fuego;
Mas natura duerme
Letárgico sueño,
Precursor acaso
De huracán violento;
La hojilla esta inmóvil
En el tallo tierno;
De la infiel esposa
Comprímese el pecho.

Testigo hace poco
Del lance funesto
Que hubo en el convite;
Respirando celos,
Su falta de audacia
Quizá maldiciendo,
Román en la sombra
Se oculta, no lejos
De aquella que causa
Su inútil tormento.
De Inés las miradas,
El enojo ciego
De Lope, el escándalo
Que dió el caballero,
Sospechas le infunden
Y es su alma un infierno.
Se halla decidido,
Rasgando los fueros

De honor y decoro
Que hasta aquí pusieron
Candado a sus labios,
Coto a sus intentos,
A obtener la llave
De aqueste misterio
Pidiendo a Inés cuenta
De tales sucesos.
Dirígese a hablarla,
Mas queda suspenso
Al oir los pasos
Del otro mancebo
Que a Inés llega y dice,
Turbado el aliento:
—Soñaba insensato
De dichas un cielo:
Tal vez lo veía
En los ojos vuestros;
Mas ¡ay! que ya herido
Sin honra despierto,
Ludibrio de extraños,
De lástima objeto,
Presa de furores
Que cebar no puedo.
Matar al esposo
Fuera, Inés, perderos,
Y si no le mato
La vida yo pierdo.
Siendo, pues, terribles
Entrambos extremos,

Antes que amanezca
Para siempre os dejo.
—¡Qué! ¿Te vas, Francisco?
¡Desdichada! ¡Oh cielos!
¿Qué va a ser de mí
En trance tan fiero?
¿Tienes, por ventura,
A mi esposo miedo....?
—Ha poco en la sala,
Al ver que del seno
Os quitó las flores
Prenda de mi afecto,
Y al sentir sus manos
En mi rostro luego,
Si Román y otros
No se han interpuesto,
Lavando mi afrenta
Le hubiera yo muerto
Con este cuchillo
Que en esos momentos
Vuestra linda mano
Soltó, y que del suelo
Recogí, señora,
Y conmigo llevo.
Después he pensado
Que fuera gran yerro
Matar a Don Lope,
Y de vos me ausento.
—Haces bien, y es justo
Que descargue el peso

De su enojo Aranda
Sólo en mí, ¿no es esto?
Vuelto a sus sentidos,
A sus manos muero,
Que está de mi sangre
Cual tigre sediento.
¡Mal haya, Francisco,
Quien pone su afecto,
Contra sus deberes
Y afrontando riesgos,
En seres mezquinos
Tímidos ó necios!
—Me halagais, señora,
Y me herís a un tiempo.
¡Oh suprema dicha!
¿Me queréis?—Te quiero.
—Mandadme.—Fundado
Tu temor encuentro;
Antes que amanezca
Vete.—Aquí me quedo.
—¿Qué dices? ¿Variaste
De planes tan presto?
—De vuestro cariño
Estando ya cierto,
No puedo alejarme,
Dejaros no puedo.
—Mira que la vida
Te va de por medio.
—Es muerte arrastrarla
De quien se ama lejos.

Mas ¿por qué no huimos
Los dos?—Porque temo
Que Aranda nos vaya
Los pasos siguiendo.
Diera con nosotros,
Francisco, aunque fuéramos
Por tierras ignotas
Del mundo al extremo.
—¿No pensais que, en tanto,
Dichosos seremos?
—Dicha así mezclada
De afanes detesto.
Oyeme: si Lope
De ataque apoplético
Que inmóvil le tiene
Agora en el lecho,
Reponerse logra,
Fallan mis proyectos
Y entonces te alejas,
Ya te lo prevengo.
Tu vida me es cara
Y está, lo confieso,
Vendida, pues Lope,
A la suya vuelto,
Muerte con su espada
Te da sin remedio.
Mas de lo contrario,
¿Qué decirte puedo....?
Mucho has padecido,
Tiempo ha que lo advierto

Y en mi pecho cunde
Del tuyo el incendio.
—¡Oh Inés!—¡Oh Francisco!
—¿Me queréis?—Te quiero.
—¿Morirá Don Lope?
—Lleva trazas dello.
—¿Le creeis tan grave?
—Por tus ojos verlo
Convertido en tronco
Puedes al momento.
Hay luz en el cuarto:
Míralo, está abierto;
Nadie está con Lope;
¡No le tengas miedo!

En el punto mismo
En que va resuelto
De Lope a la alcoba
Entrando el mancebo,
Román que ha seguido
De Inés en acecho,
Lo que hablando estuvo
Sin oír empero,
A su vez la dice,
Súbito saliendo:
—No son infundados
Del tío los celos
Como me afirmásteis,
Según lo que advierto.
—Cállate, Román,

No perdamos tiempo.
De lo que en ti pasa
Conozco el secreto.
—¿A qué entró Francisco?
—Aranda el deseo
Me mostró de hablarle.
—¿Háse ya repuesto
Mi tío? También
Hablarle yo intento.
—No es hora oportuna
Esta en que me esfuerzo
Por dar a tus ansias,
Román, dulce premio.
—¿Qué decís, señora?
¿Es acaso un sueño
Lo que está pasando?
— Muy bien puede serlo
Si á hacer lo que exijo
No te hallo dispuesto.
—¿Qué exigís?— Que vayas
A esperarme luego
Solo y con caballos
Del camino en medio,
De la encrucijada
Junto al roble viejo.
—¿Un rapto....?—La vida,
Román, me va en ello.
—¡Sangre, honor, deberes,
Adiós! Yo estoy ciego.
Tal dicha me mata.

—Tal dicha logremos.
—Pero ¿y lo que he visto?
—¡Ah niño inexperto
Que por recta senda
Marchas a tu objeto,
Sin ver que es la astucia
El mejor sendero!
Mientras yo te explico
Todo cuanto he hecho,
De ser venturosos
La ocasión perdemos!
—Vóime al punto.—Vuela,
Román.—Os espero.

Iba por el patio,
Iba repitiendo:
«¿Es lo que me pasa
Realidad, o sueño?»
Cuando de la alcoba,
A guisa de espectro,
Demudado el rostro,
Erizo el cabello
Y hacia todas partes
Los ojos volviendo,
Francisco salía,
Temblándole el cuerpo.
Sintió Inés al verle
Júbilo siniestro,
Y estas breves frases

Los dos se dijeron:
—¿Cómo sigue Aranda?
¿Le has visto?—¡Le he muerto!

IX.

Preparativos del entierro.

¡Noche de horror y execración! Clavado
Por la lujuria, el miedo y la venganza,
De Don Lope en el pecho está el cuchillo
Con que su esposa en el festín jugara.
Astuta cual serpiente indujo al mozo
A consumar el crímen a sus anchas,
E hipócrita y falaz, cuando él la dice
Que a su marido asesinó, se espanta.—
Caballero infeliz que en tal arpía
Cifraste de tu dicha la esperanza,
Haciéndola, al llegar a tu destierro,
De tu cariño imán, de tu honor guarda:
Con ellos y tu fe pusiste en vano
Tesoros y blasones a sus plantas,
Que a gratitud y amor su pecho cierra
Y de hiena feroz son sus entrañas;
Y en vez de reducir con la dulzura
Tu áspero genio a condición más blanda,
Quiso oponer al pedernal acero,
Y con tu muerte impune ver su infamia.

Ya no podrá en sus brazos estrecharte
El poderoso rey de las Españas,
Ni tornarás de honores rodeado
Tu patria a ver, tu solariega casa;
Ni a perseguir a las audaces fieras
En las quebradas sierras castellanas,
Ni a combatir contra el leopardo altivo
Que preso a Gibraltar tiene en sus garras.
Tú que venciste a tus contrarios siempre
En campo abierto y con iguales armas,
En tu lecho, embargadas tus potencias,
Sin poderte valer, rindes el alma
Al hierro de un gañán que tiembla al verte,
Y a quien una mujer cubre la espalda!
Por su doble traición antes que el gallo
De aquesa noche el término anunciara,
Y sin darte razón del trance horrible
Que de la vida terrenal te aparta,
De Dios en la presencia compareces
De tu violenta ira entre las llamas!

Tibio en el blando lecho está el cadáver,
Descompuesta la faz y amoratada,
Fijos, al parecer, los turbios ojos
En el labrado techo de la estancia;
En los cárdenos labios contraídos,
Como algodón cardado espuma blanca;
En desorden las ropas y colgando
El diestro brazo fuera de la cama.
En el lugar del corazón, rojizas

Gotas de sangre la camisa manchan
Frescas aún, del ignorado crimen
De Francisco e Inés única rastra.

Azorado el mancebo, ella tranquila
Al parecer, si con ocultas ansias,
Los dos penetran, sin hacer ruido,
En la alcoba, mas súbito se paran.
—«¿Hablábais vos?...¿Llamaron a la puerta?
¿Qué ha sido ese rumor?—dice a la dama
Francisco, y ella, al resonar su acento,
Con inquietud mortal vuelve la cara.
—Es ráfaga de viento, le responde,
Y en desatarse el huracán no tarda;
Démonos prisa, pues.»—Del cuarto mismo
Inés fuerte costal ligera saca;
Van los dos hacia el lecho y el cadáver
Con hábitos tan burdos amortajan.
No sin esfuerzo en el costal metidos
Cabeza y brazos, en seguida amarran
La extremidad abierta, y con ayuda
De la mujer, Francisco el bulto carga.
—¿Adónde lo llevamos?—Hay al lado
Del camino a la villa, honda barranca.
—Dista casi una legua.—Pero sabes
Que a sus profundos senos nadie baja.
—Mucho pesa Don Lope.—Fuerzas tengo
Por si las tuyas hoy nos hacen falta.
—Ved que nos coge el día.—Tiempo sobra
Para ir y volver antes del alba.

Vencido a su pesar, el mozo emprende,
De Inés a un gesto, fatigosa marcha;
Pero al salir del cuarto se tropieza
Con la mesilla en que la luz estaba.
Con todo y candelero la bujía
Del lecho ya desierto hasta las sábanas
Que en parte el suelo tocan, rueda al punto
Y en el lienzo, a la vez, cunde su flama.
Doña Inés se detiene un solo instante
Movida del intento de apagarla;
Mas luego reflexiona, y a sí misma
Se dice, no sin júbilo: «Que arda
La casa toda; así mejor oculto
De Aranda el fin a la justicia humana.»
Y tomando, de paso, una cajita
De bella forma, de carey y nácar,
Provista de doblones y diamantes
Con otras valiosísimas alhajas,
Y un rebozo de seda echando al cuello,
Tras de Francisco al corredor se lanza.

¡Noche de horror! Mientras retumba el trueno
Y el terrible huracán bate sus alas
Del Septentrión al Sur, tu fin anuncia
El gallo vigilante con voz clara;
Mas permanece el mundo envuelto en sombras
Hasta que en el Oriente asome el alba,
Y entretanto los genios infernales
Siguen urdiendo crímenes sin tasa!

X

Salto mortal.—Precaución de la justicia.

Tras el corredor oscuro,
Do todo es calma y sosiego,
El patio cruzan y luego
Detiénense al pie del muro.

Abre Inés angosta puerta
Con llave a todos oculta,
Y la pareja resulta
En la campiña desierta.

Della marchando al través,
Van a salir al camino
Con su carga el asesino,
Tras él, vigilante Inés.

Como el huracán arrecia
Y el cansancio al mozo daña,
Y quien así le acompaña
De compasiva se precia,

Muy avanzada la ruta,
Con él la carga divide,

Y él, que otra cosa no pide,
Asaz alivio disfruta;

Sin advertir el bellaco
Que Inés, con maña infernal,
De su ropilla al ojal
Ata las cuerdas del saco.

Aparte el clamor del viento
Que lluvia escasa ha traído,
Ella creyó haber oído
Rumor cercano un momento.

Pero registrar fué en vano,
Y halló su vista indiscreta
En oscuridad completa
Camino, cumbres y llano.

Sólo a un relámpago leve
Que esclareció el horizonte,
Bulto vió cerca del monte
Y jurara que se mueve.

Y aunque lo estimó confuso,
Teniendo el ánimo inquieto,
El desconocido objeto
No poco espanto la puso.

Queda a su espalda. ¿Es acaso
Que alguien descubrió el horrendo

Delito y viene siguiendo
A los culpables el paso?

Amaga así la existencia
Inquieta del criminal
Siempre suspenso el puñal
De la asustada conciencia.

Quisiera desviarlo Inés
Creyendo que su terror
Causa importuno pastor
O descaminada res.

Mas algo la dice adentro
Que quien a otros enreda,
Preso fácilmente queda
De su maraña en el centro.

Y, de distracción por vía,
De nuevo pónese al lado
Del mozo que, fatigado,
Con el costal no podía.

Y entre uno y otro arrumaco,
Mientras el peso comparte,
Más y más liga con arte
Del mozo a la ropa el saco.

Cuando en instante propicio,
Tras angustiosas faenas,

Llegan, respirando apenas,
Al borde del precipicio,

No lejos dellos Román
Que, de esperar aburrido,
Les vió salir y ha seguido
Como el acero al imán;

Sin que el proceder comprenda
De aquella que a huir le invita
Y al mismo tiempo a otra cita
Marcha por distinta senda;

Del fuego al tenue fulgor
Que cunde en casa y molino,
Desde un lado del camino
Vislumbra escena de horror.

Francisco afirma la planta
En el húmedo terreno,
Orillas del hondo seno
Cuya apariencia le espanta.

A corta distancia Inés,
Con atención inaudita
Mirando al joven, tirita
De la cabeza a los pies.

Para lanzarlo al abismo
Francisco mece el costal;

Lo arroja, y con fuerza igual
Parten el saco y él mismo.

Un punto, al sentir el rudo
Tirón, alargó aterrado
Las manos, y asir al lado
Árbol o zarza no pudo.

Roncos gritos de agonía,
Que a Román hieren cual dardos,
Repiten los ecos tardos
De la barranca sombría;

Y el grave rumor los sella
De un cuerpo que, en lo más hondo,
En los peñascos del fondo,
Tras cien rebotes, se estrella.

Va a partir, fuera de sí,
Inés, de Román en busca,
Y más su razón se ofusca
Viendo a este joven allí.

Duda si sueña o delira,
Y se detiene turbada;
Mas de Román la mirada
Despide rayos de ira.

Rompiendo, a poco, el silencio
La dice:—Quisiera en vano

Desentrañar el arcano
De todo cuanto presencio.

Mas lo que veo es de suerte
Que horror, Inés me causáis:
El incendio en pos dejáis
Trayendo a un hombre a la muerte.

Y, no sé si desvarío;
Mas agora hasta sospecho
Que habéis ahogado en su lecho
A vuestro esposo y mi tío.

—¿Tales palabras me dices
Cuando el camino te allano
Para que en clima lejano
Los dos vivamos felices?

—Manchado el camino queda
De sangre humana; a fe mía,
Mi planta resbalaría
En él; que os siga quien pueda!

Asaz castigado estoy
Por este afecto bastardo:
Clavado en el alma un dardo
He de llevar desde hoy.

Pero mi deber me ordena
Que, al dirigiros mi adiós,

Diga a vuestro oído: «Vos
No sóis mujer, sino hiena.»

Se aleja con paso presto
El amante, y queda Inés
Como clavados los pies,
Muda, y asombrado el gesto.

Volviendo de su estupor,
Siéntese animada y fuerte:
Sólo una lágrima vierte,
Pero es de hiel y rencor.

El rumbo toma resuelta
De la finca, a los reflejos
Del incendio en que arde al lejos
En humo y llamas envuelta.

Espectáculo tal viendo,
Del pueblo la gente sale,
Por si su ayuda algo vale
A toda prisa acudiendo.

Con otros vino el alcalde;
La causa del fuego, y
Por qué el amo no está allí
Trata de inquirir en balde;

Cuando, pálida, el esbelto
Rico talle mal ceñido,

Lleno de lodo el vestido,
El cabello húmedo y suelto,

Inés llega y da noticia
De los hechos a su modo:
Que es Román reo de todo
Declara ante la justicia.

Así en pechos inconstantes
Truecan desengaños luego
En odio implacable y ciego
Todo el cariño de antes.—

Mas con pesquisas sutiles
Por el uno y otro lado,
En vano al mozo acusado
Buscaron los alguaciles.

Que, a Doña Inés conociendo,
Temió la nueva celada,
Y va por senda excusada
Desde antes del alba huyendo.

Y como inaudito fuera
Que en lance tal con su vara
La justicia no alcanzara
A un individuo siquiera;

Tras de redactar con seso,
Verdad, presteza, y soltura

La información que figura
De cabeza del proceso,

Lleva el alcalde consigo
Hacia el pueblo y la ciudad
Presa a Inés, en calidad
De acusadora y testigo.

XI

Conclusión.

Iba a decirme el guía
Lo que supe después por otras gentes:
Que en ese mismo día
La barranca explorando diligentes
Mezclados alguaciles y aldeanos,
De un árbol en las ramas detenido
El saco hallaron en que fué Don Lope
Por su verdugo y su mujer metido.
Que, prosiguiendo las pesquisas luego,
Tras fatigas inútiles no pocas
Y cuando el sol desde el zenit abrasa,
Del fondo vieron en las negras rocas
De otro cadáver la sangrienta masa.
Que, a declarar llamados,
Cual es de suponer, los convidados

A la mesa de Aranda, el juez se impone
Del extraño incidente
Que a la fiesta dió fin súbitamente.
Que, poco a poco, la verdad desnuda
Apareciendo va, y en que la esposa
Es responsable de la muerte odiosa
Del hidalgo infeliz, no cabe duda.
Que a Madrid la noticia del suceso
En alas del terror llevó la fama;
Que el rey pide un extracto del proceso
Y, tras leerlo, a su ministro llama,
Y al virrey Villalón llega un expreso
Pocos meses después, para que sufra
Muerte vil de garrote la vil dama.

Iba a contarme el guía,
Según supe después, los pormenores
De la prisión de Inés, quien, su sentencia
Leer oyendo, prorrumpió en clamores
De ira y duelo y las manos se mordía,
Mostrando hasta la fin su impenitencia.
Iba a explicarme en su lenguaje extraño
A cultura y ficción, cómo cubrieron,
Noble por ser Inés, con negro paño
El tablado de pino resonante
A que, sin vida casi, la subieron
De la curiosa multitud delante;
Y cómo, vuelta a la espaciosa plaza,
Y al tosco banco y respaldar sujeta,
Su garganta gentil ciñe y aprieta

Y hace al cabo crugir férrea tenaza;
Quedando, a poco, inmóvil el convulso
Cuerpo, y el blanco rostro amoratado,
Y sin latir el corazón ni el pulso,
Y el pueblo enfrente mudo y aterrado.

Iba a decirme que en región extraña
Vagó Román y que llevó consigo
Del reprobado amor que hubo en su pecho
Recuerdo que le daña,
De su tranquilidad fiero enemigo.
Que su pena y horror más cada día
Creciendo fueron, y, después, tocado
De la celeste gracia, en un convento
Lavó con llanto amargo su pecado,
A su felice conversión dió cima,
Y, austero cenobita y venerado,
Murió en olor de santidad en Lima.

Iba el guía a contarme
Esto y acaso más, cuando le falta
De repente la voz, su diestra tiende
Hacia el camino, y del asiento salta.
Se le eriza el cabello, se santigua;
Sueltos aullan los lebreles viendo
A la espesura lóbrega contigua.
Traidor ataque súbito temiendo
De bandoleros yo, mi rifle tomo
A la defensa listo y, entretanto,
El buen Andrade que temblaba como

Débil hoja al embate de la brisa,
«Es el muerto» me dijo con espanto,
Emprendiendo la fuga a toda prisa.
En vano yo seguirle pretendiera,
Que a la del ciervo iguala su carrera
En rapidez, e insólito deseo
Tengo de ver la aparición terrible;
Los ojos abro hasta donde es posible,
Lector, y, sin embargo, nada veo.
Nada turbaba la serena calma
De sitios que recuerdo con cariño,
Donde a la vez hallaron, desde niño,
Vigor mi cuerpo, inspiración mi alma.
Mientras, el compañero,
Sin dar tregua á la fuga, a la siniestra
Mano tomó por áspero sendero
Que asilo en choza rústica le muestra.
Llama a la puerta, de terror transido,
Ábrenle los pastores alarmados;
Mas, la luz del hogar no bien ha herido
Sus ojos ofuscados,
Cae el hombre en el suelo sin sentido.

Si, tras años y azares,
Con el ardor antiguo y sed de gloria
No me ha faltado, acaso, la memoria,
En aquestos cantares
De la «Cuesta del Muerto» os dí la historia.

1861.

XÓCHITL

O LA RUINA DE TULA.



XÓCHITL

O LA RUINA DE TULA.

INTRODUCCIÓN.

Si en las tranquilas siestas
Del abrasado estío
Llegáis, en las florestas
O en el asilo umbrío
De rica o pobre alcoba,
Mis cantos a leer,
Os impondrá el primero
De la azarosa historia
De Xóchitl, verdadero
Cuadro en que luz y gloria
Contrastan con bajezas
Y crímenes tal vez.

Voy a evocar los días
En que de Tula el trono,

Tras las virtudes pías
Con que le dan abono
Sus siete antecesores,
Mancha Tecpancaltzín.
De altísima doncella
Haciendo impura esclava,
Su despotismo sella;
Vierte la ardiente lava
Del vicio sobre el pueblo
Y arrástrale a su fin.

Terrible es la enseñanza
De tan remoto caso;
Vemos que sin tardanza
Sigue al delito el paso,
Por ley que al mundo rige,
Castigo vengador.
Tras goces lisonjeros
Él impelió al abismo
A reyes y guerreros,
Al trono, al pueblo mismo
Regido por el fruto
De tan culpable amor.

PRIMERA PARTE

I

Descubre un noble el aguamiel del maguey, y lleva regalos a Tecpancaltzin

De larga paz al influjo
La feliz nación tolteca
Que rigen costumbres puras
Y leyes pocas y buenas;
Fértil país ocupando,
Paraíso de la tierra,
Avanza más cada día
En virtud, artes y ciencias.

Papantzin, noble ilustrado,
Dióse a agrícolas faenas,
Y cultivando el maguey
Que siembra en largas hileras,
Extrajo a fuerza de industria
El aguamiel de sus pencas;
Luego a pasta la redujo
Y con ella hizo conservas,
Si agradables a la vista,
Al paladar lisonjeras.

Quiso de todo un presente
Que pule, adorna y apresta,
Llevar al rey, esperando
Que su alabanza merezca;
Que ha sido en épocas todas
Y latitudes extremas,
Cuando no el oro, la fama
Cebo de humanas empresas.

Porque tenga más realce
El paso que dar intenta,
Ir quiere con su familia
Ante el monarca; y si cuerda
Su resolución estimo
En lo demás, aquí necia.
Que Xóchitl, su única hija
(Flor significa en su lengua)
Es rica flor codiciada
De cuantos llegan a verla;
Y es el amor de los reyes
Sol que a las plantas modestas
Que necesitan de sombra
Con rayo fúlgido quema.

Al recibir el presente
Más que en él en la doncella,
A quien el rubor temprano
De ser mirada hermosea,
Fija la vista el monarca
De llama súbita presa,

Y al desacordado padre
Dice, con faz halagüeña:

—«Mucho tu afán ha logrado
En lo que el regalo encierra;
Mas si en fruto delicado
El precio tiene pagado
De tus sudores la tierra,

«Yo te cedo el señorío
De cuatro pueblos, que es bien
Con recompensas a quien
Ilustra el reinado mío,
Dar estímulo y sostén.

«Porque tu invención más sea
Acá en la corte aplaudida,
De nuevo sus frutos vea,
Y a tu prenda más querida
En tal embajada emplea.

«Tráigalos Xóchitl, pues sabe
Que el valor que tiene agora
Tu don, por más que lo alabe,
Ha de crecer, si esto cabe,
Siendo ella la conductora.

«Y ya que al padre mi agrado
Y mi gratitud prolija
Con dádivas he probado,

Quisiera ver si me es dado
Labrar el bien de la hija.»

En ilusiones mecido
De ilustre fama y grandeza,
Después de oir tal discurso
Vuélvese el noble a sus tierras.
Que está labrada de Xóchitl
La suerte futura piensa,
Que va el monarca a dotarla,
Tal vez a elevarla a reina. . . !
¡Oh imaginación que rompes
Del juïcio las cadenas,
Sin advertir que volando
Así, a lo mejor te estrellas!
¡Mal labrador que descuidas,
Cuidando plantas groseras,
La planta más delicada
De cuantas hay en las huertas!

II

Predicción del astrólogo Huemantzin.

Junto al libro divino o teoamoxtli
Que guarda el templo principal de Tula,
Están los vaticinios que Huemantzin
Hizo al morir y es fuerza que se cumplan.

Al pueblo congregado en aquel sitio
Son leídos tres veces cada luna,
Y del gran sacerdote interpretados
Esto dicen los signos y figuras:

«Cuando haya cuatro siglos que su antigua
Patria dejó el tolteca, y a la augusta
Silla un joven de crespa cabellera,
No sin hallar contradicciones, suba;

«La prudencia y justicia con que rija
Sus pueblos al principio, índole dura
Más tarde hará desparecer, y al cabo
Fuente será de iniquidad profunda.

«De su mismo linaje dos señores
Disputaránle el cetro en guerra cruda,
Y en la sangre y la peste y la miseria
Su corona y nación rodarán juntas.

«Al acercarse el tiempo que predigo
Señal sera de tales desventuras
Mostrarse el colibrí con espolones,
Llevar la liebre cornamenta aguda;

«Y que la corrupción al santuario
Y a las mujeres principales cunda,
Provocando la cólera celeste
Que ha de cebarse en toda criatura.»

Estos son de Huemantzin los avisos
Que oye el pueblo tres veces cada luna;
Y, aunque de haber dejado las antiguas
Regiones presto hará cuatro centurias,

Que se aproxime tan funesto caso
Al comenzar mi historia nada anuncia;
Nada hay raro en las liebres ni en las aves,
Justo es el rey y las costumbres puras.

III.

Inventa Papantzin el pulque.—Xóchitl lo lleva al rey
y es detenida.

En Papantzin, por su mal,
Redobla industrioso empeño
El ya comenzado sueño
De la privanza real.

Y, tras conservas mejores
Que con la miel condimenta
Y cuyo mérito aumenta
En trasparencia y sabores;

Queriendo agradar al rey
Más y más, con nuevo ardor

Estudia, y hace licor
Con el jugo del maguey.

Es cual leche alabastrina
El líquido fermentado,
Y al débil y desganado
Fortaleza y medicina.

Tal fué del pulque el invento,
Y así la historia lo dice
De la doncella infelice
Que da materia a mi cuento.

En una y otra vasija
Y con aseo y primor
Puestos dulces y licor,
Sale a llevarlos la hija.

Partió Xóchitl de mañana
Con ricos traje y pendientes,
Seguida de sus sirvientes
Y Tepenenetl la anciana.

Y atravesando el espacio
Que media, rumbo hacia el Norte,
Desde su feudo a la corte,
Llega a otro día al palacio.

Allí, no sin que detenga
Sus palabras el rubor,

Sirviendo al rey el licor,
Dice la estudiada arenga.

Como el fruto de la zarza
Negros los rasgados ojos,
Tez rosada, labios rojos,
Esbelto el cuello de garza;

Con flores entretejida
La cabellera abundante
Y en broche de oro brillante
La capa al hombro prendida;

Mal los contornos recata
Del seno alzado y gentil
El blanquísimo huepil
Con campanillas de plata.

A sus gracias femeniles
Unen regalada esencia
El candor y la inocencia
De escasos diez y ocho abriles.

Tan conmovida y hermosa
Estaba en aquel momento
Como al halago del viento
Sobre su tallo la rosa.

Del rico invento admirada
Del noble sabio, la corte

Queda, y no menos del porte
De quien llevó la embajada.

Y el rey, perdiendo en mal hora
La probidad y el sosiego,
Con ojos como de fuego
Sus atractivos devora.

A la comitiva llama
Y entrega valiosos dones,
Encargando estas razones
Para Papantzin al ama:

—«Mucho tu saber abarca;
Las nuevas señales dello
A la amistad ponen sello
Que te dispensa el monarca.

«Para cumplir la promesa
Que en la efusión de su agrado
A ti le dejó ligado
Y está en su memoria impresa,

«Hará que ilustres señoras
De Xóchitl, que allá se queda,
Porque más honrarte pueda,
Se encarguen cual preceptoras.

«Rara ocasión la fortuna
Así de adquirir la ofrece

La educación que merece
Por su beldad y su cuna.»

Tal discurso al escuchar
Contúrbase la doncella,
Vacila el ama y de aquélla
Va la opinión a explorar.

Mas a lo que el rey dispone,
Aunque asaz inoportuno
Sea, vasallo ninguno
En su presencia se opone.

Con inquietud inaudita
Que en mil temores se inflama,
De allí a poco partió el ama;
Xóchitl en palacio habita.

¿Qué será del lirio ufano
Si la tempestad asoma?
¿Qué va a ser de la paloma
En las garras del milano?

IV

Angustia de los padres de Xóchitl.—Nacimiento de Meconetzin.

Solos viendo a sus criados
De allí a tres días volver
Y oyendo cuanto le dice
Turbada Tepenenetl,
Una y mil veces maldijo
Papantzin la candidez
Con que de prestarse acaba
A los caprichos del rey;
Y en duda y sospecha horrible
En unión de su mujer
Que la inesperada ausencia
Llora del amado bien,
Aguarda que luz el tiempo
Y desengaño le dé
Acerca de aquello mismo
Que se resiste a creer.

Rico presente de oro,
Perlas, corales, carey
Y lienzos finos que esmaltan
Mezclados colores cien,
Recibe y este recado

De su monarca, a la vez:
«De salud goza en la corte
Xóchitl, y en ella está bien,
Como en los aires el ave,
Como en las ondas el pez;
Mas quiere tener al ama
Consigo; ya lo sabéis.»

Partió con los mensajeros
A Tula Tepenenetl
Y, no bien llega al palacio
Y abraza a Xóchitl, el rey
Hízolas llevar a Palpan
Con sigilo y rapidez
Y de noche porque nadie
Su translación pueda ver.
Palpan era pueblecillo
De un cerro tendido al pie,
Y en la cima, en vasta casa
Con gusto y esplendidez
Adornada, y que parece
Por sus jardines edén;
Al pensamiento servida,
Su voluntad siendo ley,
Queda Xóchitl sin más traba
(Aunque soportable a fe)
Que la de no pasar nunca
De su mansión el dintel.
Manda el señor que las puertas
A los extraños estén

Cerradas y que se abran
Solamente para él.
Pone guardias en contorno
Que el paso atajen a quien
El interior desde afuera
Pretenda observar tal vez.
Y a la hermosa que al monarca
Rendido a sus plantas ve,
Romper un punto no es dable
De su aislamiento la red.

¡Qué de veces silenciosa
Sin más compañero fiel
Que el lucero de la tarde,
La noche estando al caer,
Pensó en los serenos días
De su dichosa niñez,
Y en el hogar a que faltan
Con ella luz y joyel,
Y en los ancianos llorosos
A quienes ya no ha de ver!
O con los ojos siguiendo
Del ancho cielo al través
O del musgo en la esmeralda
Ave o fuente, quiso ser,
Su libre curso envidiando,
Ave y arroyo también!

De haber arribado a Palpan
Como diez lunas después,

Tuvo un niño que en sus brazos
Ufano recibe el rey.
Como el vellón del cordero
Crespo su cabello es;
Si al verle recuerda el padre
Las predicciones, no se.
Y sólo dice la historia
Que halló su traslado en él
Y Meconetzin llamóle,
«Tierno fruto del maguey.»

V

Papantzin tiene una entrevista con su hija.

Tres años contaban de dudas y angustia
Los padres de Xóchitl que ignoran do está:
La madre en su casa consúmese mustia;
Papantzin inquiere, ya viene, ya va.

Por dicha descubre que en Palpan su hija
Del cerro en la cumbre fastosa mansión
Habita, y discurre su astucia prolija
Disfraz que le traiga de hablarla ocasión.

Rapóse el cabello, pintóse la cara
Y en traje grosero, cual de un labrador,
Fingiéndose cojo, se apoya en su vara;
Vendiendo unas flores al pueblo llegó.

Comprar otras quiere, y al viejo hortelano
Que cuida de Xóchitl el mismo jardín,
Acude a pedirlas resuelto, y no en vano;
Las puertas guardadas abriéronle al fin.

Sudábale el rostro, su pecho latía
Con fuerza; no puede tenerse ya en pie;
Mas pronto recobra vigor y osadía
Con un niño en brazos a Xóchitl al ver.

El niño, su imagen mirando en la fuente,
Las palmas batía con gozo infantil:
Con gracias y halagos en vano es que intente
Hacer a la joven callada reir;

Pues ella los ojos clavó distraída
Del agua en el lecho de arena y coral:
Tal vez la entristece llevar esa vida;
Pensando en sus padres se abisma quizá!

Un punto se aleja de allí el jardinero,
Y entonces Papantzin, que aquesto aguardó,
Acércase a Xóchitl con paso ligero;
La joven se asusta.—«No temas; soy yo.

«¡Oh dicha anhelada! Mas dime hija mía,
El rey en su odioso capricho fatal
¿Te trajo a educarte según ofrecía,
O niños ajenos te puso a cuidar?»

Exclama así el padre, y en vivos colores
El rostro de Xóchitl tiñendo el rubor,
Responden sus labios: — «No es justo que ignores
Que el rey hace tiempo mi afrenta selló.»

— «¡Qué dices? ¿Es cierto...? ¿Y así en mi presencia
Tú misma te acusas?» — «Culpable no fuí:
Sin armas ni escudo, candor e inocencia
Vencidos quedaron.» — «¡Ah padre infeliz!

«¡Tal cieno en mi sangre! ¡Tal mancha en mi nombre!
¡Tal dolo y tan negra perfidia en el rey!
El mal que nos hizo tirano, si es hombre
Que en algo se estima, repare tal vez.

«Hablarle pretendo: si fuí su vasallo,
Su falta le humilla y es hoy mi deudor.
Temblar ha de hacerle mi enojo; mas callo,
Que el mozo ya vuelve. . . . Prudencia, y adiós!»

Las flores recibe Papantzin, las paga,
De nuevo cojea, se aleja hacia el Sur:
Al par que le aflige su afrenta, le halaga
Que Xóchitl aun tenga decoro y virtud.

Da cuenta a su esposa del fruto del viaje,
Descanso a sus miembros, da mano al disfraz:
De noble a otro día ciñéndose el traje,
A Tula sin mozos ni obsequios irá.

VI.

Papantzin pide reparación al rey, y no la obtiene.

Ante el rey al mirarse el ofendido
Padre, su faz anubla ceño adusto,
Y Tecpancaltzin, que le presta oído,
Encubre mal de su conciencia el susto.
—«Contigo hablar a solas he querido,
Dícele el noble al fin, monarca injusto,
Porque de publicar es bien que huya
Mi propio deshonor la infamia tuya.

«De los reyes de Tula tú el primero,
Arrastrando a tu pueblo al precipicio,
Del alto solio el lustre verdadero
Empañas con la mácula del vicio.
Con cetro y amistad, tirano, artero,
A honesto matrimonio a quien propicio
El cielo se mostró, robaste el fruto,
Su bienestar así trocando en luto.

«Marchitaste la más fragante rosa
De la heredad de tu mejor vasallo,
Y al cortarla tu mano codiciosa
Tembló el arbusto y lastimóse el tallo.

Contra ti mismo el oprimido osa
A tu alteza pedir severo fallo,
Que es, aunque el cetro tuerza la malicia,
Superior a los reyes la Justicia.

«Si de nuestra nación sencilla y pura
No quieres que tu nombre espanto sea,
Limpia el borrón que en mancha más obscura
Al ofensor que al ofendido afea.
A Xóchitl infeliz por su hermosura,
Hoy devuelve el honor, que es su presea;
Y si te niegas a llamarla esposa
Fin a mi vida pon que hiciste odiosa.»

Trémulo a un tiempo de vergüenza e ira
El turbado monarca le contesta:
—«El pueblo en otro rey, si bien se mira
Nunca flaqueza halló tan manifiesta;
(Así al hablar el déspota suspira.)
Mas tampoco insolencia como ésta
Con que mi enojo excitas importuno,
Antes jamás mostró vasallo alguno.

«Viendo que honor y probidad la fuente
Son y la causa de tu ciego encono,
Olvido tu lenguaje irreverente
Que mereció castigo, y te perdono.
Por no ser al Estado conveniente
Xóchitl no subirá conmigo al trono.

Vuélveme tu amistad; yo te prometo
Que habrá de ser mi sucesor tu nieto.

«Con esposa y amigos, si prudentes
Júzgales tú, ve a Palpan cuando quieras,
Y allí, en unión de Xóchitl, sus parientes
Permanecer podéis horas enteras.
Aumentaré tus feudos y las gentes
De mi favor señales verdaderas
En ti verán sin tasa cada día,
Sostén de la tolteca monarquía.»

No al padre alhagan, no, promesas tales;
Mas, trocado su enojo en desaliento
Remedio por no hallar para sus males,
Dióse a la soledad y a su tormento.
Que si en pechos mezquinos o venales,
Caro lector, allá en tu pensamiento
La deshonra y la dicha acaso ayuntas,
En noble corazón no caben juntas.

———

SEGUNDA PARTE

I.

Mueren los padres de Xóchitl.— El mal ejemplo del rey inficiona al pueblo.

Desde que al lado de Xóchitl
En gracias y edad el niño
Fué creciendo, el rey dejóla
Señora de su albedrío.
Mas si rompió en apariencia
La prisionera sus grillos,
Quedó cerrada su cárcel
Con el candado del hijo.
Y en vano sus padres quieren
Que vuelva al hogar tranquilo
Donde la vieron dichosa
Limpia el alma, el honor limpio.
Ella sus consejos oye
Sin resolverse a seguirlos
Porque llevar no la es dado
A Meconetzin consigo.
Acusáronla de ingrata
En el postrimer suspiro
La desconsolada madre

Y el noble honrado y altivo.
Ella, al saberlo, clavado
Sintió en el alma un cuchillo,
Que es de irreparable culpa
Remordimiento infinito.
Y, no hallando ya del mundo
En el inmenso vacío
Quien cultive para ella
La dulce flor del cariño,
Al seductor apegóse
Su infamia echando en olvido,
Cual con el tiempo se apega
Al carcelero el cautivo.

Fuése a vivir de la corte
En la opulencia y el brillo
Poniendo fin al misterio
De su deshonor asilo.
Y como acrecen los años,
Si cabe, sus atractivos,
Más y más al rey impone
El yugo de sus caprichos.
Dió feudos en abundancia
A sus parientes y amigos;
Dispuso de las riquezas
De la corona a su arbitrio,
Con larga mano impartiendo
Al necesitado alivio.
Empero de su privanza
El ejemplo fué nocivo

A la nobleza tolteca
Y al pueblo recto y sencillo
Que hasta allí culto en el trono
A la virtud ha rendido.
Y cuanto perdió el monarca
Veneración y prestigio
Haciendo a la faz de todos
Patentes sus extravíos,
Tanto así ganan y cunden
En los súbditos sumisos
Antes a sus leyes sabias,
Los reprobados instintos
Del lujo y la inobediencia
Y los placeres y el vicio.—
Más fuerza traen si bajan
De las montañas los ríos,
Y abrasa la luz del sol
Si en el zenit está el disco.
Quien de la social esfera
Alcanza elevado sitio,
Lleva ejemplo y enseñanza
Del bien o el mal en sí mismo.

II.

Sube Meconetzin al trono.—Sus cualidades.

Al terminar Tecpancaltzin
De su gobierno el período,

Que hacen leyes y costumbre
Improrrogable y forzoso;
Como aversión desde joven
Tuvo siempre al matrimonio,
Carece de hijos legítimos
Y, cual antes ofreciólo
Al noble irritado, sienta
Al natural en el trono.

A éste alegan su derecho
Dos parientes no remotos
Quauhtli y Maxtlatin llamados,
Sabios, valientes y mozos.
Que entrambos en la nobleza
Cuentan partido es notorio:
Rigen Estados pequeños,
Arman ejércitos propios:
Si desairados se estiman,
Con pretenderlo tan solo
Pueden causar en el reino
Inapagable alboroto.
Es preciso complacerles
Y obrar con ellos de modo
Que su interés sigan viendo
En su adhesión, no en su odio.
Pensando así Tecpancaltzin
Halla de su fin el logro
Trayéndoles junto al hijo
A que le sirvan de apoyo.
Los tres á Tula gobiernan:

Empuña el cetro de oro
Meconetzin y le imparten
Consejo y luces los otros.

Aquél tomó de Topiltzin
El nombre, y la causa ignoro.
Es de apacible semblante
Con muy expresivos ojos,
Aunque le afea el cabello
Crespo y apretado y tosco.
Su gentil cuerpo en altura
Y fortaleza es un olmo:
Tiene el carácter afable,
Noble el ánimo y brioso.
Si manda es sin despotismo,
Si castiga es sin enojo;
En él amparo halla el bueno
Y, al par, la injusticia coto.
Y así en los primeros días
De haber ascendido al solio
Fué de sus padres orgullo,
Fué la esperanza de todos.

III.

Se acercan los tiempos anunciados por el astrólogo.—
Visión del rey en sus jardines.

Mas ¡qué de esperanzas dulces
El viento menor abate

Cual árboles sin raíces,
Cual edificios sin base!
Tuercen el paso mancebos
Que sólo ejemplos constantes
De honestidad y decoro
Contemplan desde que nacen.
¡Qué mucho, sí, que lo tuerza
Quien advirtió desde infante
Que en ir por senda torcida
Son los primeros sus padres!
¡Y más si debe a su origen
Ser combustible su sangre
En tiempo en que del contagio
La chispa cunde en los aires!

Tras años de marcha recta
Y de gobierno admirable
Que amor y alabanza excita
En su pueblo y los distantes,
Topiltzin de los placeres
Dióse a la corriente fácil
En cuyas ondas naufragan
Sus mejores cualidades.
No presta oído al consejo
De sus colegas cual antes,
Y da a sus reconvenciones
Por toda réplica ultrajes.
Con el poder absoluto
Se alzó por completo y hace
Dél eficaz instrumento

De sus pasiones vulgares.
Honra a cubierto no hubo
Ni hacienda o virtud que alcancen
De su codicia o torpeza
Con buena estrella a librarse.—
No de otro modo sin freno
Corriendo el potro salvaje
Malogra en las rubias mieses
Del labrador los afanes;
Enturbia del manso río
Los transparentes cristales;
Huella y destroza las flores
Más exquisitas del valle.

Si aquesto debió Topiltzin
A cuanto mira delante
En palacio en su familia
Y afuera en todas las clases,
Dél éstas imitan luego
En proporciones más grandes
La corrupción de que al cabo
El reino entero hace alarde.
Ni asilo contra ella fueron
Los venerados teocalis
Donde el fuego apagar dejan
De su pudor las vestales.
¡Oh ceguedad inaudita!
Pueblo infeliz, rey infame
Que así corréis al abismo
Abierto a vuestras maldades

El corazón de Topiltzin
Disgusto mortal invade,
Y distracción halla sólo
En sus jardines y parques.
En ellos, cabe una fuente
Cuyo murmurio le place,
Quedó un día, si dormido
O si despierto, no sabe.
A su inmediación, del bosque
Llega en giros espirales
Sobre las alas del viento
Y con las suyas de esmalte,
Buscando las florecillas
Que guardan miel en el cáliz,
Bello colibrí, del iris
En sus colores imagen;
Pero mostrando espolones
Que en él hasta allí vió nadie.
Consigo mismo irritado,
Pues piensa en aquel instante
Que su loca fantasía
Engendra caprichos tales,
Cierra sus ojos el rey,
O bien los lleva a otra parte
A la sazón que se allega
Del limpio caño á la margen
Con grandes astas de ciervo
Liebre espantadiza y ágil;
Y que del bosque a la entrada,
Con blancas ropas talares,

Se le aparece la sombra
Del astrólogo Huemantzin.

Privóse el rey de sentido,
Sin que al recobrarlo aclare
Si fueron estas visiones
Hijas del sueño o reales.

IV.

El hambre y la peste.—Quauhtli y Maxtlatin se rebelan.

En Tula por entonces de las aguas
Regía la estación:
Sin tregua en el espacio de cien días
Con sus noches llovió.

Tempestad y huracanes y granizo
Crecido y destructor,
A la lluvia tenaz su horrible furia
Mezclan en confusión.

Todo anegado fué, menos las cumbres
Que el pueblo coronó,
Arboles y animales flotar viendo
Desde allí con pavor.

Dique a sus cataratas pone el cielo
Al cabo, y el crespón
De las espesas nubes se desgarra
Y limpio brilla el sol.

Cuando la tierra en sus profundos senos
Las aguas absorvió,
Se hallaron sin hogar ni sementeras
Magnate y labrador.

Éste en vano en las húmedas montañas
Sulcos sin dilación
Apresta del maíz al amarillo
Grano que preservó.

Cual si hubiese agotado los tesoros
De ríos y vapor,
De sus lluvias el cielo más de un año
Niega a la tierra el don.

Suele oirse del trueno allá a lo lejos
La retumbante voz,
Y a esperar el chubasco alegres suben
Las gentes al peñol;

Mas la nube se aleja y, si de día
Insólito calor
Reina, noche con noche sus escarchas
Esparce el aquilón.

Secas las fuentes y la mies sin jugo
Y el árbol sin verdor
Quedan, y emigran a remotos campos
El águila y coyotl.

En vano el pueblo en numerosos grupos,
De víveres en pos,
En los semblantes retratada el hambre,
Acude a su señor.

¿Qué puede el rey más alto de la tierra
Hacer por su nación
Si ésta las plagas sufre que la envía
La cólera de Dios?

Del trono mismo al pie la débil madre
El cándido licor
De sus pechos al niño dar no pudo
Que en ellos expiró.

Tras el hambre, la peste las ciudades
Convierte en panteón.
¡Cuán pocas vidas en el reino deja
Su infatigable hoz!

¡Dichosos ¡ay! los que murieron antes
De estos días de horror
En que se pega al paladar la lengua
Y estalla el corazón!

. . . .

Contra el rey, sus torpezas señalando,
Su irreligión y horrible tiranía
Cual causa de los males que sufría
El pueblo, alzóse grita general.
Y Maxtlatin y Quauhtli, que se han visto
Casi arrojados con baldón del trono,
Salen de Tula huyendo del encono
De su enemigo y de la peste al par.

A Xalisco sus pasos enderezan
Y en armas, al llegar, ponen su gente:
Unen a sus dominios prontamente
Varias provincias que de Tula son.
De guerra el grito resonó en los campos,
Y al arder las fogatas en la cumbre,
De escuálidos labriegos muchedumbre
Cerca de los rebeldes el pendón.

Topiltzin se acobarda, conociendo
Que le será funesta la pelea;
Pero con rico don se lisonjea
De mantener la necesaria paz.
Y, por esfera una esmeralda enorme
Y la mesa y pared de oro macizo,
Un juego de balón al punto hizo
A sus diestros artífices labrar.

Con máquinas y mozos a millares
Cuando acabada fué tal maravilla
La envía a sus contrarios, y se humilla

El rey hasta pedirles su amistad.
«¿A qué a Tula venís si larga seca
Y el hambre y pestilencia asoladora
Tienen mi reino convertido agora
En asiento de muerte y soledad?»

Aquesta arenga al emisario enseña;
Mas, del regalo viendo la valía
Y el miedo femenil de quien lo envía,
La audacia del rebelde se aumentó.
Jamás el oro la codicia apaga,
Y antes bien la estimula y acrecienta;
Ni la desdicha ni el peligro ahuyenta
Quien acercarse viéndolos tembló.

Sin don alguno y con respuesta ambigua
A la corte regresa el emisario:
De Tula a poco el llano solitario
Vió al enemigo ejército llegar.
Y aunque éste, con salvajes alaridos
Que amedrentada la ciudad escucha,
A todo morador provoca a lucha,
El débil rey le recibió de paz.

Plazo pidió para medir sus armas
Con aquella irritada muchedumbre,
Y se le concedió, por ser costumbre
De improviso jamás acometer.
Y hacia Xalisco Quauhtli con su gente
La vuelta al punto da, pues allí en vano

Buscara de maíz un solo grano
Y fuente o pozo en que abrevar la sed.

Así del mar las encrespadas olas
Su límite al besar playas adentro,
Vuelven con rapidez al hondo centro
Cuyos negros abismos nadie vió;
Mas, al influjo de los astros, tornan
A invadir la ribera al otro día.—
Se han de llevar el cetro y monarquía
Cual la olvidada red de un pescador.

V.

Topiltzin organiza su ejército.

El plazo concedido al rey de Tula
Fué, según averiguo, de diez años,
Y la ruda invasión de los rebeldes
Causó de pronto en él plausible cambio.

El golpe de la afrenta que recibe
A despertarle fué de su letargo,
Y, conjurar queriendo los peligros,
Al ocio y los placeres dió de mano.

Y no bien de sus tierras asoladas
Aléjase el ejército contrario

Cual nube espesa de langosta en busca
De más fértil región y nuevos pastos;

Celoso de su reino y honra propia,
En la aplazada lid para salvarlos
Se apareja con sabias providencias
Y promulga decretos acertados.

De la ajustada tregua al pueblo impone
Y habilita a los pobres de su erario
Porque sesenta lunas de seguida
Labren todos la tierra sin descanso.

Cedióles la mitad de las cosechas
Y con el resto dellas hizo abasto
Para dar a sus tropas en los días
De la lucha el sustento necesario.

Y cuando vió provistos sus graneros
Y nueva mies en los alegres campos,
Y de tal bien al favorable influjo
Robustos y animosos sus vasallos;

Les llama el rey sin distinción de sexo
Y les hace labrar flexibles arcos,
La fuerte clava y lanza cimbradora,
El ancho escudo y penetrante dardo.

Acopiadas las armas, al servicio
Todo varón en Tula es convocado,

Y en el hogar se quedan solamente
Los enfermos, los niños, los ancianos.

De flecheros y honderos el monarca
Forma y adiestra numerosos cuadros;
Manda alzar parapetos y trincheras
Y él mismo en la labor pone la mano.

De los rebeldes con la inmensa hueste
Al acercarse el término del plazo,
En dos cuerpos su ejército divide
Y da a Huehuetnucatl del uno el mando.

Le hace avanzar con él hasta Tlahuica
A que dispute al invasor el paso,
Y con los nobles y el segundo cuerpo
El rey en Toltitlán queda a esperarlo.

Al aspecto marcial de las legiones
Renacer en su pecho el entusiasmo
Sintió Tecpancaltzin, que las arenga
Con débil voz, en Xóchitl apoyado.

Nuevo brío a la flor de los guerreros
Con saludo gentil y gesto blando
Infunde la arrogante favorita,
De belleza sin par, sol sin ocaso.

De vencer ó morir el noble intento
Abrigan en común pechos bizarros,

Y en las nubes y entrañas de las aves
Todos del triunfo ven feliz presagio.

¡Ay! Así brilla lánguida bujía
Agonizante ya, con vivo lampo,
Y nunca luce más que al extinguirse
En la lóbrega noche el fuego fatuo!

VI.

La campaña.— Derrota y dispersión de los toltecas.— Topiltzin logra salvar su vida.

Vienen a despertar de sueños tales
Al rey de su nobleza rodeado,
Veloz el paso, el rostro demudado
Y en el solo ademán nuevas fatales,

Del avanzado cuerpo fugitivos;
Y Huetnucatl y algunos capitanes
El malogro a contar de sus afanes
Llegan a poco, tristes aunque altivos.

Del rey la hueste al verles se alborota
De ira sintiendo al par vagos temores,
Y agrúpase a escuchar los pormenores
Del rudo encuentro y la sangrienta rota.

Empuje aterrador hizo el contrario
Y en el tolteca halló firme muralla,
Y dióse cada día una batalla
Con ardor siempre igual y éxito vario;

Hasta que, al fin, del número vencidos
Del invasor que cual serpiente ondula
Y les cerca y constriñe, los de Tula
Quedaron prisioneros o tendidos.

¡Mas no fué sin honor! Terrible estrago
Hicieron al caer como alta encina;
De ambas huestes al pie de la colina
Forma la roja sangre un mismo lago.

En vano Huetnucatl, sereno y fuerte
Mientras del triunfo alienta la esperanza,
Solo viéndose ya, rota su lanza,
Con despecho y afán buscó la muerte.

Su estrella, más adversa que propicia,
Tan noble anhelo a coronar se niega
Porque del triste fin de la refriega
Él mismo a su señor lleve noticia.

Dábala como actor y fiel testigo,
Dábala aún, cuando del monte enhiesto
Guerrero anciano en atalaya puesto
Grita con ronca voz: «¡El enemigo!»

Y la desordenada muchedumbre
Se agita a un solo impulso, a la manera
Que al aquilón la rubia sementera
Desde el tendido llano hasta la cumbre.

Fórmase en cuadros la legión valiente,
En alas extendidos los honderos,
Y avanzan los de clava los primeros
Al rey y a Huetnucatl llevando al frente.

Choque de dos corrientes encontradas
Dió principio a la insólita contienda;
Vuelan doquier en confusión horrenda
El penacho y carcax, miembros y espadas.

¡Oh rey! ¡Oh pueblo! Si del mundo escoria
Os hizo aparecer del vicio un día,
Ha sido de león vuestra agonía
Y os ha sobrevivido vuestra gloria!

Veces cuarenta el sol el rudo embate
Del invasor os vió sufrir serenos
Siendo, aunque cada vez érais ya menos,
Reñido más y más cada combate.

Los jóvenes, cediendo a la fatiga,
Caen; pero las armas de sus manos
Reciben las mujeres, los ancianos;
Tecpancaltzin lidió junto a su amiga.

¡Valor que en vano en resistir se empeña!
Cuando el postrero sol bajó al ocaso,
Vencedor el contrario, abrióse paso
Como el alud que al valle se despeña.

Y a su venganza y gritería infandas
Se alzan del sueño de la tumba fría
Para ver acabar su monarquía
De los reyes las sombras venerandas.

Su descendiente, aquel en cuyas manos
Se desbarata el cetro antes glorioso,
Busca su salvación, ora en el foso,
Ora yendo por bosques y pantanos.

Escasa turba de vasallos fieles
En la azarosa fuga le acompaña;
Mas le persigue el vencedor con saña
Cual van tras el venado los lebreles.

Para darle una vez tiempo a que huya,
Con poca, sí, pero animosa gente
Huetnucatl al contrario haciendo frente,
Salvó la vida al rey, perdió la suya.

De Topiltzin no lejos, con innoble
Furor brutal apresan a su infante
Que con el ama huía, y al instante
Los bárbaros le estrellan contra un roble.

¡Padre infeliz! ¡Monarca sin ventura!
¡Mejor que conservar la inútil vida
Te fuera en la campaña enrojecida
Hallar entre los muertos sepultura!

De cansancio y terror la sangre yerta
Miras desde honda cueva cómo parte
El vencedor ufano, su estandarte
A enarbolar en la ciudad desierta;

Mientras por sendas áridas y angostas,
Para no presenciar nuevos horrores,
Dispersos los antiguos moradores
Van del distante mar hacia las costas.

VII.

Conclusión.

Su gente vencida viendo
Xóchitl, fiada en su sino,
Entre el desorden horrendo
Al rey padre conduciendo
Toma excusado camino.

Del puesto sol la luz clara
Aun brilla en el horizonte;

Del vencedor la algazara
Oyendo, al entrar al monte
Con susto vuelven la cara.

Mas nadie les ha seguido,
Y por quiebras o pantanos
Marchan sin hacer ruïdo,
Atento siempre el oído,
Sin desasirse las manos.

Dudando si en su temor
La imaginación lo fragua,
De un bosque en el interior
Oyen a poco el rumor
Que forma corriendo el agua.

Atravesando de frente
El bosque, en aromas rico,
Hallaron súbitamente
El borde tajado a pico
De un espumoso torrente.

De maleza y espadañas,
Arboles, juncos y cañas
Entrambas márgenes llenas,
Dejan ver el agua apenas
Del abismo en las entrañas.

Brinda a su través con paso
No de peligros escaso

Al viandante campesino,
A la acción del tiempo acaso
Caído, el tronco de un pino.

Salvo se juzgó el monarca
Cuando con la vista abarca
El sitio y sus accidentes,
Que en toda aquella comarca
No es fácil que haya dos puentes.

Piensa con Xóchitl pasar
Y ese tronco secular,
Con su bordón por palanca,
De la otra orilla empujar
Al fondo de la barranca.

Si el contrario le ha seguido
Burlado está sin remedio,
Pues se verá detenido,
El tronco una vez caído,
Quedando el abismo en medio.

En este plan confiando
Y a la fatiga cediendo,
Fuerzas cobrar esperando,
Siéntase en el cesped blando,
Xóchitl otro tanto haciendo.

Y de peligro inminente
Sin hallar leve barrunto,

Teniendo a la mano el puente,
Al son de la honda corriente
Así se hablaron un punto:

TECPANCALTZIN.

«¡Quién dijera, Xóchitl mía,
Que el cielo nos reservaba
Tan desventurado día,
Y el ver nuestra monarquía
Vencida y rota y esclava!»

XÓCHITL.

«Fuera un bien, señor, la muerte;
Mas en dolor tan prolijo
Angustia siento más fuerte,
Pues ignoramos la suerte
De Topiltzin nuestro hijo.

«¿Proscrito acaso y oculto
Como nosotros se halla?
¿Del vencedor el insulto
Le alcanzó? ¿Queda insepulto
En el campo de batalla?

«Harto en mí castiga el cielo
Lo que al amor paternal
Pagué en abandono y duelo

Cuando apartarme su anhelo
Fué del sendero del mal!»

TECPANCALTZIN.

«¡Calla, Xóchitl! ¿Así evocas
El recuerdo de esos días
De dicha y culpas no pocas?
¡Fueron nuestras alegrías
Si no criminales, locas!

«Abrí a mis pueblos la fuente
Envenenada del vicio
Con mi conducta imprudente,
Y a todos al precipicio
Nos arrastró la corriente.»

«Hoy, achacoso y anciano,
Del vencedor inhumano
Huyo ante el furor impío:
Sólo me tiende la mano
Romordimiento sombrío.»

XÓCHITL.

«Para ti lo soy ¡es cierto!
Pero con él mi ternura,
Que con los años no ha muerto,
Como del trono en la altura
Te acompaña en el desierto.»

Hablaba aún, su mejilla
Sulcando lágrima ardiente,
Y extraño rumor creciente
Creyó escuchar en la orilla
Que no es el son del torrente.

De hojas secas el crugido,
Como cuando el pie las quiebra,
De entrambos llega al oído.
¿Ráfaga de viento ha sido?
¿Se acerca astuta culebra?

Del agonizante día
En la espesura sombría
La claridad entra apenas;
De miedo Xóchitl sentía
Su sangre helarse en las venas.

Al anciano á huir conjura
En sus movimientos tardo,
Y levantarle procura
Cuando, de su hombro a la altura,
Silbando atraviesa un dardo.

Súbito espanto le embarga,
Mas darle imperio rehusa;
Al rey atónito carga,
Y oye a distancia no larga
De voces mezcla confusa.

Gana con paso ligero
El atravesado pino
Y en equilibrio certero
Avanza; mas de contino
Se está cimbrando el madero.

Sudor de angustia bañaba
A Xóchitl manos y frente,
Y el infeliz rey temblaba
Cuando en sus brazos llegaba
Casi a la mitad del puente.

Su terror toca al exceso,
Que el tronco añejo se blande
Más y más al rudo peso,
Y va el peligro con eso
Cada vez siendo más grande.

A la orilla abandonada
Salió la turba enemiga
Tras el prófugo lanzada:
Fué tardía su llegada,
Inútil fué su fatiga.

Depone flechas y mazos,
Que, con estrépito hondo
Roto el pino en dos pedazos,
Xóchitl y el rey en sus brazos
Van del abismo hasta el fondo.

1862.



EMIGRACIÓN DE LOS AZTECAS

HACIA EL ANAHUAC.

Por quiebras y llanura
Que arena ingrata alfombra;
Sin fuentes ni verdura
Ni árbol de amiga sombra,
Habita pueblo innúmero
En el país de Aztlán.
Las tumbas veneradas
Tiene de sus mayores,
Y en sólidas moradas
Arrostra los rigores
De ardiente sol y el ímpetu
También del huracán.

Mas a las veces sueña
Con fértiles campiñas
En que de parda peña

Brota el riego a las viñas;
Donde hay templados céfiros
Y lagos de cristal;
   Y en el sagrado asilo
Del bosque las palomas
Cantan su amor tranquilo,
Y en trasparentes gomas
Vierten nudosos árboles
El ámbar y el copal.

   Sueña; y vivaz deseo
De ir a esos campos siente
Que en tan vistoso arreo
Suele pintarle enfrente
Con sus colores fúlgidos
La mágica ilusión.
   Y teme, si abandona
Sus tumbas y sus lares
Por la distante zona
De mirtos y palmares,
De la deidad colérica
Llevar la maldición.

   Con inefable gusto
Un día vió el caudillo
En espinoso arbusto
Posarse un pajarillo
De azul plumaje, prófugo
De su natal región;

Y oyó que así decía
En los desnudos ramos
Cantando: «Al Mediodía
Vamos aprisa, vamos;»
Y al pueblo con voz trémula
Convoca Huitzitón.

Llega, de asombro llena,
La muchedumbre varia
A oir la cantilena
Del ave solitaria,
Sin que del jefe crédito
A los relatos dé.
Y el ave entre los ramos
Con dulce melodía
Canta y repite: «Vamos,
Vamos al Mediodía;»
Y el pueblo entonces póstrase
Del rudo espino al pie.

—«Si orden del alto cielo
A divulgar aciertas,
No alces agora el vuelo
Sin dar señales ciertas.»
Ante el gentío atónito
La dice Huitzitón.
Y ella, al dejar los ramos,
Mientras sus alas tiende,
«Vamos aprisa, vamos,»
Grita y los aires hiende

Perdiéndose en la límpida
Meridional región.

—«La voluntad patente
Del Numen hoy se muestra,»
El jefe reverente
Dijo y alzó la diestra
Que reforzado báculo
Asido enseña ya.
Al niño el joven fuerte
Carga y al padre anciano,
Y hacia el hogar convierte
Sus ojos; por el llano,
Cual gigantesca víbora,
En marcha el pueblo va.

Ante la alzada sierra
Su planta no vacila;
El cauce no le aterra
Del espumoso Gila;
Sueña con tibios céfiros
Y lagos de cristal;
Con bosques y verjeles
Do esparcen sus aromas
Los mirtos y laureles,
Y en trasparentes gomas
Vierten nudosos árboles
El ámbar y el copal.

1862.

DIVISIÓN DE LOS AZTECAS

DURANTE SU PEREGRINACIÓN.

Tras años de marcha lenta
Por espaciosos desiertos
Do grandes fábricas alzan
Parada en ellas haciendo,

Los hijos de Aztlán llegaron
A fértil valle risueño
Cerca de Tula extendido
Sin mas límite que el cielo.

Hasta allí fueron acordes
En voluntad y deseos,
Al imperioso mandato
Del alto Numen sujetos.

Pero la insomne codicia,
De la discordia venero,
Resuelve entonces tentarles
Con peregrino suceso.

Hallan, al nacer el día,
Dos bultos del campo en medio:
El uno rica esmeralda
Tiene y el otro dos leños.

Que es regalo de los dioses
La joya pensaron luego,
Y della en reñida lucha
Los más fuertes se hacen dueños.

Miran el segundo bulto
Los vencidos con desprecio;
Mas Huitzitón lo levanta
Queriendo ilustrar al pueblo.

Restrega un leño con otro
Y coronando su esfuerzo,
Las secas fibras se inflaman,
Brillante aparece el fuego.

La plebe, que carecía
De tan útil elemento,
A su caudillo bendice
Alegre y pasmada a un tiempo.

Él da suelta a sus palabras,
A que prestan mayor peso
La austeridad del semblante,
La blancura del cabello.

—«No son las riquezas, dice,
El don mejor de los cielos,
Ni vence en todas las luchas
La fuerza brutal sin freno.

Que han destinado los dioses
En sus designios secretos
La primacía al trabajo
Y a la inteligencia el cetro.»—

Unidas en marcha a Tula
Ambas facciones siguieron;
Mas para el germen del odio
Siempre es fecundo el terreno.

Años después y ya echados
De México los cimientos,
De sus hermanos se apartan
Los de la esmeralda dueños.

A Tlaltelolco fundaron,
De sus monarcas asiento:
La historia da testimonio
De sus arrojados hechos.

Mas los tenochques humildes
Que, de su constancia en premio,
Ven sus cabañas trocadas
En edificios soberbios,

La corte de sus contrarios
Unen, al fin, a su imperio,
Y así la verdad confirman
De los axiomas del viejo.

1862.

ESCLAVITUD Y EMANCIPACIÓN DE LOS AZTECAS

EN COLHUACÁN.

I.

En Zumpango y Tizayuca
Y el Tepeyac, hoy sagrado,
Y Chapultepec, que ha sido
De hechos bélicos teatro,

Los emigrados aztecas
Tomaron breve descanso,
Y de Acocolco en las islas
Estableciéronse al cabo.

Su vida allí medio siglo
Fué de miseria dechado,
Sin más ropas ni alimento
Que hojas y peces del lago.

La libertad, su bien solo,
Si serlo puede en tal caso,
Les arrebatan los colhuis
Y destos quedan esclavos.

Con suerte tan ominosa
A Tizapán trasladados,
De Aztlán las áridas tierras
Echaron menos acaso.

II.

Por agravios que no es mucho
Que la historia no consigne,
A sus tiranos la guerra
Declaran los xochimilques.

Y es adelante llevada
Con signo tan infelice
Para aquéllos, que contaron
Por sus derrotas las lides.

A los esclavos acuden,
Que del terror en los lindes
Se vuelven blandas las rocas
Y halagadores los tigres.

Resueltos ya los aztecas
En tal sazón a lucirse,

Construyen largos bastones
De fuertes puntas sutiles.

Llevan un cesto en el brazo,
Llevan rodela de mimbres,
Y en la diestra encallecida
Sendos puñales de iztli.

Trábase la lucha y ellos,
Mientras sus amos compiten
En apresar más contrarios
Que su valor atestigüen,

De los palos con ayuda
Asaltan islas y esquifes,
Páran de la masa el golpe
Con ingeniosos ardides;

Abrazan al enemigo,
Luchan un punto, le rinden,
Ambas orejas le cortan
Que el hondo cesto recibe;

Y en pos de víctimas nuevas
Se arrastran como reptiles,
Y a su aspecto huyen al monte
Vencidos los xochimilques.

III.

Grande ha sido la victoria
De Colhuacán, y el monarca,
Sentado en rústico trono,
A sus combatientes llama.

Allí engreídos los colhuis
Muestran en hileras largas
Sus prisioneros y, al verles,
El rey su valor alaba.

Cuatro los aztecas tienen
Ocultos, con fuerte guardia;
Mas no lo saben sus amos
Ni su designio se alcanza.

Preséntanse al pie del trono
Sin cautivos, y en voz agria
El imperante les echa
Su miedo o torpeza en cara.

Y el pueblo que les pedía
Ayuda en horas aciagas,
Viendo alejado el peligro,
Dellos se burla a sus anchas.

Por toda respuesta, al punto
Los cestos cubiertos sacan
Y vuelcan, formando pilas
De orejas ensangrentadas.

—Por estas señales, dicen,
Inferid si en la batalla
Ociosas en nuestras manos
Permanecieron las armas.

Si, en vez de obrar deste modo,
Hemos hecho inútil carga
De vencidos, todavía
La tremenda lid durara.»

Asaz inquietos los colhuis
Quedaron esa mañana,
Que esclavos que así se portan
El yugo en romper no tardan.

IV.

Alzando en Huitzilopochco
A su deidad los aztecas
Altar, para dedicarlo,
Pidieron al rey ofrenda.

Con los sacerdotes colhuis
En costal de burda tela,

Por demostrarles desprecio,
Les envía un ave muerta.

El agravio disimulan
Y en las nuevas aras dejan
Largo puñal de obsidiana
Entre aromáticas yerbas.

Y cuando el sol en su curso
Trajo el día de la fiesta,
Presentes monarca y nobles
Que intentan burlarse della;

Sacan los cuatro cautivos,
Hácenles bailar en rueda;
Oblíganles a tenderse
Del ara en el ancha piedra;

Con el cuchillo les abren
El pecho en ruda faena,
Y el corazón les arrancan
Que al pie del ídolo humea.

Tales fueron los humanos
Sacrificios en mi tierra,
Que desde entonces parece
Que está de sangre sedienta.

La suya los colhuis todos
Sienten helarse en las venas,

Y dando gritos de espanto
Hacia Colhuacán se alejan.

Manda el rey que de sus pueblos
Salgan al punto esas fieras,
Y a peso de horror compraron
Su libertad los aztecas.

1862.

FUNDACIÓN DE MÉXICO.

I.

Después que el extraño yugo
Que en sanguinaria la trueca
Rompióse, a la tribu azteca
Dejar a Ixtacalco plugo.

Hacia el Norte se adelanta
Como por instinto vago,
Y en una roca del lago
Descubre indígena planta.

Y en rama y hojas, tupidas
De espina que las resguarda,
Posada una águila parda,
Las grandes alas tendidas.

Ante el nopal y la peña,
La onda y el águila grave

Y áspid inquieto que el ave
Con pico y garras domeña,

Ve coronado su intento,
Que son la señal, en suma,
De que pondrá en esta espuma
De una ciudad el cimiento.

En insólita alegría
Trocados ya sus pesares,
Fama es que en rudos cantares
El pueblo azteca decía:

II.

CORO.

Cumplióse del Numen
La oferta sagrada,
Y a nuestra jornada
Aquí damos fin.

Del lago tranquilo
Serán los espacios
Ciudad de palacios,
Eterno jardín.

UNA VOZ.

¡Qué bien que retrata
La clara laguna
La luz de la luna
Y el fuego del sol!

UN SACERDOTE.

Se erija a Mexitli
Altar en la roca:
Si el pueblo le invoca
Darános favor.

OTRA VOZ.

Merced a la industria
Que doma elementos,
En la agua cimientos
Pondremos al fin.

CORO.

Del lago tranquilo
Serán los espacios
Ciudad de palacios,
Eterno jardín.

III.

La tribu alzó santuario
De verdes flexibles cañas,
Y también pobres cabañas
Junto al peñón solitario.

Y tal fué la humilde cuna
De México, que en su historia
Retrata en desdicha y gloria
Las vueltas de la fortuna.

De Itzcohuatl engrandecida,
Bajo Tizoc respetada,
Con Moctezuma aherrojada
Y con Guatimoc vencida,

Vió elevarse en su recinto
Sobre sus aras profanas
Las basílicas cristianas
Y el pendón de Carlos Quinto.

De indígenas y extranjeros
Surgir una raza mixta
Que a la colonia conquista
De libre nación los fueros.

Después, en odio profundo
Y en fraterna lid menguada,
Cruzar sus hijos la espada
Con escándalo del mundo.

Y sus más bellas mansiones
El sajón, tras breve liza,
Trocar en caballeriza
De sus pesados bridones.

¡Cuánto ha sufrido, sí, cuánto
La reina deste hemisferio!
Desmembrado está su imperio
Y hecho girones su manto.

Sentada en frondosa vega
Lágrimas vierte hilo a hilo,
Y acrece el lago tranquilo
Y así en su llanto se anega.

Y medita en sus dolores,
Presa de rudos afanes,
A la luz de sus volcanes
Y al vaivén de sus temblores.

1862.

CASAMIENTO

DE

NEZAHUALCOYOTL.



ROMANCE PRIMERO.

LA EMBOSCADA.

Desde que Itzcohuatl dió impulso
Con alto valor e ingenio
De México al pueblo humilde
Próspero bajo su cetro,

El yugo quebrando antiguo
Merced a insólito esfuerzo
Y en poco más de diez años
Ricos en grandes sucesos,

De paz y guerra con artes
A tributarios trayendo
Los reyes de quienes eran
Sus propios vasallos siervos;

Vencidos los tepaneques,
Ensanchados los linderos
De la ciudad que hermosea
Con puentes, palacios, templos;

De Acolhuacán en el trono
Un vástago chichimeco
Puso y con él hizo alianza
Y el rey de Tacuba a un tiempo,

Comprometidos quedando
A prestarse todos ellos
En dichas y adversidades
Cooperación y consejo.

Muerto Itzcohuatl, Moctezuma,
De aqueste nombre el primero,
Rayo en la lid y en la tregua
Esperanza de los buenos,

En el poder sucedióle
Y con nudos más estrechos
Quiso afirmar la alïanza
A que Itzcohuatl dió cimiento.

Y su amistad y su influjo
Puso de tal modo en juego,
Que al fin, por razón de Estado,
No por amoroso incendio,

De Acolhuacán el monarca
(Nezahualcoyotl por cierto)
Que en esclavas favoritas
Hijos tuvo ya diversos,

Queriendo sucesor digno
Darse en el trono, ha resuelto
Del rey de Tacuba unirse
Con la hija en casamiento.—

Pedida Matlalcihuatzin
De embajadores por medio,
Fué conducida a Texcuco
Por Moctezuma y sus deudos,

Mientras su entrada celebran
Con bulliciosos festejos
En tierra firme y el lago
Los vasallos de ambos sexos;

Mientras los nobles la aclaman
Joya rica, luz del cielo,
Y en ella el pueblo ve un ángel
De larga paz mensajero,

Y la servidumbre activa,
Sin desperdiciar momento,
Para las bodas dispone
Manjares, músicas, juegos;

Noticia funesta cunde
Del uno al contrario extremo
De la ciudad, la alegría
Matando en todos los pechos;

Y los monarcas se encierran
En retirado aposento,
De males sobrevenidos
A discurrir el remedio.

Mira con ojos de envidia
La dicha de los tres pueblos
Y así, en su impotencia propia,
Trata de amargarla al menos,

Toteotzin, señor de Chalco,
Vencido en varios encuentros
Y a quien, teniéndole en poco,
Dejó el vencedor sus feudos.

Cuando Itzcohuatl gobernaba,
Su sucesor el guerrero
Moctezuma fué a Texcuco
De embajador, y volviendo

A dar cuenta de su encargo,
Sin atención a sus fueros
Le hizo prender Toteotzin
Y túvole en cautiverio,

En tal ocasión la vida
Y la libertad debiendo
Al espontáneo cariño
De sus mismos carceleros.

Al trono después alzado,
Llevó el espanto y el duelo
Con sus triunfantes legiones
De aquella región al centro;

Y en rudos combates hizo
Numerosos prisioneros
Cuya sangre, al coronarse,
Las gradas manchó del templo.

Sin elementos de fuerza
Aquel Estado pequeño
Para librar a las armas
De su venganza el proyecto,

Y siendo ya el soberano
Entrado en años y enfermo,
Él y los súbditos guardan
Odio y vergüenza en el seno,

De satisfacer el uno
Y borrar de un modo artero
La otra en sazón propicia
Quedando, al par, en acecho.

Dos príncipes de Texcuco
Que al lustro llegan tercero
Y a quienes Nezahualcóyotl
(Si no les destina el cetro)

Por su ardor y bizarría,
De tal edad compañeros,
Que a ingenio claro se adunan
Consagra especial afecto,

Salieron acompañados
De tres señores de México
Numerosa comitiva
Tras sí llevando a lo lejos,

A recibir a la joven
Destinada por el cielo
A compartir con su padre
Tálamo y corona a un tiempo;

En rendir a la princesa
Pleito homenaje queriendo
Ser entre la inmensa turba
De súbditos los primeros.—

Batiendo sus grandes alas
Teñidas de pardo y negro,
Águila feroz que *itzquáuhtli*
Llaman, se lanzó de un cedro

Donde en el vecino bosque
Tomaba reposo, al viento,
Y con majestad se cierne
Sobre el angosto sendero.

Los príncipes viendo el ave
Sus arcos aprestan luego,
Parten dos flechas silbando
Y viene el águila al suelo.

Mas, no bien las peñas toca
Y dando chillidos recios,
Hace poderoso impulso,
Bate sus alas, de nuevo

Hiende el aire y va a posarse
Del monte en lo más espeso.
Los príncipes, sospechando
Cual cazadores expertos

Que estando herida no puede
Andar ni volar gran trecho,
Corren tras ella y les siguen,
Aunque con algún recelo,

Los señores mexicanos,
Haciéndoles ver que hay riesgo
En internarse en los montes
De Chalco al Estado anexos.

Cerca sintiéndoles, torna
A alzar el itzquauhtli el vuelo,
Y ellos tenaces ni un punto
Páranse a tomar aliento.

Y cuando en áspera roca
El águila, sin tenerlo
Para más volar, hacía
De lucha terrible aprestos,

Agudas garras mostrando
A sus enemigos tercos
En quienes miedo no pone
De sus pupilas el fuego,

Salió del bosque cercano
Turba de esbirros chalqueños
Y príncipes y señores
Quedaron súbito presos,

Despojados de sus armas
Y de ligaduras llenos;
Y como león caído
En foso recién abierto

Por el pastor que no tiene
De sujetarle otro medio,
Al verse humillados rugen
De pesadumbre y despecho.

Llano y veredas excusan
Los aprehensores perversos,
Y así por selvas y montes
A Chalco llevados fueron,

Donde atambores y flautas,
Gritos y feroces gestos
Prueban que son los cautivos
Tenidos en alto precio.

En vano la comitiva
De los ilustres mancebos
Dos leguas a la redonda
Vagó explorando el terreno;

Y el bosque en vano ensordece
Con alaridos siniestros
A que responden tan sólo
Por todas partes los ecos.

Viendo que ya el horizonte
El rojo sol ha traspuesto
Y teniendo a los enojos
De Nezahualcóyotl miedo,

Se apartan y se dispersan
Los servidores inquietos
Y a sus hogares se vuelven
Sin dar razón del suceso.

A la siguiente mañana,
Cuando con júbilo inmenso
De la princesa el arribo
Celebran nobles y pueblo,

Llegan del rey a presencia
Dos humildes viajeros
Y le refieren que han visto
En el camino a los presos,

Atados unos con otros,
De Chalco el rumbo siguiendo,
Pálido el rostro de ira,
De sus guardianes en medio.

El rey de angustia indecible
Sintió el corazón opreso,
Que a Toteótzin conoce
Y de su odio está cierto;

Mas, siendo en sus providencias
Tan avisado y discreto
Cuanto fogoso en las lides
En que se expone el primero,

Iras reprime y a Chalco
Quiere enviar mensajeros
Que a los cautivos rescaten
Llevando regalos regios.

Dificultad no prevista
Puso a sus planes tropiezo:
Sabido que a embajadores
No guarda el menor respeto

El tiranuelo de Chalco
Nunca, pues, sin ir más lejos,
Puede en el caso presente
Dar fe Moctezuma dello;

Más que a llevarle propuestas
Del rey conforme al deseo
Afrontando estéril muerte
O injurias graves al menos,

A marchar al punto en armas
Con ellas entrar haciendo
A Toteótzin en juicio
Están los nobles dispuestos.

Con tal opinión no hallóse
Nezahualcóyotl de acuerdo,
Que obrando así, de sus hijos
Más inminente hace el riesgo.

Pero justo, cual la historia
Ofrece pocos ejemplos,
Ni el amor de padre unido
De su autoridad al celo

Hizo que, de hacienda y vidas
Siendo él absoluto dueño,
Se resolviese a exponerlas
De su familia en provecho.

Y en alcoba solitaria,
Formando planes diversos
Que desecha casi al punto,
Quedó el monarca perplejo.

Cuanto gentil y modesta
De ánimo firme y resuelto
Que los peligros atraen
Como el imán al acero,

La princesa de Tacuba,
En quien del rey el aspecto
A su excelsa fama unido
Prendió generoso fuego,

Comprende la horrible angustia
De aquel corazón paterno,
Contra los nobles se indigna
Y adopta partido extremo.

Junta sus joyas mejores,
Sus más exquisitos lienzos;
Llama a su esclava, alojada
En el vecino aposento,

Y al anochecer el día
Y dando a la esclava un cesto,
Del texcucano palacio
Con ella sale en silencio.

«Trayendo al padre sus hijos,
La dicen sus pensamientos,
Podrá medir el tamaño
De tu adhesión y tu afecto.

«Su tálamo y su corona
No satisfacen tu anhelo
Mientras convertir no logres
En profundo amor su aprecio.»

Y entretenida discurre
Por escabrosos senderos,
Sin advertir que sus plantas,
Espinos rudos hirieron.

O en abandonado esquife
Que halló en las márgenes suelto
Y que al avanzar imita
De un ave marina el vuelo,

Surca el lago, manejando
Ella y la esclava los remos,
Sin que tan recia fatiga
Se sobreponga a su aliento.

Y cuando en el horizonte,
Tras los agrupados cerros,
Anuncia el alba tranquila
Con brillo mágico Venus;

Y del ópalo imitando
Van los múltiples reflejos
En su túnica de nieve
Los volcanes gigantescos;

Y el melodioso zenzontli
Canta en los bordes amenos
Que el agua quieta del lago
Retrata en su limpio espejo,

De Chalco los edificios
Distintos aparecieron,
Y la princesa y su esclava
Buscan en la orilla puerto.

ROMANCE SEGUNDO.

UN SALÓN DE EMBAJADORES EN CHALCO.

Frente al palacio, en el centro
Del agitado gentío
Que expresa bárbaro gozo
Con gestos, danzas y gritos,

Desfigurados, sangrientos,
Están cadáveres fríos,
Los tres nobles mexicanos
En ancha estera tendidos.

Aparece Toteótzin
Del alta puerta en el quicio,
De los príncipes, que llegan
Entre la escolta, seguido.

Con ademán elocuente
Les muestra el cuadro sombrío,
Sin que en sus rostros sorprenda
De miedo el menor indicio;

Que los prisioneros saben
Asaz bien que fuera indigno
De varones de su raza
Temblar ante los peligros.

—Así, les dice el anciano
Señor de Chalco, castigo
Agravios que Moctezuma
Al pueblo y a mí nos hizo.

No hay que despreciar por débil,
Como lo habéis hecho altivos
En vuestra liga fiados,
Al más pequeño enemigo.

Si herir podéis al itzquáuhtli,
Nunca le veréis rendido;
Las flechas de vuestros arcos
Dan sobre vosotros mismos.

Si la libertad queréis
Comprar (y con ella os brindo
Por convenir a mis planes)
A precio será subido.

Haced saber al monarca
De Acolhuacán, que sus hijos
Presos quedarán en prendas
De la paz de mis dominios

Mientras la liga no rompa
Con los dos reyes vecinos,
Uniendo sus intereses
A los de Chalco y los míos.

—No conseguirás tu objeto,
Llenos de entereza, erguidos,
Al tiranuelo responden
Con voz clara los cautivos.

¿Qué la prisión nos importa?
¿Qué nos importa el suplicio?
Sólo la bajeza asusta
A los corazones limpios.

Sabe tú que nuestro padre
A volver a sus amigos
La espalda, de sus Estados
Con grave daño preciso,

Por unirse en alïanza
A miserables bandidos,
Mil veces de su familia
Preferirá el sacrificio.

Que quien gobierna se debe
Al Estado y no a sí mismo,
Y padre de sus vasallos
Es antes que de sus hijos.

Si anhelas que mensajero
Nuestro se ponga en camino
Para hacer al rey patentes
Tus depravados designios,

Dígale de nuestra parte
Que sin vacilar, su oído,
Ante el deber y el decoro,
Cierre a la voz del cariño;

Y a tus propuestas responda
Cual cumple a un monarca digno,
A tu deslealtad infame
Aparejando el castigo.»

No bien los príncipes callan
Cuando trémulo, cenizo
De ira el semblante, hace el viejo
Fatal seña a los esbirros.

Los jóvenes que comprenden
Su mandato, con ahinco
Le dicen al par:—Costumbre
En estos pueblos ha sido

Armas dar al prisionero
De noble estirpe a quien signo
Aciago a morir arrastra,
Para que muera con brillo.

Danos *miquahuitl* y escudo,
De la lid señala el sitio,
Y allí, por medio de sogas
En el terreno un pie fijo,

Nos hallarán tus guerreros,
Siempre en lucha igual vencidos,
Si es que denuedo les pone
Ver al contrario con grillos.»

Sin que el señor les responda,
Se alzan dos mazas de encino
Dellos detrás, y en la nuca
Descárganles de improviso.

Vinieron los dos al suelo
Privados ya de sentido,
Y por narices y boca
De sangre arrojando ríos.

La plebe feroz aplaude
El asesinato inicuo,
Y un haz horrible formando
Con los cadáveres cinco;

Haz de tronchadas espigas
Que anunciaban fruto opimo
En ciencia, valor, ingenio
Para su nación perdidos,

Sobre la estera lo pone
Y en desorden inaudito,
Cargándola, del palacio
Invade a poco el recinto.

A otro día con el alba
Arribó, cual hemos visto,
Matlalcihuátzin a Chalco
Llevando joyas consigo,

A negociar el rescate
De los jóvenes, movido
Su corazón del deseo
De inflamar en amor vivo

Al rey, haciendo patentes
Con caracteres prolijos
Su adhesión acrisolada
Y su generoso brío.

Y, no bien puso en la orilla,
De la sandalia ceñido

El pie breve, y de su rostro,
Gracioso cuanto expresivo,

Quiere ocultar con el manto
De más candor que el armiño
A los curiosos que pasan
El incomparable hechizo;

Cuando la cercan y obligan,
Más descorteses que finos,
A que descubra el intento
Que a la ciudad la ha traído.

—Quiero hablar a Toteótzin,
En dulce tono les dijo;
Mas, receloso el tirano,
Tras el júbilo maligno

Que hallar pudo en la venganza,
Previó con certero instinto
Sus resultados, y el pecho
Abrió al temor del castigo.

Y en el templo fué a encerrarse
Donde turba de adivinos,
Al viento la cabellera,
El cuerpo en almagre tinto,

De codornices y liebres
Ofrecen, conforme al rito,

La cabeza y las entrañas
De Huitzilopóchtli al ídolo.

Allí durante dos días
Presencia los sacrificios,
Repite las abluciones
Y ayuno guarda continuo.

Inquiere si de la guerra
El dios le será propicio,
Y el *topilzin* le responde
En términos harto ambiguos.—

En tanto Matlalcihuátzin,
No sin inquietud su espíritu,
En vasta alcoba decente
Donde le dieron asilo,

Comparte las horas largas
Entre el sueño y el fastidio,
De hablar al viejo aguardando
El momento apetecido;

Sin que a las varias preguntas
Que a los domésticos hizo,
De príncipes y señores
Saber queriendo el destino,

Otra respuesta hayan dado
Que hacerla entender por signos

Que a los esclavos cual ellos
Está el silencio prescrito.

Cuando en la noche salía
Con ánimo más tranquilo
Del templo el señor de Chalço,
Las gentes que a su servicio

Están, de que ilustre joven
Desde Texcuco ha venido
Por hablarle y que le aguarda,
Llévanle oportuno aviso.

Sospecha el tirano al punto
Que sabedor su vecino
De que cayeron en manos
De los chalqueños, sus hijos,

Proposiciones le envía;
Y, con su odio engreído
Y entero crédito dando
A los falsos vaticinios

Que en hacerle no anduvieron
Sus cortesanos remisos;
Queriendo que su venganza
Conozcan sus enemigos,

Y a rechazar sus ataques
Estando resuelto él mismo,
Manda que alumbren y adornen
Con inusitado aliño

La sala donde embajadas
Diversas ha recibido,
Y a su presencia conduzcan
Allí a la joven. Activos

Los servidores hicieron
Lo que el tirano les dijo;
Y, al abrirse el ancha puerta,
Con aspecto peregrino,

Hasta las gradas del trono
Que paños alfombran ricos,
Llega la gentil princesa,
Sereno el semblante lindo.

La frente inclina tres veces,
Pone en el suelo un cestillo
Con joyas, preciadas telas,
Plumas, copal exquisito;

Y en grato acento que iguala
De un ave en la selva el trino,
—Señor, exclama, habéis presos
Séres que me son queridos.

Nobles de virtud dechado
Al gran Moctezuma adictos,
Vástagos de real extirpe
Que todavía son niños

Y de Acolhuacán a un tiempo
La esperanza y el hechizo,
Cazando en los vastos montes
A vuestro Estado contiguos,

En traidora red cayeron
Como animales dañinos,
Con mengua de vuestra fama
Que es de los buenos ludibrio.

Os traigo aquestos presentes
Por su libertad que os pido;
Y así en la paz y en la guerra
De favores infinitos

El cielo os colme si agora
Mostráis corazón benigno,
Con mi gratitud ganando
La de tres reyes que han sido

De Chalco azote, y su apoyo
Serán de hoy más y su abrigo.
—¿Quién eres tú? con voz débil
Pregunta el viejo enfermizo.

—Hija de Totoquihuátzin,
Y a quien próspero destino
Lleva de Nezahualcóyotl
Al trono de alto prestigio.

—Alzad las joyas, princesa,
Decid a vuestros caudillos
Que sus ofertas desprecio,
Que su poder desafío.

Merced al instante os hago
De los prisioneros cinco,
Bien que de su nuevo empleo
Cumpliendo estén los oficios.

De recobrar Moctezuma,
Vuestro orgulloso padrino,
A sus nobles, va a deberos
El singular beneficio;

Y en cuanto a los de Texcuco
De extirpe real nacidos,
Tendréis en ellos, princesa,
De vuestra boda testigos.

Cargad con ellos si os place.
—¿En dónde están?—Aquí mismo.
Y con mano temblorosa
Señala el déspota impío

Sus cadáveres salados
Hilera formando, fijos
Contra el muro, y en la diestra
Teniendo rajas de pino

Encendidas, con que alumbran
Sus propios semblantes lívidos,
Las descompuestas facciones,
Los ojos como de vidrio.

Matlalcihuátzin de pena
Sintió cortante cuchillo
Creyendo que se han prestado
A tan odioso capricho.

Se acerca para afearles
Su proceder imprevisto,
Y al verles desfigurados
Lanza de terror un grito;

Y, de la verdad horrenda
Ante el insondable abismo,
Estremécese y vacila
Dudando de sus sentidos.

La voz del tirano infame
Sacóla de su extravío.
—Cargad con ellos, repite;
Mas la princesa, al oirlo,

La faz convierte indignada
Y le responde: —¡Asesino!
Las vencedoras falanjes
De los tres pueblos unidos

Vendrán por ellos mañana;
Y cuando el recuerdo vivo
De crimen tamaño llegue
A los venideros siglos,

Lo seguirá la memoria
De tu cabal exterminio.»
Dice, y del palacio sale
Sofocando sus gemidos.

Atónito el viejo queda
Como clavado en el sitio;
Y, cual si de aquella joven
Dar peso hubiera querido

El cielo a las amenazas,
Terremoto repentino
De Oriente a Occidente agita
De Chalco los edificios.

Su brusco embate sintiendo,
Los ojos lleva indeciso

A las paredes que crugen
El señor despavorido;

A tiempo que, mal sujetos
Con estudiado artificio
Por medio de estacas fuertes
Y de cordeles distintos,

Los inanimados cuerpos
Perdieron el equilibrio,
Y, unos con otros chocando
En movimiento continuo,

Las yertas manos parecen
Darse en ademán de amigos
Y a su verdugo encararse
Con ceño provocativo;

O sus cabezas golpean
Contra el muro de granito,
Cadencia horrible formando
Del rudo temblor al ímpetu.

Toteótzin a su aspecto
Creyó perder el juïcio,
Y, cayendo y levantando,
Salió del salón sin tino.

Su hogar la gente abandona
Buscando en la calle asilo,

Y el silencio de la noche
Turban lejanos bramidos.

Y, al ver que el Popocatépetl
Muestra en su elevado pico
Roja aureola que a trechos
El humo vela sombrío,

Temen que ignotas desdichas
Anuncien tales prodigios,
Y se acobardan un punto
Los nunca domados indios.

ROMANCE TERCERO.

LA GUERRA Y LAS BODAS.

La luz del siguiente día
Halló a los hijos de Chalco,
De armas y escudos provistos,
Sus trincheras coronando.

Salieron de asilo en busca
A los pueblos inmediatos
Y en confusión, los enfermos,
Niños, mujeres, ancianos.

Y cuando anochece, tornan
Con apresurado paso
Los *quimichtin* o ratones,
Espías que disfrazados

Observan los movimientos
Y número del contrario,
De que a la ciudad se acerca
Aviso certero dando.

No el cielo el alba teñía
Con sus arreboles claros
Cuando, a la vista, en el monte
Los de Texcuco hacen alto;

Y al mismo tiempo se advierte
Que con hostil aparato
Naves infinitas cubren
La superficie del lago.

Al llegar Matlalcihuátzin
A Texcuco y al palacio,
Halló en inquietud profunda
Al pueblo y los soberanos.

Sin detenerse a explicarles
Su proceder, demudado
El rostro y en él visibles
La cólera y el espanto,

Les grita: «¡Guerra sin tregua
Ni compasión al tirano!

Las víctimas, pueblo y reyes,
Esto os dicen por mis labios.

«Sus cadáveres alumbran,
Puesta la tea en las manos,
El trono de su verdugo
Y nuestro común agravio.

«Yo le ofrecí que por ellos
Los tres pueblos aliados
Presto irían, y él lo duda;
Cumplid mi palabra y vamos!»

Atónitos los tres reyes
Con tal discurso quedaron,
Y en vano Nezahualcóyotl
Quiso reprimir el llanto;

Mas, reponiéndose luego,
Tendió la diestra en el acto
A Totoquihuátzin triste
Y a Moctezuma asombrado.

Un relámpago de ira,
Fiel compañero del rayo,
De los tres brilló en los ojos
Y a un tiempo los tres clamaron:

«¡A castigar su martirio!
¡Sin dilación a vengarlos!»

Y la nobleza y el pueblo
A una voz responden «¡Vamos!»

En poder y artes de guerra
Como el primero y más sabio,
De la resuelta campaña
Tuvo Moctezuma el mando.

Dispuso que el no vencido
Ejército texcucano,
Con su rey a la cabeza,
Por tierra atacase a Chalco;

Y él, de México y Tacuba
Con los combatientes bravos
Y llevando al animoso
Totoquihuátzin al lado,

En innumerables botes
Que al punto listos quedaron,
Ir por el agua y a un tiempo
Dar irresistible asalto.

Saliendo el sol encendido
Por el Oriente lejano,

Nezahualcóyotl revista
Pasó a los fieles soldados.

En compañías formóles,
A cada cual señalando
Rico estandarte diverso,
Jefe aguerrido y bizarro.

Cual campo de trigo ondean,
De la brisa a los halagos,
Con primorosos matices
Las plumas de los penachos.

Brillan las astas de cobre
De las picas y los dardos,
Y ya impaciente el hondero
Coloca en la cuerda el canto.

El rey, subiendo a la cima
De no distante collado,
Sonoro atambor golpea
De su espada con el mango;

Y esta señal no bien oyen
Todos los guerreros, cuando,
Tal como represas aguas
Si el dique a romper llegaron,

Con alaridos siniestros
Se precipitan al llano,

Hasta chocar contra el muro
De los parapetos altos.

Lanzan y reciben flechas,
Hieren y matan, y, al cabo,
Sus propios muertos y heridos
Haciendo servir de andamio,

Aparece en la trinchera
Ajoquentzin temerario,
Hijo del rey, que ha ofrecido
Vengar a sus dos hermanos.

Nezahualcóyotl que asiste
A la lid y mira el daño
Que tomar, tras rudo esfuerzo,
Un solo punto ha causado,

Manda replegar sus tropas
A más de quinientos pasos;
El grueso dellas oculta
Entre quiebras y arbolados,

Y hace que algunos dispersos,
Armas y escudo arrojando,
Corran por distintos rumbos
Con apariencias de espanto.

Creyéndose vencedores,
Del muro, poco avisados,

Salieron los enemigos
En gran desorden al campo.

Quiso el mismo Toteótzin
Gozar con el espectáculo
De la atroz carnicería
Que iba a hacerse a los contrarios;

Y avanza en regia litera
Que llevan mancebos cuatro,
Y ordena que a los vencidos
Se persiga sin descanso.

En el momento oportuno
Y en ancho sitio escampado,
Cayóles Nezahualcóyotl
Como a su presa el milano.

Recia fué la nueva lucha,
Silban la piedra y el dardo,
Chocan escudos y picas,
Suena la maza en los cascos.

El aterrador miquáhuitl,
De trozos de itztli erizado,
De la cabeza a las plantas
Hiende a los hombres de un tajo.

De su torpeza inaudita
El triste efecto palpando,

Volver a sus parapetos
Quieren, al fin, los de Chalco.

Mas ya coronan el muro,
Después de haber arrollado
A las huestes defensoras
De las orillas del lago,

Los de México y Tacuba,
Y al acercarse acosados
Aquellos indios, reciben
Lluvia de flechas y cantos.

Como en remolino un punto
Al pie del muro vagaron;
Y, al ver que al frente y la espalda
Tienen al mismo adversario,

La serie quizá recuerdan
De los funestos presagios,
Juzgan la defensa inútil,
Ceden, tal vez, al cansancio:

Lo cierto es que allí se rinden
Al vencedor inhumano,
Y éste, según la costumbre,
Entró la ciudad a saco.

En la espesura del bosque
El tiranuelo entretanto,
Presa de hondísima angustia,
Trata de ocultarse en vano.

Volviendo para Texcuco
Ajoquentzin que, guiado
Por la princesa, los cuerpos
Entró a sacar del palacio,

Y los conduce en tapextles
En hombros de los esclavos,
Para darles sepultura
Decente en el suelo patrio;

La abandonada litera
Divisa en el monte, a un lado
Del camino, y que no lejos
El monstruo estará, juzgando,

Intérnase y escudriña
Grutas, malezas y cuanto
Servir de refugio puede
A quien teme fin aciago.

De su empresa ya desiste
Y va a retirarse, cuando
Del sendero en un recodo
Halla al viejo al pie de un árbol.

Cércanle algunos guerreros,
Ponen flechas en los arcos
Y sobre el joven disparan
Y yerran todos el blanco.

Ajoquentzin el miquáhuitl
Audaz empuña y, de un salto,
Contra los chalqueños cierra
Y a dos hiere de alto abajo.

Huyen los demás, y entonces
Asiendo al señor baldado
Por los cabellos, le arrastra
Sin compasión trecho largo

Hasta el pie de los tapextles,
Donde con mortal desmayo
De sus víctimas el rostro
Mira el verdugo aterrado.

El vengador juzga inútil
Usar la espada, y en brazos
Tomando al viejo, le alza
Y estrella contra un peñasco.

Allí su cadáver deja
Para que sirva de pasto
A las aves de rapiña
Y de escarmiento a los malos.

Torna a seguir su camino
Y entra a Texcuco, llevando
De los príncipes los restos,
Cuando el sol muere en Ocaso.

El botín se repartieron
Los tres pueblos coligados,
Y hace con el territorio
México el suyo más vasto.

Al volverse Moctezuma
Con insólito boato,
Lleva insignias y cautivos
Que inmola a sus dioses falsos;

En el templo, a la intemperie,
Como trofeos dejando
En sarta horrible suspensos
De vigas altas los cráneos.—

Así acabó en pocas horas
El señorío de Chalco,
Y así los pueblos acaban
Que, sin respeto a sus pactos,

Huellan justicia y decoro
Por complacer a tiranos;

Y así los crímenes destos
Pagan también los Estados.

Son dichosos y prosperan
Los pueblos, por el contrario,
Si sus destinos presiden
Varones justos y sabios.

De tal verdad vivo ejemplo
Nos da Texcuco en sus fastos
Que posteriores desdichas
Jamás empañar lograron.

Nezahualcóyotl prudente
Rige allí con cetro blando,
Leyes admirables dicta
Y ajusta a ellas sus actos.

De la idolatría ciega
Desprecia los ritos bárbaros;
Presiente a Dios y prohibe
Los sacrificios humanos.

Alza al Criador del cielo
Torre altísima de mármol
Y a ciertas horas del día
Se postra para adorarlo.

Premia la virtud, la ciencia,
Castigo impone al malvado;

Caritativo establece
Para los pobres abastos.

Si déjanle tiempo libre
Del gobierno los cuidados,
Ora examina las plantas,
Ora el curso de los astros;

Ora en sentidos poemas,
Que los siglos respetaron,
Expresa nobles afectos,
Traza pensamientos altos.

Y, venero de virtudes
Y de monarcas dechado,
Feliz el pueblo le aclama
De prosperidades vaso.

El cielo, sin duda, quiso
Premiar su mérito raro:
Del otoño de la vida
En los monótonos años;

Cuando para el hombre mueren
Toda ilusión, todo halago,
Y de la verdad terrible
Apura el cáliz amargo;

Vió los placeres más vivos
Del corazón renovados;
Del amor sintió la llama
Como en sus días tempranos.

De Matlalcihuátzin bella
El rostro lleno de encantos,
De su adhesión y su arrojo
Los inolvidables rasgos.

En el monarca sensible
Profunda impresión causaron;
Y, si antes iba con ella
A unirse en estrecho lazo

Para darse, en bien del pueblo,
Sucesor digno en el cargo
De regirlo, es ya su propia
Dicha el interés más caro.

Y así, pasados los días
De luto y bélico estrago,
Y en urna rica los restos
De los príncipes guardados;

De México y de Tacuba
Los dos monarcas llegaron
De nuevo, con la princesa
De Nezahualcóyotl faro.

Y, las tres cortes presentes,
En un salón del palacio,
Junto al fuego en limpia estera
Los contrayentes sentados,

Acércase el sacerdote
Y ata con sus propias manos
A un extremo del *huepilli*
La punta del regio manto.

Con él en torno del fuego
Dan siete vueltas entrambos,
Queman copal a los dioses
Y se hacen mutuos regalos.

Y, a la oración y el ayuno
Por tres días consagrados,
Al convite y los festejos
Salen los novios el cuarto.

El pueblo en calles y plazas
Se ejercita en juegos varios,
Ora los jóvenes corren
Por el arenoso estadio,

Y lánzanse unos a otros
Con fuerza el balón elástico,

Y a los voladores trepan;
O bien luchan brazo a brazo,

Y los apuestos guerreros,
En compañías formados,
De combates diferentes
Ensayan fiel simulacro.—

Del palacio de Texcucò
En los jardines, en tanto,
Sobre el césped, bajo el cielo
Que ilumina el sol de Mayo,

En banquete suntuoso
Para celebrar el fausto
Suceso, reyes y nobles
Aparecen congregados.

De plumas como el armiño
Tienen los novios penacho;
Los dos la corona ciñen
Con majestad y recato.

Un corpulento sabino
Dosel espléndido y vasto
Les forma con su ramaje,
En que gorjean los pájaros.

Cual cristalinas serpientes
Surcan arroyuelos mansos

La pradera, y ancho espejo
Parece el dormido lago.

Levanta al cielo su cima
Popocatépetl gallardo,
Pero su cráter humea,
De nueva erupción amago.

De aquel paisaje al aspecto,
Sus votos viendo colmados
Y en su presencia a los seres
De su corazón pedazos;

De las pasadas desdichas
Sintiendo tal vez el rastro,
O aquella vaga tristeza
Que nunca abandona al sabio,

Ordena Nezahualcóyotl
Que en dulce acordado canto
Los músicos estos versos
Repitan por él trazados:

«Duran placeres y honores
Que los humanos aguardan
Con avidez, lo que tardan
En marchitarse las flores.

«Somos fugitiva pluma
Que al viento menor se entrega,

Heno de la fértil vega,
Copo de frágil espuma.

«Pompa, cetro, dichas, gloria,
¡Ay! de vuestras vanidades
A las futuras edades
No queda ni la memoria!

«¿Qué obtiene con sus desvelos
Y afán el hombre en su nada?
¿Do está la tumba ignorada
De mis ilustres abuelos?

«Goce el ánima del día
Que alegre venga y dichoso;
Mas no en plácido reposo
Con la fortuna se engría.

«Vamos sólo de camino
Por esta quebrada sierra:
Nuestra posada es la tierra
Y el cielo nuestro destino.»

Cesa el cántico y, al lejos,
El eco remeda tardo
Del teponaxtli y las voces
Los graves concentos blandos.

Y es fama que el auditorio
de reyes y cortesanos

En quienes tristes ideas
Los versos ponen acaso;

De la reciente campaña
Los sucesos recordando,
Y al ver del Popocatépetl
El humo con sobresalto,

La vanidad de la vida
Y del placer lo instantáneo
Medir un punto pudieron
Con entendimiento claro;

Y la reflexión les hizo
El bien presente más grato,
Y, de miedo de su fuga,
Diéronse prisa a gozarlo.

También la historia nos dice
Que destas bodas al año,
La reina dió a luz un niño
Nezahualpili llamado;

Que fué del trono heredero,
De su padre fiel retrato,
Terror de los enemigos,
Ídolo de sus vasallos.

1861.

LA PRINCESA PAPANTZIN.



LA PRINCESA PAPANTZIN.

Et lux in tenebris lucét.

I

Introducción.

De pueblos humildes y grandes naciones
Que llenan, mezclados, la faz de la tierra,
Y al yugo se inclinan o encienden la guerra,
Escrito en los cielos el término está.
Y cuando se acerca —la historia lo dice—
Anuncian su adverso destino futuro
Presagios, visiones, los signos del muro,
La tierra temblando, saliéndose el mar.

En medio de agüeros de gran desventura,
Dios quiso a la azteca gentil monarquía

Con raro portento mostrar cierto día,
Si bien entre sombras, la luz de la fe.
Sacó del sepulcro discreta princesa
Que a reyes y plebe contó lo que ha visto;
Con ello el apóstol primero de Cristo
En estas regiones de América fué.

Los hombres perecen, los pueblos acaban;
De grandes sucesos jamás la memoria:
Del mar del olvido les hace la historia,
Cual arca cerrada, las olas surcar.
Testigos, pinturas el caso acreditan
Que sirve de asunto a aquestos cantares;
Si tú de escucharlos, por dicha, gustares,
Acaso te ofrezcan lección y solaz.

II

Primeros presagios.—Consultas hechas por el monarca.

Con tristeza y temor desconocido,
De su palacio en lóbrego aposento,
Moctezuma Segundo en los presagios
Medita que amenazan al imperio.

Sucesor de Ahuitzotl, llevó sus armas
Contra los de Amatlán remotos pueblos,

Y al encumbrar un escarpado monte
En su camino, temporal deshecho

Cerró sobre sus huestes numerosas,
Envolviendo la nieve a los guerreros
En cándido sudario que les cuaja
La sangre toda en los desnudos miembros;

Y los que el golpe destructor esquivan
De altos sabinos, seculares cedros
Por el recio huracán allí arrancados,
En combates sin gloria perecieron.

De vuelta el rey a la ciudad, estalla
En la noche, sin causa, raro incendio
Que las dos altas separadas torres
Del templo principal devora a un tiempo.

Las aguas de los lagos otro día,
Sin terremoto, tempestad ni viento,
Con ímpetu terrible se agitaron
Por el campo feraz dejando el lecho;

Y al llegar a las próximas aldeas
Y de Tenoxtitlán al mismo centro,
Asustan a la gente, habitaciones
De frágil estructura echando al suelo.

No están de la aflicción que estos les causa
Los apocados ánimos repuestos,

Y en la región del aire hombres armados
Combatir y matarse todos vieron.

Y al general terror prestando creces,
Tendió su cauda por el ancho cielo
Corva y extensa, fúlgido cometa,
De futuras desdichas signo cierto.

Al rey de Acolhuacán Nezahualpili,
De la ciencia versado en los misterios,
Acude Moctezuma y con él tiene
Pláticas dilatadas en secreto.

De Nezahualcoyotl el hijo ilustre,
Tras reflexión y cálculos sin cuento,
Le dice que los males anunciados
Por serie de presagios tan siniestros

Principio han de tener en la venida
De extraños en tropel a este hemisferio,
Cosa que a Moctezuma desagrada
Y a la cual se resiste a dar asenso.

Fin para señalar a sus disputas,
Por más que nos admire, convinieron
En jugar al balón y que el vencido
Del otro a la opinión quede sujeto.

Ganó Nezahualpili, y Moctezuma,
Presa de sin igual desasosiego,

De un astrólogo anciano muy famoso,
Cuyo saber admira todo el reino,

El parecer preciado al punto inquiere;
Y, sin temor alguno, franco y recto,
Del rey de Acolhuacán, vuelto a su corte,
La adversa decisión confirma el viejo.

Mas, en castigo, sepultado yace
De su mansión bajo el caído techo,
Que tan aciaga suerte correr suelen
Quienes dicen verdades a los necios.

III

Enfermedad y muerte de Papantzin.

En estos incidentes meditando
Está, según he dicho, Moctezuma,
Cuando golpe más fuerte y doloroso
Al corazón sus áulicos le anuncian.

La princesa Papantzin, fiel dechado
De hermosura y bondad, hermana suya,
Y del gobernador de Tlaltelolco
Que hace un año murió, triste vïuda,

Presa de intensa fiebre, en su palacio
Con ella a la sazón hállase en lucha,
Por delirio fatal ora agitada,
Cual tronco ya sin movimiento y muda.

Saliendo el rey, junto a la ilustre enferma
Se trasladó sin dilación alguna,
Que entrambos desde niños se tuvieron
Cariño sin igual, adhesión mutua:

Y es tan discreta y hábil la princesa
Que a veces el monarca la consulta,
Y ella a regir el mexicano imperio
Con talento clarísimo le ayuda.—

En vano los tesoros de la ciencia
Botánicos y astrólogos apuran
Por dar alivio a la paciente. En vano
Acude al templo en numerosas turbas

El consternado pueblo, y allí ofrece
De tosca piedra a las deidades rudas
Transparente copal, preciadas aves
De melodioso canto o rica pluma.

Creciendo fué con la mortal dolencia
De tan querido sér la horrible angustia
De parientes y amigos, y en sus brazos
Rinde Papantzin ¡ay! el alma pura!

Quedó tendido en el caliente lecho
Su material despojo; la faz mustia
Conserva de la fiebre ardiente el rastro
Cual agostada flor falta de lluvia.

Todos la dulce mano bienhechora
Que llevó al pecho en las congojas últimas
Acuden a besar, gemidos dando,
Y el cadáver en lágrimas inundan.

—«Sabiduría y caridad con ella
Desaparecen para siempre juntas,
Y su pérdida es para mi reino
De las calamidades la más dura.»

Esto el monarca entre sollozos dice,
Y, besando de nuevo a la difunta,
A México se vuelve y en su alcoba
Éntrase a lamentar su desventura.

IV

Las exequias.

Para significar que fué Papantzin
De los menesterosos providencia,
De Centeotl el traje la vistieron,
Que es diosa del maíz y de la tierra.

Colgaron de sus labios un zarcillo
Con esmeralda como pocas bella
Que, cuando el cuerpo se convierta en polvo,
Sirva de corazón a la princesa.

La faz le cubren, y, adornado el manto
De tejido sutil con joyas regias
De oro brillante y plata, es el cadáver
Tendido luego en primorosa estera.

Domésticos y esclavos afligidos
En su alcoba, turnándose, lo velan
Tres días con sus noches, y solemnes
Celebráronse al cuarto las exequias.

Sacerdotes, parientes, nobles, pueblo,
Tremolando estandartes y banderas,
Y del rey Moctezuma presididos
Cuyo rostro oscurece aguda pena,

Los restos llevan de la ilustre joven
Con grave pompa a subterránea cueva
Que en los jardines del palacio mismo
De Tlaltelolco tiene entrada estrecha.

Al dejar el cadáver allí, mojan
Con agua del estanque su cabeza,
En *icpalli* lo sientan y le ponen
A los lados vasijas de agua llenas,

Copia de comestibles, un techichi
Que acompañe en sus viajes a la muerta,
Y dibujados signos misteriosos
Que la habrán de allanar todas las sendas.

Con ellos pasará sin riesgo alguno
Entre dos altos montes que pelean;
Por el camino angosto que defiende
Sin dormirse un momento audaz culebra;

Por la margen do habita el cocodrilo
De sus dientes mostrando las hileras;
Por los desiertos ocho donde el viento
Conmueve las montañas gigantescas.

Mientras deberes tales allí cumplen
Los deudos con arreglo a sus creencias,
En lamentable voz los sacerdotes
El himno funeral cantan afuera.

Terminada la triste ceremonia,
Cubrióse al punto con labrada piedra
Ya dispuesta y de escasa pesadumbre,
Del subterráneo aquel la exigua puerta.

La multitud entonces se retira
Y hondo silencio en los jardines reina,
Y descoje la noche pavorosa
Sobre el mundo su manto de tinieblas.

V

Papel que una niña representa en esta historia.

Sus rayos esparcía
Ya próximo al zenit el sol ardiente
En cielo azul y limpio al otro día,
Cuando del un extremo, al Occidente
Del jardín principal, donde habitaban
Domésticos y esclavos, tierna niña
Salió de su tugurio y, al halago
Del manso viento que refresca el lago
Y embalsama el olor de la campiña,
Adelantóse ufana
Entre las verdes plantas y arboleda.—
Del jiloxóchitl con astucia vana
Quiere asir la gentil borla de seda;
De su empeño desiste;
Corta y huella la flor que del leopardo
La piel manchada, al parecer, se viste;
Se aleja con temor del rudo cardo;
Del floripundio de oriental perfume
Agita las campánulas de armiño
Lanzando el cuerpo sobre el débil tronco;
Y, sus antojos sin poner a raya,

Con empuñado mimbre arrancar quiere
De la extendida mata que se adhiere
A la hendida pared, rubia papaya.

Con el gusto inefable
Que al ver que es libre y de sus pasos dueño
Y que cumplir su voluntad le es dable,
Todo vivace pequeñuelo siente,
Sin recelar el afectado ceño
De solícita madre o fiel sirviente;
Esta de cinco abriles mariposa
Ora de flor en flor vaga afanosa
Y contempla su faz en clara fuente
Cuyo derrame en el jardín circula,
Ora pretende con tenaz empeño
La canción recordar, que al fin modula,
Con que la arrullan por la noche el sueño.
Y de césped, que brilla
Con el rayo del sol, en ancha zona,
A semejanza de ágil cervatilla,
Trisca y salta y se tiende juguetona.

No distante del césped,
En escampado porque más resalte
El matiz primoroso de su esmalte
Que la esmeralda y el topacio afrenta,
Atrae a poco su atención prolija
Rastrera lagartija
De que la niña apoderarse intenta.
Tímido el animal, huye haciendo alto

De añoso tronco en la raíz nudosa,
Y al ver que su enemiga codiciosa
Le sigue, torna a huir con sobresalto:
Corre a lo largo del jardín ameno,
Y del estanque al pie, cuya agua riza
El céfiro, se mete escurridiza
De oscura grieta al escondido seno.

Tarde llegó tras ella
En su inútil afán la criatura,
Y del estanque en la musgosa grada,
Mal ceñida la regia vestidura,
Serena como siempre la faz bella,
A la gentil Papantzin vió sentada.—
Incapaz todavía
De comprender la muerte ni lo raro
De tal visión, espanto no sentía:
A que se agrega que miró bañarse
Allí más de una vez a la señora,
Sin esclavas cual hoy, a aquesta hora;
Y en su infantil razón nada hay extraño
En que, si bien difunta y enterrada,
Sintiéndose en la tumba acalorada,
Salga de ella a tomar de nuevo un baño.—
Con señal expresiva la princesa
La incita a que se acerque, y cuando acude
Solícita la niña, de recelo
Sin el menor asomo,
La dice en grata voz como del cielo:
«Llámame a la mujer del mayordomo.»

Al llevar su embajada,
Ésta la respondió:—«¡Niña inocente!
La princesa está muerta y enterrada.»
Tírala del huepill la mensajera
En que salga insistiendo impertinente,
Y la buena mujer, casi enojada,
En ir con ella afuera
Sólo por darla gusto al fin consiente.
Mas, no bien a Papantzin vió sentada,
Sintió cual si en sus venas convertida
La sangre fuese en hielo,
Y, de terror transida,
Perdió el conocimiento y vino al suelo.

Tan funesto accidente
Asusta a la entendida pequeñuela:
Dél a dar a la madre aviso vuela;
Otras mujeres al lugar acuden
Y cayeran también si en blando acento,
A ellas la faz tornando cariñosa,
No las dice Papantzin:—«Estoy viva
Y al mayordomo hablar quiero al momento.»
Y como aquí, sin otra consecuencia,
Termina la ingerencia
De la cándida niña en esta historia
Cierta de todo punto aunque esté en verso,
Para dejar de lo demás memoria
Voy a escribir capítulo diverso.

VI

Los reyes de Acolhuacán y de México ante la princesa.

Llegado a su presencia el mayordomo,
Ordénale Papantzin dé noticia
Del caso singular al rey su hermano;
Pero en obedecerla aquél vacila.

—¿Cómo el rey lo que diga ha de creerme?
Pensará que me burlo y de su ira
Provoco la explosión.—Pues ve a Texcuco
Y dí a Netzahualpil de parte mía

Que venga a hablarme.» El servidor se aleja
Y al palacio Papantzin se encamina,
Y al verla andar domésticos y esclavos
Juzgan que es sueño y más y más se admiran.

Pocas horas después a Tlaltelolco
El sabio rey de Acolhuacán arriba,
Dirígese a la alcoba y en sus labios
De la incredulidad lleva la risa;

Mas cuando cerca está de la princesa
Duda no tiene ya de que es la misma

Que enterraron ayer, y al saludarla
Pasmo y temor en su ademán se pintan.

—Ruégoos que, yendo a México al instante,
Digáis a Moctezuma que estoy viva
Y que le quiero hacer revelaciones
Que atañen a la azteca monarquía.»

Cumplió Nezahualpili aqueste encargo:
Recibió Moctezuma su visita;
Y, aunque le oyó sin distracción ni enojo,
Crédito dar no pudo a lo que oía.

Sólo por no agraviar a su aliado,
Con él y numerosa comitiva
De nobles y señores que lo asisten,
De Tlaltelolco el rumbo toma aprisa.

En la sala al entrar donde le espera
Impaciente Papantzin, él la mira
Con inefable asombro.—¿Eres tú, hermana?
Pregúntala con voz desfallecida.

Su diestra ella le alarga y le responde
En cariñoso acento:—Soy la misma
A quien ayer dejaste en el sepulcro;
Mas tu actitud depón, que me hallas viva,

Y quiero lo que ví comunicaros,
Pues que con tal misión sólo me envía

Desde la eternidad de nuevo al mundo
La inescrutable voluntad divina.»

Luego toman asiento los dos reyes
Permaneciendo en pie la compañía
De nobles y criados, y Papantzin
Lo que voy á contar habló en seguida.

VIII

Narración de Papantzin.

«No bien perdí la vida, o, si increíble
Os pareciere aquesto, fuí privada
De razón y al dolor quedó insensible
El cuerpo de mi espíritu morada,
Por el aire con ímpetu terrible
He sido a llano inmenso trasportada;
Llano sin cavidad, choza, ni monte,
Ni más límite y fin que el horizonte.

«En el centro hay camino, dividido
En diferentes sendas tortuosas,
Y cerca un río va que con bramido
Ronco sus aguas lleva cenagosas.

A la contraria margen me decido,
Como cediendo a fuerzas misteriosas
Que me impelían, a pasar a nado,
Cuando gallardo joven ví a mi lado.

«Bella la faz y grande la estatura,
Cual la nieve que manchas no consiente
Era blanca su larga vestidura
Y como el claro sol resplandeciente.
Dos alas y ceñida la cintura
Lleva, y esta señal le ví en la frente:
(Diciendo así, con arte peregrino
Su diestra de la Cruz formaba el sino).

«Contemplábale absorta y en sus ojos
Brillo descubro de celeste llama;
Herida de temor, caigo de hinojos,
Álzame al punto y bondadoso exclama:
—«No atravieses el río; sus enojos
Apacigua el Señor porque te ama
Y te reserva perdurables goces,
Aunque hasta agora tú no le conoces.»

«Mi corazón latió con más sosiego
En presencia de tales maravillas:
Llevóme de la mano el joven luego
A visitar del río las orillas:
Ví huesos calcinados por el fuego
Y rotas calaveras amarillas;

Oí gemidos de dolor y espanto
Que inspiran compasión, mueven a llanto.

«Del río al ancho cauce me convierto,
Y unos barcos en él grandes y raros
Con gentes cuyo traje y faz no acierto
Por lo extraños que son a descifraros,
Ví acercarse a las márgenes y advierto
De su intención hostil signos muy claros:
Hace brillar el sol por todas partes
Yelmos y escudos, armas y estandartes.

«—Dios la existencia prolongarte quiere,
Dice el joven tornando a hablar conmigo,
Porque de la mudanza que se opere
En tu infeliz nación seas testigo.
Ese clamor que tus oídos hiere
Lo arranca a tus mayores el castigo
Dado a sus almas, del error manchadas
Y a padecer eterno condenadas.

«Los que allí ves llegar rubios varones
De noble faz en ademán guerrero,
Tras recio batallar, estas regiones
Conquistarán al filo del acero.
Han de venir con ellos las nociones
Del soberano Bien, Dios verdadero
Que sacó de la nada cielo y tierra
Y cuanto alumbra el sol y el mar encierra.

«Terminada la lid, baño sagrado
Que las impuras almas regenera,
Se ofrecerá al gentil de Dios llamado
Y habrás de recibirlo la primera.
Vuelta del seno del sepulcro helado
Y ardiendo en caridad y fe sincera,
En tu nación, por voluntad divina,
El apóstol serás desta doctrina.»

«Dió a sus palabras fin; cual humo al viento
Desvanecióse el venerado guía;
Correr la sangre en mis arterias siento. . . .
Palpo la cueva tenebrosa y fría;
La losa sepulcral quito al momento,
Mis ojos ven la claridad del día;
De mi palacio en el jardín me hallo,
Y lo demás, pues lo sabéis, lo callo.»

VIII

Conclusión.

Atónitos quedaron los monarcas
Y los señores y el vulgar gentío,
Sin poder recusar el testimonio
De lo que ven y escuchan ellos mismos.

Alzóse de su asiento Moctezuma
Torva la faz y el ánimo afligido;
De nadie se despide, y se encamina
De su palacio a un apartado sitio,

Do en épocas de luto se recoge
De los negocios lejos y el bullicio,
Presa de la tenaz melancolía
A que siempre inclinóse desde niño.

Dejó de visitar de sus mujeres
El oculto retrete favorito,
Los salones de fieras, los estanques
Y de Chapultepec el bosque antiguo

Donde el sol no penetra y al impulso
De los vientos de otoño hacen ruido
Semejante al del mar en la ribera,
Sus ramas agitando, los sabinos.

Volver a hablar con su amorosa hermana
Mientras vivió el monarca jamás quiso.
Los áulicos en vano le aseguran
Que tiene trastornado ella el sentido,

Y que son sus visiones y palabras
Efecto de su falta de juïcio.—
Moctezuma a presagios anteriores
De su resurrección liga el prodigio,

Y contempla en tal hecho, que le pasma,
Y en las revelaciones, cierto aviso
Del que a su pueblo y trono el alto cielo
Ha señalado ya fatal destino.—

¿Qué mucho que al llegar hasta su corte
Los que el vulgo proclama del sol hijos,
Indómitos guerreros agrupados
En torno del pendón de Carlos Quinto;

Los que en tubo delgado el fuego encierran
Y a salir dél lo fuerzan a su arbitrio,
Y a que la muerte dé con ronco estruendo
Semejante del rayo al estallido;

Los que en tropel sobre el indiano cargan
Con la furia de raudo torbellino,
Cándida la color, barbado el rostro
Y cabalgando en brutos jamás vistos;

Los que tras ruda lid, como aliados
Traen a sus vencidos enemigos,
De la ilustre Tlaxcala defensores,
De quienes Xicoténcatl es caudillo;

Al llegar hasta el centro del imperio
Seres de audacia tal ¿qué mucho, digo,
Que, viendo Moctezuma en cuanto pasa
El cumplimiento de altos vaticinios,

En el cuitado corazón de menos
Eche el valor y generoso brío
Con que a México dieron sus mayores
Lustre y fama inmortal, nuevos dominios;

Y, en vez de conducir su pueblo el paso
A disputar al invasor altivo
La libertad común y cetro y vida
Perdiendo allí si tal era su signo,

Con fiestas y regalos humillantes
Le reciba en palacio en son de amigo,
Y no le indigne que el ibero ponga
Ley a su voluntad, a sus pies grillos?

. . . .

Lidiaron otros con fortuna adversa,
Mas con valor que admirarán los siglos.
Sus brazos amorosos la Cruz luego
Tendió entre vencedores y vencidos.

De su doctrina santa a la influencia
Llegaron a formar un pueblo mismo,
De cuya ardiente fe dan testimonio
Los templos que nosotros destruimos!

Papántzin, que vivió desde el suceso
En estas breves páginas descrito,
Extraña al fausto de la egregia corte
Y a la abstinencia dada y al retiro;

En las regiones del antiguo imperio,
Al tremolar el pabellón de Cristo,
Fué la primera en recibir el baño
De las sagradas aguas del bautismo.

Tomó en él de MARÍA el dulce nombre,
Y, a su ejemplo, el idólatra gentío
Deja las sendas del error y acude
A los rediles del Pastor Divino.

1861.

LA VÍCTIMA SIN CORAZÓN.



LA VÍCTIMA SIN CORAZÓN.

(Leyenda Tolteca sobre la peste).

Dice cronicón polviento
Que al mediar funesto día,
Turbando paz y alegría
A que dió Tula aposento,

Súbito recio temblor
Estremece la comarca,
Desde el mendigo al monarca
Helando al pueblo de horror.

Hiende montes eminentes,
Abre en el suelo orificios,
Y a tierra los edificios
Echa y al agua los puentes.

Como en el toro violento
Cabalgador mal seguro,
Tula desde el templo al muro
Se agita en su mismo asiento.

No bien cesa el terremoto,
La no distante montaña
Ruge en su profunda entraña
Como en los valles el noto.

Convierte en cráter su cumbre
Y, en humo y luz coronada,
Deja su falda anegada
En lago espeso de lumbre.

Para que el cielo propicio
Desdichas tales suspenda,
Ordena el rey que en su tienda
Haya humano sacrificio.

Y escoge con alborozo
La multitud obediente
Un cautivo adolescente
A quien aun no pinta el bozo.

Tendido en la piedra enana
Que ocupa no escaso trecho,
Le abre el sacerdote el pecho
Con su puñal de obsidiana,

Sin que el mancebo, adormido,
Muestre en su gentil conjunto
Leve temblor en tal punto
Ni exhale el menor gemido;

Y en vano la diestra avara
Le hunde en la herida, buscando
El corazón que humeando
Ha de ofrecer en el ara.

A sus sentidos apenas
Daba crédito el gentío
Viendo aquel pecho vacío,
Viendo sin sangre las venas,

Cuando se puebla el ambiente
De fetidez inaudita
Que estar imposibilita
De tal cadáver enfrente.

Manda luego el soberano
Que al campo llevado sea;
Mas fué difícil tarea
Siquier moverle una mano.

Se halló que pesaba como
Si, al ancha piedra adherido,
Hubiéranse convertido
Sus blandas carnes en plomo.

De cuerda fuerte unos lazos
Formaron para movello,
Aplicándolos al cuello,
Cintura, piernas y brazos.

Dellos a tirar se lanzan
Con resolución febril
Primero cien, luego mil,
Y un palmo sólo no avanzan.

Ceñudo en esto el semblante,
Del rayo armada la diestra,
Al rey y al pueblo se muestra
Tetzcatlipoca delante.

Himno que cayó en olvido
Mándales cantar: sonoro
Entónale el pueblo en coro
Y es el cadáver movido.

Mas cae el grupo no escaso
De cuantos cerca de él van,
Cual cañas que el huracán
Descuaja o dobla a su paso.

Y los que a llenar el puesto
Sin torpe miedo acudían,
Avanzaban y caían
Como los otros, muy presto.

Hasta que llegando a un monte
Que no habita sér humano
Y tras del cual forma un llano
Por lo extendido, horizonte,

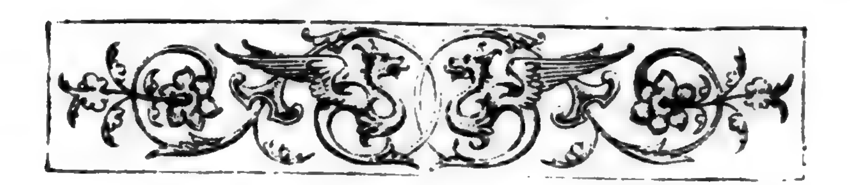
La odiosa carga allí suelta
La multitud consternada,
Cual si estuviese embriagada
Bamboleando a la vuelta.

Si en sus brazos no le abarca
Xóchitl, hubiera caído
En tierra del mal herido
Tecpancaltzin el monarca.

¡Día de horror! El espacio
Ennegrecido hacia el polo,
Poblaba un gemido sólo
Desde la choza al palacio.

1864.

LA DANZA DE LOS INDIOS.



LA DANZA DE LOS INDIOS.

La Iglesia ya se apresta
Con piadosa alegría
A celebrar la fiesta
De la sin par MARÍA,
Que apareció en las áridas
Rocas del Tepeyac;
Esperanza y consuelo
De la región indiana,
Bella como en el cielo
La luz de la mañana;
De amor divino símbolo,
Prenda cierta de paz.

Y acuden a su templo
Los pueblos comarcanos,
Y en el atrio contemplo
A los niños y ancianos

De la familia indígena,
Objeto de su amor,
Grupos formando en torno
De sus hijas y hermanas,
Que con sencillo adorno,
Tristes en vez de ufanas,
Tejen danza monótona
De un triste canto al son.

No asoma a sus facciones
La animación, la vida.
¿Los generosos dones
De que en la edad florida
El cielo colma pródigo
A ellas tal vez negó?
Oscuro es su semblante,
Sus manos y su cuello;
Ingrato su talante,
Lacio y tosco el cabello;
Nunca en sus labios cárdenos
La risa se mostró.

Ni el músico se anima
Ni el padre se enternece;
Por más que el arco esgrima
Aquél, su son fenece
No bien lo ha dado al céfiro
El gemidor violín;
Y en el rostro villano,
De la danza en presencia,

Sólo muestra el anciano
Helada indiferencia;
Pone sus ojos tétricos
Del cielo en el confín.

Vestigios de otra gente
Guerrera y poderosa,
Resto sólo al presente
De una tribu gloriosa,
Que a guisa de relámpago
Brillaba y se extinguió;
Festejan hoy con flores
Y cánticos y danza
A AQUELLA que dolores
Convierte en esperanza,
Y amparo de los míseros
Y Madre se llamó.

¿Quién reconoce en ellas
La gracia peregrina
De las facciones bellas
Con que inflamó Marina
El noble pecho indómito
Del gran conquistador?
Ni guarda el polvo austero
Regia ni humilde tumba
De los que al hierro ibero
Dan la vida en Otumba,
Y dejan a sus pósteros
Ejemplo de valor.

No en la lengua natía
Resuenan los cantares
Con que expresaba un día
O dichas o pesares
La dulce lira homérica
De Nezahualcoyótl.
En extranjero idioma
Uno y otro hemisferio
Hablan de Mocteuzoma,
Monarca del imperio
De Xicoténcal ínclito,
Del bravo Guatimoc.

Pacen ya los ganados
Entre las pardas ruinas
De los templos alzados
En las selvas vecinas
Por el fervor idólatra,
Que sangre vierte allí.
Sólo de aquellas éras
Testigos los volcanes,
Magníficas neveras,
Con formas de titanes,
Su grande historia trágica
Dirán al porvenir.

Aislóse en sus aduares
La raza conquistada:
Sus vidas y sus lares
Del fuego de la espada

Entre los montes ásperos
Indómita salvó.
Y tras los sanguinosos
Implacables guerreros,
Vinieron los piadosos
Humildes misioneros,
Y ante su aspecto y pláticas
Al cabo se rindió.

Y aunque vivió apartada
Del castellano altivo,
Rústica y consagrada
Sólo al recuerdo vivo
De su grandeza ingénita
Que ya perdida ve,
Sus ojos abrió el cielo
A la verdad divina,
Y en busca de consuelo
Al templo se avecina,
Y allí al ibero el vínculo
La unió de nuestra fe.

Puso cariño tierno,
Puso esperanza pía
En quien venció al averno,
En la Virgen María;
Madre suya aclamándola,
En ella confió.
Y ella, de su dolencia
Y su humildad movida,

Quiso con su presencia
Dulcificar su vida,
Y en un ayate rústico
Su imagen la dejó.

Y acuden a su templo
Los pueblos comarcanos,
Y en el atrio contemplo
A los niños y ancianos
De la familia indígena,
Objeto de su amor,
Grupos formando en torno
De sus hijas y hermanas
Que con sencillo adorno,
Tristes en vez de ufanas,
Tejen danza monótona
De un triste canto al son.

Tal vez el ciego y vano
Filósofo se ría
Oyendo el canto indiano
Y viendo que a porfía
Danzan las tiernas jóvenes
Para expresar su fe;
Mas es error su ciencia
Y su soberbia es viento:
De Dios a la presencia
Llega este humilde acento;
Lo acogerá solícito
Porque en las almas lee.

¿Será que acaso un día
Nosotros, descendientes
Del pueblo que vencía
A las indianas gentes
Y fe, costumbres y hábitos
E idioma aquí dejó;
Esclavos de una raza
De la nuestra enemiga,
Que su conquista traza
Dándose por amiga,
Ante este altar lleguémonos
A impulsos del dolor?

Triste será el semblante
Y débil el acento,
Y el opresor delante
Dirá sin sentimiento
Y en lengua extraña y áspera
Como su propio sér:
«De aqueste pueblo ¿dónde
Está el valor natío?
¿Dó su virtud esconde?
¿Dó el castellano brío?
No el hierro, mas el látigo
Le tiene a nuestros pies.»

No: si tan dura suerte
El cielo en sus enojos
Me reservó, la muerte
Cierre más bien mis ojos,

¡Oh Virgen clementísima,
Amparo del mortal!
Pues que tu imagen santa
Nos diste por consuelo,
Haz que enemiga planta
No huelle nuestro suelo
Mientras en él subsistan
Tu imagen y tu altar!

1857.



EL CANTO DEL AVE DEL PARAÍSO



EL CANTO
DEL AVE DEL PARAÍSO.

LEYENDA*

«Quoniam mille anni ante oculos tuos, tanquam dies hesterna quæ præteriit.»

«Porque mil años son ante tus ojos como el día de ayer que ya pasó.»

SALMO LXXXIX, v. 4.

I.

Los monasterios antes de la reforma.—El hermano Alfeo.

¡Augusta antigüedad! ¡Serenos días
En que su acento la impiedad no alzaba!
De la Germania en los inmensos bosques,
O en el centro de fértil eminencia,
Santo refugio de las almas pías,

* Lo sustancial de esta leyenda, originaria de Suecia, ha sido dado a conocer en Francia por Schubert en su obra intitulada. «Lo antiguo y lo moderno.»

Do quiera un monasterio se elevaba
Dando abrigo al dolor, pasto a la ciencia.
Las inocentes pasajeras aves
Sobre la cruz del campanario altivo
El vagaroso vuelo suspendían,
Y sus trinos suaves
Desde la celda silenciosa oían,
Dados a la oración, los monjes graves.

Cerca de Olmutz con ellos vive Alfeo;
De alma sencilla y corazón ardiente,
Ahogó temprano el terrenal deseo
De amor y gloria, y en el claustro frío,
Por alcanzar el cielo, penitente
Entró de su existencia en el estío.
Tal vez allí le persiguió importuna
La memoria, poniendo ante sus ojos
Sus faltas juveniles una a una,
Mas el estudio y la oración vinieron
Nueva ayuda a prestar al monje santo,
Y el tiempo su carrera siguió en tanto
Y sus cabellos blancos se pusieron.
Y entonces, viendo el tentador dañino
Que sus antiguas armas, embotadas,
Herir no pueden la virtud del monje
De afectos terrenales ya desnuda,
Se apoderó de su ánimo sencillo,
De la fe pura oscurecióle el brillo,
Lanzóle en los abismos de la duda.

¡Adiós los bellos apacibles días
En que, al templado rayo de la aurora
O de la tarde en la serena calma,
Las cumbres eminentes, las sombrías
Grutas, la fuente límpida y sonora,
Llena de paz y regocijo el alma,
Ha visitado Alfeo
Elevando su espíritu, a la vista
De maravilla tanta
Sobre las alas de inmortal deseo!
Si por el bosque vaga, le conturba
El susurro del viento entre las hojas:
Quiere huir de sí mismo
Y, acosado de inútiles congojas,
Ve siempre ante sus ojos un abismo.
La nave de su espíritu ligera
Perdió el áncora santa
Que fija en el Señor la mantuviera;
Suelta discurre, el vendaval azota
Con furia sus costados,
Y por lóbregos mares irritados
Cual pluma va, desmantelada y rota.

Empero la purísima centella
Que escondida en su sér quedado había,
Fué en sus tinieblas la benigna estrella
Que iluminó la abandonada vía.
Volvió a su Dios el alma
Y acató sus designios reverente:
Vana llamó a la ciencia y en el polvo

Humilló en su dolor la calva frente.
Recurre a la oración y prosternado
Al pie de los altares, ve cuál huyen
La noche, el alba tarda,
Y en el mismo lugar la noche aguarda.
El tentador en sus ataques cede:
Ya la inquietud del monje se limita;
Sabe que Dios tranquilizarle puede,
Que su misericordia es infinita.

II.

Dudas y temores de Alfeo.—Excursión matinal.

«Si es condición de nuestro sér mezquino
La variedad en todo; si lo bello
Pierde su encanto a la cansada vista;
Si no hay afecto noble y peregrino
Que de los años a la acción resista;
Si hostiga cuando suena de contino
Música dulce que el oído halaga:
Y el sazonado y oloroso fruto
Que el árbol de mi huerto da en tributo,
A fuerza de gustarlo me empalaga,
Si es condición de nuestro sér—repito—
La variedad en todo, ¿es dado acaso

Gustar siempre la dicha que en el cielo
Se nos dará por término infinito,
Sol que brilla y que nunca tiene ocaso?»

Esto el hermano Alfeo
A solas meditando se decía;
Y su turbado espíritu añadía:
«No es posible gozar la dicha eterna,
Pues que de cambios sólo el alma vive;
Mas de esa dicha la promesa santa
Que constancia y valor al justo inspira
¿No se habrá de cumplir? ¿Será mentira?
¡La eternidad! ¡La eternidad me espanta!»

He aquí cómo venciendo
Una tras otra sus antiguas dudas,
Ya serenada casi la tormenta,
Se alza esta duda, siendo
Fuente abundosa de congojas rudas
Que allá en su pobre corazón revienta.
Cierta mañana intenta,
Por mitigar su angustia,
Salir el monje a los vecinos prados:
Vedle cuál va por el sendero amigo,
Con los brazos cruzados,
Inclinada hacia el pecho la faz mustia,
Llevando siempre su dolor consigo.
Era la alegre hora
En que, asomando tras cortadas nieblas,
Disipa ya las últimas tinieblas

De la noche sombría
La deseada aurora,
Tierna amante del sol, madre del día.
Bañan sus rayos puros
Con luz rosada el campanario altivo,
Las puertas santas y los pardos muros
Del convento de Olmutz, y allá a lo lejos
Brillan con sus reflejos
El alto roble y el copado olivo.
Pone sus tristes ojos
El monje en el variado panorama
Que en derredor naturaleza ostenta
Del sol de Mayo a la brillante llama;
Oye el dulce concierto de las aves,
Oye el rumor del ondeante río,
Siente las alas de la brisa puras,
Y no acierta a romper las ligaduras
Con que le oprime su incesante hastío.
Esos robustos árboles, el manto
Siempre azul de los cielos,
De las aves alígeras el canto
Y de la niebla los bordados velos
Con que se visten los profundos valles,
Y la sin par belleza
Con que en sus más recónditos detalles
Aparece al mortal naturaleza,
Perdieron para el monje todo encanto.
¡Ay! en aquella hora
¡Cuánto se acuerda, cuánto
De los felices pasajeros días

En que todo propicio,
Manantial de perpetuas alegrías
Era a su corazón, cuando novicio!
Los intrincados bosques, las corrientes
De agua pura escondida, la flor bella,
Los olorosos frutos que en Octubre,
De la rama pendientes,
Do quiera el ojo atónito descubre,
Qué placer en el ánima ponían!
Mas ¡ay! que el veloz tiempo en su carrera
La novedad se lleva de las cosas;
Desaparece la beldad primera
De aquellas que creímos
Eternamente hermosas;
Y al oído y la vista, en fuerza acaso
De la odiosa costumbre,
Ronco a ser llega el cántico del ave
Y pálida del sol la viva lumbre:
Y si aquesto acaece en nuestros años
Breves y pasajeros,
¿Qué habrá de ser allá en la eterna vida,
Ni cómo a un mismo perdurable goce
Habrá de mantenerse el alma asida?
¿Cómo no ha de acosar insomne hastío
Al justo en las mansiones do le guardas
Por una inmensa eternidad, Dios mío?

III.

Continuación del paseo del monje.—El canto del ave.

¡Triste del monje Alfeo
Que en tales reflexiones abismado
Prosigue solitario su paseo,
Por el oscuro bosque deja el prado;
Deja tras sí las conocidas sendas,
De vista pierde el campanario altivo,
Y sin objeto y al azar camina
Por la selva vecina,
Muerto a la fe y a sus dolores vivo!

Mas hubo de internarse por lugares
Que acaso nunca visitó; a los lados
De la vereda que transita el monje,
Pinos gigantes, cedros seculares
Alzarse vió, y a sus robustos troncos
Enlazarse la hiedra enamorada,
Y sus hojas tupidas
Tejer fresca enramada
Al insecto y las aves escondidas.
El sonoro arroyuelo
Que allá discurre por la verde alfombra

Del árbol se oscurece con la sombra,
O bien su espejo claro presta al cielo.
Pero ¿dónde belleza igual habría
A la de aquellas flores
Que en su extensión la selva contenía?
¿Dónde colores hay cual sus colores?
¿Dónde perfumes hay cual su perfume
Que vuela en alas de la brisa amiga
Y al encantado Alfeo
Presta nuevo vigor y no le hostiga?
Jamás lo que antes viera
Le pareció tan bello: su mirada,
Del monte a la pradera
Discurre extasïada,
Y, por gozar mejor de aquel contento,
Sobre roca de musgo tapizada
El entusiasta monje toma asiento.

- -

Y de la copa de árbol vecino
Eleva un ave sonoro trino:
Llena las selvas su grato acento;
Por dondequiera repite el viento
La dulce voz;
Cara a las almas, cual la memoria
Del bien perdido, cual la esperanza
De goces puros que allá en la gloria
Tan sólo el justo varón alcanza,
Dados por Dios.

No; ni el suspiro de tierno infante
Cuando tranquilo duerme en su cuna,
Ni el són del remo sobre el brillante
Plácido espejo de la laguna
Pueden llegar
A lo suave de aquel sonido,
De los mortales jamás oído
En bosque o prado, valle ni loma,
Y que adormece, como el aroma
Del azahar.

No hay voz humana ni melodía
Que con sus notas conmueva tanto
Como las notas que oir hacía
El ave aquella siguiendo el canto
Que comenzó.
Ciencia y virtudes, dicha sin tasa
Recibe el hombre que, por ventura,
El linde santo del bosque pasa
Y oye asombrado la igual dulzura
De aquella voz.

Ninguno empero; tan sólo Alfeo
La oyó, sentado sobre la peña:
Ni sabe el monje si, en su deseo,
Tamaña dicha su mente sueña.
¡Monje feliz!
Él no se cansa de oir al ave,
Si bien el canto divino dura;
Y abre sus labios el monje grave

Y en suplicante tono murmura,
Mirando al ave que vuela esquiva:
«Mientras yo viva
Cántame así!»

. . . .

«¡Cielos! —clamó, como al volver de un sueño
Breve y dichoso, el monje— ¿qué me pasa?
¿Por qué el canto cesó? ¿qué canto es este
Que al alma torna la quietud perdida,
Y que con gusto sin igual oyera
Hasta el último aliento de mi vida?»
Álzase de la roca donde estuvo
Sentado, y luego advierte
Que de sus miembros, vigorosos antes,
La fuerza varonil huyó de suerte
Que sus piernas flaquean
Y en sustentar el cuerpo mal se emplean.
Con pasos vacilantes,
La vista oscura ya, tardo el oído,
En su nudoso báculo apoyado,
Y el ánimo con sueños distraído;
Después de haber errado
Por las diversas intrincadas sendas
De aquel sitio encantado
En donde oyó del ave el dulce acento,
Donde aspiró tan peregrino aroma,
El religioso toma,
No sin trabajo, el rumbo del convento.

Pero ¡gran maravilla!
Del sendero que sigue silencioso
Vió en una y otra orilla,
Al salir del convento en la mañana,
Arbustos pequeñuelos,
Y se han trocado en árboles frondosos
Cuyas cimas ya tocan a los cielos.
En un recodo del sendero, mana
De peñascos musgosos
Para el varón desconocida fuente;
Sobre el arroyo está que della nace,
Edificado un puente:
Rebaño de blanquísimas ovejas
Cerca del agua cristalina pace,
Y el pastor que las cuida
Al viento da las melodiosas quejas
De su flauta sentida.
Viendo al monje, suspende
La grata ocupación, y luego exclama
Interrogando a los demás pastores:
«¿Este monje quién es? ¿Cómo se llama?»
—«Es de Olmutz,» le contestan; pero nadie
Al religioso anciano ha conocido,
Auque al convento acuden día por día
Todos, y el nombre tienen
De los monjes de Olmutz muy bien sabido.

IV.

Vuelve Alfeo al convento.—Su desengaño.—Su muerte.

De una en otra sorpresa
Camina el monje, de inquietudes vivas
Su acongojado espíritu hecho presa.
A la pradera sale
Que de la antigua iglesia al pie se extiende.
Y allí ¡doble misterio!
Luego hiere su vista y le sorprende
La nueva faz del santo monasterio.
De dobles dimensiones
La iglesia es ya, y en su redor se elevan
Modernas construcciones:
Los árboles pequeños han crecido,
Bañado el pie por arroyuelos mansos
Que aguas brillantes y sonoras llevan,
Gusto dando a la vista y al oído:
Ni siquiera existía
En el mismo lugar do estuvo siempre
La oscura, aunque espaciosa portería.

Cuando el anciano halló la nueva entrada
Y llamó suavemente,
No sin notar que la campana era
De metal diferente,

Apareció desconocido lego
Que la verja de hierro abrió ligera.
—¿Qué es del portero Antonio? dijo luego
El monje anciano con temor y angustia.
Y, atónito mirándole, contesta
El lego entre confuso y altanero:
—¿Qué decís? ¡Buena es esta!
Jamás he conocido tal portero.
—¡Cielos! prorrumpe estupefacto el monje:
¿El convento de Olmutz no es éste acaso?
¿No salí de mi celda esta mañana?
—Cinco años hace que conservo el puesto
En que me halláis, replica
El lego, y no ví monje que tuviera
Semejanza con voz grande ni chica.

Pálpase Alfeo la abrasada frente,
Lleva asombrado en derredor los ojos;
Ve que pausadamente,
La cabeza cubierta
Con la capucha parda, sus hermanos
El silencioso claustro recorrían:
Él a llamarles por su nombre acierta;
Mas ¡ay! ¡esfuerzos vanos!
Porque ellos a su voz no respondían.
Corre hacia donde están, y de uno en uno
Vióles la faz y conoció a ninguno,
Y exclama entonces: «¿Qué portento es este?
¡Por compasión miradme, hermanos míos!
¿Nadie me ha conocido antes de ahora?

¿Nadie se acuerda del hermano Alfeo?»
Al oir este nombre, un monje anciano,
El más viejo de todos, dice: «Creo
Que hubo un tiempo en el claustro sabio hermano
Que se llamaba así: se complacía
En frecuentar la soledad augusta
De los vecinos bosques; era bueno
Y querido de todos; mas un día
Salió del monasterio, cual solía,
A vagar por el campo, de la aurora
A los dulces reflejos;
Nadie a verle tornó; su fin se ignora:
Esto he oído contar a los más viejos.»

Oyendo tal discurso
Alfeo, lanza penetrante grito,
Las manos cruza y prosternado en tierra,
Así exclamó con ánimo contrito:
«¡Oh Dios piadoso, que mostrar quisiste
A mi espíritu flaco sus errores,
Cuando enojado viste
Que comparó las inmortales flores
De tu gloria infinita
Con las flores del mundo pasajeras
Que ajan los años y el dolor marchita!
¡Todo un siglo he pasado
Del santo paraíso al ave oyendo
Dulcísima y canora,
Y lo que a grato sueño fuí entregado
Estáme pareciendo

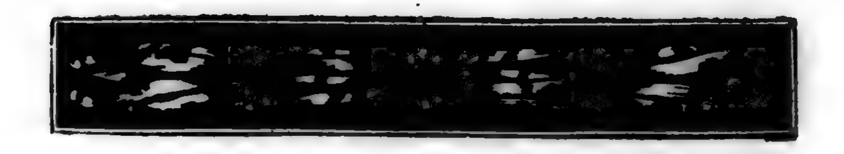
Que fué sólo una hora!
¡Señor, te apiada de las culpas mías!
Lo que valen comprendo
De tu mansión las santas alegrías.»

Dijo esto el monje y extendió los brazos
En dirección del cielo
Y, ya al romperse los vitales lazos,
Sus labios, yertos casi,
En señal de humildad puso en el suelo.
Quedó luego tendido el cuerpo inerte;
Mas el ánima al cielo se levanta,
Y oye al ave que canta
Por una eternidad... ¡Dichosa muerte!

1855.



MEMORIAS DE UN PEREGRINO



FRAGMENTOS

DE UN POEMA INTITULADO

"MEMORIAS DE UN PEREGRINO"

I.

Últimos días del invierno.—Llegada de las aves.

Consérvase la nieve en las montañas,
Permanecen los árboles sin hojas;
Por el rayo solar herida aquélla,
Cruge, rueda, en torrentes se transforma,
Desciende al valle convertida en río
Y fertiliza la comarca toda.
Céfiro allí sus invisibles alas
Cuando discurre en sus cristales moja,
Y a esparcir va después su aliento helado
En la ciudad, en las humildes chozas.
Todavía la niebla se levanta
De la llanura en transparentes blondas,
Y en mi ventana el viento de la noche

A veces melancólico solloza.
¿Dura el invierno aún? ¿Cómo así el duelo
De la naturaleza se prolonga?
¿No tornará mañana, cual solía,
De los placeres la estación hermosa?

Hendiendo el vasto cielo nebuloso
Viene la golondrina voladora
Desde climas lejanos: bajo el techo
De mi humilde mansión vaga afanosa;
Pide hospitalidad con trinos breves
Y se congrega la familia toda
A admirar al alado peregrino.
Ave amiga del hombre, en buena hora
Llegues a mis umbrales: tu presencia
Anuncia al corazón la vuelta próxima
De los serenos días. ¿Desde dónde
Vienes buscando al sol? ¿Cuál es la zona
Donde a la luz tus párpados abriste?
¿Cómo dejaste ayer la cara esposa?
¿Cuándo tornas a ver los patrios campos
Que el invierno a dejar te obliga ahora?
¡Y un asilo en tus cánticos me pides!
Duerme bajo mi techo sin zozobra,
Que acaso traiga a la estación que anhelas
La roja luz de la vecina aurora.

———

II.

La Primavera.

Siempra te amé, florida primavera,
Siempre fuiste a mi alma melancólica
Lo que la vista del vecino puerto
Al náufrago que lucha con las ondas.
En cada flor me diste una esperanza,
Me ofreciste un placer en cada hora,
Y, al contemplar el alfombrado campo,
Tu ardiente sol, tu trasparente atmósfera,
Quise que en tu regazo el sueño eterno
Me obligase a dormir muerte dichosa.

III.

El cántico del ruiseñor.—Amores de las aves.

Mas ¿qué dulce cantiga a turbar viene
La calma de los bosques a esta hora?
Te reconozco, ruiseñor amante,
Son tus reclamos a la esquiva esposa.
Ese sol que fecunda las montañas
Prende en tu seno llama abrasadora:
Pero ¿qué digo, si de amor el fuego
Se enseñorea de las aves todas?

Desde el alción que vuela sobre el río
Imitando el murmurio de las ondas
En sus cantares tristes, hasta el águila
Que el mundo deja y las estrellas toca;
Desde el buho misántropo que el nido
En lo interior del campanario forma,
Hasta la garza cándida que busca
Asilo en las lagunas pantanosas,
Al ave compañera todas llaman
Con voz alegre o triste, dulce o ronca;
Todas pueblan el aire con sus cantos,
Todas en su embriaguez viven dichosas.—
Tardan aún las roncas tempestades:
Las nieves del invierno están remotas.

IV

Olvido que sigue a la muerte.

¿Viste morir al entusiasta joven
Que el orgullo formó de su familia;
Amado de las ciencias y las artes,
Y en cuyo pecho el patriotismo ardía?
¿Viste morir la prometida esposa
De dar su mano ante el altar en vísperas?
¡Qué de esperanzas ¡ay! mueren con ellos!
Pues acércate aquí: sus tumbas mira:
Brotan en rededor silvestres flores,
Aman las aves y dichosas trinan:

Sobre la tierra el aire, como siempre,
Cuelga desde el zenit su azul cortina:
Nada falta en el mundo: hasta sus nombres
El caro amigo pronunciar evita:
Un año más y con su injusta suerte
La familia enlutada se resigna!

V.

La Lluvia.—La Cosecha.

Mas ¿qué sordo rumor al lejos suena
Que retumbando, en la montaña expira?
Son los truenos de julio: al escucharlos
El labrador se inunda de alegría.
Anuncian ellos bienhechora lluvia
Que el abrasado campo fertiliza.
Desgárrase la nube: por el rayo
Del sol que muere en Occidente heridas,
Del Sud al Aquilón iris inmenso
Forman las gotas de agua cristalinas:
Por sus multiplicadas partiduras
Bebe la tierra este licor de vida;
Las agostadas plantas se enderezan,
Como la joven que a morir ya iba
Cuando acertada en sus entrañas vierte
Bálsamo de salud la medicina.
Surcan arroyos la llanura extensa
Y adquiere el bosque verdinegras tintas,

Los pájaros sacuden su plumaje,
Y del toro la piel mojada brilla.
¡Cómo al peso de frutas diferentes
Las ramas de los árboles se inclinan!
Su mano alarga el labrador y encierra
En los graneros la cosecha rica,
Pensando alegre en que durante un año
La suerte aseguró de su familia;
Mas si las siembras el granizo tala
Y en la miseria despertó, confía
En el Dios que benéfico departe
Sustento al ave y del insecto cuida.

VI.

La Caza.—La Tempestad.

Cuando sus nubes el otoño esparce
Vistiendo el piso con las hojas secas
Que al árbol quita, en amorosa llama
Del noble ciervo el corazón se quema.
Abandona los montes: hacia el valle
Ora desciende en rápida carrera,
Arrójase a los ríos y en las ondas
Sobrenada la añosa cornamenta:
Busca en las quiebras de la opuesta orilla
Su compañera tímida y esbelta,
La disputa a los ciervos sus hermanos,
El amor en sus ojos centellea:

Su frenético afán, su atrevimiento
Al mirar, espantada huye la hembra:
La persigue tenaz, al fin la alcanza
Y hacia la gruta amiga va con ella.

Rumor lejano se percibe a poco:
El ciervo salta erguiendo la cabeza,
Fija atento el oído y a la fuga
Su salvación el mísero encomienda,
Que la impresión del acerado casco
Fué para el cazador segura seña.
¿No oís voces humanas que conduce
A intervalos el viento? Ya se acercan
Los cazadores; llegan; las salidas
Toman del valle y los alanos sueltan
Que rastreando por doquier discurren
Y se internan al fin allá en la selva.
Reina en aquel instante hondo silencio:
¿Suena leve rumor? Es que se queja
El viento entre las ramas: ni las aves
Cantan, la escena contemplando atentas.
Un trémulo ladrido lastimero
Se oye salir del bosque: el arma apresta
Cada cual, recorriendo con la vista
El valle extenso y la arboleda espesa.
Ya los sagaces perros descubrieron
De la infelice víctima las huellas;
Redoblan sus ladridos y, entretanto,
El corazón de quien matarla espera,
De entusiasmo y temor lleno, palpita,

Arden sus sienes y su mano tiembla.
Se acerca huyendo el ciervo y a su impulso
Cruge la zarza que a sus pies se enreda;
La rompe al fin y rápido se lanza
Y varios tiros a la vez resuenan,
Cuya explosión repiten los collados.
Ya no se ve su forma en humo envuelta.
¿Se salvó? ¿Se salvó?.... Miradle ahora,
Plomo fatal hirióle: cae en tierra,
Le rodean los perros y se agita
De la agonía en las congojas fieras.
Al verle así rendido y expirante
Grito de gozo universal se eleva.

A veces interrumpe esta alegría
La tempestad. Se aduermen las florestas;
Hoja ninguna se estremece: el cielo
Vélase en nubes lóbregas y espesas:
Luego sus ondas oscurece el río
Y el viento dobla las encinas recias
Con bramido espantoso. Retumbando
Recorre el trueno la escarpada sierra:
El polvo escarba el toro audaz inquieto;
Busca el ave marina la ribera
Y en las aguas arrójase; la garza
El ala extiende y sus lagunas deja.
¡Como el pastor que sus rebaños cuida
Busca en el monte la trillada senda
Que a su albergue conduce! Deslumbrando,
El airado relámpago serpea,

Y de pavor el llano se estremece
Y en sus cimientos las montañas tiemblan.
Si reina breve espacio de silencio,
Oyese la campana de la aldea
Que al Dios del trueno apaciguar procura
Y asilo ofrece en medio la tormenta
Al peregrino. Su preñado seno
Rasga la nube, empápase la tierra
Con la abundante lluvia del otoño;
Luego desaparecen las veredas,
El río bramador desdeña el cauce
Y la comarca en derredor aniega.
Alguna vez bajo la altiva copa
De un árbol guarecido, el alma llena
De aquella admiración que siempre infunde
Si conmovida está naturaleza,
Largas horas pasé y helado el viento
Mi cuerpo entumecía: al fin su fuerza
La borrasca amainó; pasan las nubes
Y limpio el azulado cielo dejan.

VII.

La caída de las hojas.—La muerte en la infancia.

¡Cuán grabados quedaron esos días
Que entre placeres rústicos huyeran,
Aquí en el corazón! Dirijo a veces
Todavía mi planta a las praderas

Cuando sus flores Mayo las prodiga
O las nubes de otoño las sombrean.
Nunca al mirar la desprendida hoja
Con que los vientos encontrados juegan,
La pobre hojilla que en el suelo muere
Después de breves días de existencia,
De visitar dejaron a mi alma
Solemnes, melancólicas ideas.
De nuestra suerte aquí la incertidumbre,
De destrucción esa inmutable, eterna
Ley que al olvido aterrador destina
Cuanto natura a producir acierta,
Del mendigo infeliz al potentado,
Desde la flor que primavera engendra
Hasta los monumentos que a su orgullo
Levantaron allá Menfis y Tebas,
Todo, todo su fin advierte al hombre,
Conjunto de inconstancia y de miseria!

Pero ¿por qué la hoja ayer nacida
Arrebatada entre las hojas secas
Va por el aire, sin vivir el plazo
Que a las demás la muerte concediera?
En flor a veces se malogra el fruto:
La mariposa que en la flor se alberga
Deja el capullo, y cuando va surcando
Por la primera vez la azul esfera,
Incita al ave que despliega el ala,
Audaz la sigue y sin piedad la apresa.
También la frente cándida del niño

Hiere la muerte y con su soplo hiela,
Y la esperanza de sus tiernos padres
Para siempre jamás guarda en la huesa.
¡Hermanos míos inocentes! ¿Cómo
Los años ¡ay! en su carrera lenta
No han borrado en mi alma vuestra imagen?
Siempre que la familia se congrega
En sus pesares o alegrías, nota
Que de los suyos dos faltan en ella.
Encanto de sus padres venturosos,
Dicha y amor de sus hermanos eran:
Cuando vino la peste asoladora
Y les hirió; cuando tocamos yertas
Sus pálidas facciones qne animaba
Brillo de prematura inteligencia,
¡Cuántas amargas lágrimas vertimos!
Resonaba el hogar con nuestras quejas.

VIII.

Los astros.—Vanidad de la ciencia.

Está la noche silenciosa: brillan
En la celeste bóveda los astros,
Acompañando con su luz hermosa
En sus instantes últimos al año.
Acaso Dios, en el espacio aéreo
Con poderosa mano al derramarlos;
Al trazarles sus órbitas eternas
De las que separarse nunca osaron;

Al reflejar en sus opacas formas
De su mirada el esplendente rayo,
Quiso que en las tinieblas de la vida
Ellos sirviesen al mortal de faro.
Cumpliendo todos van con su destino:
Cuando Orión del cielo en lo más alto
Aparece y las Pléyades, subyuga
De su fulgor el misterioso encanto:
Cercana al polo boreal la Osa
Dirige al caminante extraviado;
Venus en el Oriente anuncia el alba,
Y cuando brilla próxima al Ocaso
Trae consigo la callada noche
Que los tiernos amantes desearon.
Suele de tarde en tarde, peregrino
Por las regiones del azul espacio,
Un cometa extender su cauda bella
De Poniente a Levante.— Llegó el sabio
De los planetas a medir la altura,
A conocer su movimiento vario
Distinguiendo en su disco las montañas
De los abismos cóncavos y opacos;
Mas cuando quiso en alas de la ciencia
Adonde mora Dios subir osado
Y ante su trono con altiva frente
Pedirle la razón de sus arcanos,
La misma voz que al aquilón acalla
Y al mar contiene en su profundo álveo,
Truena a su oído y al humilde polvo
De nuevo descendió, torpe gusano!

IX.

El dolor.

«¡Oh Dios mío, Dios mío! Si piadoso
Eres como te invocan los humanos;
Si tu diestra sublima omnipotente
Las criaturas que formó del barro;
Si, como a débil planta que se acoge
A la sombra benéfica de un árbol,
En tu misericordia las encubres
Con la bendita sombra de tu manto,
¿Por qué mi corazón del pecho arrancas?
¿Por qué hieres mi frente con tu brazo?
¿Qué me sucede ¡ay! que ya mis ojos
Abrasadoras lágrimas cegaron?
¿Fué tu divina voluntad que el hombre
Con el dolor envejeciera? ¿Acaso
El legado le hiciste de la vida,
Flor que dura en la tierra pocos años,
Para trocar en humo sus deseos?
Mis días un tormento prolongado
Son, y las noches lóbregas ahogan
Mis sollozos.... Tal vez sueño liviano
De mi perdido bien la imagen bella
A mis ojos ofrece: alborozado
Corro a echarme a sus pies y se evapora,
«Adiós, adiós,» sus labios murmurando.—

Si tal era en la tierra mi destino
¿Por qué no permitiste, cielo santo,
Que, malogrado en el materno seno,
Jamás se abrieran a la luz mis párpados?»

X.

La tumba.—La muerte.

En la mitad de la llanura inmensa
Veo un camino estrecho y erizado,
A cuya orilla, si una flor asoma
Sécase luego entre espinosos cardos.
Al fin de este camino hay honda sima
Que el hombre cava con sus propias manos,
Con el sudor de su abrasada frente,
Para gozar allí largo descanso.
Pero ¿quién aparece, el débil cuerpo
Llevando hacia la sima con trabajo,
Inclinada la frente y sosteniéndose
Con el auxilio de nudoso báculo?
Es ¡ay! la SENECTUD: en su cabeza
Los inviernos sus nieves han dejado;
No tiene brillo su mirada incierta,
No tiene savia de su vida el árbol.
Imagen fiel de la vejez helada
Son estos montes cuando expira el año;
Mas ¡ay! la primavera torna a ellos
Su animación y su esplendor pasado,

Y el hombre muere para siempre. A veces,
Cual minado de sórdido gusano
Languidece un arbusto, herido el joven
De la desdicha fiera por el dardo,
Encanece temprano su cabello,
Encórvase su cuerpo fatigado;
Solicita su tumba y no la encuentra,
Semejante a quien cava suelo ingrato
En busca de un tesoro; que la muerte,
De la felicidad en el regazo,
Al hombre asalta que su fin olvida,
Pero la llama el infeliz en vano.

XI.

La inmortalidad.

«Pero ¿qué digo? El ángel que del mundo
Huyó ligero al expirar el plazo
De su destierro, y en su antigua patria
Mora entre los querubes sus hermanos,
¿Podrá gustar del cáliz de amargura
Que a su dicha inmortal está vedado?
Si miras tú con ojos compasivos
La odiosa agitación del mundo bajo,
Desde el eterno monte en cuyo cielo
El verdadero sol no tiene ocaso,
Ruega al Señor, a quien de cerca adoras,
Que me perdone mis errores vanos:

Que siempre en esta vida la esperanza
A mi debilidad sirva de amparo:
Que cuando ya mi deleznable cuerpo
Esté durmiendo el sueño funerario
En el jardín ameno do viviste
Y de la cruz bajo el abrigo santo,
Dé a gozar a mi alma el bien supremo
De la inmortalidad allí a tu lado.»

XII.

Últimas palabras del peregrino.

«Idolatrada flor de un solo día
De bella forma y de perfume casto,
Tu memoria acompaña al caminante:
Entristece tu ausencia el suelo patrio.
Mi lloro estos renglones riega: en ellos
Tu nombre falta, a mis oídos caro:
Bien lo recuerda el corazón, mas nunca
Pudo mi mano en el papel trazarlo.

. . . .

¡Ay! ya no tengo porvenir. El prisma
Rompióse y veo que el desierto es árido:
Yo me siento a esperar aquí la noche
Bajo la palma de un recuerdo amado.»

1850.

POEMA DE AMOR.



POEMA DE AMOR.

I

Pálido es tu color, gentil doncella,
Inocencia revela tu mirada:
Como la palma en el desierto, aislada,
Melancólica siempre te miré.
Me hirió el alma el destello de tus ojos;
Tu voz oyendo el corazón latía:
Como hacerte feliz yo no creía,
Siempre de tus senderos me alejé.

¡Y en esta noche aquí nos encontramos
Entre bullicio y luz y melodía,
Y solicitas la mirada mía
De la danza y las flores al través!
No ya conmigo lucharé: si espera
A nuestro amor un porvenir de duelo,
Le acepto y sólo ser amado anhelo,
Hermosa: aquí me tienes a tus pies.

¡Ilusiones no más! Tímido el labio
Sólo ensalzó esa noche tu belleza:
Recogiendo sus sombras la tristeza,
Hirió un rayo de luz mi corazón.
La esperanza, la fe, con él vinieron,
Y al reposar del sueño en el regazo,
El sueño bienhechor anuda el lazo
Reflejando la mágica visión.

Dulce es dormir si al despertar hallamos
Que un sér nos esclaviza el pensamiento:
Presentir que aun hay horas de contento,
Que torna el corazón a palpitar:
Que, al recorrer con halagüeños ojos
De nuestros años la fugaz carrera,
Encontraremos un laurel siquiera
Que ofrecer de la diosa en el altar.

Desengañado yo, sin esperanza
Mi solitaria ruta proseguía.
¡Oh hermosa! te adoré; mas no creía
Que con mi amor feliz pudieras ser.
Si hay una voz que a mi ansiedad responda
Desde lo más oculto de tu alma,
Si sacrificas a mi amor tu calma,
Tuyo seré: contémplame a tus pies.

II

Breve fué la ilusión. Cierras tu oído
A las protestas de mi afecto ardiente:
Jamás creí que una alma indiferente
Ocultara tu faz de serafín.
A ablandarte, mis ruegos son en vano:
Está nublado el sol de mi existencia;
El hechizo rompióse. Tu inclemencia
De mi dolor el cáliz llena al fin.

Mas ¿por qué tu mirada seductora
Fué a iluminar entonces mi aislamiento?
¿A mi oído por qué sonó tu acento
Trémulo de ansiedad, lleno de amor?
¿Por qué, como a las aves la serpiente,
Atraerme a tus pies enamorado
Para dejar así mi afán burlado,
Triste para dejar mi corazón?

¡Insensato de mí que en el desierto
Tregua hallar a mi sed creí en la fuente!
La arena me engañó, resplandeciente
Con los rayos del sol. . . . ¡arena hallé!
Soñé que en tu regazo me acogiste
Y que amorosa te llamabas mía:
Una estatua abracé de mármol, fría,
Y, al tocarla, temblando desperté.

Adiós: me alejo; mas ¿su incendio el alma
Cómo apagar podrá? Tú no has tenido
Piedad del que a tus plantas llega, herido
Por tu belleza, a demandarte amor.
Me engañaste, mujer: llanto me diste
Tan sólo en pago de un afecto santo.
¿Y ahora quieres enjugar mi llanto?
No: déjale correr. . . . ¡Por siempre adiós!

III

Yo no puedo vivir sin adorarte,
Ingrata! En vano tu desdén me abruma:
Vago en torno de ti como la pluma
Del remolino raudo a la merced.
¡Tu compasión siquiera! Que tu mano
De mis ojos las lágrimas recoja;
Que tus miradas calmen mi congoja,
Y que existir me dejes a tus pies.

Nunca ciérrase al mísero mendigo
La puerta del palacio suntuoso:
Yo perdí al conocerte mi reposo,
Dame en pago de él tu compasión.
Deja que me extasíe contemplando
Tu encanto ¡ay Dios! que para mí no es hecho.
Sin que brille en tus ojos el despecho
Ya que no brilla en ellos el amor.

Es el otoño y mi ventana humilde
Lluvia helada humedece gota a gota:
Suele bramar el ábrego y la azota
Con sonoro ruïdo en el cristal.
Es la noche con todas sus tinieblas:
El frío nuestros miembros entumece:
Calla el mundo, y al ánima aparece
Tu vaporosa imagen celestial.

Ya se adelanta tímida, amorosa,
Hacia mí, sin tocar el pavimento,
Y me llama en mitad del aposento,
Y me tiende los brazos desde allí;
Ya, como exhalación, pasa y me deja
De mi dolor hundido en la amargura;
Pero sueños de dicha o desventura,
Cuantos la mente labra, son por ti.

Bendigo yo el laúd que dióme el cielo
Para expresarte lo que el alma siente:
Si mis quejas oirás indiferente,
Se alivia al exhalarlas mi dolor.
Son el canto del pájaro que, errante,
Su amor sin esperanza tal vez llora:
Perfume de una flor a quien la aurora
No prestó ni su luz ni su calor.

IV

Deslumbra el sol a su zenit subiendo
Bajo el dosel de un cielo despejado:
A su confusa agitación y estruendo
El mundo torna, de dormir cansado.

Rompe la ya gastada ligadura
Con que tu forma aprisionara el sueño,
Y sál a respirar la brisa pura
De la mañana, idolatrado dueño.

Ya no verás la matutina estrella
Brillar más hechicera en su agonía,
Ni en la roca o el árbol que descuella
Su luz naciente reflejar el día;

Mas por el sol contemplarás bañadas
Las montañas mostrando sus cavernas,
Y amenguarse en torrentes desatadas
De nieve sus pirámides eternas.

Verás un oceano de verdura
Ceñir extenso el límpido horizonte
Y en colinas y en llanos y espesura
Con rica variedad quebrarse el monte.

Verás la garza de nevada pluma
Dejar de un lago el cristalino asiento
Para ostentar su gentileza suma
Volando y revolando por el viento.

Mas ya aparece en su balcón la hermosa,
Más hermosa que el alba: su mirada
Melancólica, extática, reposa
Al fin, del cielo en el azul clavada.

Sí: del cielo tan sólo la belleza
Puede arrobarte en éxtasis sublime,
Ángel que a la mansión do el hombre gime
Descendiste las penas a endulzar.
En tu destierro a la divina altura
Vuelves los ojos con piadosa calma,
Porque el cielo es la patria de tu alma,
Y es para ella irresistible imán.

Lograr tu dulce amor es imposible,
Pues que la humana adoración desdeñas:
Quizá otro amor en otros mundos sueñas,
Del horizonte rojo más allá. . . .
Yo también he soñado; mas contigo
Vagué por el espacio imaginario
Siempre, mujer; no triste y solitario
Como a existir me obliga tu frialdad.

En vano sus encantos muestra el día
Cuando la pena el corazón destroza:
Bajo el mísero techo de una choza
Fuera feliz viviendo con tu amor:
Aunque velara con neblina helada
Su azul hermoso la inmortal esfera,
O al abrirse la rosa pereciera
Al influjo de clima abrasador.

Sólo amarte en silencio es mi destino;
A lo lejos seguirte en tu carrera,
Como a su estrella el infeliz marino,
Como sigue el esclavo a su señor.
Tú mis votos rechazas, y a otro cielo
No ya mi pensamiento se aventura,
Ave sin alas, que en la cárcel dura
Do le tuviste preso las dejó.

V

«Enjuga ya tus lágrimas: fué un sueño,
Sueño feliz de amor que pasa en breve:
Sacudido el letárgico beleño,
Volver tu alma a la existencia debe.
Ella doró tus juveniles días:
Por ella a la esperanza el pecho abrías:
Ella el afecto te inspiró más santo.
Pero pasó cual fugitiva sombra. . . .

¿Por qué tu labio sin cesar la nombra
Cuando todo acabó? ¡Cese tu llanto!»

Derramar en mi ánima el consuelo
Así la voz de la amistad querría:
«Pasó,» me dice en cariñoso anhelo. . . .
¡Me lo dice mejor su tumba fría!
Pasó cual por los valles el torrente:
Astro, apagó su luz resplandeciente
En la lóbrega noche del olvido.
Mas, durante la vida transitoria,
¿Cómo la apartará de su memoria
El infeliz que tanto la ha querido?

Y se encontraba en la mañana bella
De juventud. Como la flor se anima
Sintiendo el rayo que derrama en ella
Propicio el sol bajo templado clima,
Presintiendo el poder de su hermosura
Dió animación a su mirada pura,
A su acento prestó más melodía:
De inteligencia el sello soberano
En su frente brilló; mas ¡qué temprano
Anocheció de su existencia el día!

Yo la adoré. Como al volver de un sueño
La claridad del cielo nos encanta,
No pude ser de mi entusiasmo dueño
Contemplando ante mí belleza tanta.
Ella mis votos rechazó tranquila:

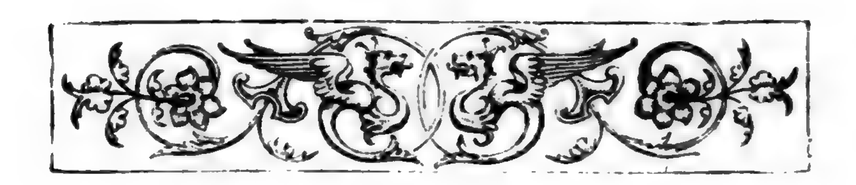
Después, como la nube que vacila
Con encontrados vientos en la altura,
Se inclinaba su amor a confesarme,
Y sólo pudo, al sucumbir, dejarme
En prendas de ese amor su sepultura!

En ella un ave de plumaje pardo
Viene a posarse hendiendo la neblina,
Y ensaya un canto doloroso y tardo
Cuando la obscura noche se avecina.
No lejos, una flor su aroma exhala,
Y el ave triste, al desplegar el ala
Para seguir su interrumpido vuelo,
A mi oído parece que murmura:
«¿Por qué no elevas, de esa flor tan pura
Con el perfume, tu mirada al cielo?»

1850.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

(1513—1517)



VASCO NÚÑEZ DE BALBOA.

«¡Qué pocas veces el hado
Que dice desdichas miente,
Pues es tan cierto en los males
Cuanto dudoso en los bienes!»

CALDERÓN DE LA BARCA.

«La Vida es Sueño.»

I.

¡Oh Mar del Sud que en sueños siempre veo.
Aunque a pisar llegué jamás tu orilla!
Cuando elevas tu voz, hácenme oilla
Desde aquí mi ilusión y mi deseo.

Cantando estás al ínclito Europeo
Descubridor de tu onda que al sol brilla,
Y el primero en sulcarla en frágil quilla
Con tu enojo luchando nuevo Anteo.

Y si segar en flor lograron fieras
Bajeza y ambición y envidia extrañas
La vida que tú mismo le consientes,

Ora duermas tranquilo en tus riberas,
Ora el Olimpo asaltes, sus hazañas
Te oyen narrar atónitas las gentes.

II.

Ya las nocturnas sombras han subido
A la cumbre más alta de los Andes
Que erizan el Darién, y allí sus grandes
Alas el cóndor pliega adormecido.
De los negros pinares sale a veces
Con el rumor del ábrego el aullido
Del lobo americano. En la meseta
Más cercana a la cumbre, en torno al fuego
De agonizante hoguera, grupo humano,
Barbado el rostro, la mirada inquieta,
La espada al cinto, el arcabuz a mano,
Vela o descansa. El Jefe en pie se pone,
Alto, membrudo, joven todavía;
Rojo el cabello, reposado el aire
Y benévolo al par, y en labio y frente
El valor, la constancia, la energía
Y el don de mando: a la callada gente
Dice: «Al punto a dormir, que con el alba
La cima escalaremos.» Y obediente
La turba de guerreros se recoge
Bajo sus toscas mantas; y así agrega
El Jefe, cual consigo hablando: «Alcance

A ver el nuevo ponto, y de mis días
Dispón, Dios de mis padres!»—«Aún te aguardan
Vida, combates, gloria, exclama un viejo
Que le acompaña siempre, Micer Codro,
El italiano astrólogo. ¿Descubres
Junto a Sirio esa estrella que hacia el Norte
Brilla con viva luz? Cuando, tras larga
Revolución, llegare a inverso punto,
Tendrás, si no me engaña la alta ciencia,
En peligro la vida; mas no antes
Ni después, si salvares.» A su acento,
Recostado allí cerca, oído atento
Presta, al viejo y al Jefe de hito en hito
Viendo, ya con sorpresa, ya con odio,
Aunque disimulado, Garabito.

III

Duermen ya todos. La ardorosa mente
De Vasco Núñez no descansa empero,
Y los varios sucesos de su vida
Con claridad le representa el sueño.
Pobre el hogar, aunque en blasones rico,
En que nació en Jerez miró primero:
Las ondas del Atlántico que surca
Viniendo con Bastida al Mundo Nuevo:
Las erizadas costas do más tarde
Cartagena ofreció seguro puerto:

La Española gentil do en Salvatierra
Hacienda de labor fundando luego,
Halló desalentado y temeroso
Ser mayores sus deudas que sus medros:
De la turba fatal de acreedores
La dureza, la injuria y el apremio:
El congojoso afán con que los huye
Pasando en un tonel, cual vino añejo,
A las naves de Enciso que partían
Hacia el Sur: la sorpresa, el descontento,
La ira del Bachiller cuando en mar alta
Aquejado de sed, beber queriendo,
Ve salir del tonel, en vez de vino,
Al confuso entumido caballero.
Manso y razonador le aplaca éste,
Y útil le fué más tarde su consejo
Cuando en San Sebastián —nueva colonia
Que se debió de Ojeda al noble esfuerzo—
La expedición del Bachiller hallóse
Sin derrota, ni víveres, ni aliento.
«Yo conozco el Darién, Vasco les dijo,
Pues le ví con Bastida: en él tendremos
No sólo pan, mas oro en abundancia;
Os serviré de guía: vamos presto.»
Síguenle todos: en combates rudos
Con el salvaje audaz que unge en venenos
El pedernal de sus temidas flechas
Y a quien el español lanza sus perros,
Vencieron a Zemaco, el gran cacique
Del territorio de Darién, poniendo

A la villa que fué Santa María
Entre los bosques lóbregos cimiento.
Se alza allí con el mando Vasco Núñez;
Pero de Enciso al par deja en el seno
La semilla del odio que más tarde
Trájole en fruto angustias y tropiezos.

IV

Capitán general es ya, y domina
A émulos y enemigos. Va sediento
De oro, a buscarle en Coyba: su cacique
A dos exploradores europeos
Dando hospitalidad, mostró provistos
En su casa y la tribu los graneros:
Vienen ingratos ambos ante Vasco
Y del indio denuncian el secreto.
Recibe a Vasco Núñez y su hueste
Con amistad, regalos y festejos;
Pero se niega a darles provisiones
Pretextando lo malo de los tiempos.
Vasco del pueblo retirarse finge;
Mas vuelve a media noche y en silencio
Y al indio, a sus mujeres y a sus hijos
Sorprende en su mansión y pone presos.
Extraídos mirando sus tesoros,
De ira y duelo el cacique llora a un tiempo;
Mas trae a la más joven de sus hijas,

A Careta gentil, indiana Venus
En cuya frente y ojos aparecen
La modestia, el recato, el dulce fuego
De una alma generosa a amar nacida,
De un corazón al par alzado y bueno;
Y entregándola a Vasco: «Ésta, le dice,
Esposa fiel te seguirá, guerrero,
Como rescate de su padre anciano
Si aceptas mi amistad.»—«Aliado tengo,
Que no cautivo en ti,» Vasco responde,
Y la callosa mano estrecha al viejo.

V

Para sellar las ajustadas paces
Salen juntos en armas sobre Ponca,
Mandarín belicoso, y a Comagra
Visitan que es amigo del de Coyba.
Regía el tal Comagra ancha llanura
A cuya extremidad se alza orgullosa
En el Darién la principal montaña
Señoreando la comarca toda.
El cacique con siete de sus hijos,
El mayor de los cuales casi asombra
Por su audacia y despejo, a los aliados
Sale a encontrar con la posible pompa.
Los lleva a su mansión, vasto edificio
Que labradas maderas ricas forman

Con bajos y altos, y en redor un muro
De piedra azul protege. Inmensa copia
De la carne de ciervo al humo puesta,
Yuca, maíz, bebidas espumosas
De los jugos de palmas y raíces
En unas piezas vieron: hay en otras
De los antepasados de Comagra
Los suspensos cadáveres ya momias.
El cacique y sus hijos al hispano
Obsequian a porfía: polvo y joyas
De oro le dan, y a los soldados cede
Cuanto del apartado quinto sobra.
Gárrula vil cuestión trabaron ellos
Sobre peso y valor, y aquesto enoja
Al mayor de los hijos de Comagra
Que al reparto asistió: con mano pronta
Da un golpe a la balanza, y esparcidos
Por mesa y piso van polvos y joyas.
«Si tras esto venís, dice irritado,
No así riñáis ¡oh gente codiciosa!
Mostraros hé comarcas no lejanas
En que abunda el metal que os enamora.
De esa montaña altiva al lado opuesto
Hay un extenso mar de azules ondas
Que del árida cumbre a ver se alcanza,
Y al que los ríos en arenas rojas
Más oro llevarán que plomo y hierro
En sus entrañas guarde España toda.»
Escúchale asombrado Vasco Núñez,
Se le acerca afanoso, le interroga

Y noticias le arranca una tras una,
Largo espacio pendiente de su boca.
El mar existe allí: para tocarle,
Para llegar a la anhelada costa
Hay que cruzar los Andes, hay que abrirse
Paso al través de abetos y de rocas,
Hay que lidiar con el feroz caníbal
Y afrontar el rigor de ardiente zona.
¿A las almas templadas en el fuego
De fe y valor, fatiga tal qué importa?
Más allá de los montes y peligros
Están con ese mar riqueza y gloria.

VI

A acompañarle el joven se le ofrece
Franco y leal con escogida tropa
De los súbditos fieles de su padre:
Vasco la oferta admite; a Darién torna;
Mas, antes, que Comagra y su familia
El agua bautismal reciban, logra.
Reprime en la ciudad nuevas revueltas,
Gente y víveres mándale Española,
Y escogiendo a noventa aventureros
Sanos y de valor, si de faz torva,
Y juntando a los perros en traílla,
Apresta un bergantín, nueve canoas,

Se embarca audaz al empezar septiembre,
Navega al Noroeste y vuelve a Coyba.
Dále el cacique guías y guerreros;
Deja allí con sus naves gente poca
De la europea; cántase la misa;
Pide la hueste en oración devota
Buen éxito, y se lanza a las montañas
En marchas disiguales y penosas.
Rápida y tierna fué la despedida
De Vasco y de Careta, quien se arroja
En los brazos del Jefe. Garabito
Pérfido inútilmente la enamora;
Núñez lo advierte y le amenaza airado,
Y él vengar se promete su deshonra.

Van al través de bosques y malezas,
Y el pueblo al invadir que rige Ponca,
Huye éste con sus hijos; mas le traen
De Vasco a la presencia: allí, tras corta
Plática en que benévolo el hispano
Afecto y voluntad al indio roba,
Le confirma el cacique la existencia
Del mar, y gente y víveres le apronta.
Mas ¡ay! cuánto de afán y pena y lucha
Les reserva su empresa! Aterradoras
Les opone el salvaje sus guerrillas,
Su limo apresador lagunas hondas,
Sus intrincadas lianas y bejucos
Y serpientes las selvas; sus copiosas
Aguas los roncos ríos que atraviesan

En toscas balsas, faltos de canoas;
Sus tormentos el hambre y sed más tarde,
Los peñascos sus crestas cortadoras,
La noche sus escarchas que entumecen,
Su rayo a plomo el sol. Unos se ahogan
De la ardiente armadura bajo el peso;
Otros, presa de fiebres perniciosas,
Abandonados son; mas la columna,
El puñado de gente a quien no doma
Naturaleza agreste en sus dominios,
Siguiendo a Vasco Núñez de Balboa,
A la postrer meseta llega al cabo;
De la cumbre final queda a la sombra.

VII

¡Siglo admirable en fe, vigor y arrojo!
¡Siglo a la España de Isabel propicio!
Si triunfante la Cruz brilla en Granada,
El ibero no cabe en sus dominios.
En carabela frágil sale en busca
De otro mundo que en sueños ha entrevisto:
Las tempestades lánzanle a sus playas
Do no le asusta sed, hambre o martirio;
Do su fuerza en eterna lid no agota;
Do a veces inhumano, a veces pío,
Con la espada y la Cruz venciendo siempre,
A su afán de riqueza inmola al indio,

Explora tierra y mar, funda ciudades,
Y desde el Bravo helado al Hornos ígneo
Congrega tribus, pueblos y naciones
Bajo una sola fe y un cetro mismo.
Siglo de cuya mezcla de oro y cieno,
De codicia y valor, sombras y brillo,
Cieno y sombras guardando y agotados
Valor y fe, se burla nuestro siglo!
Si éste, con el esfuerzo de los otros,
En medios poderoso, en ciencia rico,
Hondas simas salvando, hendiendo cumbres,
Talando selvas, subyugando ríos,
A la virgen América ya oprime
La cintura gentil, de gracias nido,
En ceñidor de hierro que, rivales
En poder y extensión, riqueza y brío,
Besa desde Colón rudo el Atlántico
Y desde Panamá besa el Pacífico;
Si aquesto la orgullosa edad presente
Con los tesoros de las otras hizo,
Qué su empresa valdrá junto a la empresa
Que entusiasmado canto en pobre ritmo?

VIII

Allí está Vasco Núñez, si al cansancio
Y al sueño el cuerpo lánguido rendido,
Firmes velando el alma y la memoria

Que sucesos repasan peregrinos.
Cuando la blanca luz del alba tiñe
Con claridad incierta el agrio pico
A cuyo pie acampó, despierta al Jefe
Su perro vigilante, Leoncillo,
En marchas y combates compañero,
Batallador infatigable él mismo,
Y en cuya piel, que es de oro y azabache,
Rastro dejó la flecha de los indios.
En pie está Vasco.—«¡Sús! ¡La gente arriba!»
Grita con voz sonora. «Al rayo limpio
Del sol que va a nacer, a nuestros ojos
Ha de mostrarse el piélago no visto.»
Y trepando por rocas aceradas
Con manos y con pies, sobre el abismo
De peñas y de bosques en que muge
El viento matinal entre los pinos;
Bañadas en sudor las rojas frentes,
Sin aliento los pechos no vencidos,
Vertiendo sangre las heridas manos
Que se adhieren cual pulpos a los riscos,
Palpa la turba el árida eminencia,
Y de victoria y júbilo da un grito
Que hace al cóndor tender sus grandes alas
Por el espacio, abandonando el nido.

———

IX

Vasco Núñez allí sube el primero,
Y alto junto a la roca hace su gente:
Se le anublan los ojos al guerrero,
Casi le ahoga la emoción que siente.

Del sol al rayo en el ambiente puro
Sólo de oro y azul ve espacio inmenso;
Luego a sus pies el peñascal obscuro,
De abetos más allá círculo denso;

Verdes llanuras, cándidos palmares,
El lago inmóvil, el undoso río;
El humo que corona los hogares
En uno y otro indiano caserío.

Y más allá y al fin. . . . ¡Dios poderoso!
Vasta pella de plata que se funde
Al sol y con el cielo esplendoroso
En lejano horizonte se confunde;

Piélago nunca visto, cuyas ondas
No agotará la sed de las edades
Del universo; en cuyas grutas hondas
Duermen quietas las roncas tempestades;

De la brillante fábrica celeste
Bruñido y vasto y digno espejo solo;
Gigante que a dormir en el Oeste
Se ha tendido de un polo al otro polo,

¡El Pacífico surge! En su entusiasmo
Cae en la roca Núñez de rodillas,
Con voz interna en reverente pasmo
Alabando de Dios las maravillas.

Su sueño se ha cumplido; su deseo
Ve coronado; lo demás ¿qué importa?
Es el primer intrépido europeo
Que fija en ese mar la vista absorta!

¡Es su descubridor! Llama a su gente
Y le señala el piélago lejano,
Y en arenga, si rápida, elocuente,
Las creces pinta del poder hispano,

Las creces de la Fe, cuya alba pura
Brilla sobre magníficas regiones;
Y allí su gente al abrazarle jura
Seguir hasta la muerte sus pendones.

De su monarca en nombre y con voz clara
Núñez de costa y mar se posesiona,
Y el sacerdote humilde Andrés de Vara
Himno de gratitud férvido entona.

La turba que los cerca se prosterna
Acompañando el cántico cristiano
Que en honda y poderosa voz eterna
Aun repite al Criador el Oceano.

X

Sí; desde allá, al Oeste, muestra sus ondas graves
Tersas cual limpio espejo
Cuando se aduermen suaves
Las matinales brisas que del Oriente van:
O en lúgubre cortejo
Subiendo procelosas
Hasta anegar las Osas
Si con sus alas negras le agita el huracán.

En vasta superficie ya plácido retrata
De la naciente luna
La bella luz de plata,
La púrpura de Tiro que a el alba es arrebol;
O se ennegrece pronto
Si nube espesa y bruna
Tiende entre cielo y ponto
Sus formas gigantescas, la luz robando al sol.

Cuando tranquilo duerme, miramos en sus grutas
Y entre sus selvas largas,
Inmóviles e hirsutas,
El nácar de la perla y el risco del coral.
Despierto, en su camino,
Sus ondas más amargas
Ver dejan al marino
Manta redonda, horrible, ballena colosal.

Solos rivales dignos, fuertes como él y grandes,
Se ostentan a su lado
Los ponderosos Andes
Que en Magallanes surgen y erizan el Darién.
¿Qué mucho que la espalda
Celosos le hayan dado,
Y con su inmensa falda
Al mar de Atlante opuesto el Amazonas den?

El mar del Sud en pago a esos gigantes muestra,
Rugiendo a su pie mismo,
Su cólera siniestra
Que al Tequendama asusta que se despeña allá.
Si altísimo es Sorata,
Hondísimo es su abismo,
Y un día en catarata
Con aguas de su fondo la cumbre anegará.

Mas duerme hora cual niño el lidiador gigante
Sin que aun sus olas rinda
Del fiero navegante
Que desde Europa llega, al lino y al timón.
De sus intactos senos
Con la riqueza brinda,
Con sus espacios llenos
De luz, a quien desvelen la gloria y la ambición.

Y el cántico repite de aventurero rudo,
Y de sus quietas olas
En el brillante escudo
Al vencedor ofrece magnífico pavés.
Alzadas en él fueron
Las huestes españolas
Que un Mundo descubrieron
Y al Nuevo y al Antiguo miraron a sus pies.

El cántico repite del grupo que acompaña
A Vasco venturoso:
Repite ¡gloria a España!
Repite ¡gloria al digno feliz Descubridor!
Y con su voz potente,
Ya en ira, ya en reposo,
Cantando eternamente,
Del Septentrión al Austro repite ¡gloria a Dios!

XI

Para marcar el sitio desde donde
El anhelado piélago descubre,
Vasco manda cortar un alto pino
Que, ya en forma de cruz, planta en la cumbre.
Luego desciende hacia la costa; lidia
Con las tribus que el paso le interrumpen;
En Cheapes se detiene, guías toma
Y oro en tributo y dádivas reune.
Su teniente Pizarro a la ligera,
Con hueste armada sólo de arcabuces,
A través del boscaje se adelanta
En busca de la playa, y aunque ruge
El mar de allí no lejos como el norte
Entre lóbregas selvas en octubre,
Al salir a escampado encuentra inmenso
Llano de arena, en vez de ondas azules.
En él en seco yacen dos piraguas
Cuyo destino al español se encubre.
Mas, a poco, bramando en la marea
Cual irritado monstruo que no sufre
Cadenas y las rompe, llega el ponto
Con rapidez insólita; en volubles
Olas de hirviente espuma anega el llano
Y a los oteros inmediatos sube.

Flotan ya las piraguas y las montan
Con firme decisión y raudo empuje
Martín Alonso y luego Blas de Etienza,
Los primeros a ser que este mar sulquen.

XII.

De su teniente al recibir las nuevas,
Sale de Cheapes Vasco hacia la playa:
Síguele el grueso de la hispana gente,
Y el cacique y sus indios le acompañan.
Halló que el Oceano en su descenso
Retiróse a dos millas de distancia,
Y en toda su extensión, que hace horizonte,
No alcanza a descubrir vela o piragua.
Bajo los altos árboles que bordan
De la eminencia próxima la falda,
Inquieto, en peñas áridas sentóse
Aguardando la vuelta de las aguas.
Como las vió llegar impetuosas
Un momento después, sacó la espada,
Empuñó la bandera que en sus pliegues
De Castilla y León lleva las armas,
Y penetró en el mar, dando sonoros
Vivas a Don Fernando y Doña Juana.

Recordando la fiesta religiosa
Del día, «San Miguel» al golfo llama:

Quiere reconocerle ya mediado
El tormentoso octubre que desata
Con su aquilón las olas mal dormidas
Engendrando, tal vez, negras borrascas;
Y el cacique de Cheapes el peligro
Le advierte, mas con él audaz se embarca
En frágiles canoas, que cual secas
Hojas el mar ya abisma, ya levanta,
De entre erizadas rocas y arrecifes
Por voluntad de Dios saliendo salvas.
A isla desierta llegan en la noche
Y sus canoas en los bordes atan
Y suben a dormir en el seguro
De las que pueden ver rocas más altas.
Y no bien su vigor en el regazo
De benéfico sueño restauraban,
Cuando llega invasora la marea
Cubriendo la isla toda y a la barba
Da a los hombres en pie; morir creían,
Pero a muy poco el mar se aquieta y baja.
Se hallaron a otro día desolados
Sin vestido ni pan, rotas sus barcas;
Infúndeles aliento Vasco Núñez,
Con yerbas y resina las reparan,
Y en ellas retroceden y del istmo
Logran tocar la conocida playa.

Aquejados del hambre invaden luego
De Tumaco feroce la comarca:
Cuentas de vidrio en hilos, del cacique

La mala voluntad quiebran o ablandan,
Y a Vasco entrega las primeras perlas
Gruesas y de iris bello y aun mojadas,
En que se ve que dista espacio breve
El fondo en que se crían. Buzos manda
A pescar nuevas ostras el cacique;
Presencia el español la pesca rara:
Las perlas grandes en los hondos senos,
En fondo escaso las menudas cuajan,
Y éstas a la ribera cuando agita
La tempestad el mar, suele arrojarlas.
Ponderando Tumaco las riquezas
De la región del Sur, a Núñez habla
De un grupo de islas do las conchas sirven
De escudos y atesoran en su entraña
Del tamaño de un huevo de paloma
Perlas redondas del color del alba.

De sus exploraciones satisfecho,
Atraviesa de nuevo las montañas
El Jefe, y los caciques danle guías
Y guerreros le dan y hombres de carga,
Y al despedirse enternecidos lloran,
Que tanto así la voluntad les gana.
Torna a Santa María de la Antigua;
Recíbenle con vítores y palmas,
Y del rico botín que ha recogido
Al tesoro real el quinto aparta;
Y escrita relación de los sucesos

En alistado buque envía a España
Con telas finas de algodón, cautivos,
Oro en polvo a granel, perlas y nácar.

XIII.

¡Y era ya tiempo! En la lejana corte
El agraviado Enciso no dormía
En pasos y cuestiones, demandando
Contra Vasco favor a la Justicia.
A deponer a Núñez y a juzgarle,
De nobles con brillante comitiva,
Buques y gruesa hueste de soldados,
Nuevo gobernador de la Castilla
Del Oro —nombre dado a la comarca
Del Darién por lo rico de sus minas—
Viene Pedrarias Dávila trayendo
A su esposa Isabel de Bobadilla
Y a Juan Quevedo, fraile franciscano
Que ostenta del Darién la nueva mitra.
No sólo ha de regir a la colonia
Dávila; a su valor y a su pericia
Deja el rey Don Fernando encomendada
De la región suriana la conquista.

XIV.

En tanto Vasco Núñez sin descanso
Vela en campo y ciudad; casas fabrica;
A las tribus congrega; forma puerto
Que abrigo al nauta dé; huertos cultiva,
E inteligente, recto y generoso
La colonia gobierna y administra,
Ligando a naturales y europeos
El interés común bajo su egida.

Desde que el mar del Sud descubre, cambia
La dureza feroz, la vil codicia
Que impulsáronle un tiempo, en dulce agrado
Y sed de gloria espléndida. En vigilia
Como en sueños, el piélago a su oído
Y a sus ojos a un tiempo brama y brilla:
Si en su voz oye música sonora,
Cáusale arrobo místico su vista:
Explorar ambiciona sus espacios,
De sus tormentas afrontar la ira,
Dormirse a sus arruyos en la calma
Y hasta su extremidad llevar sus quillas.
¿Quién dijera a la mísera Careta—
Del rústico Darién la flor más linda
Que al sol de Vasco Núñez vive sólo—
Que le hallaran helado sus caricias?

Mientras ella lamenta los desvíos
Del guerrero español a quien le quita
El mar del Sud, en el del Norte Vasco
Los ojos sin cesar ávidos fija,
Esperando las naves y la gente
Con que a su expedición ha de dar cima.

XV.

Avístanse las naves de Pedrarias
Y al puerto van llegando entrado Junio:
Dávila de su arribo y de su cargo
Aviso a Núñez dar resuelve astuto.
Mensajero despáchale, que hallóle
Con traje de algodón holgado y burdo,
Levantando una choza: oye el recado
Y corresponde a Dávila el saludo
Mandándole decir sencillamente
Que a su obediencia está desde aquel punto,
Y apagando el ardor de sus soldados
Que armar en su favor quieren tumulto.
Pedrarias desembarca y se adelanta
De la indiana ciudad tomando el rumbo.
Vienen con él los arriscados nobles,
La esposa y el obispo al lado suyo;
Cierra la marcha hueste numerosa
Brillando con el sol armas y escudos.
Núñez con reducida humilde corte

De consejeros y soldados brunos
Llenos de cicatrices y sin armas,
Salióle a recibir y le condujo
A su propia mansión, cabaña pobre
Aunque amplia y rica en vistas y aires puros.
Cortés sirve a sus huéspedes, en mesa
En que el blanco mantel es todo el lujo,
Aves silvestres, carne de venado
Que se conserva de la leña al humo,
Tortillas de maíz —pan de la tierra—
Frutas y agua sin tasa. Mientras mustios
Y desolados y con hambre acaso
Los nobles entre sí formando grupos,
Se preguntan dó están el oro y perlas
Y grandeza sin par del Nuevo Mundo;
Dávila a Núñez, amistad fingiendo,
Hace hablar del Darién y de sus frutos,
Del orden con que rige la colonia,
De sus fuerzas en ella y sus recursos,
De sus descubrimientos portentosos,
De sus planes presentes y futuros.
Manda formarle causa a pocos días,
Y de enviarle a España hállase a punto;
Mas de su esposa y del obispo el ruego
De estos primeros rayos fué conjuro.
Del gobierno ya Núñez alejado,
Faltan su previsión y su concurso;
Los acosados indios se levantan
Negando en oro y víveres tributo:
Los soldados que van a reducirlos

O despacha hacia el Sur el necio orgullo
De Pedrarias queriendo adelantarse
A Núñez en hazañas y trïunfos,
Tras inútiles marchas y fatigas
Regresan debelados y confusos.
Llega a reinar en la colonia el hambre,
Y de ella en pos, bajo el aciago influjo
De los pantanos vastos del contorno,
La peste a la ciudad llena de luto.

XVI.

Viéndose Vasco detenido en tanto,
Blanco del odio y la sospecha injusta,
Los marítimos planes en suspenso
Anhela ejecutar de cuenta suya.
Y juntando la propia hacienda escasa
A la de Hernando Argüello que le ayuda,
De armas en busca y víveres y gente
Al infiel Garavito manda a Cuba.
Quiere de nuevo atravesar los montes,
Y si en la costa al Sur colonia funda,
Para extender la exploración más tarde
Base le habrá de ser firme y segura.

Llegan pliegos de España, do la nueva
De sus descubrimientos y la suma
Riqueza de sus dones le han trocado

La adversidad en próspera fortuna.
Del mar del Sud Adelantado, a un tiempo
Bajo su mando las provincias junta
De Panamá y de Coyba, aunque a Pedrarias
Sujeto. Obedecer éste repugna
Lo resuelto en la corte; Garavito
Llega, y su expedición, si no le asusta,
A su envidia y enojo da pretexto
Para encerrar a Vasco en cárcel dura.
De nuevo intercedieron el obispo
Y la esposa de Dávila: atenúa
De éste la prevención aquél; le pinta
El bien que a su interés propio resulta
De trocar en amigo al enemigo
Y de dos voluntades hacer una.
Tras largas entrevistas y empleando
Ya la razón cristiana, ya la astucia,
Que a Vasco acepte Dávila de yerno
El empeñoso obispo logra en suma.
La mayor de las hijas de Pedrarias,
Joven de prendas altas, bella y culta,
Vendrá a Núñez a dar mano de esposa,
Y a éste libre y feliz Darién saluda.
Quizá el contento público no advierte
El dolor de otra jóven que en oscuras
Soledades con lágrimas amargas
El gentil despreciado seno inunda.
Quizá el descubridor en sus insomnios
Oye en torno sonar ayes de angustia,
Y a Careta ve pálida y llorosa

Y en nuevo amor le enciende su hermosura.
Vago pesar, remordimiento acaso
En su ánimo agitado traban lucha;
Pero recuerda el mar y su destino
Tras noble eterno afán y pruebas rudas,
Y uno y otro disipan su tristeza
Como la brisa el polvo, el sol las brumas.

XVII.

¡Otra vez el favor! Autorizado
A armar cuatro veleros bergantines,
Núñez a fabricarlos se apareja
De Acla, villa novísima, en los lindes.
Bañados del Atlántico sus bosques
Danle maderas sólidas y firmes
Que con anclas y jarcias y velamen,
No sin aprovechar trazas sutiles,
En hombros de indios ruda cordillera
Que por su elevación las nubes ciñen
Él hace atravesar hasta do el Balsas
Se acerca al mar del Sud que le recibe.
Al coronar las crestas el gentío
Con los maderos que su espalda oprimen,
Vasto cordón de hormigas va imitando
Que a la oquedad cercana se dirigen
Con hojillas y granos que las cubren
Aunque sin estorbar su marcha libre.

Del Balsas ya en la margen las maderas
Do secábanse al sol antes de unirse,
Las arrebata el río en su creciente
De brava tempestad en noche horrible,
Y estériles así tantos esfuerzos
La gente vió desalentada y triste.
A las selvas de allí menos lejanas
Vasco el tributo necesario pide;
Convierte en arsenal la playa ardiente;
En la ruda labor todos compiten:
Arman los fuertes cascos y cubiertas
Que la onda hace flotar; palos erigen;
Atan la jarcia en ellos y el velamen;
Hinchen el lino brisas bonancibles,
Y ufano, alborozado, altivo Núñez,
La fuerte diestra en el timón que él rige,
Vivas toda la gente dando a España,
Salen al mar del Sud dos bergantines.

XVIII.

Sereno el Oceano
Al despuntar el día,
Laguna parecía
Dormida en honda paz.
La brisa de Levante
Con ráfaga ligera

Sólo, soplando a veces, la dulce calma altera,
En olas cual escamas bordando su ancha faz.

Son las primeras naves
De vela y de tal pompa
Cuya alta prora rompa
El vasto mar del Sud.
Al grupo de las islas
Que llaman de las Perlas
Avanza Vasco Núñez y, al cabo, logra verlas
Surgiendo de las aguas en blanda tinta azul.

Quiere explorarlas Núñez,
Y entra en sus altos fines
Los otros bergantines
En ellas construir;
Y, ya cabal su armada,
Al Austro diligente
Las ignoradas costas del nuevo continente
Hasta do hallar consiga su término, seguir.

Mas tórnale la espalda
De nuevo la fortuna:
Ceño en su frente bruna
Muéstrale pronto el mar.
Viene a encrespar sus olas
El Ábrego violento,
Y a unir a la voz de éste la tempestad su acento,
Y el pálido relámpago la escena a iluminar.

Núñez creyó ver grupo
De islotes escarpados
Que azota en sus costados
Del piélago el furor;
Pero, avanzando luego,
Hallan de espanto llenas
Sus gentes que las islas no son sino ballenas
De insólita pujanza, de colosal grandor.

Sólo ellas afrontaron
Como la enhiesta roca
Del mar la furia loca,
Del viento el frenesí.
La voz de la tormenta
Que el rayo ardiente fragua,
Llegando a sus abismos, sacólas a flor de agua
A que la horrible lucha miraran desde allí.

Hiela el terror la sangre
A los marinos bravos;
Júzganse, de él esclavos,
Presa del leviatán.
Con diligencia ruda
Del sitio aquel se alejan,
Y luego en sus embates olas y viento cejan,
Y al Norte y al Oeste va huyendo el huracán.

Tras la fatiga inútil
Sin ánimo ni aliento,
Siendo contrario el viento,

Brava la mar aún,
Torna la prora al istmo
Núñez con pena fiera,
Aunque ignorando entonces que esta es la vez postrera
Que mécele en sus ondas el ancho mar del Sud.

XIX.

Del turbulento Balsas en la margen
Vuelve el marino audaz a alzar sus tiendas,
El contrastado esfuerzo no vencido
De nuevo aparejando a luchas nuevas.
Mano puso a los otros bergantines;
Mas cuando a su labor ruda se entrega,
Vienen de Acla rumores alarmantes:
Nuevo gobernador allá se espera;
Lope de Sosa a Dávila sucede
Según las de la Corte últimas nuevas.
Desalentado Vasco teme acaso
Que sus pasos y planes entorpezca;
Llama a sus oficiales a consejo
Y, opiniones pesando, en él se acuerda
Si el anunciado cambio se confirma,
Ejecutar sin dilación la empresa;
Y despachado en tanto es Garavito
A que recoja y dé noticias ciertas.
¡Ay! que con ello Núñez, confiado,

A su enemigo capital se entrega;
Que el traidor a Pedrarias dicho tiene
En recibida ya carta secreta:
«Finge Núñez estar dispuesto a unirse
En lazo conyugal con la hija vuestra,
Para encubrir sus planes y engañaros
Y hacer su expedición de propia cuenta.
Cuando listos, al fin, sus buques halle,
Ha de partir en ellos con Careta
A fundar hacia el Sur nuevas colonias,
A vuestra autoridad rota la rienda.»

Del campamento sale Garavito
Y a la ciudad, de noche, no bien llega,
Oye que al arribar ha muerto Lope,
Y su propia misión traspirar deja.
Le prenden los esbirros de Pedrarias,
Éste de sus papeles se apodera,
Ávido los registra uno tras otro,
Hace al preso venir a su presencia,
Y Garabito allí, terror fingiendo,
Confirma delaciones y sospechas.
La enemiga fortuna luego acude
Por medio inesperado a rendir pruebas.
El Hernando de Argüello que en los planes
Del gran Descubridor metió su hacienda,
Al saber lo que afirma Garabito,
Pliego a Núñez envía con cautela
Noticiándole todo, y que al instante
Parta al Sur con sus naves le aconseja.

Mensajero y papel son detenidos
Y a poder del sutil Dávila llegan;
Va a la cárcel Argüello; aquél escribe
A Vasco así con intención aviesa:
«Antes de que partáis, venid conmigo
A hablar de cosas públicas y nuestras;»
Y a Pizarro previene, que al encuentro
De Núñez va con escogida fuerza.

XX

No lejos de su tienda estaba Núñez
De sus gentes cercado, en noche fresca
Tras el calor del día, conversando
Con excelente humor que al corro alegra.
Y, como hubo de alzar la vista al cielo
Y de hallar en atmósfera serena
Y en la anunciada posición temible
La que le dijo Codro ser su estrella,
Del astrólogo el fallo relatando,
«Ved, exclamó, lo que es la humana ciencia:
En este mismo instante inevitable
Peligro me circunda según ella;
Y listos ahí están mis bergantines
Y mis gentes armadas y resueltas;
Gozo el favor del Rey y de Pedrarias
Y mi gloriosa fama el orbe llena.»

Y hablaba todavía Núñez, cuando
Los mensajeros de Acla se le acercan,
Rendidos le saludan y la carta
De su presunto suegro allí le entregan,
Sin que le deje el breve contenido
Ni temores ni sombra de sospecha.

XXI.

Vasco en marcha se pone al otro día
Y las altas montañas atraviesa.
Al verle alegre, ufano y confiado
Los mensajeros recorrer la senda
A cuya extremidad cual lobo astuto
Vil enemigo en él ha de hacer presa;
Cediendo a irresistible simpatía
Que en cuantos le oyen o le ven despierta,
La delación de Garavito, el caso
De Hernando Argüello y la intención siniestra
Con que Pedrarias Dávila le llama,
Porque se fugue y salve le revelan.
Un punto Vasco, atónito, pasmado,
Dudando estuvo si de allí se vuelva
A la orilla del Balsas donde tiene
Su gente armada ya, sus naves prestas;
Mas, tornando a la ciega confianza
Que al acusado inspira su inocencia,

Ir resuelve ante Dávila y hablarle
Y la calumnia así dejar deshecha.
Sigue adelante, pues, y con Pizarro
Que en busca suya va, luego se encuentra.
«Preso dáos, Señor,» éste le dice,
A tiempo que su tropa a Núñez cerca
Y le desarma y cárgale de grillos.
«¿Es posible, Pizarro?» en son de queja
Vasco sin demudarse le pregunta,
Y él le responde: «La consigna es ésta.»

XXII.

Con asombro de Acla y sus vecinos
De nuevo se halla Núñez en la cárcel.
Dávila en ella le visita y habla,
No cual gobernador, mas como padre.
Que es víctima de ocultos enemigos
Dale a entender, que acusaciones graves
Pesan sobre él, la autoridad teniendo
Obligación de oirlas y juzgarle.
Causa está ya formándole Espinosa
Que en la nueva ciudad funge de alcalde.
Que contra el Rey conspira; que en las playas
Del Sur nueva colonia ha de fundarse
Por él con gente y armas del Estado
Y emanciparse en ella entra en sus planes,

Dice la acusación; y le acumulan
Cargos —quizá desvanecidos antes—
Por el fin desdichado de Nicuesa,
Por las quejas de Enciso y sus parciales.
La máscara Pedrarias luego arroja
En la prisión volviendo a visitarle.
«Traidor, le dice, a derrocarme aspiras
Pagando mis favores con maldades,
Sembrando la anarquía en la colonia,
Deshonrando tal vez mi propia sangre;
Mas tiénete en sus garras la justicia
Y de ellas esta vez no has de salvarte.»
Altivo e indignado le responde
Vasco Núñez: «¿Si fuera yo culpable,
Para entregarme a tí venido habría
Teniendo enfrente el mar, listas mis naves
Y animadas mis gentes y resueltas
A seguirme?» Al oir razones tales
Pedrarias no su peso desconoce,
Mas la luz que le dan llégale tarde.
Ha perseguido y ultrajado a Núñez,
Y aunque noble le estima y de alma grande,
Recela, y con razón, que, absuelto y libre,
Ha de vengar persecución y ultrajes.
La causa ya de sentenciarse a punto,
A Dávila Espinosa envía, en balde
Pidiendo que los méritos del reo
A la justicia en su favor ablanden.
Inútiles los ruegos de Isabela
Y del Obispo son en aquel trance:

Pedrarias el oído cierra a todos,
No ciego o rencoroso, mas cobarde.
Débil el juez, a su pesar, condena
A Núñez a sufrir muerte infamante
Con su cómplice el rico Hernando Argüello
Y alguno de sus mismos oficiales.

XXIII.

Mientras de Acla en la plaza es erigido
Aquella noche en fuerte maderamen
El cadalso en que, al hierro de verdugo,
Los sentenciados su delito paguen;
Y en torno los soldados plantan picas
En que habrán de quedar al sol y al aire
Las segadas cabezas de los reos
Hasta que todas lleguen a secarse;
En la prisión oscura Vasco Núñez
Sin ira ni temor, imperturbable,
Ve de frente a la muerte y se dispone
A pisar del sepulcro los umbrales.
Alza a Dios el espíritu piadoso;
La absolución recibe en dulces frases
De Andrés de Vara, el sacerdote humilde
Que himno de gratitud alzó en los Andes
Al descubrirse un mar; el Pan Sagrado
En que Dios a los hombres quiso darse
Enternecido gusta: óra de nuevo,
Y momentos después dormido yace.

XXIV.

En sueños el Pacífico mira de nuevo en calma:
Su ronca voz oyendo
Alégrasele el alma:
Rompiendo van sus buques las olas de cristal.
No ya cerrarle intenta
El paso pez horrendo
Ni equinoccial tormenta;
Que en cielo despejado brilla la Cruz Austral.

Dormido está cual niño el lidiador gigante
Que ya rindió sus olas
Del fiero navegante
Que vino de muy lejos, al lino y al timón.
Domaron ya su orgullo
Las naves españolas;
Y es su bramido arrullo
A Vasco, a quien desvelan la gloria y la ambición.

Dormido está, y sereno muestra en sus claras ondas
Moviendo sus aletas
El pez de escamas blondas,
No manta horrible o ruda ballena colosal.
Sus grutas al marino
Más hondas y secretas
Ver hace cristalino,
Y en ellas sus tesoros de perlas y coral.

Y el cántico repite del grupo que acompaña
A Núñez en los Andes
Vivas alzando a España
Cuando por vez primera sus olas contempló.
Y en calma, en voz potente,
Como en sus iras grandes,
Cantando eternamente,
De un polo al otro polo repite ¡gloria a Dios!

XXV.

Del alba tarda y perezosa el frío,
Del gallo y la campana la distante
Voz clara, a Núñez súbito despiertan
Haciendo estremecer su cuerpo frágil.
Aun escucha el rumor del Oceano. . . .
¿En su tienda despiértase a la margen
Del Balsas? ¿Le rodean sus marinos?
¿Las velas a soltar van ya sus naves?
Se palpa y se incorpora, y el funesto
Enlutado cadalso ve delante,
Y al verdugo que pálida cuchilla
Sobre su propio cuello feroz blande.
El hogar en Jerez recuerda luego,
Su infancia y el cariño de sus padres,
Su inquieta juventud al bien estéril,
Con la pobreza en lucha sus afanes:
Después, en el Darién, selvas y cumbres,

Fatigas, emboscadas y combates,
Mando, riqueza, gloria inmarcesible. . . . .
¡Y de todo ello al fin, suplicio infame!
A la materia vil dando tributo,
Sulca su rostro lágrima brillante,
Mientras, puestas en Dios fe y esperanza,
Del humano dolor apura el cáliz.

XXVI.

Fué el día aquel en Acla aciago día,
Y al descender el sol triste a su ocaso,
La víctima al patíbulo subía
Grave y sereno el rostro, firme el paso.

«Éste —reza el pregón— es el castigo
Que a Núñez dan el Rey y su Teniente
Porque traidor les fué; porque, enemigo
De la paz, quiso alzarse delincuente.»

Con clara y fuerte voz, la frente irguiendo,
Replica Vasco Núñez: «Eso es falso;
Sirvo a mi Rey y su dominio extiendo;
No me trajo tal crimen al cadalso.»

Su indignación el sacerdote calma,
Dále a besar devoto el Crucifijo,

Y, en Dios queriendo concentrar su alma,
Con llanto y mal segura voz le dijo:

«¿Cómo con este mundo así te enojas
Ante la eternidad y el cielo abierto?
A él aspira, y recuerda las congojas
Que el Hombre-Dios por tí sufrió en el Huerto.»

Cuando la frente casi al tajo inclina,
Ve Núñez del Darién lejana cumbre
Que sobre obscuro fondo se ilumina
Del sol bañada en la postrera lumbre;

Y exclama: «¡El mar! ¡Dios mío!» Golpe horrendo
Se oye, y la muchedumbre absorta queda:
Y en la mesa al caer con sordo estruendo
La segada cabeza un punto rueda.

Llora entonces de lástima la gente
O su enojo y horror oculta y doma:
Tiende los brazos del cadalso enfrente
Una mujer, e inerte se desploma.—

En vecino solar, por el resquicio
Abierto de su coto entre las cañas,
Dávila vió de Núñez el suplicio
Con avidez y convulsión extrañas;

Y al apartarse, júbilo de hiena
En la pálida faz llevando impreso,

Sin compasión a la desdicha ajena
De su infame temor soltado el peso;

Micer Codro que adusto le observaba,
No sin causar en él ira y asombro,
Díjole en voz que de dolor temblaba,
Diestra ruda poniéndole en el hombro:

«Por más que injusto y ciego te desmandes,
No infamarás de Vasco la memoria;
Su pedestal eterno son los Andes,
Y canta el Mar Pacífico su gloria.

«Ciencia y humanidad fallo severo
Te reservan del tiempo en los arcanos,
Y llevarás al tribunal postrero
La cabeza de Núñez en tus manos!»

1877.

CUENTOS Y BALADAS

DEL NORTE DE EUROPA.



EL ARPA MARAVILLOSA.

I.

Brillan los rayos postreros
Del sol, y en busca de esposa
Van por la playa arenosa
Dos gallardos caballeros.

En las colinas cercanas,
De sus corceles el paso
Al oir, salen acaso
A la puerta dos hermanas.

Teje la menor el lino,
La rica seda y el oro,
Y es de inocencia tesoro
Con rostro afable y divino.

Morena y áspera y fea
Y con envidia sin par
La mayor, sólo en cuidar
De los rebaños se emplea.

Rindiendo allí la jornada
Los nobles —cosa es sabida—
Quedó la menor pedida
Y la mayor despreciada.

II.

Ésta, después, dijo a aquélla,
De cariño haciendo alarde,
Con voz melosa una tarde:
—Mira qué tarde tan bella!

Vamos a dar un paseo
Del ronco mar a la orilla.
La rubia inquiere sencilla:
—¿Cuál es allí tu deseo?

—Que las dos nos parecemos
Oigo decir, cual estamos;
Pues si en el mar nos bañamos
Blancas al igual seremos.

—Aun cuando en él te lavaras
Noche y día sin salir

De sus ondas, corregir
Lo que hizo Dios no lograras.

Ni aun cuando como el armiño
Quedase, al fin, tu semblante,
A darte fuera bastante
De mi adorado el cariño.

Van a la playa, contenta
Una y la otra enojada,
Y está la menor cansada
Y en un peñasco se sienta.

Deja que aquélla cual fragua
Ardiendo en cólera, ruja;
Mas la morena la empuja
Y cae la rubia en el agua.

Las palmas alzando, en vano
Grita con voz lastimera:
—Para ganar la ribera
Tiéndeme, por Dios, la mano!

—Verás tu anhelo cumplido,
Hermana, cual otras veces,
Si en este trance me ofreces
Cederme tu prometido.

—Cuanto tengo te daría
Menos mi futuro esposo:

Él con amarme es dichoso,
Su voluntad no es la mía.

Mas te ofrezco, y no en olvido
Lo echaré, pues que te adoro,
Darte arracadas de oro,
Buscarte apuesto marido.

La brisa del Sur, en tanto,
Lleva el cuerpo mar adentro:
Vedlo flotar en el centro
Del extendido azul manto.

Bramando el Norte después,
Sobre las olas mecida
Viene la rubia sin vida;
Tocan la playa sus pies.

Mas sopla el Este a deshora
Y amanece la difunta
Inmóvil bajo la punta
De una barca pescadora.

III.

Por diferentes caminos
Y de región extranjera,
A la tranquila ribera
Llegaron dos peregrinos:

Al ver el cadáver yerto
Bajo el bote abandonado,
Los dos se arrojan, y a nado
Lo traen consigo al puerto.

Lo tienden, por más desierta,
En el arenosa escarpa,
Y al punto forman un arpa
Con los brazos de la muerta.

Y del uno al otro dellos,
No bien armados de prisa,
Ponen, de cuerdas a guisa,
Los destrenzados cabellos.

—Vamos al hogar cercano,
Puesto que boda hay en él,
Dijo al ayudante fiel,
Que era un joven, el anciano.

Páranse junto a la puerta
Que, estando del mar enfrente,
Para dar paso a la gente
Quedado había entreabierta.

Pulsan aquel arpa humana
Sin que una nota se pierda:
Claro la primera cuerda
Dice: «La novia es mi hermana.»

Oyendo este són extraño
La novia inquieta se puso;
Clamó con aire confuso:
«El arpa cáusame daño.»

Obedeciendo al hechizo,
Sonó la cuerda segunda
Diciendo en nota profunda:
«Morir la novia me hizo.»

Y sintiéndose subir
La sangre toda al semblante,
Gritó la novia al instante:
«No quiero música oir.»

En armonioso compás
Tercera cuerda decía:
«¡Cuánto a la novia quería!
¡No me callaré jamás!»

Y entonces, ardiente llama
Quemándola el corazón,
Perdida ya la razón,
Púsose la novia en cama.

Mas, dando el arpa sentida
Nuevas y estridentes notas,
Quedaron sus cuerdas rotas
Y la culpable sin vida.

1861.

LA VUELTA DE UNA MADRE.

Va Pedro a una isla y hallando,
Después de azares prolijos,
Faz hermosa y genio blando
En Berta, casó, mirando
Crecer en torno seis hijos.

Después la peste arrebata
A Berta, y de tal herida
A Pedro el dolor no mata,
Y en su condición ingrata
Del bien que perdió se olvida.

Vase a otra isla y en ella
Con nuevo himeneo sella
La interrumpida ventura;
La nueva esposa es muy bella
Con alma insensible y dura.

Al acercarse al hogar
No su compasión despierta

Ver cómo están a la puerta
Los seis niños sin jugar,
Pensando en la madre muerta.

Con aspereza inaudita
Riñe a aquellas criaturas,
El blando colchón las quita,
Las deja solas y a oscuras
Y acalla a golpes su grita.

De hambre y de sed y de miedo,
Y tan lastimosamente
Que en ello pensar no puedo,
Sin agua, pan, luz ni gente,
Lloran los niños muy quedo.

Pero su llanto al oído
Materno llega en la fosa,
Y «Para verlos te pido
Licencia» en tono sentido
Decir a Dios Berta osa.

Ruega más y, al fin, se ablanda
El Señor, y su demanda
Obtiene propicio fallo:
Que esté de vuelta le manda
Al primer canto del gallo.

Sobre sus débiles pies
Del ataúd se levanta

Berta, y marchando al través
De la campiña, la res
Huye y el mastín se espanta.

Hállase con la mayor
De las niñas en la puerta,
Y dícela con amor:
—«¿Qué estás haciendo despierta
Y así del frío al rigor?

¿Tus hermanos dónde están?
Vosotros sois el imán
Que aquí me atrae, hija mía.»
Y la niña respondía
A tan cariñoso afán:

—«No sóis mi madre; ella era
Alegre y blanca y rosada;
Vos sóis pálida cual cera,
Y ni os sonreís siquiera,
Y la diestra os siento helada.»

—«Posible no hubiera sido
Que alegre y bella me vieses,
Del alma objeto querido,
Cuando hace más de ocho meses
Que en el sepulcro he dormido.»

De la niña acompañada
Que la contempla asustada,

En el dormitorio entra,
Y en llanto la faz bañada
A los chiquillos encuentra.

Del uno el traje cepilla,
Peina al segundo el cabello,
Besa al otro la mejilla,
Junto al jergón se arrodilla
En que dormita el más bello.

Todo lo arregla y dispone,
Toma al infante del lecho,
Le ciñe en abrazo estrecho
Y en su regazo le pone
Como para darle el pecho.

Manda llamar al marido
Con la niña; Pedro viene
Y está de terror transido;
Con la dulce voz que tiene,
Berta le dice al oído:

—«Pan, colchones y bujías
Para nuestras criaturas
Dejé, y sin comer los días
Pasan y las noches frías
Sobre la paja y a oscuras.

Si prolongas tu descuido
Y de nuevo, a su gemido,

Dejo mi ataúd desierto,
Que algún mal desconocido
Os sobrevendrá te advierto.

Mas canta el gallo y termina
El plazo que me fijara
La Omnipotencia divina.» —
Dice, y al umbral camina
Berta sin volver la cara.

Desde aquella noche, cuando,
De la aldea en los confines,
A los esposos el blando
Sueño interrumpen ladrando
Los alarmados mastines,

A los niños de comer
Llevan Pedro y su mujer,
Y con pavor se le junta
Ella, recelando ver
El alma de la difunta.

1861.

LA RESTITUCIÓN.

Sus posesiones campestres
Mórten recorriendo vá.
Cabalga en un potro, cabalga, y un día
Sintióse atacado de súbito mal.

Dejó a la ermita su oro
Y al convento su corcel;
Su cuerpo los monjes piadosos sepultan
No lejos, de tierra bendita en seis pies.

Iba Folmer a otro día
Del llano al través, y vió
Que Mórten cabalga, que Mórten le sigue,
Y aquél se detiene, temblando y sin voz.

—Óyeme, le dice Mórten;
Depón tu miedo pueril;
No trato de hacerte, Folmer, daño alguno.
—Mas ¿cómo te acercas? ¡Tu entierro ayer ví!

—No es un proceso pendiente
Ni de riquezas la sed
Lo que háceme agora salir del sepulcro
Do entraron mis miembros cansados ayer.

De dos huerfanillas pobres
La reducida heredad
Uní yo a la mía por medios injustos,
Y Dios enojado me oculta su faz.

Antes de entrar a tu casa,
Folmer, a mi esposa dí
Que vuelva a esas niñas el campo de trigo
Plantado hacia el Norte, del bosque al confín.

Si te pide señas, dila
Que con luz y en vela esté
Orando en su alcoba, y allí dibujarse
Mi sombra esta noche verá en la pared.

—Restituído en la tarde
El campo, Mórten, será;
A fe de cristiano lo juro; ya puedes
Volver al sepulcro y en él descansar.

1861.

PODER DE LA MÚSICA.

De la selva en noche fría
Vuelve a su choza Gusmar:
Ni harina ni espigas de trigo halla en torno,
Y es fuerza a los niños hambrientos dar pan.

Pálido el rostro, a su entrada,
Se adelantan hacia él
Los tiernos gemelos, con voz suplicante
Diciéndole a un tiempo: — ¿Nos das de comer?

—¡Nada traigo! ¡De nosotros
Dios se compadezca al fin!
El padre responde, y, oyendo esta frase,
Los cándidos niños replican así:

—Cuando en su ataúd llevada
Nuestra buena madre fué
Al valle sombrío cercano a la iglesia
Y allí la enterraron tres días va a hacer;

De pan nos diste un pedazo
Que el lloro tuyo ablandó.
¿Era ese mendrugo, acaso, el postrero?
—¡Ni un haz de mi leña vender pude hoy!

El Señor tendrá mañana
De sus criaturas piedad.
¡Oh si yo mis fuerzas prestaros pudiese!
Viendo un arpa antigua, les dice Gusmar.

Descuélgala, y, de sus cuerdas
Al oír la dulce voz,
Sus quejas suspenden los niños, y a poco
Sincera alegría su faz animó.

La suya Gusmar desvía
Su llanto para ocultar;
Toca un són alegre; bailando los niños
Se agitan y cansan; dormidos ya están.

Al verles, el padre exclama
Junto al mísero jergón:
«¡Salud del que pena, refugio del pobre,
Arranca en mis hijos su presa al dolor!»

Y de Gusmar la plegaria
Oída en el cielo fué;
El día amanece; mas duermen los niños
De Dios en el seno, sin hambre ni sed.

1861.

LA PAZ DEL ALMA.

Del arroyo sentada en la ribera,
Baña en la clara linfa el pie desnudo
Joven gentil, y dícela parlera
Un ave, suspendiendo el vuelo rudo:
—Puesto que aquí te bañas,
No agites con tu planta el arroyuelo,
Que si su espejo cristalino empañas
No se verá ya en él límpido el cielo.

Anegados en llanto alza los ojos
Ella hacia el ave, y tímida responde:
—No que la linfa enturbie te dé enojos;
De nuevo quedará limpia y serena.
Mas ¿por qué, si me viste en otros días
Junto al pastor en la pradera amena,
Solícita cual hoy no le decías:
«No la quietud alteres de su alma,
Que, trocado una vez tu amor en hielo,
Siempre verá, sin recobrar la calma,
Turbias las fuentes y anublado el cielo?»

1861.

EL EPITAFIO.

De ver a su prometido
Rosa la gentil regresa:
Como las del prado trae
Rojas las manos pequeñas,
Y su madre la pregunta:
—¿Qué hiciste, Rosa, con ellas?
Y «las espinas me hirieron»
Ruborizada contesta.

Torna de ver a su novio
Segunda vez la doncella:
Más rojos que de costumbre
Sus labios la madre encuentra.
—¿A qué se debe, hija mía?
—Al zumo de las cerezas.

De ver al novio la joven
Viene por la vez tercera,
Y más que rosa parece
Por lo pálida, azucena.

—¿Qué te pasa, pobre niña,
Que estás como blanca cera?
—Madre, haz cavar una fosa
Y mi cadáver entierra;
Pon una cruz en mi seno
Y estas palabras en ella:
«Un día volvió a su casa,
Rojas las manos pequeñas
Porque su novio estrechólas
Entre las suyas con fuerza.
Volvió a su casa otro día,
Los labios como cerezas
De ósculo dulce al contacto
Que consentir no debiera.
Volvió a su casa más tarde,
Pálida como una muerta,
Porque el mozo a quien amaba
La olvidó.» ¡Pobre doncella!

1861.

EL GUANTE.

(SCHILLER)

Frente a la arena do los leones
A trabar lucha terrible van,
Bajo la sombra de sus pendones
Entre los nobles está el rey Franz.
Y en elevados palcos brillantes,
A los dos lados del rey, se ven
Mujeres bellas muy elegantes,
Ceñida en rosas la blanca sien.

El rey su cetro de oro levanta:
Puerta de hierro cruje y se abrió,
Y asoma impávido y se adelanta
Del circo al centro grave león.
Mira a la gente de espanto llena,
Abre la armada boca, y después
Sacude altivo su gran melena
Y échase en tierra con languidez.

De Franz el cetro de nuevo brilla,
Cruje otra puerta con duro són:

Tigre de oscura piel y amarilla
Súbito salta frente al león.
Con furia horrible brama y atruena
El gran palenque do va a luchar:
La cola agita y en el arena,
Cual la otra fiera, llégase a echar.

Hace el monarca señal tercera,
Y dos leopardos con rapidez
Salen del fondo de la leonera
Y sobre el tigre dan a la vez.
La lucha dura sólo momentos:
El tigre presto los llega a asir,
Y los leopardos corren sangrientos
A refugiarse lejos de allí.

En aquel trance, de linda mano
Pequeño guante se desprendió:
Del palco quieren asirlo en vano,
Que entre las fieras al fin cayó.
La dama altiva dijo a su amante:
«Si tan heróico vuestro amor es,
Bajad al circo, mi blanco guante
De entre las fieras a recojer.»



El caballero con faz serena,
Tranquilo paso, firme ademán,
Desciende y huella la roja arena
Donde las fieras rugiendo están.
De terror llena, la gente calla;

Mas ve al apuesto joven gentil
Alzar el guante, ganar la valla,
Y en ronco aplauso prorrumpe al fin.

Viendo en el joven tal osadía,
En dulce llama de eterno amor
La noble dama sintió que ardía:
Con rostro afable le recibió.
Mas él al rostro la arroja el guante;
Y al alejarse, con altivez
«Busca —la dijo— busca otro amante
Que necio quiera tu esclavo ser.»

1859.

EL CONDE DE HAPSBURGO.

(SCHILLER)

En Aix-la-Chapelle y en gótica sala,
En medio a los nobles vestidos de gala,
Está el rey Rodolfo, nuevo emperador.
Se cubre la mesa de ricos manjares:
De largo interregno tras guerras y azares
La paz, la justicia, renacen desde hoy.

Varón respetable del Rhin palatino
Los platos le sirve, y escancia al rey vino
Un príncipe eslavo en copa gentil.
Rindiendo al monarca respetos y honores
Están a sus lados los siete electores,
Y el pueblo en los patios se agolpa feliz.

Se mezcla a los gritos de inmenso contento
Que lleva a la sala confusos el viento,
El són de la ronca trompeta marcial.
Cesó ya el imperio feroz de la espada;
Respira la tierra; se ve rescatada
Del yugo ominoso de fuerza brutal.

La aurífera copa tomando en su mano,
Al pueblo y los nobles miró el soberano
Y, afable el semblante, así les habló:
«Espléndida fiesta mi trono inaugura,
Y en ella de dicha insólita y pura
Se siente inundado mi real corazón.

«Mas no entre nosotros el bardo aparece
Que con sus cantares el júbilo acrece,
Al par que lecciones severas nos da.
Del gusto de oirle, que a todos prefiero
Desde simple conde, privarme no quiero
Agora que ciño diadema imperial.»

Y he aquí que hasta el centro del coro brillante
De nobles y reyes, gentil el talante,
La lira consigo, llegó el trovador.
Envuelve sus formas un manto profuso;
La edad el cabello cual nieve le puso;
La luz del ingenio su frente guardó.

—«Encierra en sus senos del bardo la lira
La voz del contento, la voz que suspira,
Que enciende en amores, que exalta el valor,
Y a esferas remotas sublima las almas:
Tú tienes virtudes y glorias y palmas.
¿Cuál canto es el digno de tí, emperador?»

Rodolfo responde:—«No quiero dar leyes
Al bardo a quien oyen y acatan los reyes

E inspiran tan solo la luz, la verdad.
Es libre, espontáneo del bardo el acento
Cual trino del ave, cual nota del viento:
Cantad, buen anciano; tenéis libertad.»

Hiere el poeta las cuerdas
De su lira y esto canta:
«Iba persiguiendo al ciervo
Un noble por la montaña.

«Palafrén de largas crines
Blanco y erguido montaba.
Paje que venablos lleva
Le sigue a corta distancia.

«Al encaminarse al valle,
La nota argentina y clara
Oyó de una campanilla
Que al lejos suena con pausa.

«Venerable sacerdote
Revestido de su alba,
Lleva el Viático a un enfermo
Infeliz de la comarca.

«Se quita el sombrero el conde
Y del caballo se baja,

Y se arrodilla devoto
Adorando la Hostia Santa.

«Corría al través del valle,
Entre los juncos y zarzas
Que sus márgenes coronan,
Arroyo de turbias aguas.

«El sacerdote en la orilla
Detiene un punto su marcha;
Recoge el talar vestido
Y sus pies luego descalza.

—«¿Qué váis a hacer?— dijo el conde,
No sin sorpresa mezclada
De respeto. —A un moribundo
Llevo el manjar de las almas.

«La recia avenida el puente
Destruyó en la madrugada:
Voy a atravesar el río
Por esta parte más baja.

«Su caballo el conde acerca
Y hace con dignas palabras
Que lo acepte el sacerdote
Y parta en él sin tardanza.

«Mientras, el noble piadoso,
Con agilidad extraña,

El potro del paje monta
Y en pos de fieras se lanza.

«Llama el cura a su castillo
A la siguiente mañana;
El corcel consigo lleva;
Las riendas de seda y plata

«Pone en las manos del noble
Y agradecido le habla;
Mas éste dice al instante:
—No quiera Dios que en la caza

«Vuelva a usar irreverente
O en el campo de batalla
Palafrén que ha conducido
Tan alta y divina carga.

«Si guardarlo no queréis
Para vos en vuestra cuadra,
Empleadlo en el servicio
Del culto en estas comarcas.

«Yo a mi Criador le ofrezco
Por quien tengo dichas altas,
Salud, riquezas, honores,
Cuerpo, aliento, vida y alma.

—«El Sér Supremo que escucha
Del mendigo la plegaria,

En ésta y en la otra vida
Os dé merecida paga.

«Sóis un señor poderoso
Conocido en las montañas
Por vuestra bondad: seis hijas,
Tipo de belleza y gracia,

«El cielo os dió. ¡Puedan ellas
Traer un día a vuesta casa
Seis coronas cuyo brillo
Dure en épocas lejanas!»

El cántico escucha Rodolfo; su frente
Se inclina hacia el pecho; pensó vagamente
En cosas y días de un tiempo que fué.
Con ojos atentos al bardo examina,
La luz del recuerdo su mente ilumina,
Y en él al ministro católico ve.

Conmuévese entonces hallando el sentido
De aquesas palabras que ya se han cumplido,
Y lágrimas dulces inundan su faz:
Y miran los nobles en este monarca
Que cetros, coronas y dichas abarca,
Premiada del conde la antigua piedad.

1859.

HONREMOS A LAS MUJERES.

(SCHILLER)

Déspota y rudo el hombre se despeña
De una y otra pasión en el torrente:
Quiere lograr cuanto codicia o sueña;
Lo que consigue asir rompe impaciente.

De afán y desconsuelo es hondo abismo
Y a ternura y amor estéril roca:
Contradicción cabal lleva en sí mismo
Entre lo que practica y lo que invoca.

O en la fuerza brutal su imperio funda,
O a ella se rinde en ocasión adversa,
Con fiero orgullo o abyección profunda,
O escita vencedor o esclavo persa.

Mas la mujer, bajo el materno amparo
En el tranquilo hogar crece y se forma,
Y a su precoz entendimiento claro
El cielo es fin y la virtud es norma.

Ella del mundo en la espinosa hierba
Mezcla rosas, y calma los tormentos
Y dulcifica al hombre: ella conserva
El fuego de los nobles sentimientos.

Hija sencilla y fiel de la natura,
Arpa que al viento da mística nota,
Sabe endulzar la ajena desventura,
Su ardiente caridad jamás se agota.

En su beldad, en el sentido tono
De su voz melodiosa, en la divina
Virtud de su alma noble, erige el trono
Desde lo alto del cual manda y domina.

De su bendito sér con el encanto,
Del vicio aparta, extingue la discordia:
Son su escudo el amor, su fuerza el llanto,
Su triunfo la cultura y la concordia!

LAS CIGÜEÑAS DE IBICO.

(SCHILLER)

La Grecia toda a competir aspira
    De carros y de lira
En la ardua lid a que invitó Corinto:
Y entusiasmado un noble hijo de Apolo,
    Toma el báculo y, solo,
De su hogar y ciudad deja el recinto.

Lleno de inspiración y de esperanza,
    Ya mira en lontananza
El monte a cuyo pie sus pasos guía:
Y le acompañan, del espacio dueñas,
    Volando unas cigüeñas
En busca del calor del Mediodía.

«¡Bien hayáis, aves que venis conmigo—
    Dice— en pos del abrigo
De otra región feliz que amo y venero

Y apresta a mi corona sus laureles!
    ¡Permanezcamos fieles
A quien libra de daño al extranjero!»

Mas cuando Ibico al bosque último entra,
    So las frondas se encuentra
A merced de dos fieros asesinos.
La que pulsa las cuerdas blanda mano
    Esgrime el arma en vano,
Y no hay gente en el bosque y sus caminos.

Grita y nadie le oyó. «¡Destino fiero!
    En tierra extraña muero
A manos de bandidos, cielo santo!
Sin que a vengar mi muerte nadie llegue,
    Y sin tener quien riegue
Mis insepultos huesos con su llanto!»

Cae, y aunque verlas ya, débil, no pudo,
    Oyendo el grito agudo
De las cigüeñas que se alejan, clama:
«Si de testigo humano se rediman
    Los malvados, su crimen
A denunciar el moribundo os llama.»

Del bosque fué el cadáver levantado,
    Y aunque desfigurado
Con una y otra herida, en sangre tinto,
Ser el de Ibico descubrió al momento
    El amigo que atento
Le aguardaba de huésped en Corinto.

«¿Es así, exclama, como vuelvo a verte?»
    Ante el despojo inerte,
Ya su dolor e indignación pregona
El pueblo que de Ibico oyó la fama
    Y a los poetas llama
Del canto a discernirles la corona.

Llena la inmensa turba el Pritaneo,
    Y a gritos su deseo
De castigo y venganza expresa ruda.
Mas ¿quién fué? ¿Dónde hallar al asesino?
    Caprichoso el Destino
Con la ignorancia universal le escuda.

Quizá impune en Corinto se pasea,
    Y en la misma asamblea
Se burla de los hombres y del cielo:
O ya al teatro acude con la gente,
    Que va como el torrente
Que recobró su curso, roto el hielo.

Pronto el pueblo febril llena las gradas
Tendidas y apretadas,
Y cruje la columna casi rota
Sosteniendo la grave pesadumbre,
Y alza la muchedumbre
Rumor como el del mar si se alborota.

Allí mezclada en confusión ingente
Se halla la varia gente
A quien ley y distancia y clima aparta,
Y que del Asia o de las Islas vino,
O se puso en camino
Procedente de Tebas o de Esparta.

Oye del coro lúgubres cantares:
Negras ropas talares
Las Euménides llevan: en sus frentes,
Al resplandor de la empuñada tea,
Erízase u ondea
Cabellera de indómitas serpientes.

Del fondo de la Escena se adelanta
Y la recorre, y canta
El espantable coro: «¡Una y mil veces
Feliz quien no ha perdido la inocencia,
Ni su limpia existencia
Dejó manchar del crimen con las heces!

«Y maldición y muerte al homicida!
    Tasada está su vida:
Ni ha de burlar la vigilancia nuestra;
Y hasta en el reino de las sombras mismo
    Y a su más hondo abismo
Le seguiremos con segur siniestra!»

Las Euménides callan, y se advierte
    Silencio allí de muerte,
Como el que reina en las temibles calmas
Del huracán y el rayo precursoras:
    Deidades vengadoras
Forjando están las conmovidas almas.

De pronto, en indecible sobresalto,
    Desde el lugar más alto,
Clama una voz involuntaria: «¡Mira
Las cigüeñas de Ibico, Timoteo!»
    Y el resplandor febeo
Van las aves nublando en ancha espira.

¡Ibico! ¡El dulce bardo asesinado!
    Pero ¿quién le ha nombrado?
Cambia el pueblo entre sí voces y señas.
¿Alguien ha presenciado el lance triste?
    ¿Qué relación existe
Entre el difunto Ibico y las cigüeñas?

Lo que no lograrán humanos jueces
    Deben lograr con creces
Las Euménides, sí. Sabio el Destino
Lo decretó. ¡Se ha denunciado el reo!
    Préndase a Timoteo!
¡Ése que a Ibico nombra es su asesino!

De matador y cómplice la presta
    Perturbación atesta
Lo que su lengua vil declara falso:
Y ante un pueblo indignado y justo y fuerte,
    La Escena se convierte
Primero en tribunal, luego en cadalso.

EL BUZO.

(SCHILLER)

«¿Alguno entre tantos fieles escuderos,
Alguno entre tantos nobles caballeros
A sondar el golfo no se atreverá?
De oro aquesta copa voy a echar yo mismo:
Miradla! ¡Aquí va!
Tragóla en su seno lóbrego el abismo:
De quien la recobre la copa será.»

Habla así el Rey, desde escarpada roca
Que sobre el llano azul del mar se erige
Urna de oro riquísima arrojando
En las hirvientes aguas de Caribdis.
Y, al ver que todos callan, de sus nobles
Ante la turba atónita repite:

«No hay hombre valiente que explore el mar hondo
Que a nadie en su seno dejó penetrar?
¿No hay quien, atrevido, la copa del fondo
Recoja del mar?»

Y escuderos y nobles en silencio
Le oyen, y luego, en actitud humilde,
Con vista y pensamiento, recelosos
El fiero mar y sus peligros miden,
Sin que la copa de oro a nadie tiente,
Y por la vez tercera el Rey les dice:

«¿No hay quien tal hazaña valeroso emprenda?
¿Noble o escudero no es posible hallar
Que la rica prenda
Recoja del mar?»

Del Rey en torno en la escarpada roca
Nobles y plebe al par callando siguen,
Cuando súbito avanza un gentilhombre
Dulce y sereno el rostro, el paso firme
Como la voluntad, y arroja el manto
Y el cinturón metálico desciñe,
No sin que helado asombro en el concurso
Su temerario intento luego excite.

Al inclinarse de la boca al borde
El hondo abismo a contemplar horrible,
De su fondo, con voz como de trueno,
Se levantan las aguas de Caribdis.
Hínchase la onda, y muge y vierte espuma
Cual si la hiciera hervir fuego invisible:
Chorros de agua y vapor a lo alto lanza
En que la luz del sol quiébrase en iris:
Y las olas suceden a las olas

Como acusando inagotable origen,
Como si el oceano otro engendrara
Que a su volumen propio no halla límites.

Apacíguase el monstruo, y bajo el velo
De su blanquizca espuma se percibe
Como la boca del infierno, negra
Hendedura sin fondo: entre las sirtes
Las absorvidas olas desparecen,
Quedando en torno el mar sereno y libre.

En piadosa oración el gentilhombre
Alzando el alma a Dios su amparo pide,
Y hondo grito de espanto suena al verle
El salto dar y en el abismo hundirse.

Todo es calma y reposo de las aguas
En la apenas rizada azul planicie;
Pero ruge en su fondo la tormenta,
Y cada espectador, trémulo o triste,
Piensa o exclama: «¡Adios, bizarro joven!»
Y es ya el vago rumor imperceptible;
Mas la ansiedad creciendo va en las almas,
Y al Monarca acercándose alguien dice:
«Así echaras al mar cetro y corona
Para ceñirla al vencedor insigne
Del negro golfo, me tentaran nunca
De gloria y de poder tan altos timbres!
Lo que en sus senos misteriosos pasa
Nadie supo jamás: naves gentiles

Se traga, y quilla y mástiles resurgen
Rotos, marcando el pavoroso linde.»

Torna del hondo abismo el sordo trueno
De pronto a resonar, y se hincha y gime
Y se agita espumosa la onda inmensa
Cual si la hiciera hervir fuego invisible.
Chorros de agua y vapor arriba lanza,
Y, de ciego furor en nueva crisis,
Brotan olas tras olas, destacando
Sobre el espacio azul negros perfiles.
Ved que ya un brazo en ellas aparece
Y albo cuello después, como de cisne.
Es el joven que nada vigoroso,
Y, arribando al peñón, feliz sonríe,
Y en la trémula diestra aporta ufano
El áurea copa en que su labio imprime.

Largamente respira y ve gozoso
La luz del cielo clara y apacible:
Cae a los pies del Rey: le ofrece el vaso,
Que la princesa, incomparable virgen,
Muda señal paterna obedeciendo,
Llena de vino añejo con que brinde
El vencedor. Y «¡Viva el Rey!» exclama
Gustando el áureo líquido. «¡Felices
Los que la hermosa luz del sol contemplan
Y a sus anchas respiran aire libre!
Espantoso el abismo es, y sondarle
Es al cielo tentar; acaso un crimen,

Ya que en lóbrega noche nos ocultan
Los Dioses lo que guarda en sus confines!
Con rapidez de rayo arrebatado,
Detúvome, al bajar, áspera sirte:
Ola nueva me empuja y alza y hace
Girar cual trompo: en lance tan terrible
Al cielo invoco, y muéstrame en la roca
Exigua cavidad en que me abrigue,
Y en ramas de corales detenida
La copa allí. Profundidades triples,
Sin término a mis ojos aparecen,
Y en ellas van haciéndose visibles
Cetáceos que avanzando se me acercan,
Dragones, salamandras y delfines.
Lejos del mundo y sin auxilio humano,
De angustia y de terror sentí morirme:
Las ramas de coral suelto, y la onda
Que va de nuevo hinchándose, me embiste
Y arrebátame y hace venir salvo
Del mar a la anhelada superficie.»

El Rey tal oyendo, se llena de asombro,
Y al joven la diestra poniendo en el hombro,
Le dice: «La copa gentil tuya es;
Y añado este anillo de piedras preciosas
Si volver al seno del piélago osas,
Pudiendo en seguida narrar lo que ves.»

Esto al oir la infanta, su faz bañan
De ansiedad y rubor rojos matices,

Y al Rey suplica blanda que renuncie
A la prueba de un éxito imposible:
Y agrega: «Lo que ha osado el gentilhombre
Otro ninguno osó de cuantos viven.»
Mas el padre, la copa arrebatando,
Por vez segunda arrójala en Caribdis,
Y habla así al buzo, y muestra en su semblante
Su voluntad despótica, inflexible:

«Si otra vez la sacas, y yo así lo espero,
De todos mis nobles serás el primero;
Y la que abogando por tí blanda está
Y en lo que aventuras temerosa piensa,
De tu nueva hazaña será recompensa:
Tu esposa será.»

Súbito ardor el corazón inflama
Del noble buzo; inspiración sublime
Arrebata su espíritu, y, pesando
De empresa tan audaz los altos fines,
Y a la princesa al ver que se desmaya
De angustia y de rubor pasmosa efigie,
No duda un punto en afrontar la muerte:
El manto arroja, el cinturón desciñe,
Se lanza a la vorágine y se hunde,
Y el Rey espera....y la onda vuelve y gime
Y de nuevo surgió.... mas no consigo
Trajo esta vez al joven infelice!

1886.

EL CÁNTICO DE LA CAMPANA.

(SCHILLER)

"Vivos voco, mortuos plango, fulgura frango."

De arcilla es el molde y en tierra está listo;
Fundida sin falta queda hoy la campana.
¡Valor, compañeros, y a la obra! Se gana
Con ella, si buena resulta, honra y prez;
Mas, si ha de ser útil el sudor del rostro,
Preciso es que el cielo su ayuda nos dé.

A la seria labor que preparamos
Grave conversación mezclar conviene,
Que el trabajo con útiles discursos
Se facilita más y se hace alegre.
Consideremos, pues, los resultados
De lo que intenta nuestro esfuerzo débil,
Que aquel que no medita sus empresas
La estimación del sabio no merece.
Dado le ha sido el pensamiento al hombre
Porque su diestra rija inteligente,

Y en tanto que los brazos ejecutan
El ánima inmortal dormir no debe.

Para que la llama suba en remolino,
Tomad anchas rajas de leña de pino
Y el horno encendido con ellas cebad.
Si el fuego es más vivo, hará hervir el cobre;
Al punto el estaño mezcladle, y se obre
La liga segura de todo el metal.

Esa campana que a fundir hoy vamos
Con ayuda del fuego y en el seno
De la tierra, ha de dar, puesta en la torre,
Fiel testimonio del trabajo nuestro.
Allí habrá de sonar años tras años;
Generaciones cien oirán su acento
Llorando con los tristes y afligidos
Y con los fieles implorando al cielo.
Cuanto la suerte varia nos destina
A los hijos de Adán perecederos
Conmoverá su reluciente borde,
Hará vibrar sus toques a lo lejos.

Burbujas blanquizcas ya surgen; la masa
Se funde. ¡En buen hora! Dejad que penetre

De parda ceniza en ella la sal,
Que así se derrite más pronto; y en suma,
Será, si al fluído quitáis toda espuma,
Más limpia y sonora la voz del metal.

Con acento solemne de alegría
Saluda la campana al nuevo infante
Que del materno seno, adormecido
A los trabajos de la vida sale.
Aún le oculta con velo misterioso
El porvenir las dichas y pesares
En su destino inscritos; su primera
Edad vigila cariñosa madre.
Pero con rapidez huyen los años
Como la flecha que del arco parte;
Ufano deja a la inocente niña
Que al par dél ha crecido en sus hogares;
Se precipita impetuoso y ciego
De la existencia en la corriente fácil,
Y con ferrado báculo visita
En su incansable afán tierras distantes.
Torna extranjero a la paterna casa
Y sale a recibirle a los umbrales,
Encantadora joven pudorosa
De dulces ojos, celestial imagen,
La que asistió a sus juegos infantiles
Y él dejó niña aún al ausentarse.
Vago y sin nombre entonces un deseo

Se apodera de su alma; los lugares
Donde se juntan sus hermanos huye,
Lágrimas vierte y la razón no sabe;
Sigue con turbación las huellas breves
De la joven gentil, y en hondos valles
Corta para ella flores, anhelando
Que con sonrisa blanda se las pague.
¡Oh deseo sin par! ¡Grata esperanza!
¡Oh del primer amor días fugaces!
Abierto el cielo está y el alma boga
De dicha pura en infinitos mares.
¡Oh si esas flores del amor primero
Cuanto esquisitas son fuesen durables!

Mas ya se ennegrece la vasta caldera;
Si sale vidriada aquesta varilla,
Convendrá al fluído quitar la barrera;
Vamos, pues, y alerta, obreros, estad:
Si se ha consumado ver antes importa
La liga del dulce y el fuerte metal.

La dulzura y la fuerza combinando
Y la severidad y la ternura,
La armonía de amantes corazones
Que une sagrado vínculo, resulta.
Para enlazarse los esposos deben
Examinar sus cualidades mutuas,

Que pasa la ilusión en sólo un día
Y eternamente el desengaño dura.
¡Cuán bien está la virginal corona
De albo azahar, que el céfiro perfuma,
Sobre el cabello de la novia cuando
La bendición nupcial el bronce anuncia!
¡Ay! La fiesta más bella de la vida
Es de su abril risueño la hora última,
Y con el velo y ceñidor se alejan
Ilusión y pasión, pálidas brumas.
Quede el amor y, pues las flores mueren,
Alcance el fruto madurez segura.
Fuerza es ya que el varón con firme planta
Siga a lo largo de escabrosa ruta;
Fuerza es que obre y combata, críe y siembre,
Por medio del esfuerzo y de la astucia
Y en su estrella fiado y en su audacia,
Quedando vencedor de la fortuna.
Fluyen bienes entonce en torno suyo;
El don preciado en el granero abunda,
Sus dominios se ensanchan a lo lejos,
Da a la antigua mansión nueva estructura.
Reina en ella la madre de sus hijos,
Vaso de amor y de prudencia suma,
Que a las dóciles niñas alecciona
Y al mozuelo gentil riñe y educa.
Incansable y solícita, acrecienta
Con su espíritu de orden y cordura
El bienestar de la familia; en arcas
De oliente cedro sus tesoros junta;

Devana el hilo y da al vellón cortado
De crespa lana sin igual blancura,
Lo que útil es a lo vistoso uniendo
Sin que ociosas sus manos estén nunca.

Desde alto mirador que la comarca
Domina en torno, el propietario juzga
De su heredad inmensa la riqueza,
Y orgullo y esperanza en ella funda.
Ve cuál crecen los árboles y al peso
Doblan sus ramas de sabrosas frutas;
Sus trojes ve que la cosecha guardan,
Sus mieses ve que con la brisa ondulan,
Y exclama entonces engreído y ciego,
Con alegría y vanidad profunda:
«Como los fundamentos de la tierra
Es firme y permanente mi fortuna,
Y los bruscos combates desafía
Del huracán de la desdicha ruda.»
Mas contra los rigores del destino
No hay pacto eterno, y su segur injusta
Nuestra felicidad rápida abate
Dejando al corazón mortal angustia.

La escoria se aparta del limpio fluído;
Al punto podemos el dique romper.
¡De estar con nosotros Dios sea servido!
Envuelto entre nubes de negra humareda,

En ondas el bronce, cual río encendido
Corriendo hacia el molde, flamígero ved.

Útil y noble es el poder del fuego
Cuando lo rige el hombre y lo domina,
Y las mejores obras que ejecuta
Son a esa fuerza celestial debidas.
Mas si rompe terrible sus prisiones
Con ímpetu fatal se precipita,
De la naturaleza hijo salvaje,
La destrucción causando y la ruina.
Si de obstáculos libre se derrama
Por las pobladas calles de la villa,
Cual cabellera al viento, en espantoso
Incendio repentino, atroz desdicha!
Que es la acción de los ciegos elementos
De la obra de los hombres enemiga,
Y de la propia nube que los campos
Con bienhechora lluvia fertiliza,
El flamígero rayo se desprende
Cuyo terrible estrago nadie evita.
¿Oís tocar a fuego las campanas?
Alumbra el cielo claridad rojiza,
Y ese color de sangre que lo cubre
No es precursor del venidero día.
¡Qué tumulto en las calles! ¡Qué vapores
En la pesada atmósfera! Distinta
Aparece la llama, en remolino,
Por las angostas puertas que derriba,

Lanzándose a los cielos y arrojando
De trecho en trecho voladoras chispas,
Y en extensión e intensidad creciendo
Con la velocidad del viento misma.
Cual la boca de un horno el aire quema,
Tiembla el piso, despréndense las vigas,
Las vidrieras estallan, y las madres
Corren oyendo el llanto de sus hijas,
Y en el establo ya incendiado braman
La pobre vaca y la asustada cría.
Todos su salvación buscan; la noche
Con luz que la del sol más fuerte, brilla;
Cubos y cuerdas van de mano en mano,
Lanza la bomba el agua en curva altísima.
Mugiendo el aquilón llega y la llama
Hace ondular y con su soplo aviva;
Cunde el fuego en las mieses allí juntas
Y del granero la pared calcina;
Trepa a los techos y triunfante brota
Con ronco estruendo y llamarada activa,
Cual si en su impulso aterrador quisiera
Llevarse el suelo a la región vacía.—
A la esperanza ajeno, cede el hombre
Del enojado cielo ante la ira,
Y lleno de estupor cruza los brazos
De su heredad mirando las cenizas.
Son ya los restos del hogar antiguo
Mansión de vientos, y el terror habita
De las ventanas en los negros huecos,
Y sobre el vasto escombro el humo gira.

A la tumba que guarda su fortuna
Da otra mirada el hombre todavía,
Y resuelve alejarse, y del viajero
El ferrado bordón toma en seguida.
Graves son del incendio los desastres,
Mas consuelo gratísimo le anima:
Contó los seres que le son queridos
Y uno sólo no falta en la familia.

Ya el molde está lleno. ¿Saldrá la campana
Perfecta, premiando así la labor?
¡Si obstáculo el bronce halló en su camino!
¡Si el molde se ha roto! Ya el mal sobrevino
Tal vez, y esperamos el bien con fervor!

La obra de nuestras manos confiamos
A las entrañas hondas de la tierra:
El labrador su grano deposita
Con el anhelo de feraz cosecha;
En la tierra semillas sepultamos
De mucho más valor, en la creencia
De que se habrán de alzar del negro féretro
A vida más feliz que la primera.

Tristes dobles repite la campana
En la elevada torre de la iglesia

Para anunciar el paso del viajero
A quien al postrimer asilo llevan,
Y acompañar los funerales cantos
Del sacerdote, orillas de la huesa.—
Es la querida esposa, la fiel madre
Arrebatada por la muerte fiera
A los amante brazos del esposo
Y al blando halago y las caricias tiernas
De los infantes que llevó en el seno
Y alimentó a sus pechos dulce y buena.
¡Ay! que tan fuertes lazos quedan rotos
Y habita del sepulcro en las tinieblas
La vigilante madre de familia
Que a su afán y su amor nunca dió treguas;
Y a su desierto hogar vendrá una extraña
A regir a los niños con dureza!

Mientras la fundida campana se enfría,
Cada cual descanse del afán del día,
Así como el ave que torna al vergel.
Es al jornalero señal de alegría
La luz de la estrella; en cuanto al maestro
Ni un punto sosiega; velando está fiel.

Por llegar a su casa el caminante,
De la selva al través, aviva el paso;

La juguetona oveja, el buey tardío
Y el toro bramador van al establo.
Con alta cumbre de dorada espiga
Pesado y vacilante avanza el carro;
Orla de flores en los haces puesta
Anuncia de la siega los trabajos,
Y acuden los alegres labradores
A la festiva danza allá en el campo.
En las plazas y calles el silencio
Al bullicio sucede acá en poblado,
Y en cada hogar, y de la luz en torno,
La familia se junta en ocio grato.
Sobre los gonces de macizo hierro
De la ciudad las puertas ya giraron.
Velo de oscuridad la tierra cubre;
Mas la noche, que en vela tiene al malo,
Al vecino pacífico no asusta,
Que alerta la justicia queda en tanto.

¡Orden, del cielo emanación bendita!
Formas libres uniones, nobles lazos;
De las ciudades el cimiento echaste,
Las selvas a dejar moviste al bárbaro.
Entras en la morada de los hombres
Y sus costumbres vas dulcificando,
Y haces que en todos ellos uno sea
De la patria común el amor santo.

Obran por tí de acuerdo y se sostienen
En la mutua labor mil y mil brazos,

Y se despliegan las humanas fuerzas
Todas en movimiento combinado.
Siguen, de libertad bajo la egida,
En su tarea maestros y operarios,
Contento cada cual con su destino,
El desdén del ocioso despreciando.
De ciudadanos el trabajo es honra
Y la prosperidad lo premia al cabo:
Si el rey su dignidad con gloria lleva,
Gloria su condición dá al artesano.

¡Dulce y amada paz, unión dichosa!
Siempre permaneced a nuestro lado,
Y nunca llegue el borrascoso día
En que tropel de gentes sanguinario
Atraviese este valle, y en que el cielo,
Hoy teñido de púrpura al Ocaso,
La luz refleje del incendio horrible
Que en ciudades y pueblos halla pasto.

Perfecta la obra, premiado el trabajo,
Los ojos y el alma se alegren al ver!
Ya el molde ha servido; hiéralo el martillo,
Hiéranlo sus golpes rudos de alto abajo:
De nuestra campana para ver el brillo
Preciso es que rota la envoltura esté.

Con hábil mano, en el momento dado,
Romper sabe el maestro el fuerte molde;
Mas ¡ay si lo quebranta por sí mismo
Y en río ardiente se derrama el bronce!
En su ciego furor tronando estalla,
Siembra la destrucción por donde corre,
Y de volcán cual encendido cráter
Llamas que dan horror vomita entonces.
Allí do reinan las brutales fuerzas
Obra cabal no es dado que se logre;
Ni el bienestar subsiste entre los pueblos
Si el yugo por sí mismos ellos rompen.

¡Ay si de tiempo atrás arde la chispa
En el seno de vastas poblaciones
Y si la turba, destrozando el freno,
Se entrega a sus instintos destructores!
Ya del cordón de la campana asida,
En ella de rebato ensaya el toque,
Trocando así de muerte en instrumento
Lo que de paz con miras construyóse.

«¡Libertad, igualdad!» Estas palabras
Por doquiera resuenan, y los hombres
De carácter más blando ármanse luego:
Puebla las calles multitud innoble,
Y aterradoras bandas de asesinos
De extremo a extremo la ciudad recorren.
En hienas convertidas las mujeres,
De la lid toman parte en los horrores;

Con los dientes el pecho del vencido,
Gozándose en el mal, rasgan feroces.
Nada es sagrado ya; todos los lazos,
Todo recato púdico se rompen;
Al malvado su puesto cede el bueno,
Alta el crimen la frente, asesta el golpe.
Terrible es el león cuando despierta,
Y la boca del tigre espanto pone;
Pero nada semeja al sér humano
De su delirio en la funesta noche.
¡Mal hayan los incautos que a este ciego
Tea brillante dan! Sus resplandores
Él no aprovecha, y en sus manos puede
Incendiar las ciudades y los montes.

Dios ha bendecido la obra de mis manos;
Ved cómo aparece, cayendo la arcilla,
La oculta campana; vedla cómo brilla
De arriba hasta el borde, luciente cual sol:
Ved cómo el escudo salió claro y limpio,
Señal de que el molde tuvo perfección.
Venid, compañeros, poneos en torno.
¡Ea! ¡A bautizarla! ¡Concordia se nombre!
¡Jamás sus tañidos convoquen al hombre
Sino para fiestas de paz y de amor!

Que por su propio artífice ella sea
A tan noble destino consagrada.
De la terrestre vida puesta encima,
Bajo el azul del cielo soberana
Se ha de mecer, a la región del trueno
Y a los brillantes astros inmediata.
Será su voz armonïosa y grave
Cual la de los planetas que en su marcha
Por el inmenso espacio, el curso arreglan
Del año, y al Criador juntos alaban.
Que su labio de bronce no se ocupe
Sino de cosas útiles y santas,
Y a cada hora el fugitivo tiempo
Lo hiera con el golpe de sus alas.
Que, a sentimiento ajena, fiel anuncie
Los accidentes de la vida humana;
Y que repita a nuestro oído siempre
Que todo acá en la tierra en breve pasa,
Como el acento suyo, no bien vibra,
Se apaga y muere en las regiones altas.

Ahora por medio de cables robustos
La nueva campana saquemos del foso;
Que ascienda a los aires y en són majestoso
Infunda alegría al campo y ciudad.
¡Dóblese el esfuerzo! ¡Mirad, ya se mueve!
¡Ya crugen los cables! ¡Ya sube triunfante!
¡Su acento primero resuene al instante,
Consigo a los pueblos trayendo la paz!

1860.

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO.

CUENTOS Y BALADAS DEL NORTE DE EUROPA.

Fin del Índice del Tomo Primero.



ERRATAS NOTABLES Y NOTADAS.

PÁGINA.	VERSO.	DICE.	LÉASE.
—	—	—	—
177	23	vengar nos toca	vengarnos toca
187	17	Id y traedla	—Id y traedla
189	16	El Israelista	El Israelita
191	20	el Israelista	el Israelita
193	16	medas	medos
193	24	contento,	contento;
195	21	El	Él
200	11	Yo no se	Yo no sé
263	18	domir	dormir
264	7	encuntro	encuentro
284	9	descorrese	descorrerse
284	18	conversan.	conversan,
288	1	noticias.	noticias:
291	25	pretestando	pretextando
349	12	Requiescant	Requiescat
387	22	fuera	afuera
422	18	las huertas	tus huertas
434	22	da mano	de mano
444	27	Pueblo	¡Pueblo
444	29	maldades	maldades!

PÁGINA.	VERSO.	DICE.	LÉASE.
463	21	le embarga	la embarga
474	16	las lides	sus lides
532	8	rasgos.	rasgos,
552	23	de ella	della
556		VIII	VII
562	8	signo	sino
578	28	Del fuego de la espada	Del fuego y de la espada
588	16	halaga:	halaga,
588	19	empalaga,	empalaga;
605	1	Siempra	Siempre
609	6	erguiendo	irguiendo
688	6	la mejilla	en la mejilla

